



María Angélica Rojas Lizama

José Ignacio Fernández Pérez

El golpe al libro y a las bibliotecas de la Universidad de Chile

Limpieza y censura en el corazón de la universidad



EDICIONES UNIVERSIDAD
TECNOLÓGICA METROPOLITANA

El golpe al libro y a las bibliotecas de la Universidad de Chile

Limpieza y censura en el corazón de la universidad

~~María Angélica Rojas Lizama~~
~~José Ignacio Fernández Pérez~~



EDICIONES UNIVERSIDAD
TECNOLÓGICA METROPOLITANA

Ediciones Universidad Tecnológica Metropolitana

 Padre Felipe Gómez de Vidaurre
N° 1488, Santiago, Chile

 (56-2) 787 77 50

 Metro La Moneda

Vicerrectoría de Transferencia
Tecnológica y Extensión

 editorial@utem.cl

 www.utem.cl
www.vtte.utem.cl

El golpe al libro y a las bibliotecas de la Universidad de Chile

Limpieza y censura en el corazón de la universidad

Autores: María Angélica Rojas Lizama y José Ignacio Fernández Pérez

1ª edición, octubre de 2015

1ª reimpresión, mayo de 2019

1.500 ejemplares

Ediciones Universidad Tecnológica Metropolitana

ISBN: 978-956-7359-98-1

Registro de propiedad intelectual n.º 258.636

Diseño, diagramación, portada y corrección de estilo:

Ediciones Universidad Tecnológica Metropolitana

Vicerrectoría de Transferencia Tecnológica y Extensión

Fotografías de portada: Koen Wessing

©Nederlands Fotomuseum

© Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su recopilación en un sistema informático y su transmisión en cualquier forma o medida (ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia, registro o por otros medios) sin el previo permiso y por escrito de los titulares del *copyright*.

Impresión: Imprex

Santiago de Chile, mayo de 2019

Pretender amordazar el pensamiento es el más
cobarde de los crímenes. Es el triunfo de
la fuerza bruta contra el espíritu por ser
espíritu, por el delito de estar despierto,
de no querer dormir... el dulce sueño de las
digestiones... El terror de la debilidad con armas
ante la verdad y su luz propia.
Es un crimen inútil porque el pensamiento
es abstracto, no le entran balas.

Vicente Huidobro

Las ideas se combaten con ideas...
Cuando se tienen ideas. Cuando no se tienen
ideas, se combaten con el palo y la prisión.

Vicente Huidobro

La historia es nuestra, y la hacen los pueblos.

Salvador Allende Gossens

Tabla de contenidos

Pág.

Agradecimientos	7
Prólogo (Gabriel Salazar)	8
Censura en Chile (Cecilia Jaña)	11
Acerca de este libro (César Cerda)	13
Acerca de los entrevistados	19

Capítulo 1

<i>El libro, las bibliotecas, la censura y el poder: una relación conflictiva</i>	23
1.1. La importancia de las bibliotecas como democratizadoras de las ideas: El eslabón perdido de la cadena del libro	24
1.2. ¿Qué es la censura? Varias interpretaciones	29
1.3. La censura como herramienta del poder en Chile, la matriz autoritaria	34

Capítulo 2

<i>Las bibliotecas de la Universidad de Chile: espacio de democratización del conocimiento</i>	43
2.1. El valor patrimonial de las bibliotecas de la Universidad de Chile	44
2.2. La biblioteca del Instituto Nacional, la Biblioteca Nacional y la biblioteca de la Universidad de Chile	46
2.3. El corazón de la universidad: las bibliotecas antes del golpe	50
2.4. El rol del bibliotecario en Chile	57

Capítulo 3

<i>El golpe al libro y a las bibliotecas</i>	67
3.1. Comienzo de la “operación limpieza”: desde la destrucción del legado marxista hacia la política cultural de la dictadura	68
3.2. El furor biblioclasta de la dictadura	75
3.3. Quimantú, el fin de la editorial estatal	86
3.4. Neruda y el doble estándar de la Junta	91
3.5. La Biblioteca Nacional allanada	94
3.6. La mano de la censura en las bibliotecas públicas y de la tortura en Puerto Natales	96
3.7. La institucionalización de la censura	105

Capítulo 4

<i>La Universidad de Chile bajo estado de sitio y sus bibliotecas como foco subversivo</i>	113
4.1. La Universidad como cuerpo: el corazón, el olvido y la memoria	114
4.2. La universidad intervenida y la “operación limpieza”	117
4.3. Rasgos particulares de la censura en las bibliotecas de la Universidad de Chile: los efectos del golpe de Estado y la intervención	125
4.4. Tras la huella de los interventores	135
4.5. ¿Financiamiento de las bibliotecas o autofinanciamiento?	138

Capítulo 5

<i>Material diezmado, pérdida patrimonial y la Biblioteca Eugenio Pereira Salas</i>	141
5.1. El camino hacia la pérdida patrimonial	142
5.2. Material más diezmado, la literatura favorita de los censores	145
5.3. Áreas más diezmadas del conocimiento: de la estantería a la hoguera y/o desaparición (Dewey)	146
5.4. Responsables, las manos detrás de la censura	147
5.5. La Biblioteca Eugenio Pereira Salas	148

Capítulo 6

<i>La censura y los bibliotecarios de la Universidad de Chile: reacción y consecuencias</i>	157
6.1. La reacción de los bibliotecarios, ¿era posible la reacción?	158
6.2. Consecuencias para los bibliotecarios	167
6.2.1. Delación, la espada de Damocles	168
6.2.2. Persecución	170
6.2.3. Exoneración	172
6.2.4. El exilio	175
6.3. María Eugenia Bustamante Sánchez	178
6.4. Biblioteca del Instituto Pedagógico, la persistencia de la memoria	183

Capítulo 7

<i>Epílogo: una investigación olvidada, el eterno retorno de la censura y el porvenir de la memoria</i>	191
7.1. Una investigación olvidada: “La censura en las bibliotecas de la Universidad de Chile entre 1973 y 1981”	192
7.1.1. Conclusiones	194
7.1.1.1. Resultados obtenidos	194
7.1.1.2. Comprobación/Refutación de la hipótesis	194
7.1.1.3. Conclusiones generales	195
7.1.1.4. Alcances de la investigación y aportes a la disciplina	196
7.2. El eterno retorno de la censura	197
7.2.1. Censura en las bibliotecas de Providencia	199
7.2.2. El incómodo Informe de Derechos Humanos para Estudiantes	200
7.3. El porvenir de la memoria: las memorias y los olvidos	202

Referencias bibliográficas

Agradecimientos

A

nuestra hija Mónica, porque esto es por el futuro lleno de memoria y el mundo mejor que te queremos heredar.

A nuestras madres, padre y familia.

A nuestros queridos amigos y colegas con quienes comenzamos este hermoso y difícil viaje hace ocho años: Rodrigo Cortes y Alejandro Gutiérrez. Sin ustedes esto no sería posible, gracias por su nobleza y apoyo.

A nuestros profesores, a Cecilia Jaña, por el cariño, apoyo y enseñanzas de todos estos años; a César Cerda Albarracín por el cariño, entrega y apoyo en todo momento para sacar adelante esta publicación.

A nuestra alma mater, la Universidad Tecnológica Metropolitana del Estado de Chile, ex IPS, ex U. de Chile. A la Editorial UTEM, a Nicole, Fabián y Erick; al Rector de la UTEM, don Luis Pinto Faverio, por haber depositado su confianza en esta publicación.

A nuestro querido Grupo de Estudios del Libro y la Lectura 451 (GELL 451) del Archivo Central Andrés Bello de la Universidad de Chile: Ariadna Biotti, Tamara Fuentes y Nathaly Calderón. Fueron fuente de inspiración y de reafirmación del camino elegido.

A nuestro Diplomado en Patrimonio Cultural, Ciudadanía y Desarrollo Local del Instituto IDEA USACH. A nuestros/as profesores/as y compañeros/as por aportarnos tanto en clase.

Al Archivo Nacional de Chile, a Pedro González, Miguel Carrasco y a su Conservadora Emma de Ramón, por facilitarnos el acceso a sus fondos archivísticos.

A Lucía Godoy, encargada de la Unidad de Patrimonio UMCE, por su desinteresada colaboración y por trabajar apasionadamente día a día por resguardar el patrimonio de su universidad.

A Juan Carlos Lepilaf de la Biblioteca de Santiago.

A Memoria Chilena y la Biblioteca Nacional de Chile.

A los familiares de aquellos que ya no están, pero cuyas memorias que lograron traspasar a sus hijas/os fueron fundamentales: Eugenia Latorre y Ricardo Núñez.

A todas/os nuestras/os entrevistadas y entrevistados, quienes con sus historias y sus dolores fueron fuente de inspiración para realizar este libro.

Prólogo

Gabriel Salazar

Frente al inconmensurable silencio que la humanidad enfrenta cuando pregunta por su origen primero y su destino postrero, solo puede echar mano, como confidente e interlocutor, a su propia reflexión. A sus propias palabras. Al diálogo consigo mismo...

Y esa confidencia e interlocución solitarias, por ser lo que son: un monólogo rodeado de eternidad (que para muchos es angustia vital y para otros razón de ser), solo puede depositarse, en confianza, en el más cercano y fiel de los amigos: el papel escrito.

Es decir: en el *libro*.

Porque allí la humanidad ha estampado, casi desde siempre, su entrecortado diálogo con los dioses. Sus búsquedas y sensaciones de infinito. Las verdades reveladas y las verdades intuidas. Las certezas comprobadas. Sus recuerdos. Sus acuerdos y desacuerdos con “los otros”. El amor y el desamor del ser amado. Su poder. Su miseria. Sus reventones de rabia y de locura. La guerra y la muerte. La vida y la resurrección. Todo el saber. Todo el arte. Todas las esperanzas que modelan el futuro. Y los gritos escalonados del tiempo de hoy: los soterrados y los del aire libre, los del poder y los del dolor, los del cielo y los de la tierra. Y, tal vez, en el fondo, los del infierno completo de las dudas...

¿Qué sería la humanidad sin el *reflejo de sí misma*, que, como ángel de la guarda, solidariamente, la acompaña a todo lo largo del camino? ¿Incluso desde antes y hasta más allá de los caminos? ¿Qué sería la humanidad sin su propia sombra, sin su “diario íntimo”? ¿Que acaso es su propia alma?

Desde la antigüedad, los pueblos –y sobre todo el estamento sacerdotal– prodigaron, por los libros, el mismo respeto y cuidado que dispensaron a sus almas. A su trascendencia al más allá. A su propia muerte. Las verdades –todas: las a medias, las perfectas como una esfera o fragmentadas como arena del desierto– debían ser cuidadosamente tratadas. Cuidadas, conservadas, veneradas, en el único nicho o tabernáculo donde podían ser visitadas, recordadas, repasadas, contadas, repetidas, como salmos, como cuentos, como liturgias, o como calvario o vía crucis: en los libros.

Las verdades que se veneraban en los *templos* de la antigüedad, habitaban y se domiciliaban también, con la misma solemnidad, en las *bibliotecas*. Y más tarde, para ser revisadas, actualizadas, fragmentadas y potenciadas, pasaron a vivir también en las *universidades*. Desde la antigüedad, todos los pueblos históricos han tratado con cuidado sumo y respeto sacro su patrimonio de templos, bibliotecas y universidades. Porque es el ser y el no-ser de la humanidad; el pasado, el presente y el futuro de esos mismos pueblos. La síntesis de la Ciudad de Dios y la Ciudad de la Tierra.

Atentar, por tanto, contra esa síntesis –materializada en el dicho triunvirato de patrimonio humano– es atentar, en ánimo genocida absoluto, contra lo más esencial y sagrado de la humanidad. Es situarse fuera de ella, en la negación del ser, en el universo antípoda de la *locura*, en el “lado oscuro de la fuerza”.

En el más antiguo sentido humano del *mal*...

Y es penoso y triste, al revisar la historia universal, que, a título de *cualquier verdad*, algunos grupos sociales agredan salvajemente al más sensitivo y fundamental de los derechos humanos: el de *reflexionar por sí mismo* (o en compañía) en torno a todas las penetrantes preguntas que nos acosan: las del más allá y las del más acá, las de adentro y las de afuera, las nuestras y las de los otros, las que nos agostan la vida y las que la potencian. Y es abismante que esos grupos no solo repriman el derecho a pensar, sino que, además, incineren los libros, desmantelen las bibliotecas, destruyan las universidades, fusilen las ideas y torturen el cuerpo y la mente. ¿Qué clase de hombres son estos? ¿Qué irracional locura homicida penetró en sus cerebros?

Y es más penoso y triste, aun, que ese ataque insano haya ocurrido en *tu* país. En *nuestro país*. Y perpetrado por quienes han sido tildados, desde siempre, como “nuestros valientes soldados”, como el “glorioso ejército de la Patria”. Con una furia fanática de guerra santa. Con un maniqueísmo homicida que agrede a la esencia misma de la humanidad. Y parece increíble que esos “valientes soldados” hayan recorrido biblioteca por biblioteca, universidad por universidad, quemando libros, vaciando estanterías, persiguiendo y aun asesinando académicos, estudiantes, a bibliotecarios. Un ataque vandálico sobre la mente humana, sobre la introspectiva meditación de todos, sobre la privacidad de la metafísica y la solidaridad de la esperanza social. Sobre esa recóndita, humana y demasiado humana hora del *angelus*.

Y es aun más penoso y triste que el salvajismo cultural de nuestros “valientes soldados” no haya sido la única explosión anti-humana de nuestra historia. Pues, desde el período colonial, muchos libros, muchas reflexiones colectivas, incluso importantes verdades históricas, fueron objetos de sospecha, de vigilancia, de olvido, de prohibición y hoguera soterrada. Antiguamente, bajo acusación de inmoralidad o herejía. Más recientemente, bajo la dudosa ‘evaluación de expertos’. La siniestra Santa Inquisición, adormecida en Chile después de 1945, reapareció en 1973, fosforescente bajo visera militar, en la punta hiriente del ojo azul del tirano, tras los lentes negros de la estupidez irracional. La Edad Media, a borbotones, escapando torpemente del cuartel. Esparramándose sobre la ciudad, la modernidad, la sociedad, encima de la Biblioteca Nacional, sobre la biblioteca del Pedagógico, de la Universidad de Santiago, sobre la reserva de Eugenio Pereira Salas o de Ricardo Latcham, para dejar tierra arrasada a todo lo largo y ancho de la Universidad de Chile. Llegando sin tapujos a la tortura plena entre los libros de Puerto Natales.

La persecución a muerte de la literatura crítica, marxista, y de los que, en mayor o menor grado, sabían y creían en ella, fue la nueva guerra santa contra los “herejes”, para rescatar, por milagro a la fuerza, el santo sepulcro en el que se hallaba, semihundido, el “capital”. Porque antes se torturó y mató a herejes por fanatismo religioso, mientras que ahora se torturó y mató, a título de herejía, a los que solo querían, para Chile, mayor libertad y mayor desarrollo.

La investigación realizada por los profesores y estudiantes de la Universidad Tecnológica Metropolitana en torno a la razia irracional del “ejército de la Patria” contra los libros, las bibliotecas y la universidad, constituye un memorial de desagravio para el más fiel acompañante de la humanidad: su propia reflexión, su propio conocimiento: el papel escrito, un memorial que se emplaza, lado a lado, junto a la memoria viva que recuerda y recordará a todos los jóvenes –estudiantes y no estudiantes– que, por haber leído los libros que se destruyeron y por haber intentado reconstruir el mundo con sus enseñanzas, fueron aprisionados, torturados, asesinados, proscritos y hechos desaparecer.

Debemos reconstituir, a partir de la lectura del texto que prologamos, y del recuerdo de los jóvenes caídos, *el lado puro de la fuerza*. Y la compañía fiel e indefinida de nuestros libros.

La Reina, 3 de septiembre de 2015.

Censura en Chile

Cecilia Jaña Monsalve

*Bibliotecóloga, Magíster en Comunicación,
Académica Universidad de Playa Ancha y Universidad Tecnológica Metropolitana.*

Por eso, que se queme un libro, o que se le olvide, o que se le pase por alto, duele, porque es a un hombre, el símbolo al menos de un hombre, al que se quema, al que se olvida, al que se pasa por alto. Esto es algo que todos al mismo tiempo admitimos como imposible de evitar. Es algo que por suerte, al mismo tiempo, nos sigue pareciendo profundamente inadmisibile.

Rafael Gumucio

La historia reciente de nuestro país se despliega entre el horror y la banalidad, como un sutil y evidente homenaje a Hannah Arendt. La avidez del consumo se muestra abiertamente en nuestros compatriotas como un mecanismo de defensa y evasión ante la persistencia de la memoria, encarnada en las bibliotecas y archivos que han atesorado los documentos e imágenes de esos cruentos años. Si bien Chile nunca se ha caracterizado por ser un país de tradición lectora –así lo ratifica Subercaseaux en su Libro “Historia del libro en Chile: (alma y cuerpo)”, en el que comenta la impresión penosa que tenían los extranjeros de los chilenos en el siglo XIX, considerando que incluso el presidente del senado se ufanaba de no haber leído libro alguno por espacio de más de 30 años. “Los chilenos son ignorantes, y proclaman con cierto orgullo que no requieren del conocimiento de los libros, tienen además muy pocos y los pocos que tienen, no los leen”.

Entonces, ¿por qué nos duele la quema de libros en los inicios de la dictadura chilena o el desmembramiento de una biblioteca tan valiosa como la Pereira Salas de la Universidad de Chile, a inicios de los ochenta? Porque, tal como indica Gumucio en el epígrafe de este escrito, cuando se daña un libro, una biblioteca, es a los seres humanos y su memoria a quienes se está dañando, ejerciendo un poder desmesurado y maligno, con consecuencias que no podemos dimensionar.

Hablar o escribir sobre poder y memoria se hace urgente, sobre todo en un país como el nuestro, en el que de manera permanente se ejerce el poder de mala manera y el rol de “Funes, el memorioso” lo desarrollan las bibliotecas y archivos, suertes de antídotos para el olvido. Ya lo indica muy bien el informe de Desarrollo Humano del PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo), del año 2004, “El poder: ¿para qué y para quién?”: renegar del poder es renegar de una necesidad humana y social. Además, dicho informe considera una posibilidad de desarrollo para Chile la

articulación de proyectos biográficos con un relato de país que debe hacerse desde el ejercicio de la reconstrucción de la memoria.

Los bibliotecarios chilenos nos hemos hecho cargo de esa misión, pero ahora es el momento de indagar en nuestra memoria, la memoria bibliotecológica, a través de preguntas tales como: ¿qué pasó con nuestras bibliotecas y nuestros bibliotecarios entre 1973 y 1981? ¿Qué pasa cuando el poder se transforma en poder coercitivo y censura y delata a los integrantes de una comunidad cultural?

Parte de las respuestas a esas preguntas, las podemos encontrar en este libro, fruto de la permanente dedicación y tesón de María Angélica Rojas y José Fernández, quienes transformaron el seminario de título del año 2008, “La censura en las bibliotecas de la Universidad de Chile en la Región Metropolitana entre 1973-1981”, en este texto. Durante el año 2007 tuve la fortuna de poder acompañar a María Angélica, José, Rodrigo y Alejandro en su quehacer en calidad de profesora guía, y ver cómo su trabajo se iba transformando en un escrito poderoso. Sabíamos que no podía quedarse en los anaqueles en la Biblioteca de la Sede Providencia (UTEM), puesto que estaba cobrando vida y carne a través de los relatos de los distintos actores que iban entrevistando y daban su testimonio.

Leyendo las páginas del otrora seminario devenido libro, revivo el dolor, desencanto y sorpresa de estos nobles colegas que vivieron tan duras experiencias y que en este presente no debemos olvidar. Sus nombres los repito y los recuerdo, pero hoy me voy a concentrar en un solo nombre que en esta investigación pude conocer y admirar: María Eugenia Bustamante. Profesora de Historia y bibliotecaria, directora de la Biblioteca del Pedagógico, encarna no solo el profesionalismo de los bibliotecarios, sino que la dignidad y la lealtad a sus principios y a todo aquel a quien no se debe olvidar.

Finalmente, agradezco a estos jóvenes profesionales por la generosa invitación a escribir estas palabras, porque me recuerdan ante todo, y desde siempre, que **los bibliotecarios somos los guardianes de la memoria y certificamos la verdad de la mentira**. Gracias a ellos, este rol sigue vigente.

Acerca de este libro

Dr. César Cerda Albarracín

Doctor en Historia, exacadémico Universidad Tecnológica Metropolitana

Mis primeras líneas son para agradecer el gran honor que me han entregado los jóvenes autores de este magnífico trabajo al pedirme que escriba algunas palabras sobre su importancia y contenido. Agrego de inmediato que usted tiene en sus manos una publicación que es el resultado de una profunda y acuciosa investigación que, dado su trascendente contenido, obligatoriamente tenía que ser editada en un libro. Se trata de una obra que debe ser leída por todo tipo de lector. Además, debe estar en todas las bibliotecas del país y también fuera de nuestras fronteras. Es un llamado de alerta a toda la humanidad para que la barbarie ocurrida en Chile no se repita jamás. Se trata de una investigación que muestra y demuestra una de las atrocidades más inhumanas cometidas por la dictadura cívico-militar que se instaura en Chile el 11 de septiembre de 1973: la destrucción de miles y miles de libros que se encontraban en las bibliotecas de la Universidad de Chile.

“¿Qué tenemos sin bibliotecas?”, se preguntaba el escritor norteamericano Ray Bradbury en su distópica novela *Fahrenheit 451*. A lo que responde: “no tenemos pasado y no tenemos futuro”. Este trabajo confirma lo escrito por Bradbury: sin lugar a dudas, la dictadura en Chile trató de borrar el pasado, intentó borrar la historia. Sin embargo, quedan abierta algunas interrogantes: ¿fue acaso irracional el acto de vaciar las bibliotecas y quemar sus libros, cometido por los ejecutores uniformados? ¿Qué resultados ha tenido esta acción antihumana en nuestro pueblo, en las nuevas generaciones? Debemos precisar que desde el punto de vista de los objetivos estratégicos, los militares solo realizaron un acto que era absolutamente coherente y racional, analizado y teorizado previamente por los civiles que dirigieron el golpe; pensado y reflexionado en conjunto con sus asesores norteamericanos como parte primera y necesaria de la nueva fase del capitalismo que había que instaurar en nuestro país: el neoliberalismo.

Para los ideólogos de las fuerzas sociales que prepararon el golpe, el plan fue borrar el pasado, no solo negarlo. Dada la fuerza adquirida históricamente por las organizaciones populares, se trató, desde el primer segundo, de destruirlo todo, de que no quedaran huellas ni testimonios de las luchas, de los combates que por casi dos siglos habían enfrentado los trabajadores, el pueblo de Chile. Se trataba de borrar la acción colectiva, las acciones solidarias, los actos comunes participativos, la construcción cultural colectiva popular. Se trató de borrar al sujeto histórico, motor de todos los cambios y transformaciones habidas hasta la hora presente.

El daño estratégico de la barbarie dictatorial en contra de la historia de Chile no tiene nombre. Al destruir las bibliotecas universitarias, tesoro del acervo cultural de

Chile y depositario de extraordinarias obras del pensamiento social latinoamericano, de su intelectualidad, se pretendió borrar el fundamento de la nación chilena, parte esencial de su memoria histórica, reflejo de lo profundo y amplio que fue su pasado.

Fueron jornadas de sangre y dolor en contra del pueblo, y de fuego para los libros. Así se preparó el terreno para que, sobre la base de la tierra quemada y asolada, con ceremonias fascistoides en “altares de la patria”, se convocara a construir un “nuevo país” con nombres en calles y plazas de individuos uniformados que nada o casi nada han aportado a la historia social y cultural de nuestro pueblo. Otros, que por igual, saqueadores, explotadores y asesinos, han sido transformados en “emprendedores”, fabricados como líderes “desde arriba” por las fuerzas sociales culturalmente dominantes. Todos ellos erigidos como modelos que las nuevas generaciones deben imitar. Mientras que, por otro lado, los nombres, los trabajos y los días de Bolívar, Artigas, Bilbao, Martí, Recabarren, Zapata, Ingenieros, Mariátegui, Sandino, Allende, entre tantos otros, fueron arrancados de los estantes o su obra distorsionada, satanizada. Los ideólogos de las fuerzas sociales económicamente dominantes intentan por todos los medios imponer su visión de la historia, de la sociedad, de la vida.

Desde el momento en que se destruyó la parte esencial de la memoria histórica, las bibliotecas, se intentó también dejar a nuestro pueblo sin futuro, huérfano de su pasado, de las experiencias de las cuales podría nutrirse, de la posibilidad de comprender la continuidad y discontinuidad de sus luchas. Se anulaba la posibilidad de entender la historia como proceso, como continuidad, como totalidad.

La denominada “postmodernidad” de base neoliberal ha continuado rematando la acción destructora que iniciara la dictadura. El modelo instaurado prácticamente ha transformado a las bibliotecas en espacios de “pensamiento único”, como magistralmente lo definiera Ignacio Ramonet. Se ha eliminado de los estantes, casi en su totalidad, toda publicación que convoca y provoca pensamiento crítico. Bajo las condiciones de la postmodernidad de base neoliberal, quien quiera actualmente investigar sobre el contenido de las publicaciones que se encuentran en las bibliotecas, se percatará de la falta de libros que contengan pensamiento innovador, rupturista. El vacío de esa información es testimonial. Para los ideólogos de la “no ideología”, solo basta la literatura estandarizada, vacua, individualista, sin proyecto transformador, de cambio. Las bibliotecas de nuestro país se han inundado de libros en los que el sujeto histórico, transformador, revolucionario, es prácticamente tachado de delincuente, subversivo. Se intenta por todos los medios modelar un nuevo tipo de hombre en función del emprendimiento, de la imitación, pero no de la creación. Del individualismo a ultranza, del consumismo que repudia lo colectivo. Se trata de infundir pavor al hombre social movilizado por los cambios, porque se sabe que es la única posibilidad de generar cambios. Se modela un tipo de individuo que es parte de un conglomerado social y no de una sociedad, dado que ésta no existe, como sustentara Hayek, teórico de la postmodernidad. Se trata de cuidar, mantener a toda costa, la sociedad del orden que impusieron algunos pocos contra la mayoría, enfrentándose lo privado y lo público. Para lograr sus objetivos, el control de las bibliotecas es esencial. La situación de las bibliotecas hoy en día en Chile, demuestra que la fuerza social, política y económicamente dominante es también culturalmente dominante. Sin embargo, bajo las condiciones del neoliberalismo, se ha mostrado la cara más oscura

de la historia del sistema capitalista. Todo esto ha tenido como resultado uno de los retrocesos más grandes en el desarrollo del pensamiento en Chile. El daño estratégico hecho es incalculable.

En mis años de docencia académica posdictadura, en la Universidad Tecnológica Metropolitana y otras instituciones, además de las diversas actividades educativas que me ha tocado realizar, me he percatado de que en las nuevas generaciones existe un enorme vacío, un profundo desconocimiento sobre el pasado histórico social de nuestro país y de América Latina; sobre el significado y trascendencia social de las acciones de los más grandes luchadores sociales y revolucionarios. La postmodernidad los hizo desaparecer de las bibliotecas.

Les pregunté a María Angélica Rojas y a José Ignacio Fernández, los dos jóvenes bibliotecarios autores de este libro, qué les había motivado a realizar esta investigación. Respondieron que en tiempos de la “revolución pingüina” se preguntaron sobre cuál era el impacto de la dictadura en la educación chilena y en las bibliotecas. Como muy lúcidamente lo señalan en su libro, “el año 2007 realizamos, junto con nuestros compañeros Alejandro Gutiérrez y Rodrigo Cortés, el Seminario de Título que dio pie a esta publicación. Lo hicimos motivados por distintas inquietudes. Quizás la principal de ellas fuera conocer cómo un hecho tan traumático para todas las esferas de nuestra sociedad, como lo fue el golpe de Estado y la dictadura cívico militar de 17 años, había afectado a las bibliotecas y a nuestra profesión”. Y continúan más adelante: “Han pasado 8 años desde la realización de ese seminario de título, y sentimos que publicar las conclusiones de dicho estudio es un acto de justicia y de reivindicación para una memoria que se pretendió invisibilizar y enterrar. Porque el olvido también es una forma de censura. El seminario de título “La censura en las bibliotecas de la Universidad de Chile” no fue un ejercicio académico neutral, sino un posicionamiento, utilizando un concepto de Gabriel Salazar, desde la voluntad social de recordar en contra de la voluntad política de olvidar. Para la dictadura militar, el golpe al libro, a las bibliotecas, a la Universidad de Chile, a los bibliotecarios, tuvo un carácter estratégico y fundamental para el *shock* político cultural que se ejecutó”.

Esta investigación entrega grandes aportes. Primero, comprueba que la dictadura, al arrancar los libros, principalmente los de ciencias sociales, desde las bibliotecas y luego quemarlos, no solo se propuso negar el pasado. La dictadura se propuso borrar, ante todo, la historia. Segundo, los autores de esta investigación, al exponer sus resultados, directamente hacen un dramático y urgente llamado: hoy, el país, sus fuerzas sociales mayoritarias, necesitan más que nunca recuperar las bibliotecas para la nación, para su pueblo. Tercero, el libro no es una separación entre “cuerpo y alma”. El libro es una totalidad, reflejo del ser social, lugar donde se desarrolla y forma su conciencia y una de las maneras en que se materializa esa totalidad.

Por ello reitero lo que escribí más arriba: este libro debe ser considerado como material obligatorio para ser leído por todo público, en especial todo estudiante de instituciones de educación superior chilena y fuera de nuestro país.

Introducción

El año 2011 un fantasma recorría el mundo. Una ola de indignación ciudadana transitaba por el planeta confrontando las aspiraciones de millones de personas, desde El Cairo hasta Santiago de Chile, con las democracias restringidas que nos gobiernan. Así, el 15 de mayo surge en Madrid el movimiento de los Indignados en respuesta a los abusos y la corrupción de la casta político-económica que gobierna España, ante la cual plantearon como principal demanda una democracia real. En ese contexto se producen las acampadas: miles de ciudadanos coparon las plazas de las principales ciudades de España acampando en ellas. Allí surgen y se desarrollan bibliotecas gestionadas por los mismos manifestantes, acompañando el desarrollo del movimiento. La principal de ellas fue la Biblioteca de la Acampada de Sol, en Madrid. El movimiento fue duramente reprimido y las plazas fueron desalojadas. Bibliosol, sin embargo, logró continuar existiendo como proyecto en un espacio distinto.

A fines de ese año surgió en EE. UU. un movimiento homólogo: Occupy, que se expandió por todo el país. Nueva York fue uno de los principales puntos de protesta y la acampada de Occupy Wall Street, que se instaló en el Zuccotti Park, también generó su propia biblioteca: la Occupy Wall Street Library, que fue llamada “Biblioteca del Pueblo”, y que llegó a tener 5000 volúmenes. Cuando el 17 de noviembre la ocupación fue brutalmente desalojada por las fuerzas de seguridad, la biblioteca fue uno de sus primeros objetivos, siendo destruida y sus libros incautados, como ha ocurrido a lo largo de la historia de las bibliotecas y la humanidad.

Medio siglo antes, en el horror del exterminio nazi del campo de concentración de Mauthausen, los prisioneros españoles formaron una biblioteca clandestina con los libros que les eran arrebatados a los franceses, italianos y rusos que ingresaban al lugar. La biblioteca clandestina llegó a tener 200 títulos, con obras de Zola, Victor Hugo, Dostoievski y Gorki, entre otros, y se convirtió así en un espacio de resistencia en medio de la barbarie.

Mientras tanto en Chile, Pinochet relató en uno de sus libros autobiográficos que en 1947, durante el gobierno de González Videla, siendo capitán en el Campo de Prisioneros de Pisagua, allanó y confiscó a los detenidos por la Ley Maldita toda la “literatura marxista” que encontró en su poder. En ese entonces ya conocía el poder del libro y su influencia, y sin dudarlo actuaba sobre él. No es una casualidad lo que sucedería después.

El libro y las bibliotecas aún siguen siendo un objeto peligroso para el poder, o como dice Manuel Castells, vectores tanto de poderes dominantes como de resistencias.

Los pueblos y las naciones, desde la antigüedad, manifestaron la necesidad de perpetuar su conocimiento a través del tiempo. Inventaron formas de escritura y resguardo de su patrimonio que, finalmente, se convertiría en su propia historia y poder. Cuando un pueblo era invadido, una de las primeras acciones era robar los escritos y quemar lo que quedase para de esta manera borrar su memoria. Parafraseando a Lucien X. Polastron, los libros de mis enemigos son mis enemigos.

Cuando realizamos el Seminario de Título: “La censura en las bibliotecas de la Universidad de Chile en la Región Metropolitana (1973-1981)” el 2007, nos motivó el querer conocer cuáles fueron los efectos para nuestra profesión y las bibliotecas de la dictadura militar. Fue una investigación que dio lugar a la discusión sobre el peso del olvido impuesto en nuestro gremio y cuánto de ello logramos subvertir. Sin embargo, distintas razones pospusieron que siguiéramos adelante con esta temática. Quizás el principal motivo fue que tuvimos que convivir con eso que Diamela Eltit, cuando escribió *Lumpérica*, caracterizó como “el censor de al lado”, aquel que la acompañaba y vigilaba en todo momento mientras escribía el libro. En otras palabras, el temor que aún persiste a los criterios de censura sobre lo escrito o lo creado, que permanecen en los diferentes niveles, poniendo en duda que el mensaje llegue a sus destinatarios, pase los filtros y eluda los riesgos, como la carta del cuento “Los censores” de Luisa Valenzuela.

Esta censura naturalizada y hegemónica permeó cada espacio de la sociedad chilena de manera silenciosa y muchas veces inadvertida, cambiando incluso el prisma desde el cual concebimos nuestra cultura, instituciones y profesiones. Hace ya más de un cuarto de siglo de posdictadura y aún siguen vigentes ciertos resabios de aquella época que nos mantienen conviviendo con el miedo al otro, consignado en el informe del 1998 del PNUD, que genera esa imposibilidad de ver un “nosotros” y al mismo tiempo una sociedad hecha de olvido que no permite una construcción de memoria.

Esa construcción de memoria quizás podría ayudar a comprender por qué la censura es un fenómeno y una práctica de las elites de larga data en la historia de Chile, y por qué se transformó en una de las herramientas del terrorismo de Estado que se impuso en Chile.

Avanzar contra el olvido también significa recuperar el pasado común y el patrimonio mutilado de la Universidad de Chile: sus libros quemados, censurados y saqueados; sus bibliotecas destruidas, amputadas y cercenadas; la persecución, la exoneración, la delación y el exilio de sus bibliotecarios; su Escuela de Bibliotecología desterrada.

Ese pasado común hoy es una memoria fragmentada y oculta bajo capas de olvido en tres instituciones que alguna vez fueron una: la Universidad de Chile, la Universidad Tecnológica Metropolitana y la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. Cuentan que a principios de la década de los noventa no existía la pandereta que separa hoy el Campus Juan Gómez Millas, de la Universidad de Chile, de la Sede Macul de la UTEM. Cada vez que se levantaba esa pandereta los estudiantes de la UTEM derribaban una parte de la muralla para pasar al otro lado. En algún momento de estas dos décadas dejaron de romper el muro, y así la separación física terminó por consolidarse. El año 2000, durante el paro que duró meses en la UMCE, uno de los principales ejes de la discusión fue el retorno de la institución a la Universidad de Chile.

Es lo que podría llamarse el “síndrome del miembro fantasma” que trastoca a las tres instituciones, que apela a ese pasado común. Y es desde uno de esos cuerpos cercenados, la UTEM, y desde una de sus disciplinas desterradas, la Bibliotecología, donde emerge esta voluntad de recordar. Este libro, sencillamente, busca abrir el debate y el camino hacia la recuperación de esas memorias.

Queremos dedicar este libro a cada una de las personas que colaboró con sus testimonios y a quienes, a pesar de no estar incluidos en estos relatos, vivieron los hechos

aquí descritos. A todos los perseguidos y a las víctimas de la dictadura cívico militar. A quienes contribuyeron a dar renombre y llenaron de prestigio esta profesión: don Alberto Villalón Galdames (Q.E.P.D), primer Doctor en Bibliotecología en América Latina y fundador de la Escuela de Bibliotecología de la Universidad de Chile, exonerado y exiliado por la dictadura militar, y a su viuda, Clara Budnik, ex directora de la DIBAM. A nuestras queridas Yudy Moreira y Marcia Marinovic. En especial, a María Elena Aliste, quien nos compartió su memoria el año 2007. A doña Mercedes Bejarano, quien desde Punta Arenas abrió sus recuerdos, sus dolores y nos entregó su testimonio. A Marlenne Miranda, María “Maruja” Morales, Eva Sanzana, Ana María Carter, Eliana Palma y Amanda Contreras, quien desde Canadá nos contó su historia. A Antonieta Figueroa y Elfriede Herbstaed. A María Inés Torres. A María Eugenia Bustamante, quien quizás desde otro lugar hizo posible que encontráramos el camino hacia sus recuerdos y su legado ético profesional a través de su hija Eugenia Latorre.

Acercas de los entrevistados

Amanda Contreras

Bibliotecaria. Antes del 11 de septiembre se desempeña en el Departamento de Geografía de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Después del golpe de Estado parte al exilio en Quebec, Canadá, donde vive desde entonces.

Eliaa Palma

Bibliotecaria. Hasta 1973 trabaja en la Casa Central de la Universidad de Chile, año en que se traslada a la Biblioteca de la Facultad de Agronomía de la Universidad de Chile, Campus Antumapu.

Eva Sanzana

Bibliotecaria. Entre 1970 y 1974 estudia Bibliotecología en la sede de la Universidad de Chile en Temuco. En noviembre de 1974 comienza a trabajar como bibliotecaria en la Universidad de Chile, en la sede de Valparaíso, en la Biblioteca de la Facultad de Derecho. En 1977 se traslada a la Biblioteca Eugenio Pereira Salas, donde permanece hasta ser exonerada durante el rectorado de José Luis Federici. Vuelve a trabajar en la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Humanidades con el retorno de la democracia, llegando a ser la jefa de la biblioteca hasta su jubilación.

Marlene Miranda

Bibliotecaria y profesora básica. Ingresas a estudiar en 1973 a la Escuela de Bibliotecología de la Universidad de Chile. Es suspendida después del golpe por razones políticas. Ingresas a trabajar a la Universidad de Chile en 1979, en la Biblioteca Eugenio Pereira Salas. En 1984 deja la universidad y en 1985 parte al exilio. Es víctima de tortura reconocida por el Informe Valech.

Alberto Villalón Galdames

Abogado y Bibliotecario. Magíster y doctor en Bibliotecología de la Universidad de Michigan. Director técnico de la Biblioteca Central de la Facultad de Biología y Ciencias Médicas de la Universidad de Chile, donde dirige su reconstrucción. Además, fue profesor de la Escuela de Bibliotecarios de la Universidad de Chile en 1952 y director de la Carrera de Bibliotecología entre los años 1959 y 1970. En 1971 coordina la formación de la Biblioteca Central de la Universidad Técnica del Estado, Sede Santiago. Exonerado de la Universidad de Chile y de la UTE, después del golpe de Estado se exilia junto a su familia en Venezuela a partir de 1974. Fallece el 24 de abril del 2015.

Clara Budnik Sinay

Bibliotecaria. Entre 1970 y 1971 trabaja en la Biblioteca Central de la Universidad Técnica del Estado. Entre 1971 y el 11 de septiembre de 1973 trabaja en CONICYT. Además, es docente en la cátedra de Métodos de Investigación en la Escuela de Bibliotecología de la Universidad de Chile. Tras el golpe militar es exonerada de la Universidad de Chile y del CONICYT. Parte al exilio junto con su marido Alberto Villalón hacia Venezuela, en 1974. En 1993 asume como directora del Sistema de Bibliotecas Públicas en Chile, y entre el 2000 y 2006, como directora de la DIBAM. Actualmente se desempeña como directora ejecutiva de la Fundación Democracia y Desarrollo.

Ana María Carter

Bibliotecaria. En 1972 se encuentra cursando la carrera de Bibliotecología cuando llega a la Facultad de Economía a realizar su práctica. A partir de entonces nunca se desliga de la facultad ni de la biblioteca, viviendo sus distintas etapas y transformaciones. Llega a ser Jefa de la Biblioteca de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas.

María Antonieta Figueroa

Bibliotecaria. Trabaja como bibliotecaria de la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile. Tras el golpe vive la exoneración laboral durante aproximadamente 12 años.

Elfriede Herbstaedt

Bibliotecaria. En 1973 trabaja en la Biblioteca Central de la Facultad de Medicina, de la Universidad de Chile, a cargo del Departamento de Selección y Adquisición. En 1974 asume como docente en Escuela de Bibliotecología de la Universidad de Chile como profesora de Fuentes de Información en Artes y Humanidades. En 1976 se produce un cisma producto de la renuncia de 15 profesores. Entre otras actividades, llega a ser Presidenta del Colegio de Bibliotecarios y documentalista del Informe Rettig.

Héctor Gómez

Bibliotecario. A partir del año 1975 forma parte de la Escuela de Bibliotecología. Vive la división de la Universidad de Chile y el traslado de material bibliográfico correspondiente a Bibliotecología al IPS.

Marcia Marinovic

Bibliotecaria. Para el golpe militar trabaja en la Biblioteca de Arquitectura de la Facultad de Artes de la Universidad Católica. Asume la presidencia del Colegio de Bibliotecarios durante la década de 1980, siendo fundamental su presencia en el proceso de recuperación y democratización.

María Elena Aliste

Bibliotecaria. En el año 1975 ingresa a trabajar a la Biblioteca Eugenio Pereira Salas de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Trabaja posteriormente en el SISIB.

Yudy Moreira

Bibliotecaria. De 1970 a 1973 cursa la carrera de Bibliotecología. En el año 1972 comienza a trabajar en la Biblioteca del Departamento de Matemáticas, que a partir de 1974 pasa a formar parte de la Biblioteca Eugenio Pereira Salas. Es perseguida y exonerada de la universidad en 1978. Vuelve tras el retorno de la democracia, incorporándose a la Facultad de Ciencias Sociales. Actualmente es jubilada.

María Morales

Bibliotecaria. A partir de 1969 trabaja en la Biblioteca de Ingeniería Civil de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile, donde asume posteriormente como jefa.

Ricardo Núñez

Hijo de María Inés Torres, bibliotecaria por más de 30 años en el Liceo Comercial de Coronel, donde los militares entran en 1973 a quemar libros de la biblioteca y arrancar la primera hoja de la *Antología popular de Neruda*.

Mercedes Bejarano

Profesora. Comienza a trabajar en la DIBAM en 1972 como jefa de la Biblioteca Pública nro. 14 de Puerto Natales. Es torturada durante dos días y dos noches por oponerse a la censura de libros por parte de los militares. Reconocida en el Informe Valech.

Eugenia Latorre

Psicóloga. Hija de María Eugenia Bustamante, bibliotecaria y profesora de Historia y Geografía, Master of Art de la Universidad de Denver, entre otros postítulos. Docente de la Escuela de Bibliotecología de la Universidad de Chile y directora de la Biblioteca del Instituto Pedagógico. Es exonerada de la Universidad de Chile a partir del 11 de septiembre de 1973.

EL
MONITOR
ARAUCANO
PERIODICO
MINISTERIAL, Y POLITICO.

SU REDACTOR,

El Padre Camilo Henríquez de la Orden de Agonizantes.

SANTIAGO DE CHILE:

EN LA IMPRENTA DEL ESTADO: POR D. J. C. GALLARDO.
1813.

~~Capítulo 1~~

EL LIBRO, LAS BIBLIOTECAS, LA CENSURA Y EL PODER: UNA RELACIÓN CONFLICTIVA

La información y la comunicación siempre han sido vectores de poderes dominantes, poderes alternativos, resistencias y cambios sociales.

(Manuel Castells, La Nueva Comunicación,
Le Monde Diplomatique, agosto 2006)

1.1. La importancia de las bibliotecas como democratizadoras de las ideas: el eslabón perdido de la cadena del libro

A lo largo de nuestra historia, los libros y las bibliotecas han tenido en su relación con el poder momentos de intensa conflictividad. Para comprender esta relación es necesario, en primer lugar, desarrollar una aproximación a una historia del libro y las bibliotecas en Chile, así como al rol de las últimas en lo que se conoce como la cadena del libro. Habitualmente se concibe el libro y su cadena de la siguiente forma: autor, imprenta, editorial, libro, lector. Si bien distintos autores se han preocupado de *historizar* el papel del libro y de los distintos actores que intervienen en su proceso de creación, producción y distribución, ha faltado una mayor profundidad y valoración de la historia de las bibliotecas y de su desarrollo en nuestro país desde la perspectiva de la cadena del libro. Se ha invisibilizado de cierta manera la labor fundamental que han cumplido las bibliotecas a lo largo de la historia, como vínculo con la sociedad en la cadena democratizadora del conocimiento, en un principio como monopolio de la minoría que podía acceder al libro y la escritura, y luego, a medida que avanza la historia de la humanidad, como una institución al servicio de la democratización del acceso al conocimiento.

Las bibliotecas nacieron paralelamente a la irrupción del libro y la escritura en la historia de la humanidad, alrededor del siglo IV a. C. En Mesopotamia es posible situar el primer libro acompañado de su propia cosmogonía:

Los babilonios dicen que el cielo se hace leer, ya que el zodiaco dispone los libros de la revelación mientras que las estrellas fijas constituyen comentarios al margen [...] Berosio, sacerdote y adivino que inventó el cuadrante solar, al escribir bajo el reinado de Alejandro, atestigua que antes del diluvio la capital del mundo se llamaba Todos los Libros. (Polastron, 2007: 3).

Junto al mito fundador de la biblioteca universal (Polastron, 2007) existieron bibliotecas legendarias en la realidad, como Alejandría y Pérgamo, lugares de reunión de eruditos con el propósito de congregarse material y ponerlo a su disposición, tales como el Museo o templo de las musas (lugar de la biblioteca) que, como en el caso de Alejandría, era parte del complejo real. En los libros, documentos y archivos puestos a disposición de los ocupantes, no figura información que pudiera hacer pensar que se les asignara un edificio en particular, de lo que se deduce que la biblioteca “se despliega a la vista de todos” (Polastron: 17). Es en Alejandría donde se puede establecer que la biblioteca toma su nombre:

Biblioteca [caja de libros, luego depósito] viene del griego *biblion*, ‘rollo de papiro’, que era la forma más extendida del libro en la época en que empiezan a multiplicarse los escritos; este *biblion* proviene a su vez de *bûblos*, ‘corazón del tallo del papiro’, producto egipcio por excelencia. Sea como sea, la biblioteca nace y toma su nombre en Alejandría (Polastron: 15).

La primera biblioteca pública en Roma se estableció en el Atrium Libertatis, lugar también de los Censores. En la Edad Media europea las bibliotecas comenzaron a situarse en monasterios, dejando atrás los hermosos museos donde se establecieron en la antigüedad.

Es necesario de todas maneras tener claro que las bibliotecas, así como los libros y la escritura, nacieron ligadas al poder político-religioso en la Antigüedad, y como un privilegio de élites:

En todo el mundo antiguo, desde América Central al valle del Indo y desde Nubia a Escandinavia, los primitivos sistemas de escritura eran conocidos y manejados únicamente por un pequeño grupo de personas. Esos eran los virtuales amos de la escritura y, por ende, los de la memoria que había de resistir el paso del tiempo. (Civallero, 2013).

Como señala Robert Darnton (2014):

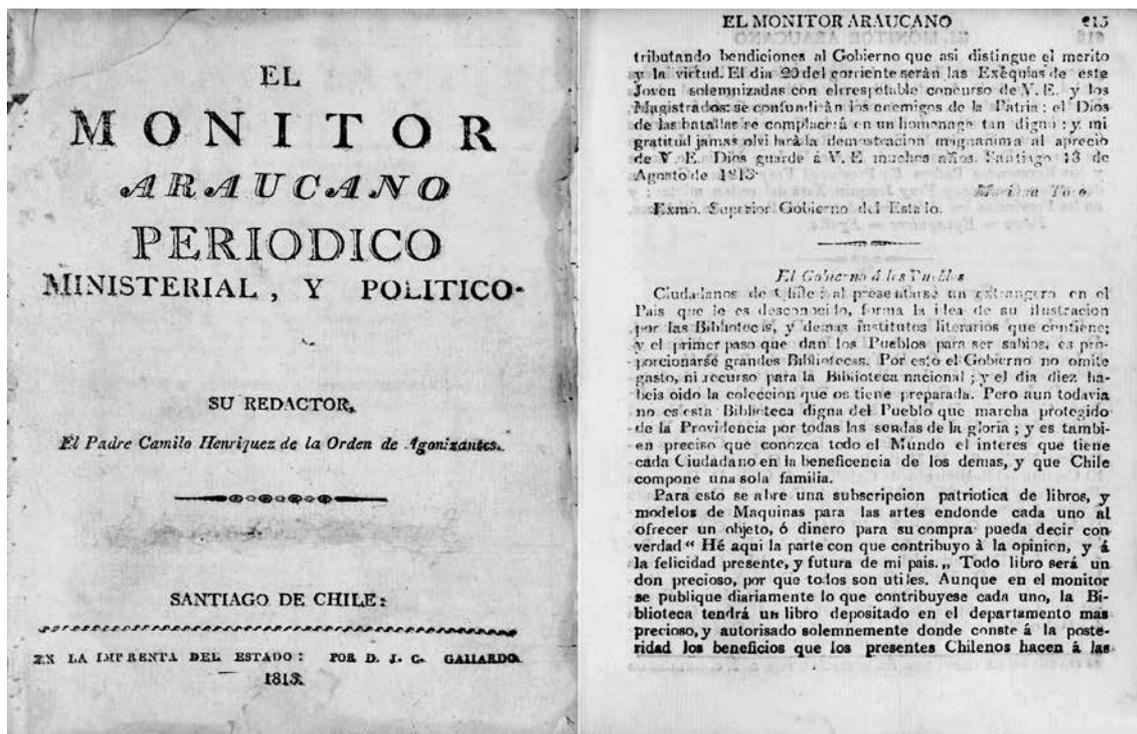
Las bibliotecas restringieron durante años el acceso al conocimiento de la población en general. Incluso, su propia arquitectura, muros y vallas lo demuestran [...] La historia de las bibliotecas tiene un lado oscuro, el lado brillante llega con las bibliotecas públicas, cuando cada uno podía sacar libros y llevárselos a casa.

Las bibliotecas no escaparon al devenir de la historia, y su estructura, funcionamiento y vinculación con las sociedades en las cuales estuvieron y están inmersas siempre han sido el epítome de la estructura y el carácter de estas. La irrupción de las bibliotecas públicas coincide con el fin del Ancien Régime, el advenimiento del Estado moderno y la cuestión social: “Los nuevos lectores no eran de la nobleza ni de las clases ricas, sino de clases populares y clases medias” (Lozano, 2004).

En Chile, ya en el siglo XVIII existían las bibliotecas religiosas de agustinos y jesuitas, también conocidas como bibliotecas conventuales, y algunas colecciones privadas importantes como las de José Valeriano de Ahumada, Francisco Ruiz de Bercedo o José Antonio Rojas. El tipógrafo norteamericano Samuel B. Johnston lo confirma y añade: “el estado de las letras en este país es muy mísero, estando casi todo el saber relegado a los eclesiásticos” (Subercaseaux, 2010, p. 20). Lamentablemente, a diferencia de otras colonias como México, Perú o Argentina, nuestro carácter de provincia periférica y militarizada producto, entre otros motivos, de la permanente guerra entre los españoles y el pueblo mapuche, el miedo de la Corona española a que las ideas de la ilustración contaminarán el Reyno de Chile, así como todas sus provincias, junto con el poder del Tribunal del Santo Oficio, generaron los marcos restrictivos para que el libro fuera considerado un objeto peligroso y de difícil acceso. Esto retrasó la llegada de la imprenta a Chile y, por lo tanto, la producción de los primeros libros. Solo el comienzo del proceso de independencia trajo consigo la llegada de la imprenta en 1812. Antes de eso, como señala José Toribio Medina, existían pequeños talleres de impresión que editaron algunos incunables. Así y todo, es posible encontrar el primer incunable impreso en Chile en 1776, según el investigador Ramón Laval, quien casualmente descubrió entre los libros de la biblioteca chilena de don Ramón Briceño

un pequeño volumen con un lomo dorado, cuyo título era “El Modo de ganar el jubileo Santo” (Modo de ganar el jubileo santo, el primer impreso en Chile, 2015).

La situación cambiaría radicalmente con el inicio del proceso independentista. Junto con las primeras luces de la República en formación, se imprime el primer libro en nuestro territorio en 1812, *Carta de un americano al español*, gracias a la imprenta traída por el gobierno de José Miguel Carrera, y el 19 de agosto de 1813 la Primera Junta de Gobierno ordena publicar en el periódico oficial *El Monitor Araucano*, la proclama: “El gobierno a los pueblos”, donde se materializa la creación de la Biblioteca Nacional y se hace un llamado a iniciar una suscripción “patriótica”, es decir, una recolección de libros mediante donaciones. La Biblioteca se ubicó en una sala de la antigua Universidad de San Felipe (Biblioteca Nacional, 2013). Fue clausurada después del Desastre de Rancagua y durante todo el período de la Reconquista: “españoles y realistas temían más a los libros que a las bayonetas” (Waissbluth, 2013).



También en la fundación del Instituto Nacional se puede ver reflejada la importancia que se le dio al libro y a las bibliotecas como herramientas esenciales del proyecto de construcción de la nueva República y de una educación pública gratuita abierta a todos los ciudadanos del Estado. Si bien es cierto nace como un gabinete de lectura, la intención fue proyectarlo como una gran biblioteca que acompañaría al desarrollo del Instituto y serviría a toda la ciudadanía. Por lo demás, con el proceso de Reconquista el Instituto fue cerrado por los realistas y paradójicamente ocupado durante ese tiempo como cuartel del regimiento Talaveras.

Proclama “El Gobierno a los Pueblos”, donde se exhorta a la formación de la Biblioteca Nacional (*Monitor Araucano* nro. 52, 19 de agosto de 1813, p. 13).

En 1818, la Biblioteca Nacional fue reabierto mediante el decreto que ordenó la creación de un catálogo y de un reglamento a cargo de Manuel de Salas, primer director de la institución. En Julio de 1820 la Biblioteca Nacional contaba ya con 8.510 volúmenes. A partir de entonces comienzan a tener mayor relevancia las bibliotecas existentes como la Biblioteca Nacional y la del Instituto Nacional, y posteriormente la unión de estas en la formación de la Biblioteca de la Universidad de Chile.

Es posible explicar el carácter estratégico para el desarrollo de la nueva nación que le dieron al libro y las bibliotecas los intelectuales orgánicos del proceso de independencia, haciendo un paralelismo con la visión de Roger Chartier sobre la dialéctica entre el libro, la Ilustración y la Revolución Francesa:

Al afirmar que fue la Ilustración la que produjo la Revolución, la interpretación clásica quizás invierte el orden lógico: ¿no deberíamos considerar en cambio que fue la Revolución la que inventó la Ilustración intentando enraizar su legitimidad en un cuerpo de textos y constituyendo autores reconciliados y unidos, más allá de sus diferencias extremas, por la preparación de una ruptura con el viejo mundo? (Acha, 2015: 68).

Si bien es cierto que en el Chile colonial no fue posible encontrar un movimiento de la envergadura de la Ilustración, producto del férreo control de la circulación de libros y de la internación de obras que pudieran afectar los intereses de la Corona y de la Iglesia, los intelectuales independentistas desarrollaron una valoración del libro como un vehículo para difundir el pensamiento, tal como Camilo Henríquez llamó a la imprenta “la máquina de la felicidad”. Los patriotas criollos pusieron al libro y las bibliotecas en un papel central para proyectar y legitimar el proceso emancipatorio y la construcción de la República.

Con el paso de los años, sin embargo, la evolución de nuestro sistema político determinó que el libro y la cultura ilustrada no tuvieran el desarrollo que auguraban los intelectuales orgánicos de la independencia. Hubo esfuerzos entre 1820-1830. Sin embargo, el triunfo de los pelucones en la Batalla de Lircay en 1829 y el comienzo de la era portaliana guiaron al país hacia una república autoritaria y la consiguiente hostilidad hacia las ideas ilustradas y la libre circulación de libros. Hacia fines de la década las únicas dos bibliotecas públicas de Santiago seguían siendo la Biblioteca Nacional y la Biblioteca del Instituto Nacional.

Un nuevo esfuerzo hacia una política de creación de bibliotecas fue la iniciativa encabezada por Domingo Faustino Sarmiento, intelectual argentino que en 1845 promovió la apertura de 40 bibliotecas populares, con el apoyo del ministro Manuel Montt, iniciativa que fracasó. El mismo Sarmiento constata 20 años después: “Nadie leyó los libros; las Bibliotecas se han desparpajado [...] y el gobierno las ha reducido a once [...]” (Subercaseaux, 2010: 67). Concebía Sarmiento como hipótesis la falta de hábitos lectores de la población de ese entonces, y que cualquier estrategia de fomento lector que se diseñara e implementara desde un paternalismo sin considerar las características de los lectores resultaría inútil.

Cabe destacar en 1873 la fundación en Valparaíso de la Biblioteca Santiago Severín, creada por el Decreto N°47 del Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública, el

27 de febrero de 1873, con la firma del Presidente de la República de la época, Federico Errázuriz Zañartu, y del Ministro Abdón Cifuentes.

La Biblioteca Nacional continuó su crecimiento y desarrollo. Durante todo el siglo XIX continuó acrecentando su acervo, y fue desarrollando a la vez su carácter patrimonial. El edificio actual de la Biblioteca Nacional, tal como fueron los inicios de las bibliotecas en Chile, se ubica tras la compra de un lugar religioso en 1913, lo que fue antiguamente el Monasterio de Santa Claras. El 19 de abril de 1933 se crea una sala nocturna de lectura destinada principalmente a obreros (Biblioteca Nacional, 2013). Esto indica un gesto de inclusión y la clara intención de diversificar o democratizar la lectura, elitizada muchas veces por los lugares en los que se ubicaban las bibliotecas y las restricciones de uso de estas.

Entre 1930 y 1950 se habría producido un mayor desarrollo de la industria del libro, coincidiendo con la etapa nacional desarrollista que inauguró el Frente Popular en 1938, producto principalmente de una mayor publicación y exportación por parte de editoriales chilenas, situación que duró hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial con la recuperación de los mercados internacionales y la ausencia de políticas estatales de fomento del libro, al contrario de lo que sucedía en países como Argentina, México o Colombia. Eso generó que finalmente el libro y la industria editorial tuvieran un desarrollo deficitario hasta 1970. Las bibliotecas cuantitativamente se fueron quedando a la zaga y, a pesar del desarrollo y permanencia de la Biblioteca Nacional y otras bibliotecas importantes, la cantidad de bibliotecas públicas existentes en Chile se fue transformando en insuficiente. Hay quienes afirman que hasta 1967, por ejemplo, oficialmente solo se contabilizaban 3 bibliotecas públicas en el país: Castro, Ancud, Santiago Severín, sin contar las bibliotecas de Providencia, Las Condes y Ñuñoa, situación que comenzó a ser revertida durante el primer período de Roque Esteban Scarpa como director de la DIBAM, que según él mismo señalaba posteriormente, habrían aumentado a 54 durante su gestión. Esa cifra consideramos, merece ser revisada, debido a que ya en 1937 el director de la Biblioteca Nacional Gabriel Amunátegui señalaba que en ese entonces existían “115 bibliotecas públicas, de las cuales 64 han sido creadas en los últimos dos años y que corresponden a Liceos, Escuelas Primarias, Municipios, Sindicatos obreros, etc.” (Amunátegui, 2014: 237).

Es así como el hecho de que desde nuestros inicios como nación independiente la primera institución cultural republicana por excelencia fuera la Biblioteca Nacional, y que en el Instituto Nacional la biblioteca también tuviera una valoración significativa, da cuenta de la importancia que tuvo en ese entonces la biblioteca y el libro en nuestro país, en cuanto a su rol fundamental desde el inicio del Chile emancipado para el desarrollo de la cultura, a pesar del insuficiente desarrollo posterior. Es posible afirmar entonces que, tal como los patriotas ilustrados valoraron al libro como un vehículo transmisor de ideas y a la imprenta como “la máquina de la felicidad” (Subercaseaux, 2010), otorgaron a las bibliotecas un papel protagónico en la formación de la nueva república: “el primer paso que dan los Pueblos para ser sabios, es proporcionarse grandes Bibliotecas” (“El Gobierno a los pueblos”, 1813). Si en el Chile emancipado de los albores de la república se concebía a las bibliotecas como parte fundamental de la cadena del libro, esa concepción lamentablemente se fue atenuando en consonancia con la evolución del sistema político institucional en nuestro país, que derivó hacia

un sistema autoritario y oligárquico, lo que llevó a que la matriz iluminista de los primeros años de la Independencia se viera controlada por la matriz autoritaria que se impuso. En este constante devenir plantearemos entonces que la historia del libro y las bibliotecas tuvo su correlato en la historia social y política chilena en sus avances y retrocesos, transformándose también las bibliotecas en un espacio de disputa para distintas concepciones de sociedad y de país.

1.2. ¿Qué es la censura? Varias interpretaciones

La censura es una práctica de larga data en la historia de la humanidad, tan antigua probablemente como la misma invención de la escritura y el afán de las élites dominantes por controlar el acceso, la generación y la difusión de la información y el conocimiento en la sociedad. En Egipto, por ejemplo, cuando alguna persona cometía una acción que fuera en contra del orden imperante, se le borraba de la historia, se prohibía su nombre y su sola mención. La censura es un fenómeno y una práctica claramente autoritaria. En Roma existía el *Atrium Libertatis*, sede de los censores en el 212 a.C. El censor era un magistrado de la república romana, cuya responsabilidad era formar el censo de la ciudad, velar por las costumbres de los ciudadanos y castigar con la pena debida a los viciosos, estableciéndose así la vigilancia y el castigo sobre lo que la sociedad tenía que leer.

Robert Darnton parte su libro *Censores trabajando: de cómo los Estados dieron forma a la literatura* cuestionándose cuál podría ser la definición de censura, arrojando como resultado un carácter polisémico del término y que variaría de acuerdo con el enfoque desde el cual se decida definirla. En un momento identifica principalmente dos corrientes: la primera se encuadraría en la contradicción representada por la dicotomía ‘libertad de expresión’ versus ‘control y autoritarismo’ y las restricciones de todo tipo asociadas a este fenómeno. En segundo lugar, alude a interpretaciones postmodernistas que no evalúan la censura como la transgresión de un derecho, sino como un elemento “omnipresente” en la realidad social, por tanto, parte intrínseca de ella.

Nos parece necesario rescatar en este punto la definición construida en el Seminario de Título “Las Bibliotecas de la Universidad de Chile [...]”:

Censura es toda acción o mecanismo de vigilancia y control que tenga como objetivo limitar o prohibir la expresión o manifestación humana y el acceso a estas en sus más diversas formas y en sus distintos medios, por ser estas peligrosas para los intereses de un grupo determinado en un momento histórico particular. (Rojas, 2008).

Es una definición general que se podría aplicar a distintos tipos de censura: moral, religiosa, política, o a distintas expresiones, ya sea el libro, el cine, el teatro y otras expresiones artísticas.

En el capítulo anterior hablamos de la importancia del libro y de cómo en el desarrollo de la historia de la humanidad este pasó de ser una propiedad de élites a ser un artefacto cultural masivo, y cómo finalmente autores como Roger Chartier le dieron un nuevo enfoque a la historia del libro al analizarlo no solo desde aspectos cuantitativos, sino más bien desde una perspectiva que consideraba la manera en que el libro influía en la sociedad y cómo se producía la apropiación de los textos por parte de determinados grupos o comunidades, cómo esas comunidades iban generando en su accionar como sujetos cuerpos de textos que acompañaban y expresaban su devenir. Desde esa perspectiva, la censura buscaría limitar o impedir el acceso a esos textos justamente para truncar ese proceso de apropiación, proceso de carácter cultural, pero también de empoderamiento. Incluso buscaría eliminarlos toda vez que representaran la expresión de la memoria e identidad colectiva.

También la censura ha cumplido con el rol de modelar, controlar y canalizar el poder de la palabra escrita. Ya fuera abierta o velada, ya fuera en las monarquías del Antiguo Régimen o en la RDA, la censura ha sido una herramienta para intervenir toda la cadena del libro y modelarla de acuerdo con la conveniencia del poder, constituyendo así una herramienta transversal usada por distintos tipos de regímenes autoritarios sin distinción política o religiosa.

Realizando un racconto histórico, a partir de la invención de la imprenta, la producción y difusión de literatura sufrió transformaciones radicales. Desde comienzos del siglo XVI y fines del XVIII, entró en crisis un sistema de control de la producción, circulación y empleo del libro. Al alero de la imprenta de caracteres móviles y la difusión de la reforma protestante, pronto surgieron organismos elegidos para la vigilancia, los cuales rápidamente se consolidaron hasta transformarse en un lugar común retomado con frecuencia hasta nuestros días (Infelise, 2004).

La censura también es implementada en algunos períodos históricos europeos como la “corrección de textos” o cuasi edición, siempre buscando el beneplácito de los gobernantes y al alero de las relaciones de poder. En Chile se utilizó de esa manera inicialmente, contando incluso con censores célebres como Andrés Bello, quien ejerció esa labor junto a Mariano Egaña y Ventura Martín en diciembre de 1832 (Subercaseaux, 2010: 49). Esta implementación posterior no excluye la forma prohibitiva y en algunos casos destructiva que tuvo en el período de la colonia dicha labor, en cuanto a rendir obediencia a lo dictado por el Tribunal del Santo Oficio y también en lo que respecta a los sucesivos gobiernos independientes.

Otro enfoque para analizar la censura es posible bajo un prisma dialéctico que considere dos categorías: forma y contenido. La censura, en cuanto a su forma, estaría dada por el carácter que adquiere en la práctica. Generalmente la forma de aplicar censura por parte de regímenes autoritarios se presenta en un primer momento a través de una dinámica de poder-terror (Moulian, 1997), en la cual lo que se busca es generar miedo en la sociedad y cimentar un estado de ánimo en el inconsciente colectivo que determine el punto de partida de la instalación de los objetivos trazados por tal régimen. A medida que se va consolidando el nuevo régimen gracias a sus he-

ramientas represivas, la censura adopta formas normativo-jurídicas (Subercaseaux, 2010), es decir, de poder-derecho.

Las formas que adopta la censura le abren paso al contenido. El contenido es el trasvase de los fundamentos ideológicos o de otra índole que impulsan al sector hegemónico o la clase dominante a ejercer la censura como parte de los dispositivos de represión. La censura no es una expresión en el vacío, sino que obedece a propósitos delimitados de antemano y a una voluntad e intencionalidad definidas.

Es también necesario mencionar, en cuanto al contenido que adquiere la censura, las distintas tipologías de acuerdo con los objetivos que se plantea el régimen que la ejerce, tipologías que nos darán mayor entendimiento sobre el campo de acción donde se desenvuelve la censura.

Tomemos en cuenta las palabras de Luis Torres Acuña sobre la censura en medios escritos:

De ahí que la censura no sea solo ausencia de información. Es más bien una construcción activa que se genera bajo múltiples modalidades: la autocensura, la censura implícita; la censura que se produce con la inversión del avisaje publicitario; la censura en la jerarquización de la información; la del sensacionalismo, la descontextualización y el recorte; el ocultamiento y el montaje; o bien aquella que está sujeta a la manipulación del formato tiempo y espacio, que impide la profundización y una percepción más templada (2000).

Según Raúl Alberto Frutos, existiría: “la censura moralista, la censura ideológica, la censura religiosa, la censura previa, a las que podemos englobar bajo una misma categoría de censuras repudiables” (2004: 2).

Una de ellas, la ideológica, es quizás la que puede llegar a tener alcances más significativos, ya que como se mencionó anteriormente, a través de ella un régimen determinado va moldeando el pensamiento del resto de la sociedad. Las que sobrepasan o se contraponen a los fundamentos ideológicos que sustentan a una clase o un grupo en el poder, se transforma inmediatamente para este en ideas disociadoras y peligrosas para el orden social existente.

Los regímenes totalitarios promueven y practican este tipo de censura. A través de la coacción buscan anular el pensamiento disidente, ya sean estas ideas o visiones políticas de determinados individuos o no, aunque muchas veces ni siquiera exista una justificación real desde su punto de vista. Para esto se usan herramientas que buscan, primero, generar una sensación de terror en el sujeto y en la sociedad en general y, segundo, censurar al individuo respecto de sus ideas. Es la aleación poder-terror, para instalar el poder-saber (Moulian, 1997).

Otro tipo de censura recurrente es aquella relacionada con la moral religiosa que puede ser promovida desde diversas agrupaciones doctrinales. Esta va dirigida hacia aquellas personas o instituciones que de una u otra forma hacen crítica a las normas y principios básicos de la teología religiosa, o bien desarrollan actos que contraponen esos principios con la libertad de expresión de cada individuo. En ese sentido se desarrolla la censura religiosa.

Por ejemplo, en el caso de la Religión Católica, existe una declaración oficial generada por la jerarquía de la Iglesia Católica llamada *Imprimatur*, que busca liberar de

errores en materia doctrinal y moral de todas las obras relacionadas con la doctrina y teología católica. Su finalidad es reducir la exposición de los fieles, especialmente laicos, a las herejías. Incluso antiguamente en países de régimen político oficialmente católico nada podía ser publicado legalmente sin el Imprimatur, lo que representaba una forma de censura previa.

En el caso de la censura previa, estamos hablando de aquella que se relaciona con una revisión previa del documento y que se realiza de forma anterior a la exposición de la idea o pensamiento. También se da cuando se generan restricciones al objeto de prensa, por ejemplo a través de los monopolios de los medios de difusión por parte del Estado o corporaciones privadas, como también cuando existen persecuciones a periodistas o limitaciones en la creación de imprentas o el uso de papel. Su fin es evitar, por diversos tipos de motivos, que en diferentes medios de información se publique información considerada ofensiva, inconveniente o simplemente molesta.

Según el autor Raúl Alberto Frutos, en el desarrollo de colecciones en las bibliotecas:

Hay una censura por disposiciones de las leyes que en general, aunque puedan ser modificadas y mejoradas a través del tiempo y de la acción social, limitadas o ampliadas en sus objetivos, son necesarias para el desarrollo de la civilización y la cultura (2004: 2).

Esto es parte de la llamada “paradoja de la censura”, donde se entra a disputar, en el terreno de la ética, la disyuntiva de censurar o no. Es en este punto donde entran en juego los tipos de censura como elementos constitutivos de la decisión de cada individuo, y en este caso, el profesional bibliotecario a cargo. En palabras de Frutos, queda implícita la necesidad de censurar de acuerdo a disposiciones legales, y que según estas y la realidad en la que están insertas, promoverán el desarrollo adecuado de todos los individuos que la conforman.

Es interesante observar las posturas que tienen los bibliotecarios de los años setenta respecto de la censura. Ante esta, los bibliotecarios reaccionan de distintas formas. A continuación se mostrarán diversas perspectivas respecto de este fenómeno. Algunos expresan definiciones, visiones, y otros relatan sus experiencias o anécdotas en relación el término:

“Yo diría que la censura es la limitación de acceso a ciertas fuentes de información por razones de tipo moral, religioso o político” (Alberto Villalón).

“Es cortar o dejar de hacer cosas que no corresponden o que estén dentro de mi desarrollo como persona” (María Elena Aliste).

“Como la falta de libertad de expresión en todo sentido. Políticamente, en el arte, en la escritura para decir lo que sientes y piensas. La censura es un límite a la expresión, un límite a la libertad. Es un no a la libertad en cualquier tipo de expresión” (Yudy Moreira).

Como se puede ver, las opiniones expresadas plantean la censura como un hecho que estaría vinculado a la ausencia de libertad, en cuanto al acceso a la información por razones de tipo moral, político o religioso. La mayoría de los bibliotecarios que proponen una definición de censura, coinciden en la mención de ciertas palabras que engloban el concepto. Algunas de estas son: limitación de acceso, acciones que permiten el control, falta de libertad de expresión o acciones destinadas a restringir. Esto en cuanto a la definición del término.

Es posible denotar que la censura, según los entrevistados, es una práctica existente en la sociedad, definición que iría en consonancia con lo expresado al comienzo del presente capítulo. En cuanto a la postura de los bibliotecarios respecto de esta, podemos encontrar diversas visiones.

“Yo, personalmente, creo que la censura no debería existir. No se justifica. Creo que todos deberíamos tener derechos y debemos poder tener acceso a todo. La censura para mí es una aberración” (Antonieta Figueroa).

“Desde el punto de vista de los libros, es nefasto. La verdad es que para mí lo más importante es la libertad de poder elegir, la libertad de poder formarse, la libertad de llegar a ser ciudadano. Yo creo que la censura no es sana. Que la libertad es lo más importante que tiene el hombre y de todo punto de vista la libertad hay que respetarla. Cuando tú hablas de censura estás negando al otro en cualquier orden” (Clara Budnik).

“Todo tipo de censura en una sociedad desarrollada, en una sociedad democrática, no debiese existir. Si es negativo o positivo para quien tiene las riendas del poder, en ese minuto, todo ser inteligente debiese tener la opción de elegir lo que le parece o no le parece. La censura no debiera existir en lo que podríamos llamar la comunicación o los medios de comunicación. Simplemente no debiera existir para ningún área del conocimiento ni para ninguna situación” (Marlenne Miranda).

“Es una forma de ejercer el poder autoritariamente. Porque si las personas que ejercieron censura no hubiesen tenido el poder y no hubiesen estado en dictadura, no hubiesen podido hacer eso. Es una forma de ejercer el poder drásticamente” (Eva Sanzana).

“Es un abuso de poder. Yo creo que es inherente al ser humano expresar lo que no le gusta. Primero: ‘eso no me gusta en lo personal, nadie lo usa, nadie lo puede usar’. Esa es la primera instancia. La segunda es cuando tú lo digieres y lo aplicas. Por eso la primera censura que yo trato de decir, ‘eso sí, eso no’. La primera es la negación y la segunda es actuar con conciencia” (Ana María Carter).

“Para mí no es una buena experiencia, pienso que no es bueno para nadie que a ti te digan ‘mira eso usted no lo puede hacer’, ‘eso usted no lo puede ver’. Estoy pensando en las censuras establecidas ahora, pero pienso que las peores censuras son las que llegan por los medios que tú no puedes alcanzar. Creo que es la más

velada, la más hipócrita. Es que si tú no tienes medios para solventar esta cosa... tú no alcanzas ni a ver esto, ni a ver esto otro” (María Morales).

“Como una negación de las libertades, de la libertad personal. No participo en ninguna censura en el sentido de las libertades públicas, libertades personales. Puede haber alguna censura con respecto a una cosa que puede ser positiva en un momento determinado. Podría ser que para el bien de un país o el bien de un grupo, se tenga que hacer alguna censura en alguna cosa, pero por lo general, no soy partidaria de la censura” (Elfriede Herbstaedt).

La posición mayoritaria apunta hacia un rechazo en todo tipo de circunstancias. Aun así cabe mencionar que existen visiones que condicionan en menor o mayor grado la existencia y aplicación de la censura para cierto tipo de contenidos en circunstancias concretas, y ante usuarios específicos. Para algunos bibliotecarios es posible definir la censura de acuerdo a sus vivencias, experiencias o conocimientos al respecto: “Sí. Para el 73 hubo una censura que vino de los militares” (Marcía Marinovic).

La mayoría de los ejemplos de censura que narran los bibliotecarios, tiene relación con la censura política o ideológica. Esta está condicionada por los hechos históricos que en alguna medida han dado cabida para su desarrollo, como por ejemplo en el caso de la Dictadura en Chile, o en momentos de polarización ideológica o beligerancia política. Sin embargo, y dada la evidencia histórica, la censura en Chile no ha sido un fenómeno exclusivo de algunos gobiernos en particular, si bien algunos la han utilizado con mayor intensidad y crudeza, el carácter que adquirió nuestra República ha hecho que esta haya sido un fenómeno latente a lo largo de nuestra historia.

1.3. La censura como herramienta del poder en Chile, la matriz autoritaria

La censura ha sido utilizada transversalmente a lo largo de la historia y Chile no ha sido la excepción. Desde la Colonia hasta nuestros días la censura ha sido una herramienta del poder, ya sea político o religioso, o expresión del consenso y el vínculo entre ambos para impedir o limitar, para prohibir y castigar las ideas que pudieran ir en contra del *status quo*. Y si bien es posible afirmar que el período en que se utilizó con mayor intensidad, extensión y profundidad fue durante la dictadura militar, su misma recurrencia en el tiempo permite cuestionarse a su vez el real carácter democrático de nuestro sistema político y del Estado chileno, la manera en que las prácticas y enclaves autoritarios han logrado mantenerse, adaptarse, reinventarse y reaparecer a lo largo del tiempo.

La censura como tal se comenzó a aplicar en Chile desde la Colonia. La corona española, al igual que las demás monarquías del antiguo régimen, ejerció un fuerte control sobre los libros que se editaban y circulaban en sus dominios. “Hubo una censura total y totalitaria que se expresó: a) en la prohibición de los libros, obras de teatro, artículos, sucesos y comportamientos que pusieran en cuestión la autoridad e ideología del gobierno y la Iglesia” (Vitale, s. f.: 26). Y tal como la invasión y conquista del continente americano fueron posibles con el apoyo de la Iglesia Católica (“la espada y la cruz”), en cuanto a la aplicación de la censura ambos poderes actuaron al unísono.

Por una parte, la censura se estableció mediante el sistema de privilegios, siendo el Consejo de Castilla el encargado de otorgar licencias para la impresión de libros. El privilegio era el principio de organización en general del antiguo régimen europeo. Los censores eran revisores de libros que autorizaban la prohibición absoluta, o bien la supresión de algunos pasajes o palabras considerados faltos a la moral, atentatorios contra el sistema político, la honra de las personas o contra la Iglesia. En segundo lugar, el Tribunal de la Inquisición fue el encargado de vigilar la difusión y circulación de obras. Para la Capitanía General de Chile se estableció un Tribunal de Santo Oficio subordinado al Tribunal de la Santa Inquisición de Lima. Las acusaciones podían ser de un espectro amplísimo, recayendo la censura sobre:

[...] todos aquellos escritos contrarios a la fe católica, juicio que afectó no solo a las obras que difundían ideas protestantes, sino también a un amplio espectro de escritos científicos, místicos, astrológicos, supersticiosos o sencillamente perniciosos para la moral y las buenas costumbres. También se vedaron los libros y ensayos que manifestaran opiniones contra la Monarquía (Letras prohibidas, 2015).

El acusado prácticamente estaba obligado a reconocer sus faltas. Si no lo hacía se le podía aplicar la tortura. Un caso emblemático es el de Francisco Maldonado de Silva, “condenado a la hoguera en 1639 solo por reconocer su ascendencia judía; amarraron al cuello libros que había escrito y lo quemaron vivo” (Vitale, s. f.: 2).

También Manuel de Salas fue víctima de la Inquisición, al ser procesado durante su estancia en España en 1781 por intentar traer libros prohibidos que no habían sido incluidos en la autorización obtenida en 1779. Entre ellos se encontraban obras de Pedro Suave, Fray Paolo Sarpe y Nicolás Maquiavelo, entre otras. Afortunadamente para Manuel de Salas, no tuvo para su persona más consecuencia que la remoción perpetua de su licencia, la pérdida de los libros prohibidos y el permiso para leerlos y retenerlos, y una multa en dinero, debido a que bajo el reinado de Carlos III la Inquisición obraba con menor brutalidad (Eyzaguirre, 1975).

Mayor fortuna tuvieron para obtener licencias el presbítero Martín Sebastián de Sotomayor, el prior de la Recoleta Dominica Santiago Sebastián Díaz, el fray Jerónimo Arlegui y José Antonio Rojas, quien en 1770 logró obtener una licencia directamente del Papa, aprovisionándose de una gran cantidad de libros, entre ellos la Enciclopedia, obras de Voltaire, Rousseu y otros pensadores del movimiento ilustrado, los que pudo introducir al país luego de conseguir evadir la censura tanto en España como en Chile. Quien no corrió la misma suerte fue Camilo Henríquez, quién en 1802 fue procesado por la Inquisición por leer y prestar libros prohibidos, y encarcelado en un convento de Lima (Licencias para leer libros prohibidos, 2015).

Dentro de las obras prohibidas en este período, destacan *Historia filosófica y política de los establecimientos europeos en las dos indias* (1770), de Guillermo Tomás Raynal, e *Historia de América* (1777) de William Robertson. También fue censurada *Excelencias de San José, varón divino, patriarca grande*, de Pedro de Torres en 1716, y la obra *Venida del Mesías en gloria y majestad*, de Manuel Lacunza.

Con el comienzo de la etapa de la Independencia, se da inicio a un proceso emancipatorio y democratizador, después de casi 3 siglos de oscurantismo cultural y represión. En cuanto a la censura se termina con el sistema de privilegios y la mano de la Inquisición, pero se regula la censura de otra forma. En el Reglamento Constitucional de 1812 se declaró la libertad de imprenta en el país, supeditada sin embargo a “que no degeneren en licencia nociva a la religión, costumbres y honor de los ciudadanos y del país” (Junta de Gobierno de Chile, 1812). El Senado se encargó posteriormente de redactar en 1813 el Reglamento de Libertad de Imprenta, que estableció en su artículo primero que “el hombre tiene derecho a examinar cuantos objetos estén a su alcance, quedando abolidas las revisiones y aprobaciones y cuantos requisitos se opongan a la libre publicación de los escritos” (Mobarec, 2015), es decir, el fin del sistema de los privilegios. Sin embargo, en el artículo octavo se incluye una excepción que refiere que no puede ser contravenida la moral de la Iglesia Católica, por cuanto “es un delito que los hombres particulares disputen sobre materias y objetos sobrenaturales” (Mobarec, 2015), y que los escritos religiosos no pueden ser publicados sin una censura previa de orden eclesiástico. Asimismo, se estableció como el órgano encargado de velar por la libertad de imprenta y determinar sus posibles faltas a una Junta Protectora de la Libertad de Prensa, y se otorgó al Senado la tutela de velar por la libertad de imprenta. El triunfo de los realistas en la Batalla de Rancagua significó la restauración absolutista y el regreso de las instituciones coloniales, hasta el triunfo patriota en 1818.

El avance que se había producido con la reglamentación de 1813 comenzó a retroceder luego del establecimiento de un Senadoconsulto el 18 de junio de 1823 y posteriormente la Constitución Moralista el 29 de diciembre del mismo año, que establecía nuevamente la censura previa. La imprenta sería libre y protegida mientras contribuyera a formar la moral y las buenas costumbres. Se estableció un Tribunal de Libertad de Imprenta y se nombraron “consejeros literatos”, quienes serían los censores encargados de revisar los textos. “Todo escrito que ha de imprimirse, está sujeto al consejo de hombres buenos, para el simple y mero acto de advertir a su autor las proposiciones censurables” (Constitución Política del Estado de Chile, 1823). Estos fueron derogados por un decreto el 30 de julio de 1824 que puso en vigor nuevamente los reglamentos existentes anteriormente. En estos marcos legales se dieron algunos juicios de imprenta, viéndose involucrado el periódico *El Verdadero Liberal*, dirigido por el francés Pedro Chapuis y la actriz Emilia Hernández.

En 1828 se dicta la *Ley sobre abusos de libertad de imprenta*, en la cual se establecen, desde la responsabilidad de los impresores en segundo grado después de los autores, los delitos que se comenten por el abuso de libertad de imprenta, sus sanciones y las categorías: blasfemia, inmoralidad, sedición e injuria. Esta ley significó mayores restricciones a la publicación y circulación de textos en los marcos de la dictación de un nuevo ensayo constitucional que buscó un punto de equilibrio entre la anterior Constitución de 1826, de carácter federalista, y las aspiraciones de los estancieros y pelucones de una institucionalidad más centralista y autoritaria.

El triunfo en la Batalla de Lircay de conservadores sobre liberales significó el comienzo de la república autoritaria.

El triunfo de los “pelucones” o conservadores en la guerra civil de 1829 sobre los “pipiolos” o liberales, inauguró el período de los gobiernos autoritarios (1831-1861) de los generales José Joaquín Prieto, Manuel Bulnes y del civil Manuel Montt. Su principal ideólogo fue Diego Portales, de ahí el nombre de “Era Portaliana” con que se conoce ese período en la Historia de Chile, paradigma de todos los gobiernos autoritarios hasta Pinochet (Vitale, s. f.).

La Constitución de 1833 estableció:

Libertad de publicar sus opiniones por la imprenta, sin censura previa, i el derecho de no poder ser condenado por el abuso de esta libertad, sino en virtud de un juicio en que se califique previamente el abuso por jurados, i se siga i sentencie la causa con arreglo a la lei (Constitución Política de la República de Chile, 1833).

Sin embargo, la restricción a los libros aumentó producto del clima político y la institucionalidad autoritaria que se fue consolidando.

Fue prohibida la importación de *Delfina*, de Madame de Staël, y del *Tratado de gentes*, de Vattel en 1832 por medio del censor José Vicente Bustillos, quien había sido nombrado, entre otras personas de su confianza, por el Vicario apostólico de la Diócesis de Santiago, Manuel Vicuña y Larraín. Andrés Bello reacciona contra esta medida en una editorial del periódico El Araucano del 21 de abril, criticándola y señalando la necesidad de terminar con las prohibiciones y la censura:

Creemos que la verdadera filosofía decretará el triunfo a la libertad de toda clase de libros, y que la moral bien radicada es el mejor expurgatorio que puede ofrecerse a un pueblo de hombres honrados, regido por un gobierno justo (Ávila, 1981).

En el mismo periódico, en el nro. 115 del 23 de noviembre, un artículo llama a instalar junto a los censores nombrados por el vicario a otros que lo sean por parte del gobierno. Así fue nombrado Andrés Bello junto con Mariano Egaña y Ventura Marín, cargo que ocuparían hasta 1847.

En ese contexto, en 1844 Francisco Bilbao fue censurado y acusado de blasfemia, inmoralidad y sedición por la Iglesia Católica por su publicación *La sociabilidad chilena*, siendo condenado el 13 de junio de ese año. Sus libros fueron requisados y quemados y él deportado a Lima. Francisco Bilbao pertenecía a su vez a la Sociedad de la Igualdad, heredera del Club de la Reforma, la cual estuvo conformada por destacados artistas e intelectuales de la época. En 1846 es promulgada la *Lei sobre abusos de publicidad de imprenta*, aún más restrictiva y represiva que las anteriores, ya que establecía penas de hasta 4 años de cárcel o destierro para quienes incitaran a la sedición o la rebelión, o contra la religión del Estado. Además, prohibía las opiniones sobre particulares no importando que fueran verdaderas o no. Estableció, además, el funcionamiento de un tribunal compuesto por un juez en primera instancia y de jurados en cada pueblo donde existiera una imprenta (Anguita, 1912).

El autoritarismo y la represión se intensificaron durante el decenio de Manuel Montt, sobre todo luego de la Revolución de 1851:

En 1858, el presidente autoritario Manuel Montt acentuó la censura ideológica clausurando varios periódicos y encarcelando a Domingo Santa María (que llegó a ser presidente de la República), Diego Barros Arana (que más tarde se convertirá en uno de los más importantes historiadores) y Benjamín Vicuña Mackenna, gloria de las letras chilenas [...] (Vitale, s. f.).

Benjamín Vicuña Mackenna nuevamente se vio involucrado, a propósito de:

[...] acusaciones de injuria que recibió a propósito de la publicación de su libro “El ostracismo del jeneral d. Bernardo O’Higgins”, que vio la luz en 1860. Allí presentó al exministro José Antonio Rodríguez Aldea como intrigante, conspirador y sin escrúpulos. El proceso, que adquirió gran connotación pública, terminó con un avenimiento entre Vicuña Mackenna y la familia del antiguo colaborador de O’Higgins (Ibarra, 2014).

Los juicios de imprenta que habían sido uno de los principales mecanismos de censura a partir de 1812, en 1872 comienzan a retroceder, en el momento en que se atenúan las penas en el caso de cometer abuso de imprenta, evolucionando desde sanciones como la cárcel y el exilio a multas con dinero (1er grado: 50 pesos; 2º grado: 100 pesos; 3er grado: 300 pesos).

Posterior a la derrota de los balmacedistas, luego de la Guerra Civil de 1891, comenzó la persecución política del sector derrotado. Se produjo una regresión autoritaria luego de la apertura política que se había comenzado a gestar durante la república liberal y se multiplicaron los hechos de censura. Distintos intelectuales y artistas que fueron identificados con el gobierno del presidente Balmaceda fueron perseguidos durante el gobierno de Jorge Montt. Fue ordenado el allanamiento de la biblioteca del historiador José Toribio Medina, siendo allanada tres veces y atacada por turbas que intentaron saquearla, obligándolo finalmente a exiliarse en Argentina. Así también el poeta Juan Rafael Allende, a quien le fue destruida y quemada su imprenta. También fueron censurados el poeta Eduardo de la Barra y el escritor José Miguel Blanco. Fueron perseguidos los periodistas Rodolfo León, Belisario Vidal del periódico *La Orden*; Horacio Lara, José Félix Rocuant, Jerónimo Jaramillo y Víctor José Arellano. Fueron saqueadas y expropiadas las imprentas donde se editaban los diarios *El Correo del Sur*, de Concepción, y *El Comercio*, de Valparaíso.

A partir de las primeras décadas del siglo xx, en el contexto de las transformaciones económicas que vivía el país, comienzan a emerger con fuerza nuevos actores en medio de las luchas sociales de esos años, quienes se vuelven objetivos de los aparatos represivos de ese entonces. La acción coercitiva se enfocó principalmente contra el movimiento obrero que nacía al alero de la industria del salitre, los periódicos anarquistas como *El Grito del Pueblo*, *El Proletariado*, o autores como José Santos González Vera, José Domingo Gómez Rojas y la persecución a Luis Emilio Recabarren, fundador del Partido Obrero Socialista.

La represión incluso alcanzó en momentos a la FECH. El 19 de Julio de 1919 fue asaltado el local por fuerzas uniformadas del gobierno de Juan Luis Sanfuentes. En esa ocasión fueron golpeados los escritores Juan Gandulfo y José Santos González Vera. En un asalto posterior fueron tirados libros por la ventana y quemados a posteriori, los cuales pertenecían a los siguientes autores: “Anatole France, Paul Verlaine, Mallarmée, Romain Roland y otros clásicos de la literatura universal, además de los de la poetisa Alfonsina Storni, de Rubén Darío, Vasconcellos, Lastarria, Diego Barros Arana, Andrés Bello, Marx, Bakunin” (Vitale, s. f.). Además, fue censurada la revista “Claridad” y quemada la editorial donde se editaba.

Detenido tras el asalto que sectores conservadores realizaron a la sede de la FECH, el poeta José Domingo Gómez Rojas fue sometido a salvajes torturas. A causa de las secuelas producto de estas, fue trasladado desde la Penitenciaría de Santiago a la Casa de Orates, donde sumido en la desesperación encontró la muerte el 29 de septiembre de 1920. A su funeral asistieron más de 50.000 personas, y se convirtió en el póstumo homenaje del pueblo al poeta (José Domingo Gómez Rojas, 1896-1920).

De esta manera se fue configurando un escenario político-social que culmina en 1920 con el quiebre del modelo oligárquico terrateniente vigente hasta ese momento, y que ya daba luces de agotamiento ante la “ineficacia de este para reconocer las nuevas realidades económicas del país” (Garcés, 2004). Es el tiempo de los simbólicos años 20, que inauguran uno de las etapas más ricas y trascendentales de Chile y América Latina, denominado por diversos historiadores como período de lo “nacional-popular” (Cerde, 2006). En ese contexto de crisis política, a partir de 1924 se sucedieron 8 gobiernos militares, siendo el más prolongado el de Carlos Ibáñez del Campo, cuyo período fue conocido como “la dictadura de Ibáñez”. En ella se produjo la censura a distintos intelectuales y medios de comunicación escritos. Fueron deportados y encarcelados intelectuales como Pedro León Ugalde y Luis Enrique Délano. Fue censurada Gabriela Mistral, a quien se le suspende su pensión por jubilación, por su abierta postura antidictatorial: “se trataba de una dictadura y quise quedar limpia. Esta rehusa me costó cinco años de jubilación suspendida por orden del Dictador. Y Ud. sabe que detesto las dictaduras” (Romero, 2011). Se censuraron también en distintas oportunidades los periódicos *La Nación*, *El Mercurio* y *La Razón*.

En este escenario en 1925 se establece el decreto ley 425 sobre abusos de publicidad, que si bien no establece la existencia de censura previa si delimita y establece en que situaciones se puede intervenir:

La publicación de las opiniones por la imprenta, y, en jeneral, la trasmisión pública y por cualquier medio de la palabra, oral o escrita no está sujeta a autorización ni censura previa alguna. El abuso de este derecho solo puede castigarse en los casos y formas señalados en la presente lei (Decreto ley no. 425, 1925)

Estos serían incitación a cometer delitos, divulgación de noticias falsas, faltas a la moral y las buenas costumbres e injurias y calumnias. Como vemos se repiten las cuatro dimensiones características en los cuerpos legales que se han construido para enmarcar las publicaciones en Chile, y se repetirían estos elementos en la ley 16.643 de 1967 sobre abusos de publicidad.

El proceso de ascenso de lo nacional popular, el nacional desarrollismo y la democratización iniciada con el triunfo de Pedro Aguirre Cerda, tiene un paréntesis con la represión desatada contra el movimiento social y la posterior promulgación de la “ley maldita” durante el gobierno de Gabriel González Videla, que tuvo también como uno de sus hitos la ilegalización del Partido Comunista. En medio del ajedrez geopolítico de la Guerra Fría, Chile queda bajo la égida de Estados Unidos y se considera a los comunistas y al marxismo en general como un enemigo interno. Así, en 1947, luego de una huelga en la zona del carbón, el gobierno decreta estado de sitio y ocupa la zona con 18.000 militares. Posterior a la represión desatada se traslada a los detenidos a Pisagua, inaugurándose como campo de concentración. En ese lugar irrumpe en la historia de la represión y la censura de libros el por entonces joven capitán Augusto Pinochet, quien tomaría su punitiva tarea como experiencia formativa. Posteriormente afirmaría que ya en esa época tenía asimilada la visión que marcaría su mirada sobre los libros y las bibliotecas y su peligrosidad:

Señalé que el Campamento de Pisagua se estaba transformando en una verdadera universidad marxista-leninista, que preparaba a personas que posteriormente actuarían como agitadores. Con ese adoctrinamiento y una intensa dedicación iban a quedar en óptimas condiciones para futuras acciones en los centros laborales. Algún tiempo después llegó la orden del Comando en Jefe de la División de requisar toda la literatura marxista que se encontrara en poder de los relegados, y efectuar un severo control para evitar que continuara esa academia. Se cumplió lo dispuesto, y en la revista que se pasó se encontraron numerosos libros impresos en Rusia y documentos de enseñanza que fueron requisados y enviados a Iquique [...] (Pinochet, 1981)

No es menor que, ya en esa época, el futuro dictador tuviera esa visión autoritaria sobre el poder de los libros en mano de un “enemigo interno”, o que relate que alguna vez la tuvo. Si bien esta historia aparece en “El día decisivo”, un libro lleno de imprecisiones, justificaciones y versiones de la historia inexistentes para justificar el papel protagónico de Pinochet en “la gesta del 73”, llama la atención aquella valoración de los libros y que recurra a un contexto histórico como el gobierno de González Videla, caracterizado por la persecución de las ideas. También esa valoración se entrecruza con su particular afición al coleccionismo de libros valiosos: los libros que destruyó y negó a las grandes mayorías, los atesoró para sí. Llegó a acumular en su biblioteca personal más de 55.000 volúmenes, gran parte de ellos regateados y adquiridos con fondos fiscales. Avaluados en más de US\$ 2.840.000, entre ellos era posible encontrar parte de la biblioteca personal de José Manuel Balmaceda o una carta original de O’Higgins (Peña, 2007).

Como resistencia a la censura producida durante el gobierno de González Videla podemos reseñar la edición clandestina del Canto General de Neruda, que fue publicado en Chile a pesar de los férreos controles y la persecución a las imprentas por parte del gobierno en 1950: “A su vez, en Chile, y casi simultáneamente con la publicación mexicana, una edición clandestina, con pie de imprenta ficticio (Canto general, Imprenta Juárez, Reforma 75, Ciudad de México) burlaba las censuras y desventuras contingentes de la época” (Teitelboim, 1996).

Posteriormente, en 1958 se vería consumada en la Ley 12.927 de Seguridad Interior del Estado una serie de normas que se venían generando en Chile a partir de la década de 1930 relativas a seguridad del Estado y del orden público, DFL nro. 143 de 1931, DL nro. 50 de 1932, Ley nro. 6026 de 1937 de Seguridad Interior del Estado, y que establecían sanciones durísimas o categorizaciones como “enemigos de la República” (DL 50) contra quiénes propagaran ideas anarquistas o de agitación social. Esta ley vino a reemplazar a la Ley de Defensa de la Democracia, y fueron ampliadas sus penas durante la dictadura militar. Es importante mencionar este texto legal porque su alcance dura hasta nuestros días y tuvo especial repercusión cuando se le utilizó para censurar la publicación de “El libro negro de la justicia chilena” de Alejandra Matus en 1999.

Antes de 1970, la Autonomía Universitaria estaba reconocida en Chile por un Decreto de Ley que no precisaba a qué tipos de autonomía se refería (Enríquez, 1983). Este Decreto de Ley era muy ambiguo y podía ser interpretable de diversas formas. Es por esta razón que en el gobierno de Eduardo Frei Montalva se violó esta disposición “allanándose la Universidad de Concepción el día 7 de junio de 1969, donde la policía requiso libros a los cuales les atribuía orientación política. Junto con lo anterior se allanó también la Federación de Estudiantes, la cual fue destruida parcialmente” (Enríquez, 1983). En esta oportunidad la mano de la censura alcanzó al mundo universitario y al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

De todo lo anterior es posible concluir que la censura ha sido una herramienta y una práctica coercitiva que ha tenido existencia permanente a lo largo de nuestra historia, desde la época colonial. Su fortalecimiento o su debilitamiento fue la expresión de las contradicciones existentes en nuestra sociedad y de los procesos de hegemonía y contrahegemonía. Antes de 1973 la historia oficial y las élites dominantes habían difundido una visión de la historia de Chile y de su sistema institucional como un sistema estable y democrático, prácticamente ininterrumpido durante dos siglos, una visión inmutable que encubría el eterno retorno de prácticas como la censura. Si todo documento de cultura es a la vez uno de barbarie en los términos de Walter Benjamín, la censura ha sido el mecanismo de barbarie a la hora de excluir, borrar y controlar la circulación de la palabra escrita en Chile. Lo que sucedió a partir del golpe de Estado en este ámbito fue la profundización y perfeccionamiento de uno de los dispositivos del terror que implementó la dictadura militar en sus etapas terrorista y constitucional.



~~Capítulo 2~~

LAS BIBLIOTECAS DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE: ESPACIO DE DEMOCRATIZACIÓN DEL CONOCIMIENTO

El conocimiento se produce
desde la información, y en este sentido,
la biblioteca hace a la universidad.

(Eugenio Tardón)

2.1 El valor patrimonial de las bibliotecas de la Universidad de Chile

Las bibliotecas, como vimos en el capítulo anterior, forman parte del proceso de producción de conocimiento, una cadena y un espacio común donde los protagonistas son el libro y sus destinatarios, configurándose organizaciones encargadas de atesorar el conocimiento científico y el patrimonio histórico, en este caso, de una nación. En el caso de las bibliotecas de la Universidad de Chile, estas comenzaron a formarse al aro del proceso de formación y configuración del Estado-Nación en Chile en el siglo XIX. Como vimos en el capítulo anterior, la irrupción de la biblioteca como institución cultural clave de la construcción de una república, y del libro como vehículo transmisor del conocimiento, formaron parte del discurso nacional e iluminista de los albores de la república. Así, la formación de la Biblioteca Nacional y la Biblioteca del Instituto Nacional fueron la expresión de esos discursos que continuaron posteriormente con la creación de la Universidad de Chile. Libros, bibliotecas y universidad compartieron un espacio y origen común en un momento en que la construcción del universo patrimonial estuvo asociada a la emancipación política en un comienzo, y a la modernidad y los relatos nacionales posteriormente.

La evolución desde las bibliotecas coloniales y las conventuales hasta la Biblioteca Nacional, con rol público y apertura en cuanto a acceso a libros, mapas, revistas y diarios, así como a las personas independientemente de que fueran estudiantes o trabajadores, ha sido un factor importante para el avance de la cultura de nuestro país, siendo una parte importante de este proceso.

Con el surgimiento de las universidades, a partir del siglo XIX, surge también la biblioteca universitaria, que pasa a cumplir un rol fundamental en la generación de nuevos conocimientos. Dos ideas aportan elementos para la comprensión del papel jugado por la biblioteca dentro de la orgánica universitaria. Por una parte, la idea de quienes consideran a la biblioteca como “el corazón de la universidad, un motor para hacerla conservadora, transmisora y creadora de saber. Una institución imprescindible para que la universidad cumpla sus fines” (Tardón, 2007); por otra, la concepción de la ALA, que define la biblioteca como:

[...] una combinación orgánica de personal, colecciones e instalaciones cuyo fin es ayudar a los usuarios a transformar la información en conocimiento. Esta concepción subraya: 1) la vinculación entre la biblioteca con la docencia e investigación, los dos canales mediante los que se produce y transmite el conocimiento en la universidad; y 2) la idea de que el conocimiento se produce desde la información, y en este sentido, la biblioteca hace a la universidad (Tardón, 2007).

En síntesis, la biblioteca es fundamental para el desarrollo de las funciones universitarias, una organización por la que atraviesa gran parte del quehacer universitario en cuanto a sus funciones de docencia, investigación, creación y extensión.

Para entender el real significado y valor que las bibliotecas universitarias, y sobre todo la biblioteca de la Universidad de Chile, tuvieron, se debe tomar en cuenta el avance en la historia de las bibliotecas, que determinó el paso de privadas a públicas, como parte de su formación a nivel país desde la creación de la Biblioteca del Instituto Nacional¹, el 10 de agosto, y la Biblioteca Nacional, el 19 de agosto de 1813, con los altos valores y expectativas que en ellas había².

Comenzaremos con la Biblioteca Nacional, en la cual se reunió material bibliográfico de destacados hombres de letras e instituciones, como es el caso de la Real Universidad de San Felipe (ubicada en ese entonces donde está el actual Teatro Municipal; allí se realiza la suscripción patriótica de libros para formar la colección de la Biblioteca Nacional), “la Orden de los jesuitas, la biblioteca Egaña, la biblioteca de Benjamín Vicuña Mackenna, la biblioteca de Andrés Bello, las bibliotecas de Claudio Gay y de monseñor José Ignacio Víctor Eyzaguirre” (La Biblioteca Nacional, 2015). La Biblioteca Nacional tuvo que establecerse con limitados servicios. En 1819, Manuel de Salas toma la medida de exigir dos libros: uno para la colección y otro para enviar a Buenos Aires, en lo que sería un “canje internacional” para recibir a cambio obras que se publicaban allá. En 1820, a su favor, se dicta la primera Ley de Depósito Legal, la cual establece una diferencia respecto del resto de las bibliotecas públicas existentes y la convierte en la principal conservadora de nuestra bibliografía nacional. En este período había pocos textos, en su mayoría tratados teológicos y jurídicos en latín (Biblioteca Nacional, 2013: 16), hasta nuestros primeros libros impresos. Su nombre en 1823 era “Sociedad de lectura de Santiago”. Esta biblioteca pasó a la tutela de la Universidad de Chile el 19 de diciembre de 1852, la cual replicó muchas de las acciones de la Biblioteca Nacional para ampliar su colección, incluso el canje al extranjero. Luego, la Biblioteca Nacional dependió en 1879 del en aquel tiempo recientemente creado Consejo de Instrucción Pública.

Es posible afirmar que lo que hoy concebimos como patrimonio bibliográfico de la nación tuvo su origen en la formación y el diálogo entre estas tres instituciones. En esa perspectiva es que afirmamos que las bibliotecas de la Universidad de Chile tuvieron y tienen un valor patrimonial, tanto para la Universidad de Chile como para el país, al ser tributarias y depositarias de un pasado e historia comunes.

1. “Ciudadanos todos: una gran biblioteca, superior a los escasos recursos de este país, pasa a abrirlos el Gobierno con todos los auxilios para vuestra ilustración: franqueadla, aprovechad allí lo que supieron nuestros mayores y lo que adelanta nuestro siglo”. Discurso inaugural del Instituto Nacional por el Secretario de la Junta de Gobierno, Mariano Egaña.

2. “Ciudadanos de Chile: al presentarse un extranjero en el país que le es desconocido, forma la idea de SLI ilustración por las Bibliotecas y demás institutos literarios que contiene, y el primer paso que dan los pueblos para ser sabios, es proporcionarse grandes Bibliotecas [...]”. *Proclama el gobierno a los pueblos*. Decreto de fundacional de la Biblioteca Nacional que en realidad busca la “suscripción patriótica de libros” o donaciones.

2.2. La biblioteca del Instituto Nacional, la Biblioteca Nacional y la biblioteca de la Universidad de Chile

Cuando nos referimos a estas tres bibliotecas, debemos recordar que fueron las más importantes de Santiago, cumpliendo el rol de bibliotecas públicas. En lo que respecta a la Biblioteca Nacional y la Universidad de Chile, ambas instituciones tienen como matriz a la Universidad de San Felipe, la primera se establece como centro de acopio en este lugar y la segunda nace por un decreto dando fin a la primera.

Sin embargo, los creadores de la Biblioteca Nacional dispusieron que su fondo inicial fuera la librería de la Universidad de San Felipe, que a su vez había contado para organizarse con la parte principal de la Biblioteca que los jesuitas poseían en el Convento Máximo de Santiago a la fecha de su expulsión en 1767. Barros Arana dirá más tarde que en aquella biblioteca eran muy raros los libros que tuviesen menos de cincuenta años de impresión y carecía por completo de cuanto se refiere a las ciencias, a la filosofía moderna, al derecho público y a la literatura. Sin embargo, esos libros fueron ordenados para ponerlos a la disposición del público y el gobierno se resolvió a aumentarlos con otros que correspondiesen mejor a las necesidades y aspiraciones políticas, científicas y literarias creadas por la Revolución (Martínez, 1982: 95).

A esto hay que sumar el hecho de que en febrero de 1819, a petición de Manuel de Salas, se dispuso un ayudante para la biblioteca: don Fernando Antonio de Elizalde y Marticorena, quien ya era bibliotecario de la Universidad de San Felipe. En 1820 se adquiere la biblioteca de don Francisco de Miranda, precursor de la independencia americana, seguía acrecentándose el patrimonio de la Biblioteca.

El Decreto de 5 de agosto de 1818, que restableció la Biblioteca Nacional, tuvo el siguiente tenor:

Deseando formar una biblioteca pública para el uso de los habitantes de esta Capital, he venido en decretar, se principie a hacer el catálogo de los libros existentes en la librería de la Universidad, dando para el efecto la comisión necesaria a D. Manuel de Salas, a quien desde ahora nombro por bibliotecario con el sueldo anual de mil pesos, sin descuento alguno. Y para que este establecimiento se perfeccione a la mayor brevedad, deberá proponer el mismo D. Manuel de Salas los medios que estime convenientes para aumentar el número de obras más precisas para la biblioteca, y un reglamento que deberá observarse por los que usen del beneficio de esta institución, y por los que sirvan en ella (Biblioteca Nacional, 1958: 5).

Luego de la fundación de la Universidad de Chile en 1842, era importante un apoyo bibliográfico que estuviese acorde a las nuevas necesidades. Se acudió entonces a la biblioteca del Instituto Nacional. Pero, al poco tiempo de su funcionamiento, esta

biblioteca ya no cumplía con las necesidades que la institución universitaria requería, por el avance de sus distintas facultades, el crecimiento en la cantidad de estudiantes, su desarrollo institucional; cada vez se hacía más necesaria una organización del extenso conocimiento que la universidad tenía en sus diversas áreas o materias para la formación. Para esto se estableció un gabinete de lectura que pronto fue llamado Biblioteca de la Universidad y que se incrementó con rapidez con la adquisición de obras y con un intenso canje de los Anales de la Universidad de Chile, que comienza su publicación en 1846.

Hacia 1852, fue imperativo ubicar un lugar adecuado que albergara las publicaciones que la Universidad había logrado reunir a la fecha y donde se pudiera aprovechar en buena forma su lectura. El Consejo acordó, por tanto, a proposición de Ignacio Domeyko, establecer oficialmente la biblioteca universitaria en el Departamento de Instrucción Superior del Instituto Nacional, bajo el cuidado y responsabilidad del delegado universitario, que a la sazón era el propio Domeyko. Enseguida se preparó un reglamento para implementar su uso y evitar la pérdida de libros e impresos, aprobándose con carácter de provisorio en abril de 1853 (Mellafe, 2001).

A través de un decreto del 4 de mayo de 1852 del Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública, se otorgó a los decanos de la facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile la tuición superior de la Biblioteca Nacional. En ese contexto, uno de estos decanos eleva al ministerio un informe sobre el estado de la biblioteca:

[...] Solo me resta decir a U.S. que la concurrencia diaria a la Biblioteca será de 25 a 30 personas, término medio, en su mayor parte jóvenes que van a consultar las materias que cursan en el Instituto Nacional y a leer periódicos. Dios guarde a u. s.

José Victorino Lastarria.

(Martínez, 1982: 177).

Incluso el catálogo de la Biblioteca Nacional iba acorde con la Universidad:

También el proyecto señala en su artículo 24 la existencia de dos tipos de orden alfa. Respectivo: los de catálogos. El primero, de carácter general, por orden alfabético de autores, de materias y de colocación en los estantes. El segundo, especializado según su género, coincidiendo con las cinco Facultades de que consta la Universidad: 1) Filosofía, Humanidades y Bellas Artes; 2) Ciencias Matemáticas, Físicas y Naturales; 3) Ciencias Médicas y Farmacéuticas; 4) Ciencias Legales y Político-administrativas; y 5) Teología y Ciencias Sagradas (Martínez, 1982: 218).

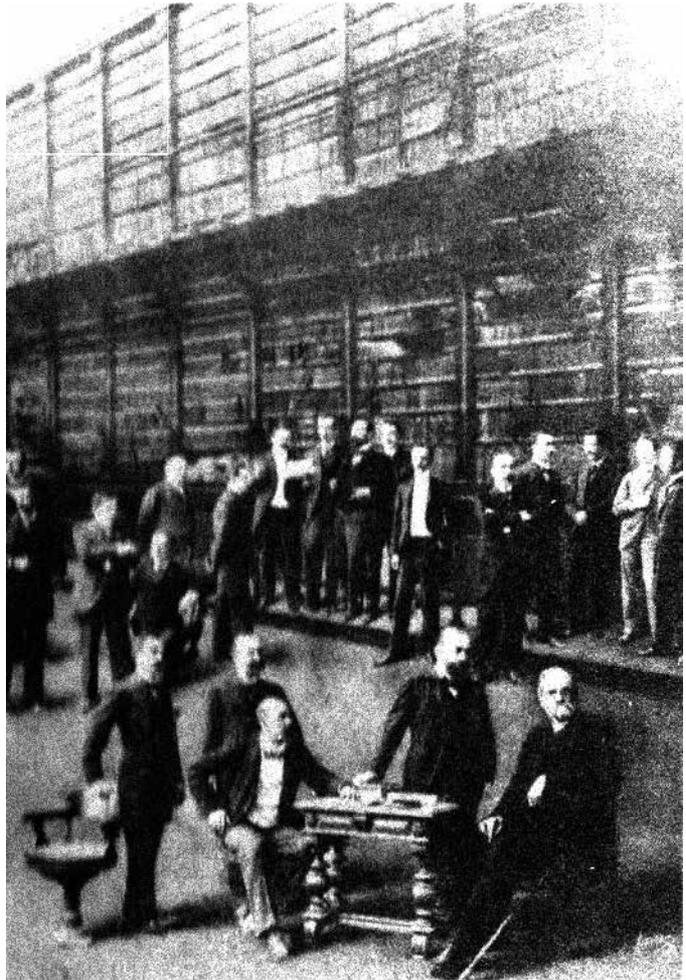


Biblioteca Nacional. La Prensa Periódica, hacia 1900. (Biblioteca Nacional, 2015).

Para acrecentar la colección de la Universidad de Chile, los decanos prepararon listas con las obras más requeridas y, a través de fondos universitarios, se mandaron a pedir obras al extranjero por medio de agentes diplomáticos, o bien a través de personas que estuviesen de viaje. De esta forma, y con los escasos medios con que se contaba, comenzaba a constituirse la colección universitaria por medio de la adquisición de literatura actualizada de aquella época, con la intención de suplir las necesidades que se presentaban en la institución. Ya en 1875 la Biblioteca universitaria era considerada “la segunda del país y la más rica en publicaciones periódicas” (Dirección General Académica, 1983: 11).

Se buscó, debido al impresionante crecimiento que tuvo el material bibliográfico en esa época a causa del intercambio, el traslado de la biblioteca hacia el templo de San Diego de la orden franciscana, esto con el fin de unir la biblioteca del Instituto Nacional y la biblioteca de la Universidad. El gobierno de ese entonces compró la iglesia en 1884, y en 1889 finalmente fue trasladada la biblioteca, con un total de 9.800 volúmenes.

La Biblioteca de la Universidad y del Instituto Nacional, 1902. En primer plano se ve sentado a don Diego Barros Arana. (Dirección General Académica, 1983: 4).



“El bibliotecario Gabriel René Moreno publicó cuatro volúmenes del catálogo de la sección general de ciencias, artes y letras y preparó el primer tomo de los correspondientes a las secciones americana y chilena, aunque este último no llegó a editarse” (Mellafe, 2001)

Luego de ser reinstalada, la biblioteca se amplió con la compra de la Biblioteca Americana, la cual pertenecía al argentino Gregorio Beeche. Esta era considerada como “la mejor y más completa colección americana a manos de un particular”, según Benjamín Vicuña Mackenna. A los diez mil volúmenes de esta se sumó el legado de Joaquín Rodríguez y las obras de la sucesión de Pedro Montt. En total reunía setenta y cinco mil ejemplares en 1921, esto según Rolando Mellafe en su Historia de la Universidad de Chile (2001).

A Gabriel René Moreno lo sucedió Luis Ignacio Silva como bibliotecario. En el año 1929 esta biblioteca fue destruida para crear en el lugar una piscina. Sus valiosas colecciones, con tanto esfuerzo reunidas, se dispersaban así por orden del ministro de educación subrogante, Pablo Ramírez. Fue recién por medio de un decreto establecido

el 14 de diciembre de 1936 que el rector Juvenal Hernández reunió el material disperso bajo el nombre de la Biblioteca Central de la Universidad de Chile (Dirección General Académica, 1983: 12), fijándose fondos para constituir sus colecciones.

En relación con los elementos o materiales propios de la biblioteca, hubo aportes económicos importantes, por ejemplo “el de la Fundación Rockefeller para la compra de estanterías, la adquisición de material bibliográfico, ficheros y el perfeccionamiento del personal a cargo” (Mellafe, 2001). En la formación de esta colección también contribuyeron Alejandro Fuenzalida Grondón y Guillermo y Amanda Labarca, con donaciones.

A partir de 1891 se comienza a formar la biblioteca del Instituto Pedagógico, que luego fue dividida para formar la Biblioteca de la Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, Profesor Eugenio Pereira Salas. En 1891 se establece la biblioteca especializada de Medicina, luego la Biblioteca de la Escuela de Derecho, ambas enriquecidas por las donaciones de las familias de don Gabriel Ocampo, don Pedro Montt y don J. Guillermo Guerra.

A partir de 1930, a raíz de una política de formación de bibliotecas especializadas, se fundaron muchas bibliotecas en la Universidad, en 1960 existían alrededor de 40.

De esta forma, las Bibliotecas de la Universidad de Chile fueron adquiriendo un valor patrimonial en la formación de la nación, no solo por sus profesionales, sino también por albergar dentro de sus colecciones material único en el país, además de cumplir la labor de vincular las diferentes realidades. Una de ellas era la de aquellos que se formaban dentro de esa casa de estudio, que ha sido históricamente la cuna de la clase dirigente de Chile; la otra, la propia de toda biblioteca pública, destinada al individuo que no tuvo los privilegios ni los medios, tanto económicos como culturales, para formar parte de aquella institución, pero que podía de todas maneras acceder a sus recursos.

2.3. El corazón de la universidad: las bibliotecas antes del golpe

Antes del golpe de Estado de 1973, las bibliotecas de la Universidad de Chile eran espacios en los que tuvieron cabida y repercusión los cambios sociales de aquella época con el advenimiento de la Reforma, tanto a nivel de la apertura cultural como en su apertura a nivel social.

Según el decreto N° 159, expedido por Rectoría el 13 de abril de 1938, en esta biblioteca se debía mantener un catálogo de las diferentes facultades e institutos y atender de forma igualitaria a los estudiantes y al público en general. Este decreto sostenía lo siguiente:

Art 4º: La Biblioteca Central atenderá igualmente a los estudiantes y al público y servirá de intermediario entre los lectores y las diversas bibliotecas universitarias, salvo el caso del profesor o estudiante que solicite el libro desde su propia escuela (Marshall, 1953).

El artículo, que es parte del decreto de la universidad, resulta importante ya que apunta que la biblioteca servía de intermediario entre los estudiantes de la Universidad de Chile, la elite intelectual del país, y los sectores que no pertenecían a la universidad. Además de lo anterior, otra de sus funciones sería la conservación de las publicaciones universitarias. Esto tiene relación con lo descrito en el capítulo precedente, acerca del ascenso y la toma de espacios culturales de elite antes impensados por las clases populares. La biblioteca, como parte de la Universidad de Chile, se convirtió en el correlato de los cambios sociales iniciados en la década del 20 en el país, los cuales eran motivados por proclamas acerca de la igualdad para la clase trabajadora y que continuarían en el período de la Reforma, buscando el acercamiento de la universidad con los sectores populares.

Se puede dar cuenta del carácter y el rol que asumiría lentamente la biblioteca en el orden social existente, pasando a ser el nexo o espacio de reunión de individuos de diferentes realidades sociales, políticas y económicas; por tanto, también juega un papel preponderante en la dispersión y democratización del conocimiento y la información para todas aquellas personas.

Además, gracias a las bibliotecas sería posible el enriquecimiento en las diversas áreas específicas, como Ingeniería, Matemáticas, Medicina, Agronomía y Geografía, en temas como la política, la religión, la música, el teatro, la literatura e historia. La Universidad seguía la proclama de lo “universal”, es decir que quien perteneciera a ella debía tener una amplitud de conocimientos para poder aplicar en su área respectiva, considerando para ello los diversos factores existentes. Esto no pretendía la formación de profesionales eclécticos, sino la formación de profesionales con un acervo cultural amplio y pluralista.

La UNESCO nos muestra la realidad de las bibliotecas de la Universidad de Chile en 1973:

La Universidad de Chile, como la mayoría de las universidades latinoamericanas, carece de unidad física. Sus facultades y departamentos están dispersos a lo largo de toda la ciudad. Esta característica ha influido directamente en la formación y desarrollo de sus bibliotecas. No existe en la Universidad un sistema bibliotecario que organice, planifique y coordine los recursos humanos, materiales y bibliográficos disponibles. Esto ha llevado a la creación de bibliotecas de facultades altamente especializadas. En la actualidad alcanzan un total de ciento ocho, más o menos (Arenas, 1973).

Estas bibliotecas contaron además con el servicio de un *bibliobús* que inició sus servicios en octubre de 1968, el cual recorría semanalmente 9 facultades: agronomía, arquitectura, ciencias, ciencias económicas, ciencias físicas y matemáticas, filosofía y educación, medicina, medicina veterinaria y química y farmacia. Su colección base

eran aproximadamente 3.500 volúmenes, 800 diapositivas de arte y 90 partituras, además de discos de música selecta, folclórica y popular.



©Archivo Central
Andrés Bello,
Universidad de
Chile, "Bibliobus".
Colección Archivo
Fotográfico.



Servicio de
"Bibliobús"
de la Biblioteca
Eugenio Pereira
Salas (Guía de
Bibliotecas de la
Universidad de
Chile, 1983: 21).

Una bibliotecaria que trabajó en Geografía en la década de los 70, quien fue exiliada, actualmente vive en Canadá y comenta así su impresión:

“La biblioteca de la facultad era extraordinaria, en cuanto a la riqueza de su colección: en literatura, filosofía, historia, psicología, etc.” (Amanda Contreras).

Sobre el rol que jugaba la biblioteca universitaria durante los años setenta, comentan su visión algunos bibliotecarios:

Clara Budnik en ese entonces hacía clases en la Escuela de Bibliotecología de la Universidad de Chile: “Siento que eran un centro de investigación y conocimiento”.

La biblioteca universitaria siempre ha tenido un rol muy importante en toda la parte social y en la formación de los alumnos. Y hay un cliché que dice que la biblioteca es el corazón de la Universidad, pero la biblioteca debería ser eso. Es decir, a mí me preocupa cuando veo que una biblioteca no está funcionando bien en una Universidad, porque es muy malo. Representa muy mal a la Universidad misma. Ya en el 73, antes del 73, el problema que tuvimos fue un problema económico. Nosotros llegamos a tener 4.000 números de publicaciones periódicas, y después llegamos a 200. Un bajón. Que ahí también hubo un problema que no se puede dejar de decir. En el tiempo que estaba la Unidad Popular, no era cosa que estuviera del otro lado. Gente que estaba en el sindicato de la universidad fue a hablar con la directora, a decirle que sacara todas las revistas de Estados Unidos y de Inglaterra, porque eran el imperialismo. Esa es una cosa un poco anecdótica, llegan a extremos, la polarización de las ideas (Visión de Elfriede Herbstaedt, quien trabajó en la Facultad de Medicina, en la Biblioteca Central de la Universidad de Chile).

“Podía entrar cualquier persona. Había ese ambiente. Acuérdate que en ese entonces era el boom de la literatura latinoamericana, el boom de los ideales, de las ideologías, el sueño del Che Guevara, de Fidel. Estaba también la década de los 50 de Mao Tse Tung, de los pekinistas. Había varios movimientos patriotistas. Era bien inverosímil. Era un mundo bastante rico en actividad intelectual con unos profesores de excelencia, de psicología, de antropología, etc.” (Héctor Gómez, al comienzo de la década del 70, estudiante de la Universidad y posteriormente profesor de la Escuela de Bibliotecología desde 1975 en la Universidad de Chile).

Una bibliotecaria, que fuera presidenta del Colegio de Bibliotecarios en dos oportunidades durante el período de la Dictadura, nos relata:

Yo te diría que las bibliotecas las hacían más partícipes de las actividades que hacían las unidades académicas. Entre el 70 y el 73 empiezan a haber conflictos. Ahora, esto que te dije yo es a principios del 70. La época de la reforma (Marcia Marinovic).

Antonieta Figueroa, bibliotecaria hasta el año 1973 de la Biblioteca de Teatro de la Universidad de Chile, comparte su opinión: “[...] antes del 73 las bibliotecas eran como hoy día. Porque nos hemos ido transformando en eso, pero en menor escala. Por lo menos eso era en la Escuela de Teatro”.

Asimismo, Marlene Miranda, bibliotecaria entre los años 1979 y 1984 de la biblioteca Eugenio Pereira Salas:

Yo creo que antes del 73 estaba la legalidad que permitía que todo funcionara democráticamente. A partir de entonces, surgió ese misterioso síntoma que nos arrastra hasta hoy en día, que todo puede ser censurable de alguna manera, que se pueden manejar los hilos para que todo resulte de tal o cual manera o para que estén de acuerdo a tal o cual situación. Esto permanece hasta hoy en día. Desgraciadamente, aun con todos los años de democracia que tenemos, sigue funcionando. Nació entonces. Hasta antes de eso, inmediatamente después de la Reforma en los setenta, en el año 68 en París, que fue casi paralelo aquí, que era todo bajo el concepto de universalidad. Porque Universidad sigue significando universo, absolutamente todo transversalmente a todo.

Yudy Moreira, estudiante de Bibliotecología entre los años 1970 y 1973, quien desde el año 1972 trabajó en la Biblioteca de Matemáticas de la Universidad de Chile, comenta su impresión sobre el rol de la biblioteca durante esos años:

En ese tiempo con razón la calidad de la Educación era mejor. La cultura con la que tú salías era mucho mejor porque tenías libertad de ampliarte en un tema. Esto quiere decir que la biblioteca universitaria tenía un rol fundamental, porque te ofrecía el acceso a material en texto completo. El rol de la Biblioteca era apoyar los Planes y Programas de Estudio, y mucho más que eso. Tú leías, por ejemplo, “Las reglas del Método Sociológico”, como a mí me tocó leerlo, y corrías a buscarlo después de la clase, y ya estaban todos pedidos. Me dijo el bibliotecario que solo quedaban en francés y le dije que no importaba porque en ese tiempo la cuestión era estudiar en algo. Me prestó el libro y me saqué un 4, pero era mucho mejor esa nota que un 1 al no leerlo. Nada de que “ah no, en inglés no leo”.

A continuación, otros testimonios:

Antes del 73. Te lo puedo decir por cultura general. Yo empecé a estudiar el 73. Entonces yo conocí la biblioteca universitaria, que era la biblioteca que conocí. Era el centro de reunión de la escuela. Había material del que tú quisieras pedir. Y la biblioteca, porque la Universidad de Chile tenía muchas escuelas, estaba abierta a todos los alumnos. Un alumno de la Universidad de Chile podía ir a la biblioteca de Sociología, de Psicología, de periodismo, de Antropología. Y la anterior, pienso que tenía que ser como decían los gringos, que tenía que estar abierta a quien quisiera tener acceso. Recuerdo que hasta Diciembre del 73 los profesionales de Bibliotecología trabajaban 40 horas a la semana o 44, no sé. Trabajaban de 9:00 a

15:00, 15:30 hrs. Era un horario ideal (Ana María Carter, bibliotecaria de la Facultad de Economía de la Universidad de Chile desde 1972).

Las bibliotecas cuando yo era estudiante eran variadas. En la Facultad de Filosofía y Letras, variadas en términos de corrientes de pensamiento. En historia, filosofía, la antropología y la psicología. Realmente una biblioteca muy rica en sus colecciones (Héctor Gómez).

En la Universidad estaba el despelote. Se pasaba en huelga y en algún minuto, ya tirado el 72 y 73, porque yo trabajaba en la casa central de la Universidad de Chile y me vine justamente en ese periodo, en pleno periodo de la Unidad Popular. Curiosamente también me llevó a la Facultad de Agronomía una colega que ya se había venido. Mi jefa de esta biblioteca quería que yo le organizara el departamento de catalogación y clasificación. Yo había terminado más o menos hace un año de estudiar y por lo tanto me entusiasmó mucho la idea de organizar un departamento de catalogación y además era en lo que yo trabajaba. Entonces esta señora, esta colega (voy a utilizar un término antiguo), era momia³. Era radical de derecha, pero en ese tiempo podíamos ser amigas y de hecho éramos unas muy buenas colegas. Conversábamos de lo que estábamos viviendo y ella se mataba de la risa de su candidato que era Alessandri. Quiero decirles eso para que vean el panorama.

Ella me llevó entonces a Agronomía. Llegamos a un departamento con seis catalogadoras, una secretaria y un auxiliar. Bueno, uno conversaba con gente de un lado como de otro. Y allí trabajábamos y estábamos autorizados a ir a las reuniones, por lo tanto uno iba a las reuniones con algunas de las colegas. Éramos tres las que estábamos del lado de la Unidad Popular, y bueno las otras [...] La cosa es que llegó un momento en que la Universidad se paró y empezaron los turnos voluntarios. Íbamos en los buses de la facultad, como la facultad quedaba tan lejos, llegábamos al trabajo y firmábamos. Llegaban los buses e íbamos al trabajo voluntario. Me acuerdo que quedaba en una estación de trenes, no la estación Central, sino una que queda más cerca de Vicuña Mackenna. Ahí era. Ahí llegaba el azúcar [...] las cosas que trasladábamos hacia allá (Eliana Palma, bibliotecaria que trabajaba en la Casa Central de la Universidad de Chile y luego, a partir de 1972, fue catalogadora en la Biblioteca de Agronomía).

“Antes se podían llevar lo que había en la biblioteca y después ya no había la libertad para llevar lo que quisieras, si mal no recuerdo” (Eliana Palma).

Antes del 73 nosotros no tuvimos mucha relación con el personal ni nada, pero nosotros, por ejemplo, hacíamos mucha campaña para reunir libros y llevarlos para estos trabajos voluntarios a las distintas sedes, pero los dejábamos. Nunca hicimos un trabajo de organizarnos. Yo creo que en ese momento la biblioteca

3. Apelativo con el que se llamaba a la gente de derecha durante el gobierno de la Unidad Popular.

universitaria salió hacia la sociedad, hacia la gente con menos recursos económicos (Eva Sanzana, bibliotecaria desde 1977 hasta 1986 de la Biblioteca de Literatura de la Universidad de Chile).

Los bibliotecarios caracterizan el rol que tuvieron las bibliotecas de la Universidad de Chile en las que estuvieron, antes de 1973. Algunas de aquellas características se mencionarán a continuación: “las que mejor estuvieron organizadas”, “Podía entrar cualquier persona”, “Era bien inverosímil”, “más participes de las actividades que hacían las unidades académicas”, “era todo bajo el concepto de universalidad”, “un lugar libre”, “Había material del que tú quisieras pedir”, “estaba abierta a todos los alumnos”, “rica en sus colecciones”, “se participaba más”, “un centro de reunión donde se juntaban, como universidad que era en esa época, todas las clases sociales”, “podían llevar lo que había en la biblioteca y después ya no había la libertad para llevar lo que quisieras”, “salió hacia la sociedad, hacia la gente con menos recursos económicos”. Las bibliotecas, en su mayoría, contaban con el beneplácito de los bibliotecarios de la época que fueron entrevistados, tomando en cuenta lo antes mencionado por ellos.

Sobre el tipo de material existente en las bibliotecas de la Universidad de Chile antes del Golpe militar en 1973, se pueden encontrar distintas visiones, como las que se entregarán a continuación:

“Era una biblioteca pequeña y, con todo, era una biblioteca con mucho material. Era la biblioteca más completa del país en cuanto a teatro se refiere, porque no solamente estaban las obras de teatro, sino que también había mucho material sobre diseño teatral, vestuario teatral y técnicas de teatro. Uno compraba muchos libros en esa época. No sé si ustedes saben de la editorial Quimantú. Publicaba libros, porque el costo de un libro equivalía al costo de un kilo de pan. Entonces uno compraba muchos libros, muchos” (Antonieta Figueroa).

“Las bibliotecas de esa época eran especializadas, su material y sus colecciones eran referentes al tema. Bibliotecología eran diccionarios de Bibliotecología, material de Bibliotecología, era todo el material publicado por la UNESCO, entre otros” (Yudy Moreira).

“Aparte de ser más especializadas, eran más completas. Se adquirían libros. Tú tenías obras en todos los idiomas. Y cualitativamente eran mejores” (Yudy Moreira).

Los bibliotecarios entrevistados definen los contenidos de las bibliotecas en las cuales estuvieron antes del 73 de diferentes maneras: “la biblioteca más completa del país en cuanto a teatro”, “extraordinaria en cuanto a la riqueza de su colección”, “eran más completas”, “cualitativamente eran mejores”. Cabe recordar que la Reforma Universitaria había tenido su auge muy pocos años atrás, por lo que la Universidad de Chile aún estaba bajo la influencia de sus cambios dirigidos hacia la realización de transformaciones a nivel social y sus bibliotecas formaban parte de este proceso.

2.4. El rol del bibliotecario en Chile

“El bibliotecario es un intermediario activo entre los usuarios y los recursos. Es indispensable su formación profesional y permanente para que pueda ofrecer servicios adecuados” (IFLA y UNESCO, 1994).

El bibliotecario, desde el inicio del Chile emancipado, tuvo un papel importante en la construcción de la república y surge de la necesidad. Como lo define Ortega y Gasset, es una “profesión social espontánea” (Ortega y Gasset, 2005: 9). Al formarse la primera biblioteca pública propiamente tal, es el propio O’Higgins a través de un decreto quien nombra a Manuel de Salas, un hombre reconocidamente brillante, como el primer bibliotecario para formar la Biblioteca Nacional:

Santiago, 5 de agosto de 1818.

Deseando formar una Biblioteca pública para el uso de los habitantes de esta capital, he venido en decretar se principie a hacer el catálogo de los libros existentes en la librería de la Universidad, dando para el efecto la comisión necesaria a don Manuel Salas, a quien desde ahora nombro para bibliotecario con el sueldo anual de mil pesos sin descuento alguno. Y para que este establecimiento se perfeccione a la mayor brevedad, debería proponer el mismo don Manuel Salas los medios que estime convenientes para aumentar el número de obras más precisas para la Biblioteca y un Reglamento que deberá observarse por los que usen del beneficio de esta institución y por los que sirvan en ella. Tómese razón de este decreto y publíquese para noticia de todos.

O’higgins.

(Silva, 1951: 40).

En un principio los bibliotecarios no tenían una preparación profesional en Chile. La necesidad de propiciar una nación rica en saber hizo que se nombrara a destacados hombres de letras para dirigir estas instituciones a principios del siglo XIX. Con la inspiradora matriz iluminista concedida al libro por los intelectuales en aquella época, no se escatimó en esfuerzos para que aquellos hombres cumplieran el clásico rol asignado al bibliotecario: guardián del libro cuyas funciones eran adquirir y preservar el patrimonio bibliográfico; gestionar sistemas de almacenaje, adquisición e intercambio y muchas veces crear sistemas de ordenamiento, para facilitar el acceso a la colección a los usuarios. Desde este prisma vemos al bibliotecario como un personaje fundamental para el desarrollo del país, en algunos casos un intelectual y en otras oportunidades personas que por distintas circunstancias habían llegado a estos espacios sin tener nociones de lo que significaba. A medida que Chile fue desarrollando sus instituciones y sus colecciones, la necesidad de un bibliotecario con mayores conocimientos se hizo cada vez más imperativa.

Desde 1936 y hasta 1946, se comenzaron a impartir dentro de la Biblioteca Central de la Universidad de Chile cursos regulares para este propósito, con el fin de capacitar al personal bibliotecario de la época.

Sobre el escaso desarrollo del profesional de la época en 1950, consta el siguiente relato del Dr. Alberto Villalón:

En esa época se produce el paso del no profesional al profesional. Y fuera del ejemplo que yo les conté de Iquique, después averigüé quién era este señor. Era un funcionario público. Es decir, el mozo que barría y que era el bibliotecario. Les estoy hablando de hace muchos años. Les estoy hablando del año 50. Ese era el concepto. Y cuando llegué a la biblioteca de Medicina hay otro ejemplo muy interesante. Todas las funcionarias se llamaban por apellido, menos una que le decían “Panchita”. Y la Panchita se pintaba como un payaso de circo. A mí me intrigó siempre la Panchita, entonces ese primer día hice alfabetizar las revistas. Le dije: “Panchita, tome ese montón de revistas y me las alfabetiza”. Y ella me dijo: “¿alfabetizar?”, sí, alfabetizar, poner en el orden del abecedario. “Yo no sé lo que es eso, señor”. Triste, impactante. Entonces averigüé después, “ah, no se preocupe”, le dije. Ella había sido la empleada doméstica del doctor Acosta, director de la Escuela de Medicina. Y cuando él estaba a punto de jubilar no encontró nada mejor que a su empleada doméstica nombrarla en la biblioteca. Ese era el personal que había en esa época.

Lo anterior da cuenta del nivel de precariedad existente en la preparación del personal que atendía las bibliotecas de la época y la necesidad latente de formalizar la instrucción para dejarla a nivel universitario.

A fines de 1969, en el país había 537 bibliotecarios titulados –cifra considerada elevada si pensamos que esta era una profesión nueva–. Lo insuficiente de esta cifra generó diversos problemas con respecto de la especialidad, y como una forma de solucionar algunos de esos problemas y valorizando en la debida forma la eficiencia profesional, la Ley nro. 14 453 dispuso que era necesario estar en posesión del título profesional de Bibliotecario para ser nombrado bibliotecario en la Administración Pública y en los Servicios y Empresas del Estado (Colegio de bibliotecarios, AG, 2002).

[...] Como les dije, hubo seis que recibieron el cartón de la Universidad de Chile porque entraron a trabajar en las bibliotecas públicas, cuando no les exigían nada. Lo que yo recuerdo en tiempos de Jorge Alessandri, es que hubo una indicación en un proyecto de ley que la gente que no tenía título tenía que salir de la Dirección de Archivos, Bibliotecas y Museos. Yo me opuse. Con ayuda del Rector, que era Eugenio González, le propusimos al presidente de la República eliminar la indicación porque tampoco era justo. Gente que llevaba 20 años trabajando, esperando que los despidieran, porque cuando ellos entraron no había Escuela de Bibliotecología, no había exigencia de ninguna naturaleza. “¿Por qué no esperan que jubilen?, no le hacen mal a nadie”. O sea, el cambio fundamental es ese. Pasar de la persona sin ninguna preparación al profesional que empezó muy modesto. Porque los dos cursos eran de un año y yo los subí a dos, y después los subí a tres, y así. Y estaba

con el director de la Escuela de Ingeniería. Yo estaba planificando un máster, pero que se diera entre la Facultad de Humanidades y la de Ingeniería, para que los cursos de computación se dieran en la Escuela de Ingeniería, a un buen nivel, y no a un nivel de bibliotecario que a veces eran personas de buena voluntad, pero que no conocían mucho el campo. Desgraciadamente vino el Golpe y ahí murió el tema (Alberto Villalón).

Fue en esos años que empezó a gestarse la profesionalización del bibliotecario, con una nueva concepción que radicaba en la formación universitaria.

A fines de 1960 este cambio comenzó a materializarse:

Y entonces la UNESCO me pidió que fuera a hacer una misión a Cuba en tiempos de Batista (todavía no estaba Fidel Castro). Y entonces el rector me dice: “no te puedes ir, porque yo te quiero como mi hijo”. “Sí, yo lo quiero a usted como un padre, pero me voy igual”. Entonces me dijo: “busca alguna manera de que te quedes, ¿cómo te puedo aumentar el sueldo?”.

Entonces yo le propuse, o crear un Instituto de Investigaciones Bibliográficas, o nombrarme el Director de la Escuela de Bibliotecología, que no había sido creada. Funcionaba de hecho (Alberto Villalón).

Y es que a partir de los cursos regulares que se impartieron dentro de la Biblioteca Central de la Universidad de Chile, y en 1948, con los cursos de Edward Heiliger y su señora, la disciplina comenzó a tener el impulso que necesitaba. Sin embargo, y hasta el año 1956, seguía teniendo un carácter episódico.

El hecho es que para nombrarme director de la Escuela de Bibliotecología, había que crear la escuela. Entonces le mandamos un oficio al presidente de la República, que era Jorge Alessandri, ya que como patrono de la universidad tenía que aprobar la creación. Él devolvió el oficio y dijo: “No, estamos en época de vacas flacas, hay que apretarse el cinturón”. Entonces me armé de mis mejores cualidades “cantinflecas” para explicarle al presidente de la República que esta escuela estaba en funcionamiento, pero que se les había olvidado crearla. Entonces, él accedió y creamos la escuela (Alberto Villalón).

Fue así como don Alberto Villalón, un abogado y luego bibliotecario, magíster y único doctor en Bibliotecología en América Latina en ese entonces, se transformó en el primer director de la “recién creada” oficialmente Escuela de Bibliotecología de la Universidad de Chile.

De esta forma se comienza a profesionalizar esta histórica labor. Otro hito importante en esta línea, es que estos nuevos profesionales deciden formar una agrupación para así poder tener representación, incidencia y orientarse de este modo hacia lo que el país necesitaba. En 1951 es cuando comienza sus actividades la Asociación de Bibliotecarios Profesionales de Chile:

Es así como el 12 de julio de 1967, en el Senado del Congreso Nacional de Chile, el Honorable Senador Volodia Teitelboim presenta a la Comisión de Educación Pública la moción que dio inicio al Proyecto de Ley que creó el Colegio de Bibliotecarios de Chile (Colegio de Bibliotecarios, AG, 2015).

Este proyecto de ley fue firmado recién en 1968 tras la entrega de múltiples fundamentos de diversos actores relacionados con la profesión, por los cuales la Asociación de Bibliotecarios debía cesar sus funciones:

[...] la Asociación organizará la elección de Consejeros Generales del Colegio de Bibliotecarios de Chile. Firman los acuerdos de la sesión el 8 de septiembre de 1967, los Honorables Senadores Volodia Teitelboim, Salvador Allende y Edgardo Enríquez. Prosiguen los trámites constitucionales hasta que finalmente, el 3 de julio de 1969, el Ejecutivo promulga la ley, la cual es publicada en el Diario Oficial el 10 de julio de 1969, con lo que se constituye legalmente el Colegio de Bibliotecarios de Chile (Colegio de Bibliotecarios, AG, 2015).

Una situación que con el paso del tiempo se presenta como una ironía de la historia, fue la problemática que generó la existencia de al menos seis funcionarios de la Biblioteca Nacional que habían seguido su curso, y que tenían educación primaria, pero que no tenían secundaria. Relata Alberto Villalón:

Entonces fui a ver al rector y le dije: “Rector, no hallo qué hacer. ¿Cómo le vamos a dar un título de la Universidad a gente que no ha pasado ni siquiera por la secundaria?”. Y Juan Gómez [Millas], que era un hombre mayor que yo, me dijo. “Mira, uno no es responsable del pasado. Dales el título, no va a pasar nada”. Así, por lo menos unos seis bibliotecarios en la Universidad de Chile, que nunca pisaron la Universidad ni el liceo. Pero así se escribe la historia.

Sobre el “rol del bibliotecario” en los años setenta, algunos bibliotecarios dan su visión sobre esta realidad profesional que conocieron durante aquel período:

En ese entonces había una visión un poco clasista de la carrera, que fue cambiando en los 70. En el gobierno de Allende, las Universidades tuvieron muchos más alumnos.

Creo que el bibliotecario de antes tenía, a diferencia del actual, más compromiso social. Quizás debido a que se hacía un análisis de lo que el país requería, y según ese resultado, se creaban carreras y se formaban profesionales. Y desde luego, nuestra misión estaba en concordancia con la misión de la Universidad, que era la formación de profesionales aptos para el desarrollo del país.

En ese tiempo era amplia la educación en Bibliotecología y en todas las áreas del conocimiento. Creo que en ese tiempo era mucho mejor porque profesores como Villalón nos hacían clases, pero eran clases fantásticas, más aterrizadas” (Yudy Moreira). “En la década del 70 el rol del bibliotecario en las universidades, era el rol de facilitador del proceso de aprendizaje, extensión, comunicación, de desarrollar colecciones, de elaborar toda la parte de tecnologías, infraestructura, recursos

humanos. Ese era fundamentalmente el rol con un sentido de la profesión súper altruista, sin fines de lucro. En la década del 70 no había esa mentalidad que actualmente existe, de que algunos servicios de bibliotecas se venden, que tienen un valor monetario. O sea, el bibliotecario de los 70 era un servir por servir, una profesión netamente de servicios y sin fines de lucro (Héctor Gómez).

En ese tiempo ser bibliotecario, no cualquiera era bibliotecario. Era una profesión de elite. Por lo que me tocó ver, yo tenía una compañera que venía de familias muy pudientes que también tenían una cultura bastante afianzada. Y era la carrera que duraba tres años, carrera que se elegía para sacarla rápido, porque se suponía que no requería gran esfuerzo físico. Mental quizás (Ana María Carter).

Yo he sostenido, en una conferencia que di en el Chileno-Norteamericano y que está publicada por ahí, que en la época en que yo fui director teníamos el mejor cuerpo de profesores. En el sentido de que teníamos, por ejemplo, a Elena Watt, que era pedagoga y bibliotecaria; a Luisa Arce, que también era pedagoga y bibliotecaria; María Bustamante era pedagoga y bibliotecaria, Silvia Anabalón era pedagoga y bibliotecaria, Abraham Pimstein tenía cinco años de Derecho, yo era abogado y Doctor en bibliotecas; Moraga, abogado y bibliotecario. Es decir, el nivel de los profesores era muy alto. Y nunca se ha vuelto a tener ese nivel, creo yo.

Felizmente tenemos ahora una carrera de 5 años y existen post grados. Esto demuestra que se ha ido elevando el nivel de preparación, la capacidad del bibliotecario, y esto contribuye a la sociedad. Ahora el problema es que con los nuevos sistemas de información, el bibliotecario tiene que adaptarse (Alberto Villalón).

Mira, lo que te puedo decir es que en esa época buenos libros, maravillosos, en todas partes se vendían libros. Algunos libros no eran en texto completo, eran libros chiquitos como de bolsillo para que uno los llevara a todas partes. “La madre” de Gorki, no era “la Madre” entera, si no que más chiquita. Entonces yo creo que el bibliotecario tenía bastante qué decir y qué hacer, porque a eso se le hacía propaganda. Había cada cosa que después no sucedió. Ahora sí que hemos vuelto otra vez. Yo creo que la labor del bibliotecario era primordial, como te digo. Otras personas u otros bibliotecarios van a hablar mejor porque nosotros estábamos muy enterrados allá en el campo Antumapu. Te quedaba lejos. Treinta años atrás estábamos como muy encerradas (Eliana Palma).

Desgraciadamente, igual que ahora, nunca hemos hecho nada para posicionarnos, para liderar. No hemos trabajado para posicionarnos y ser líderes en este tema tan importante que es la información. Hemos farreado antes, durante y ahora. Ese importante rol que debíamos jugar, lamentablemente, porque hay profesores periodistas, médicos. Cualquiera puede levantarse y hablar con propiedad sobre sus temas y nosotros nunca hemos sido capaces. Y no es un tema de censura, ni de época ni de nada (Marlenne Miranda).

Igual que ahora. No, lo que pasa es eso. Yo creo que esto es personal. Tengo la impresión esa de que si no actuamos como grupo grande, no vamos a hacer nunca

nada, vamos a estar siempre igual. Siempre desconocido, donde bibliotecarios pueden nombrar a cualquier administrativo. Entonces el carácter del bibliotecario de ese tiempo... nosotros luchábamos porque fuera diferente (Elfriede Herbstaedt).

Pero yo creo que el rol no era relevante. Porque cuando yo llegué eran dos personas. Las chiquillas solamente venían a abrir en la mañana, porque solo se dedicaban a hacer el trabajo interno. Todavía no estaba centralizado el procesar. Teníamos que procesar, pegar marbetes, guardar los libros, todo. Y después, cuando llegué yo, al poco andar, las convencí de que nos quedáramos las tres porque necesitábamos abrir la biblioteca todo el día. Pero estábamos para eso, para atender a los alumnos en su información (Marcia Marinovic).

Difícil de que la sociedad reconozca o sepa qué hace el bibliotecario. Siempre se tuvo la impresión, incluso hasta ahora, de que el bibliotecario es el que pasa los libros solamente, y nada más. No había un conocimiento del proceso que se hacía con el material, sino que uno solamente lo veía desde afuera, y era la persona que estaba en el mesón pasando los libros. No conocíamos a nadie más. No había como una diferencia entre el personal administrativo y el bibliotecario (María Elena Aliste).

Es como esa percepción de la persona que puede estar detrás del mesón, o sea que cualquier persona podía estar. Muchas personas no sabían que esto se estudiaba (Eva Sanzana).

Depende del bibliotecario. Yo creo que era visto o es visto dependiendo del profesional. Creo que eso es fundamental. Cuando tú tenías un bibliotecario que se paraba detrás de un mostrador, y diciendo mostrador en el mejor sentido de la palabra, a tratar de dificultarle el acceso a la gente era pésimamente mal visto, porque él creía que se le valoraba por las dificultades que les ponía a los usuarios. Cuando tú tenías un bibliotecario que facilitaba el acceso al libro, era bien visto y valorado. En la medida que los bibliotecarios se han juntado con otros grupos interdisciplinarios han ido ganando (Clara Budnik).

Para graficar el desarrollo, avance y los constantes esfuerzos para la profesionalización de esta labor, elaboramos un cuadro con algunos hitos importantes (Bibliovisión, 1996):

1860	El Gobierno Chileno envía a los primeros Bibliotecarios a estudiar organización de bibliotecas a Europa.
1913	La Biblioteca Nacional comienza, en forma interna, cursos elementales de capacitación en Bibliotecología para sus funcionarios.
1920	El Estado envía a estudiar Ciencias Bibliotecarias en los Estados Unidos a diversas personas, entre ellas a la poetisa Gabriela Mistral.
1922	Augusto Eyquem, funcionario de la Biblioteca Nacional, es designado para estudiar Bibliotecología en los Estados Unidos.
1923-1938	Más tarde, son designados Margarita Mieres y Héctor Fuenzalida.
1942-11	Se realiza en Chile el Primer Congreso Nacional de Bibliotecarios. Una de las conclusiones fue la “necesidad impostergable de establecer sobre sólidas bases de cultura y preparación técnica a la profesión”.
1946	Gracias al aporte de la Fundación Rockefeller, se dictan los primeros Cursos de Bibliotecarios en Chile. Los alumnos son todos funcionarios de las Bibliotecas de la Universidad de Chile. El profesor es el norteamericano Edward Martin Heiliger, quien viene acompañado por su esposa. El curso comprende las siguientes materias: Bibliografía, Referencia, Catalogación, Clasificación Dewey y Administración de Bibliotecas.
1947	Heiliger vuelve a Chile a dictar nuevamente un curso de Bibliotecología.
1947	Estados Unidos concede una beca para estudiar Bibliotecología al abogado chileno Alberto Villalón Galdames a raíz de su tesis elaborada sobre una clasificación del Derecho chileno. En 1948 obtiene el Bachelor of Arts in Library Scienci en la Universidad de Michigan, y el Master of Arts en la misma Universidad al año siguiente.

1949-04-15	<p>La Biblioteca Central de la Universidad de Chile inaugura la Escuela de Bibliotecarios bajo la Dirección del Sr. Héctor Fuenzalida, quien ejerce ese cargo hasta 1957, año en que jubila. El currículo fue desarrollado con base en el trabajo de la srta. Luisa Arce Rovedy. El énfasis fue puesto en Catalogación y Clasificación, Referencia, Bibliografía General, Administración de Bibliotecas, Historia de libros y bibliotecas, Fuentes Bibliográficas de Literatura Chilena e Introducción a la Bibliotecología, más un mes de práctica en una biblioteca asignada.</p>
1949	<p>Dos de sus más prometedoras estudiantes, Luisa Arce Rovedy (quien llegó a ser asistente de Heiliger) y María Eugenia Bustamante Sánchez (posteriormente la directora de la Biblioteca del Instituto Pedagógico), recibieron una beca para continuar sus estudios en la Universidad de Denver, donde recibieron el grado de Master of Art.</p>
1951	<p>Alberto Villalón completa sus estudios de Doctorado en Bibliotecología y vuelve a Chile. Durante muchos años es el único doctor en Bibliotecología de toda América Latina.</p>
1952	<p>Se incorpora como docente de la Escuela el Sr. Dr. Alberto Villalón Galdames.</p>
1955	<p>Los estudiantes formados en la Universidad de Chile establecen la Asociación de Bibliotecarios de Chile, cuyo fin es ser cooperadores en la creación y patrocinio de Bibliotecas en el país.</p>
1958	<p>Asume la Dirección de la Escuela el Sr. Vicente Salas Viú.</p>
1959	<p>Asume la Dirección el Sr. Alberto Villalón Galdames, quien, dentro de sus primeras medidas, reorganiza el plan de estudios de la carrera y lo aumenta a dos años; posteriormente inicia las gestiones para formar oficialmente la Escuela de Bibliotecología, que hasta entonces consistía en cursos dictados bajo el alero de la Biblioteca Central de la Universidad.</p>
1960-11-19	<p>El Ministerio de Educación aprueba oficialmente, mediante el Decreto nº 14.664, el establecimiento de la Escuela de Ciencias Bibliotecarias de la Universidad de Chile. Además, la Escuela se adscribe a la facultad de Filosofía y Educación de la Universidad con un plan de tres años.</p>

1969-03	Después de 20 años de labor, el Consejo Universitario de la época reconoce el nivel universitario de la carrera y de la Escuela.
1969-06	Jubila Alberto Villalón y asume la dirección Abraham Pimstein.
1971	Debido a la reforma Universitaria, se democratizan los cargos, siendo Alberto Villalón el primer director de escuela elegido.
1973	A consecuencia del golpe de Estado, muchos docentes, estudiantes y bibliotecarios fueron exonerados y exiliados, entre ellos el mismo Villalón. También se disolvió el Magister en bibliotecología, que era todo un hito para la profesión.
1973	Es designada interinamente la Sra. Silvia Anabalón.
1976	Sra. Silvia Anabalón se retira de su cargo. En su reemplazo asume Amalia Rodríguez.
1981	La carrera es vista por la sociedad con menor prestigio por sus constantes cierres, deserción de docentes y cesantía. Se produce un gran retroceso desde los primigenios esfuerzos de antaño por profesionalizar esta labor, lo que culmina con la Ley General de Educación que la separa definitivamente de la Universidad de Chile, asignándole un carácter técnico en el recién creado Instituto Profesional de Santiago (IPS).

Se elimina la literatura marxista

— El comandante de la
del Ejército de Chile,
Torres de la Cruz, declaró
públicas de la provincia
más austral de Chile, se
a partir de ayer.

intensa nevada en esta
dos mil kilómetros de
mercado local abrió sus
negocios empezaron a ir nue-
invierno de más de un

de la Cruz declaró que
en la ciudad todos los
lucha pugna política que

caracterizaron a Chile
años.

“Queda prohibida la ci-
de literatura marxista”
agencia AP.

Informó también que
autoridades municipales
derribadas las murallas de ley
político.

El general Torres m-
cambio de Gobierno no a-
dad en esta provincia sure-
funcionarios públicos est-
normalmente, habiendo s-
sus cargos casi la totali-
fiscuales.

~~Capítulo 3~~

EL GOLPE AL LIBRO Y A LAS BIBLIOTECAS

Ha llegado la hora de que
Chile tome un baño purificador.

(El Mercurio, 20 de enero de 1974)

3.1. Comienzo de la “operación limpieza”: desde la destrucción del legado marxista hacia la política cultural de la dictadura

“Misión cumplida.
Moneda tomada.
Presidente muerto”.

Con estas palabras se comunicó el General Javier Palacios con su superior Patricio Carvajal, dando por finalizado el asalto al Palacio de La Moneda y la consumación del golpe de Estado cívico-militar. Con el Presidente de la República fallecido y el símbolo de nuestra democracia destruido por el bombardeo y posterior incendio, también comenzó la destrucción del patrimonio cultural de la nación que, como vimos en el capítulo precedente, costó tantos años y sueños reconstruir. Si bien algunos autores señalan que se podría simbolizar el comienzo de la *razzia* cultural con la destrucción a manos de un soldado del Acta de la Independencia que había sido rescatada del incendio y era resguardada por Miria Contreras. Hasta el momento muy poco se habla y se ha documentado sobre el patrimonio contenido en el Palacio de la Moneda, sin mencionar el edificio mismo con toda su significación. Sin ir más lejos, ya antes de la destrucción del Acta el Palacio había sido dañado por el incendio el Archivo del Ministerio del Interior, cuyos volúmenes sobrevivientes y existentes hoy en el Archivo Nacional de la Administración aún muestran en sus páginas y encuadernación los vestigios del fuego que provocó el bombardeo.

Cualquier hipótesis o premisa que asumiera que los posteriores ataques a la cultura, las artes y al patrimonio cultural fueron hechos perpetrados, desde una visión caricaturesca, por una dictadura latinoamericana producto de su irracionalidad e ignorancia, estaría totalmente alejada de la que fue la lógica y el diseño bélico del régimen en este ámbito. Los conjurados y quienes los sustentaron y apoyaron en el poder tenían claridad y un propósito establecido en una primera fase de la instauración del régimen: terminar con el legado marxista. Queda de manifiesto en la primera declaración de la Junta: “Chile se encuentra en un proceso de destrucción sistemática e integral de estos elementos constitutivos de su ser, por efecto de la intromisión de una ideología dogmática y excluyente, inspirada en los principios foráneos del marxismo-leninismo” (Ministerio de defensa nacional, 1973), así como en las declaraciones del General Gustavo Leigh, quien afirmó que las labores del nuevo gobierno consistían en “extirpar el cáncer marxista”. Identificado y caracterizado desde la hora cero el enemigo interno, los militares comenzaron a implementar de inmediato lo que hoy se conoce como “Operación limpieza”. Así se encargó de manifestarlo *La Tercera*, uno de los dos periódicos autorizados a circular en la capital después del golpe, en su portada del jueves 13 de septiembre:

GIGANTESCA OPERACION "LIMPIEZA" DE EXTREMISTAS

JUNTA MILITAR TOMO EL CONTROL

ASI CAYO

LA



MONEDA

ALLENDE SE
SUICIDO

3^{ra}
de
La hora

SANTIAGO DE CHILE
JUEVES
13 de septiembre de 1973
N° 8.341 AÑO XXIV
PRECIO \$ 20
AEREO DESDE
ANTOFAGASTA-ARICA Y
COYHAIQUE-PTA. ARENAS
PRECIO \$ 22
EL DIARIO DE LA MANSANA
QUE LLEGA A TODOS LOS
HOGARES
EDICION DE 20 PAGINAS

DICE UNO DE LOS BANDOS

**"FF.AA. HAN ASUMIDO DEBER
QUE LA PATRIA LES IMPONE"**

La Operación Limpieza fue un “proceso de instalación, desmantelamiento y control cultural” (Errázuriz, 2012: 14), basado principalmente en la destrucción del imaginario y las expresiones culturales que se identificaron con la Unidad Popular, la izquierda y los sectores sociales que la apoyaron; una intervención y borrado del “legado marxista” que iba desde lo corporal hasta las manifestaciones culturales en sus distintos soportes. Dicho proceso se instaló a través de un discurso político comunicacional enfocado en generar una caracterización de los símbolos y expresiones de la derrotada Unidad Popular como expresión de “lo sucio”, en contraposición a “lo limpio” y la higienización, saneamiento y desinfección que se proponía desarrollar la Junta. Era el primer paso para la sistematización a posteriori de una política cultural del régimen de largo alcance y profundidad, que si bien comunicacionalmente se trataba de mostrar delimitada a aspectos estéticos en apariencia menores como los cortes de pelo de los hombres y el uso de pantalones en las mujeres o el borrado de murales en las ciudades, acciones más vinculadas a lo simbólico, finalmente lo que se buscaba era generar el sustrato de legitimidad para implementar la violencia y el terrorismo de Estado en todos los ámbitos.

Con muchas energías partió la campaña de la limpieza

Con la satisfacción observada en los rostros, cientos de trabajadores y estudiantes se dedicaron en el día de ayer a limpiar las paredes de industrias, colegios, hospitales, sitios erráticos y casas que ultimamente se habían cubierto de propaganda política. Las fatigas se hicieron tempranas y culminaron alrededor de las 18 horas.

Los trabajadores de industrias, en forma voluntaria, se dedicaron a pintar las murallas mientras que los estudiantes escucha en mano y espaldas sacaban los afiches que habían sido pegados en las innumerables campañas de tipo político.

Los estudiantes universitarios y secundarios se repartieron por la capital en grupos. Estaban en Pudahuel, Mariposa y Diagonal Paraguaya. Otros fueron recorriendo Avenida Providencia. Posteriormente irán trasladándose de lugar hasta dejar completamente limpia la ciudad.

Los grupos populares a pintar las murallas rayadas.

Estaban en Pudahuel, Mariposa y Diagonal Paraguaya. Otros fueron recorriendo Avenida Providencia. Posteriormente irán trasladándose de lugar hasta dejar completamente limpia la ciudad.

Los grupos populares a pintar las murallas rayadas.



LAS INDUSTRIAS estatizadas cambiaron de fachada. Ahora se ven limpias de propaganda política.

QUINIENTOS

Los estudiantes se concentraron en la Casa Central de la Universidad Católica en un número aproximado al militar. En dicho lugar se les entregaron los elementos indispensables para la labor que había de realizar. Se les dio pintura, brochas y recipientes para transportar la pintura. Todos iban alegres y felices re realizando una labor de extraordinaria participación en la reconstrucción de la patria.

LOS TRABAJADORES

Los trabajadores tampoco estuvieron ausentes en este proceso. Muy temprano se organizaron grupos de voluntarios para pintar las paredes rayadas. La labor fue difícil, ya que muchas organizaciones políticas, igual cosa se observó en el cementerio. Monarca, Elmetal, Mellado y Salas y casa todas las industrias del cordón de Valparaíso, Macquerna.

En Valparaíso, los trabajadores se sortearon entre un grupo de voluntarios para pintar las paredes exteriores del garage. Los pintores Roman Hernández, Ramon Gálvez, Hugo Contreras y Elias Escobar fueron los agraciados y comenzaron a cambiarle el rostro a su fuente de trabajo.

En San Eugenio, los trabajadores de la Estación Ranuco se adelantaron a este trabajo y pintaron las paredes el sábado pasado. En dicho local funcionaba una bodega de abastecimiento, creada por el pasado régimen y en su interior se observó gran cantidad de alimentos.

LOS PARTICULARES

También en la campaña de



Se borraron letreros y consignas

MINISTRO DE MINERIA

Ordenan reintegro de los despedidos en minerales

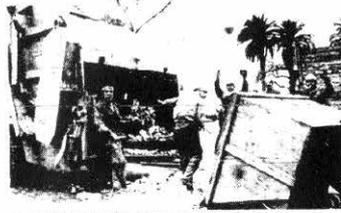
El Ministro de Minería, general subdirector de Carabineros, Arturo Yovane, dictó ayer una resolución en la que dispone el reintegro de todos los funcionarios que, por causas políticas y que no se encuentren sumariados por delito alguno, a las actividades que anteriormente desempeñaban en los minerales de Chuquibambilla, El Salvador, El Teniente,

en los minerales no podrán haber sindicatos paralelos, subrayándose que todos los grupos gremiales participarán en un solo sindicato ya sea de empleados u obreros anteriormente reconocido.

Se hace presente además que ningún derecho adquirido en pliegos de peticiones o leyes especiales anteriores



LOS ESTUDIANTES se repartieron por Santiago y pintaron las murallas que por mucho tiempo fueron el bastión del pensamiento político.



Y JUNTO CON LIMPIAR LAS MURALLAS también hay que sacar la basura.

último el haberse unido y cuando lo pinte, a la semana ya estaba rayado. Me cansé de gastar dinero y paciencia" dijo esperanzado.

EL PÚBLICO

En el centro de Santiago se observó al público aplaudir la campaña de limpieza de la ciudad. Todas las personas aprobaron la medida y lo que es más positivo han señalado que participaran dentro de sus fuerzas en esta campaña.

Con muchas energías partió la campaña de la limpieza. *La Tercera*, 18 de septiembre de 1973, p. 5.

Piden brochas y pinturas para campaña de limpieza



LOS ESTUDIANTES de la UC piden brochas, pintura y otros enseres para proseguir con la brillante campaña de

"Piden brochas y pinturas para campaña de limpieza". La Tercera, 20 de septiembre de 1973, p. 17.

Hoy se reanudan en forma oficial las actividades académicas de la Universidad Católica. El vicerrector académico de esa casa de estudios, profesor Enrique Kubic, informó que la reanudación de las clases está vinculada a la decisión que tome la Junta de Gobierno, en torno a las clases de los establecimientos dependientes del Ministerio de Educación. Hoy —ayer— por haber sido declarado día hábil, Universidad Católica tiene en funcionamiento su sistema administrativo.

Por su parte la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica continúa en su tarea de embellecimiento y ornato de la ciudad de Santiago. Hoy más o menos 150 estudiantes se han dispersado a lo largo de los tajamares del río Mapocho a fin de borrar los letreros y repintar muros. Sobre el particular, la FEUC hace a la ciudadanía una solicitud. "Están faltando materiales, por lo que se pide la colaboración en brochas, pintura, cal y tarros. Esta es la principal dificultad que tienen los estudiantes católicos, que han agotado su stock de material. La próxima tarea es el llamado cordón Vicuña Mackenna donde hay muchas consignas políticas que borrar y muchos miles de litros que pintar. La ayuda está siendo recibida por la FEUC en la Casa Central de la Universidad Católica."

Gigantesca Operación Limpieza

Centenares de estudiantes, obreros de casa, obreros, y empleados participan en una gigantesca "operación limpieza" en la capital, limpiando todos los muros de los edificios y los muros manchados de consignas y propaganda política.

El Alcalde de Santiago, Coronel R. Hernán Sepúlveda Castro, pidió vivamente esta labor de la comunidad.

"El Departamento de Aseo, de la ciudad está efectuando una labor voluntaria y sacrificada para darle a Santiago un rostro nuevo, limpio y remozado. Poco a poco, sin este extraordinario esfuerzo de la ciudadanía, principalmente de los jóvenes, esa tarea habría sido más lenta y largamente cumplir. Creo que este es un ejemplo espléndido de lo mucho que puede colaborar la comunidad con las autoridades".

FEUC

El principal esfuerzo privado para la limpieza es dirigido por la Federación de Estudian-

tes de la Universidad Católica (FEUC). Lecciones de jóvenes salen todas las mañanas hacia todos los sectores de la ciudad, con brochas y tarros de cal.

Otros vecinos, con sus propios medios, se encargan de limpiar el frente de sus mismas casas o las murallas vecinas.

En la mañana de ayer, Elisa Contador, una dueña de casa de 38 años, cinco hijos, estaba con dos de ellos, Mario de 12 y René de 10, trabajando afanosamente en borrar la propaganda en la tercera cuadra de Vicuña Mackenna.

"Esto estaba increíblemente sucio, señaló a "El Mercurio". Ahora ya se ve un poco más decente. Esperemos que pueda mantenerse así".

Un poco más allá, en Marcoleta, Julio Vega, jubilado de 60 años, echaba una mano de pintura blanca a una muralla. "Da gusto como está quedando ahora la capital", señaló en una pausa del trabajo.

ESTUDIANTES

En la Costanera, entre los

puentes Pío Nono y Arzobispo, trabajaba afanosamente un grupo de muchachas, algunas universitarias y las otras alumnas de las Monjas Ursulinas, Contestaron así a un reportero de "El Mercurio".

Mercedes Echenique, 14 años: "Estamos pintando para borrar todos los vestigios de politiquería. Y para celebrar que de nuevo Chile es un país libre".

Elvira Fontaine, 16 años: "Somos un grupo de amigas que nos reunimos para ayudar a limpiar la ciudad. Ayer trabajamos de 10 de la mañana a 3 de la tarde. Hoy lo haremos hasta que se nos acabe la pintura. Para nosotras, ésta es la mejor manera de mostrar nuestro repudio para las consignas políticas".

Angélica Zanartu, 16 años: "Aquí estamos, tratando de reconvertir a Chile en algo limpio".

Su hermana, Patricia, de 17 años, agrega: "Santiago era la capital más sucia del mundo."

La forma como estaban las murallas era realmente asqueroso. Nosotras estamos todas felices haciendo esto. Es nuestra manera de cooperar con el nuevo Gobierno".

Todas las entrevistadas pertenecían al colegio de Las Monjas Ursulinas. Ahora, algunas universitarias:

Josefina Lira, 19 años, alumna de Economía de la Universidad de Chile: "Hacemos esto por nuestra patria. Es nuestro granito de arena en la reconstrucción de Chile".

Teresa Fontaine, 18 años, alumna de Historia en la Universidad Católica: "Todos debemos colaborar con la reconstrucción del país. Toda la juventud debe hacerlo. Yo creo que esto es un buen comienzo".

Gloria Parro, 19 años, alumna de Derecho de la Universidad Católica: "Aquí estamos haciendo algo muy simple. Contribuimos a borrar todo vestigio del marxismo".

"Gigantesca operación limpieza". El Mercurio, 21 de septiembre de 1973 p. 21.

Llama la atención que la mayoría de las dictaduras latinoamericanas que se impusieron en los otros países del Cono Sur (Argentina, Brasil, Bolivia, Paraguay, Uruguay) tuvieron también un accionar similar en el ámbito cultural. Algunos autores afirman que: “[...] todos los países de la región contaron con características represivas similares, lo cual abona la teoría de la existencia de un plan sistemático en cuanto a la represión cultural, tal vez apoyado también en el denominado ‘Plan Cóndor’” (Bossié, 2009).

Se puede ver esta equivalencia y coincidencia, por ejemplo, en lo que en Argentina fue la Operación Claridad, que buscaba los mismos propósitos y que, en palabras del mismo dictador Videla:

[...] no solamente es considerado como agresor el que agrede a través de la bomba, del disparo o del secuestro, sino también aquel que en el plano de las ideas quiere cambiar nuestro sistema de vida a través de ideas que son justamente subversivas [...] el terrorista no solo es considerado tal por matar [...] sino también por activar, a través de ideas contrarias a nuestra civilización occidental y cristiana, a otras personas [...] (Bossié, 2009).

Por cierto, aunque no sea posible establecer con claridad que haya existido una coordinación supranacional o una coordinación de aparatos represivos, como sí aconteció con la Operación Cóndor, existe un denominador común a todas las dictaduras latinoamericanas y a la vez matriz ideológica del accionar de estas: la Doctrina de Seguridad Nacional:

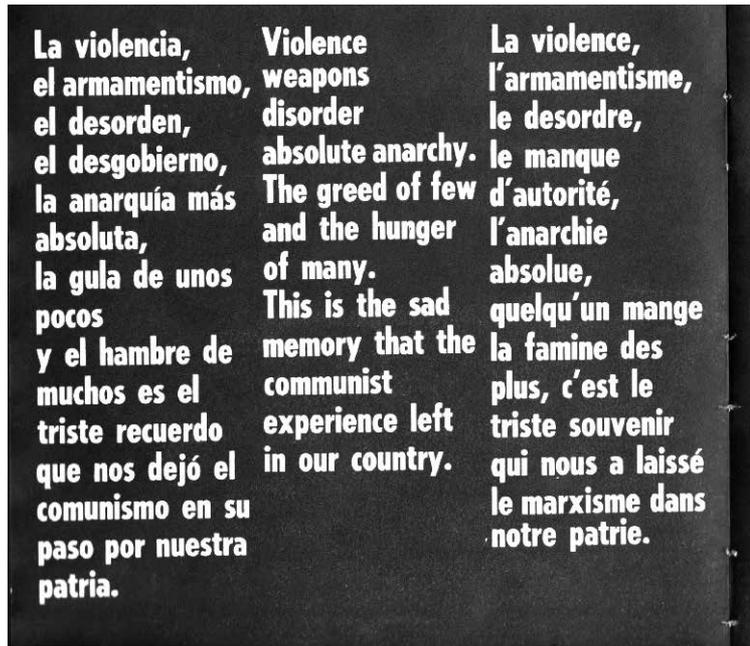
[...] desde los comienzos del régimen, la teoría de la seguridad nacional [...] estuvo ligada a la preocupación por controlar los libros y por limitar la libertad de expresión. La seguridad nacional no solo se refiere a la defensa frente al ataque externo. Conciérne también a la defensa del orden interno contra la penetración de ideas subversivas del exterior (Somarriba, 2003).

La doctrina de la Seguridad Nacional, central en la ideología castrense adaptada al mundo polarizado de la guerra fría, proponía la existencia de un enemigo interno que buscaba subvertir el orden por cualquier medio a su alcance, y a las Fuerzas Armadas como inmunes a los intereses particulares que agrietaban la unidad nacional con discordias sociales e ideológicas (Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, 2004).

Al respecto, el Informe Valech señala que desde esa perspectiva:

[...] la represión era la respuesta legítima a una subversión manifiesta o larvada y estaba eximida de respetar los derechos humanos de personas que se sustraían motu proprio de su titularidad, al engrosar las filas del enemigo. Éste no era otro que el marxismo, ampliamente entendido, hasta el extremo de abarcar, al menos en los meses inmediatos al golpe militar, a toda persona sospechosa de resistirse a la dictadura, sobre todo en virtud de su compromiso con el proyecto político de la Unidad Popular. (Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, 2004).

Una página del libro *Chile, ayer y hoy*, publicación de la Editora Nacional Gabriela Mistral que trataba de mostrar los contrastes entre el Chile “caótico” de la UP y el marxismo y la paz social que buscaba identificarse con la dictadura.



La Junta Militar:

Se autodeclara antimarxista, y esto implica a su juicio no una polémica ideológica, lo que sería legítimo, sino un comportamiento bélico, [de modo que] procedió a ordenar la destrucción de todos los diarios, revistas, libros, banderas, retratos o símbolos que tuvieron –a juicio de los soldados– alguna relación con aquellas ideas (Rama, 1974).

Así quedaba explicitado que el alcance de la mano purificadora de la dictadura debía extenderse hasta alcanzar todos los espacios de la sociedad, incluidos los del libro y las bibliotecas, y que bajo el enfoque de la Doctrina de la Seguridad Nacional ocupaban un papel significativo.

En cada acción y discurso del régimen se pueden observar estas premisas, así como la búsqueda incesante por generar una legitimidad basada en el miedo, la coerción y la negación del otro. Lo que desde otra perspectiva Naomi Klein caracteriza como “doctrina del *shock*”, o la manera en que se implantó en Chile un modelo de capitalismo construido en base a un *shock* político y económico para establecer un modelo de sociedad que sería imposible de establecer en condiciones de normalidad democrática.

De esta forma, la operación limpieza no fue otra cosa que la implementación de la doctrina del *shock* en el ámbito cultural, cuyos objetivos eran simplemente destruir la memoria, generar psicosocialmente “desorientación, miedo y ansiedad agudas, y una regresión colectiva” (Klein, 2007). Fue la búsqueda para consolidar una sociedad en estado mental de tabla rasa en la que fuera posible reescribir su historia y su forma de pensar gracias al trauma provocado.

Posterior a la limpieza inicial, en el ámbito cultural se observó el mismo patrón de evolución que en otras áreas, desarrollándose un tránsito de una etapa abiertamente terrorista a una dictatorial institucionalizada. Y si la preocupación en un primer momento fue borrar toda huella del pasado, en una segunda etapa se buscó sistematizar la refundación del ser chileno a partir de una política cultural del régimen.

En este contexto, Enrique Campos Menéndez (director DIBAM 1977-1986) fue nombrado asesor cultural de la Junta mediante el decreto ley 804, con el objetivo de crear una política cultural que expresara los objetivos y la obra restauradora del régimen, así como los verdaderos valores del ser chileno que habrían sido distorsionados por el marxismo imperante antes de la Junta:

La actividad cultural chilena requiere un proceso de revisión de las bases sobre las cuales se ha desarrollado y, para ser más exactos, de una reformulación integral de dichas bases.

Es efectivo que el desenvolvimiento cultural en nuestro país no ha seguido más pautas que las dictadas espontáneamente por quienes lo han enriquecido, salvo el caso del trienio 1970-1973, en que el marxismo intervino, orientó y manejó la creación cultural chilena ajustándola estrictamente a los cánones que estuvieran de acuerdo con sus objetivos políticos (Asesoría Cultural de la Junta de Gobierno, 1975: 9).

Siguiendo con los cánones de la Doctrina de Seguridad Nacional, frente a la tesis de la intervención extranjera por intermedio del marxismo criollo, se estableció la necesidad de perfilar una política cultural que ensalzara los valores de la chilenidad, del verdadero “ser chileno”. Llamen la atención tales afirmaciones y énfasis discursivo cuando, en la práctica, el origen y pauta del accionar de la Junta estuvieron basados en una doctrina creada por una potencia extranjera, como señaló el General Carlos Prats en sus memorias:

Respecto del enemigo interno, prevalece cada vez más la opinión de las personas que han participado en cursos dados por la Escuela de la Américas y otros organizados por el Pentágono [...] muchas de las opiniones de estos [soldados] responden a los estereotipos e ideas que les fueron inculcadas en esos cursos: convencidos de que están liberando al país del “enemigo interno”, han cometido un crimen que solo puede explicarse por su ingenuidad, su ignorancia y su visión política de corto alcance [...] Yo solía decir al Presidente que deberíamos enviar a nuestros oficiales a conocer la realidad de los países de Europa, África y Asia, no para que copiaran o imitaran a sus Fuerzas Armadas, sino para que ampliaran sus horizontes y entendieran [que] el mundo no empieza ni termina en las Escuelas del Pentágono (Prats, 1985).

Y sumado al ensalzamiento de valores nacionalistas, se indica además que Chile, por su historia, participa en la cultura occidental y cristiana. Y que esos marcos culturales dan como resultado que:

[...] algunos de sus pilares básicos son la concepción del hombre como un ser dotado de espíritu y, por ende, de derechos naturales anteriores y superiores al Estado, la vigencia real de la virtud de la justicia en las relaciones sociales, el principio de la subsidiaridad, etc. (Asesoría Cultural de la Junta de Gobierno, 1975: 21).

Es poderosamente llamativo que una política sectorial comience a instalar en 1974 lo que sería uno de los principios básicos del nuevo andamiaje institucional impuesto en la Constitución del 80: el Estado subsidiario. Y, sin embargo, es la principal expresión de que la “operación limpieza” fue desarrollada con el fin de modificar los patrones culturales para contribuir desde ese ámbito a la instalación a posteriori del modelo neoliberal en Chile y la hegemonización de toda la sociedad en función de ese modelo como único sentido común, como único horizonte posible. Es la combinación de los dogmas de la Escuela de las Américas con la Escuela de Chicago que, coincidentemente desde la década del 50, formó a militares y economistas respectivamente, a unos en la técnica y la profesionalización de la tortura y la coerción para ganar la guerra sucia, a otros en la teoría económica más fundamentalista del siglo xx que tenía a los golpes de Estado y a los desastres como principal herramienta para su instalación. En este contexto, el libro y las bibliotecas también fueron terreno de experimentación y pasaron a ser un enemigo infame, sumándose ambas doctrinas al autoritarismo intrínseco de nuestras elites dominantes, a nuestra matriz autoritaria en constante pugna con la matriz iluminista. Desde esa perspectiva es posible comprender el furor biblioclasta de la dictadura, en el que, por una parte, los libros eran considerados una peligrosa herramienta de transmisión de ideas subversivas y parte del arsenal bélico de la amenaza marxista (“se encontró numerosa literatura marxista, armas y municiones”) y, por otra, que el Estado interviniera en la economía y en garantizar derechos fundamentales, como el derecho a la lectura a través de una editorial estatal, no era posible en la distopía neoliberal de Milton Friedman.

3.2. El furor biblioclasta de la dictadura

“Ahora en una provincia del país se ha dictaminado la prohibición de la circulación de la literatura marxista. ¡Cómo van a chillar los comunistas del mundo!” (“¿Y qué dejaron?”, 1973).

A días del golpe, Fernando Kri, en su artículo “¿Y que dejaron?”, se vanagloriaba de las medidas represivas que había comenzado a establecer el régimen. Ya para esos días, con la Junta instalada y su cruzada restauradora desatada, el libro y las bibliotecas habían comenzado a sufrir los embates al mismo tiempo que miles de chilenos y chilenas eran detenidos, torturados y asesinados. Los libros eran, bajo la mirada de los militares y su diseño bélico, prácticamente un arma. Un arma que en manos de los marxistas podía permitir que la propagación de sus ideas continuara, un arma que podía permitirles mantener viva la memoria del proceso anterior. También representaban, dentro del cuerpo social, un nudo convocante de la memoria, la imaginación

y de un pensamiento crítico, en fin, una de las barreras que era necesario derribar para generar, a través del miedo, una tabla rasa en la que la Junta pudiera introyectar su proyecto restaurador. Por ello, la censura adquirió en esta etapa de la dictadura una intensa lógica terrorista, buscando atacar en extensión y profundidad toda la cadena del libro, incluidas las editoriales, las bibliotecas, los escritores, los lectores. A medida que se fue consolidando e institucionalizando, la dictadura pasó del furor biblioclasta inicial a institucionalizar las formas de censura clásicas que utilizan los regímenes autoritarios a la hora de controlar y canalizar el poder de la palabra escrita. La censura en todas sus formas fue una de las herramientas del terrorismo de Estado que se instaló a partir de entonces en Chile.

La biblioclastía es aquella práctica, desarrollada a lo largo de la historia, de destrucción abierta y masiva de libros y bibliotecas, ya sea con el fin de generar miedo, negar la existencia del otro o destruir el legado cultural de grupos sociales y políticos, religiosos, étnicos o incluso naciones enteras. En palabras de Nuria Amat, se trata de: “[...] en un estado imaginario (pues afortunadamente el libro admite hoy duplicados) arrasar con todos los conocimientos vivos de la humanidad” (Bossié, 2008).

Según Humberto Eco, existen tres formas de biblioclastía:

[...] la biblioclastía fundamentalista, la biblioclastía por incuria y aquella por interés. El biblioclasta fundamentalista no odia los libros como objeto, teme por su contenido y no quiere que otros los lean. Además de un criminal, es un loco, por el fanatismo que lo anima. La historia registra pocos casos excepcionales de biblioclastía, como el incendio de la biblioteca de Alejandría o las hogueras de los nazis. La biblioclastía por incuria es la de tantas bibliotecas italianas, tan pobres y tan poco cuidadas, que a menudo se transforman en espacios de destrucción del libro, porque una manera de destruir los libros consiste en dejarlos morir y hacerlos desaparecer en lugares recónditos e inaccesibles. El biblioclasta por interés destruye los libros para venderlos por partes, pues vendiéndolos así obtiene mayor provecho. Imaginemos que un bellissimo atlas del siglo XVI, con doscientos cincuenta mapas hechos a mano, cueste cien mil dólares. En general, el librero honesto sólo vende mapas si los ha encontrado por separado o los ha extraído de copias incompletas, que solo sirven para el destroz. Pero si un comerciante deshonesto destroza el atlas de cien mil dólares y vende por separado los ciento cincuenta mapas, incluso a setecientos cincuenta dólares cada uno, ha ganado doscientos cincuenta mil dólares (Eco, 2001).

En ese sentido, claramente se podría caracterizar a la dictadura dentro de la primera categoría. Pero, además, la extensión y profundidad que alcanzó su acción permitió que a su vez se fueran manifestando las otras dos formas de biblioclastía por la destrucción, el deterioro o liquidación de bibliotecas, o bien por el saqueo y el robo de patrimonio bibliográfico, como sucedió con las bibliotecas de la Universidad de Chile.

Es posible señalar que la Operación Limpieza que llevó a cabo la dictadura se materializó en este ámbito en un auténtico furor biblioclasta que, combinando desde el comienzo la destrucción abierta de literatura con el comienzo de formas de censura más sofisticadas, daría paso a una posterior institucionalización de esta práctica. Las

hogueras, las piras de libros y la censura fueron un dispositivo del terror por parte de la dictadura y la expresión de una matriz autoritaria de carácter histórico en nuestro país, presente en el alma de las elites criollas y de los sectores autoritarios. El libro fue un objeto peligroso en Chile desde la época colonial. Fue temido y perseguido por los realistas durante las luchas por la independencia, por las élites de la república autoritaria, por los antibalmacedistas después del triunfo de la contrarrevolución, por las fuerzas pro gobierno de Juan Luis Sanfuentes que asaltaron el local de la FECH en 1919 y que torturaron hasta la locura al poeta José Domingo Gómez Rojas; por Carlos Ibáñez del Campo, cuando censuró a Gabriela Mistral, por Gabriel González Videla cuando persiguió a Neruda, por el capitán Pinochet en el campo de concentración de Pisagua en 1947. De esta manera, los conjurados llevaron esta tendencia histórica y estas prácticas a otro nivel, perfeccionándolas.

Ya en los días 13 y 14 de septiembre es posible encontrar en la prensa vestigios del inicio de la biblioclastia fundamentalista de los militares, y también de la extensión en todo el territorio nacional de esta. El Comandante de la Quinta División del Ejército de Chile, General Manuel Torres de la Cruz, señala como principal evidencia de la normalización de las actividades en Punta Arenas y la provincia de Magallanes la “eliminación de la literatura marxista” (“Se elimina la literatura marxista”, 1973):

NORMAL ACTIVIDAD EN PUNTA ARENAS

Se elimina la literatura marxista

PUNTA ARENAS.— El comandante de la Quinta División del Ejército de Chile, general Manuel Torres de la Cruz, declaró que las actividades públicas de la provincia de Magallanes, la más austral de Chile, se habían normalizado a partir de ayer.

En medio de una intensa nevada en esta ciudad a más de dos mil kilómetros de Santiago, el comercio local abrió sus puertas y los escolares empezaron a ir nuevamente a sus colegios luego de unas forzadas vacaciones de invierno de más de un mes.

El general Torres de la Cruz declaró que procurará eliminar en la ciudad todos los restos de la intensa pugna política que caracterizaron a Chile en estos últimos años.

“Queda prohibida la circulación y venta de literatura marxista”, dijo según la agencia AP.

Informó también que ha ordenado a las autoridades municipales la limpieza de todas las murallas de leyendas de tipo político.

El general Torres manifestó que el cambio de Gobierno no alteró la tranquilidad en esta provincia sureña y que todos los funcionarios públicos estaban trabajando normalmente, habiendo sido ratificado en sus cargos casi la totalidad de los jefes fiscales.

Este plan se habría efectuado mediante un decreto emitido por la Gobernación Provincial de Magallanes, que prohibía la distribución, circulación y venta de cualquier tipo de literatura marxista, lo que fue el sustento para que, entre otras acciones represivas, fuera allanada la sede regional de la Universidad Técnica del Estado, que según palabras de Torres de la Cruz, más que una casa de estudio resultaba ser una universidad de "concientización marxista". Irónicamente termina afirmando que "mañana o pasado haremos una linda exposición de la literatura subversiva que encontramos en la UTE" ("Prohibida toda la literatura marxista", 1973: 2).

Porvenir y Puerto Natales. deberá hacer entrega de ellas a las Unidades de las Fuerzas Armadas más próximas, dentro del pla-

de radodifusoras. la Junta emitió el siguiente texto: "Cuando el gobierno marxista de Salvador Allende, la Junta Militar

"La Junta toma el Poder Ejecutivo y el Poder Judicial. Las Cámaras quedarán en receso hasta nueva orden".

Prohibida toda la literatura marxista

Un decreto prohibiendo la distribución, circulación y venta de cualquier tipo de literatura marxista emitió ayer la Junta Militar de Gobierno Provincial.

Además, se prohibió también todo tipo de propaganda política en lugares y servicios públicos, sea ésta de cualquier partido. En la propaganda política se incluyen los afiches, como los del "Che Guevara", "Fidel Castro" y otros.

ALLANAMIENTO

En la tarde, se practicó un exhaustivo allanamiento a la sede regional de la Universidad Técnica de

Estado. El general Torres manifestó a los periodistas que aun no tenía el resultado oficial de la operación, pero que podía anticipar que la UTE más que una casa de estudio, parecía una universidad de concientización marxista.

"Mañana o pasado—concluyó—haremos una linda exposición de la literatura subversiva que en-

contramos en la UTE".

LIMPIEZA

Por otra parte, se tuvo conocimiento que la Junta emitió otro decreto, por el cual se ordena a la Municipalidad limpiar las murallas de la ciudad, eliminando toda la propaganda política que en ellas se encuentra pintada.

CITACION ASAMBLEA

COMPANIA DE SEGUROS "LA AUSTRAL"

Citase a los señores Accionistas a Asamblea

Al otro extremo de Chile, en Antofagasta, la Policía de Investigaciones se suma a la cruzada, caracterizando a libros y revistas como medios probatorios del accionar de grupos terroristas e incautándolos ("Se incautan libros marxistas", 1973):

y el puritanismo.

Producida la inevitable y

demonstraciones de apoyo y
confianza que he recibido,

Se incautan de libros marxistas

ANTOFAGASTA. Libros, revistas y folletos marxistas en gran cantidad han sido incautados por funcionarios de Investigaciones en diversos allanamientos.

La policía civil además se ha incautado de una caja de dinamita, de tres rollos de guías y numerosos detonantes.

Por esto último, la policía detuvo a tres individuos, los que fueron entregados a la Justicia Militar.

A su vez, la policía, en acción conjunta con fuerzas militares, ha detenido a 254 personas, en su mayoría ex prisioneros del Gobierno derrocado. Cuarenta y siete de estas personas ya fueron entregadas a la justicia militar.

Por otra parte, 23 extranjeros han sido puestos en la frontera. Un cubano que tenía armas y propaganda política fue entregado a la Justicia Militar.

de din
Para
de Inv
captur
dos en
que fu
como
sociali
Cortés
Díaz
Octavi
sociali

E

Dos
tas del
por las
la cit
cuando
que se
patrull
pista q

El golpe de Estado vino desde Valparaíso y, como ha sido una tendencia histórica, la Armada estuvo encabezando el alzamiento e iniciando las operaciones. Tempranamente la Armada tomó control de la ciudad y de Viña del Mar. La virulencia con que se desató la represión tuvo su correlato en la destrucción y censura de libros, bibliotecas públicas, universidades y en el miedo que se apoderó incluso de quienes atesoraban colecciones personales y tuvieron que deshacerse de ellas de múltiples maneras por el temor a ser descubiertos con libros catalogados como peligrosos o subversivos.

En *El Mercurio de Valparaíso* es posible encontrar las huellas del accionar desatado. El domingo 16 de septiembre se informa que la Armada desarrolló una operación limpieza a gran escala dirigida a las librerías consideradas propiedad de "izquierdistas". Camiones de prefectura militar allanaron y requisaron miles de libros y folletos sobre comunismo, la mayoría de procedencia de la Editorial Quimantú y de editoriales cubanas. El shock comenzó a surtir efecto cuando el miedo se apoderó de la ciudadanía y se desató el abandono de libros y colecciones en las calles ("Marxistas asustados abandonan libros y textos en las calles", 1973).

ACTIVIDAD NORMAL EN VALPARAISO. Los tranqui- los mo- adores de las casas afectadas en un comienzo se inquietaron con estos "depósitos" hechos a la sombra de la noche, pero posteriormente se han organizado por sectores y han preparado grandes fogatas para quemar estos libros que fueron distribuidos por miles en las provincias de Valparaíso, y cuyos principales depósitos están siendo ubicados por la Intendencia.

ABANDONAN LITERATURA Pero no solo las librerías del ramo se están deshaciendo de los textos con doctrina y filosofía marxista. En las calles, principalmente en la Avenida Baquedano, partes altas y pie de cerros, centenares de comunistas, socialistas y otros proclives de la Unidad Popular, están "abandonando" sus literaturas hasta hace poco predilectas, y es así como cientos de folletos y libros concientizadores están siendo abandonados por sus dueños marxistas en las puertas de casas o en las aceras como una manera de deshacerse de esta literatura

Reintegran a bancarios

Minuciosa revisión
La Biblioteca era centro de literatura marxista

La revisión de los libros de la biblioteca municipal de Valparaíso se está haciendo en forma minuciosa. Los libros que se encuentran en la biblioteca son de diversa índole, pero la gran mayoría son de literatura marxista. Los libros que se encuentran en la biblioteca son de diversa índole, pero la gran mayoría son de literatura marxista.



La biblioteca municipal de Valparaíso se está haciendo en forma minuciosa. Los libros que se encuentran en la biblioteca son de diversa índole, pero la gran mayoría son de literatura marxista.

El jueves 20 de septiembre se detalla la intervención en la Biblioteca Municipal Benjamín Vicuña Mackenna de Viña del Mar por orden expresa del delegado de la Junta Militar ante la Municipalidad, Almirante Luis Urzúa Merino. Se inició la revisión de las estanterías y el retiro de todo el material bibliográfico identificado como literatura concientizante y marxista. Para ello se encomendó la tarea a Manuel Blanco Valverde, quién fue secundado por personal municipal ("La biblioteca era centro de literatura marxista", 1973).

El viernes 21 se informaba del allanamiento de la Universidad Técnica Federico Santa María y del hallazgo de una cantidad de libros que impresiona: 9 toneladas de literatura marxista: "9 toneladas de volúmenes de abierta concientización marxista, han sido reunidos hasta ahora en la Universidad Técnica Federico Santa María, según informó el jefe del sector militar de El Barón, Capitán de fragata Valverde" ("Nueve toneladas de libros marxistas en la USM", 1973). Llama la atención la cantidad de material bibliográfico que habría sido requisado, ya que estaríamos hablando de decenas de miles de libros. En el artículo se detalla además que:

Durante los completos registros que se vienen efectuando en ese lugar, destinados a devolver a dicha universidad su calidad de verdadero centro cultural y de enseñanza superior, se han encontrado las más amplias cantidades de literatura marxista. Hasta ahora han sido retiradas varias camionadas de libros y folletos, y se continúa en la revisión de diferentes dependencias de ese establecimiento de enseñanza superior, por lo que se estima que aún se reunirán varias toneladas más de libros de concientización comunista ("Nueve toneladas de libros marxistas en la USM", 1973).

De esta forma queda graficada la manera en que veían los militares a las universidades y cómo, desde los primeros días, se fue perfilando su intervención, a partir de su visión de estas como verdaderos centros de concientización que era necesario limpiar para devolverlos a la verdadera naturaleza de su rol; cómo consideraban a las bibliotecas y sus libros elementos centrales para este proceso de saneamiento. Si bien las cifras que se mencionan en esta nota son dignas de comprobación, lo interesante es entender la vinculación en el lenguaje que se realiza entre libros, bibliotecas y universidad como parte de un mismo problema para los militares ("Nueve toneladas de libros marxistas en la USM", 1973).

de compras, no existe contra- parte de la maquinaria estaba 2

9 toneladas de libros marxistas en la USM

Nueve toneladas de volúmenes de abierta concientización de indole marxista, han sido reunidos hasta ahora en la Universidad Técnica "Federico Santa María"; según informó el jefe del sector militar de El Barón, capitán de fragata Valverde.

Durante los completos registros que se vienen efectuando en ese lugar destinados a devolver a dicha universidad su calidad de verdadero centro cultural y de enseñanza superior, se han encontrado las más amplias cantidades de literatura marxista.

Hasta ahora han sido retiradas varias camionadas de libros y folletos y, se continúa en la revisión de las diferentes dependencias de ese establecimiento de enseñanza superior, por lo que se estima

que aún se reunirán varias toneladas más de libros de concientización comunista.

Por otra parte, ha llamado la atención el enorme grado de depreciación moral que al parecer allí existía a juzgar por el estado de las murallas, especialmente en las salas de clase, las cuales se encontraban cubiertas por escrituras que contenían las más increíbles groserías.

Igualmente, las sillas y bancos de clase se encuentran marcados con escrituras hechas con cortaplumas también conteniendo frases que son sólo concebibles en mentes enfermizas o afebradas, y que, por supuesto, no se compadecen en lo más mínimo con un centro de cultura como es una universidad.

Facultad de Ciencias Jurídicas

La limpieza continuaba y el miércoles 26 de septiembre se informaba del “retiro masivo de la propaganda marxista”:

Las autoridades militares de Valparaíso han proseguido en su intensa campaña tendiente al retiro de circulación de toda la literatura, discos y películas relacionadas con las ideas totalitarias y extranjerizantes del marxismo leninismo. Es así como, a través del delegado de Difusión para la zona, se ha procedido al retiro en librerías de las diferentes publicaciones marxistas (“Retiro masivo de propaganda marxista”, 1973).

EL MERCURIO. — Miércoles 26 de septiembre de 1973

Literatura, discos y películas

Retiro masivo de la propaganda marxista

Las autoridades militares de Valparaíso, han proseguido en su intensa campaña tendiente al retiro de circulación de toda la literatura, discos y películas relacionadas con las ideas totalitarias y extranjerizantes del marxismo leninismo.

Es así como a través del delegado de Difusión para la zona, se ha procedido al retiro en librerías de las diferentes publicaciones marxistas. Del mismo modo, se procedió en radioemisoras, como Radio Portaña, por ejemplo de cuyos recintos fueron retira-

dos numerosos discos, de la denominada canción comprometida. Discos Long Play como el intitolado “El pueblo unido jamás será vencido”, permanecían ayer en las oficinas del delegado de Difusión para ser destruidos.

También estaban en poder de esta delegación, algunos cortos, medio y largometrajes distribuidos por Chile Films y que estaban siendo exhibidos en diversos cines de la zona. Entre estos filmes figuran los intitolados “La fiesta de los comunistas chilenos” y “50 años del Partido Comunista”.

Nuevos teléfonos entrarán en servicio en octubre

Para mediados de octubre próximo se anunció el funcionamiento de todas las nuevas líneas de ampliación telefónica para Viña del Mar.

Alrededor de noventa y tres teléfonos particulares y comerciales están siendo terminados de instalar.

distancia, nacionales e internacionales.

Sin embargo, se están registrando congestiones a raíz de los excesos de llamadas lo que perjudica al propio público. Las congestiones se producen justamente en los horarios en que se mantiene el



DISCOS CONCIENTIZADORES — Discos y grabaciones de dirigentes y líderes marxistas son requisados durante los allanamientos efectuados por personal de la Armada y Carabineros. Junto a ellos también han sido retirados de circulación miles de libros y folletos de tendencia marxista. En la fotografía, algunos discos con discursos de líderes marxistas requisados en un domicilio particular. Tanto la literatura como los discos serán destruidos posteriormente.

Aclaran situación

Intent
Pe
en

SANTI
dista ca
cruzar
Argentina
aconteci
país, es
Cuevas
delito de
en opera
a él se
misma y
chilenos,
de septi
madrug
cruzar
cia Chik

El es
Robert
edad, e
número
Above,
La
proporc
corresp
berto N
durante
Las Cu
les nac
entre

De esta forma, por todo el territorio nacional los militares desataron su guerra relámpago, de modo que la censura de libros, ya fuera por destrucción, incautación u otras formas, iba enlazada no solo a la acción misma en contra del libro, sino que también se comunicaban y proyectaban estos hechos a la población para infundir temor y generar una sensación de peligro ante la posibilidad de poseer un libro prohibido bajo el prisma del régimen. Era necesario, sin embargo, un hecho simbólico que marcara, atemorizara y generara conmoción a nivel nacional e internacional, un verdadero auto de fe en contra de los libros. Así es como se produce el allanamiento de las Torres San Borja el 23 de septiembre:

En la Torre 11 se instaló el operativo encargado de quemar la propaganda marxista que se iba encontrando en el allanamiento. La hoguera hecha con los libros y panfletos políticos ardió todo el tiempo en que se realizó el allanamiento, que duró cerca de 14 horas (“Espectacular allanamiento en remodelación San Borja”, 1973).

En la prensa se resaltan ciertos conceptos, como la hoguera, el fuego.

marxista que se iba encontrando en el allanamiento. La hoguera hecha con los libros y panfletos políticos ardió todo el tiempo en que se realizó el allanamiento que duró cerca de 14 horas. En la torre 11 también fue



LOS MILITARES Y OPERARIOS DEL EJERCITO allanaron un domicilio donde se almacenaban libros de una biblioteca.

Espectacular allanamiento en Remodelación San Borja

Una vez más se repite el hecho de que el ejército chileno, en su calidad de fuerza de represión, se ha convertido en un instrumento de la política de terror que el gobierno de Pinochet ha impuesto en Chile. En esta ocasión, el allanamiento de un domicilio en la Remodelación San Borja, en Santiago, se realizó el día 24 de septiembre de 1973. Los militares, encabezados por el coronel Juan José Rodríguez, se presentaron a las 10 de la mañana en el domicilio de la familia de Pablo Neruda, quien se encontraba allí con su esposa y sus hijos. Los militares se llevaron consigo una gran cantidad de libros y documentos, entre ellos, una gran cantidad de panfletos políticos y libros de historia y filosofía. Los militares también quemaron una gran cantidad de libros y documentos en una hoguera que se quemó durante todo el día. En la torre 11 también fue quemado un gran número de libros y documentos.

El allanamiento se realizó en un domicilio que pertenecía a la familia de Pablo Neruda, quien se encontraba allí con su esposa y sus hijos. Los militares se llevaron consigo una gran cantidad de libros y documentos, entre ellos, una gran cantidad de panfletos políticos y libros de historia y filosofía. Los militares también quemaron una gran cantidad de libros y documentos en una hoguera que se quemó durante todo el día. En la torre 11 también fue quemado un gran número de libros y documentos.



LOS MILITARES DE EJERCITO quemaron una gran cantidad de libros quemados en un allanamiento.

3ra La Tercera de La Hora
"Dios es verdad que a los puntos a nosotros lo vamos a cambiar"
Publicación diaria del
Corporación Editorial de Chile, S.A. (C.E.C.)
Calle Maipo 1073, Santiago
Director: Roberto Contreras Rodríguez
Representante legal: Roberto Fariña Vera
Cofundador: Raúl Aqueo Fariña Vera
Circulación: 100.000 ejemplares
Código Postal: 830000



El rostro de la noticia

Murió Pablo Neruda

EN SAN ANTONIO 6 extremistas muertos al intentar fugarse

El poeta Pablo Neruda murió el día 24 de septiembre de 1973, en San Antonio, Chile. Fue asesinado por un grupo de extremistas que intentaban escapar de la ciudad. Los extremistas fueron asesinados por el ejército chileno. Neruda murió a las 10 de la mañana, después de haber sido herido por un disparo en la cabeza. Su cuerpo fue encontrado en un apartamento en San Antonio. Los extremistas que intentaban escapar de la ciudad fueron asesinados por el ejército chileno. Neruda murió a las 10 de la mañana, después de haber sido herido por un disparo en la cabeza. Su cuerpo fue encontrado en un apartamento en San Antonio.

6 extremistas muertos al intentar fugarse

En San Antonio, Chile, se produjo un atentado contra el poeta Pablo Neruda el día 24 de septiembre de 1973. Seis extremistas fueron asesinados al intentar escapar de la ciudad. Los extremistas fueron asesinados por el ejército chileno. Neruda murió a las 10 de la mañana, después de haber sido herido por un disparo en la cabeza. Su cuerpo fue encontrado en un apartamento en San Antonio.

El ejército chileno se presentó en el domicilio de Pablo Neruda el día 24 de septiembre de 1973. Los militares se llevaron consigo una gran cantidad de libros y documentos, entre ellos, una gran cantidad de panfletos políticos y libros de historia y filosofía. Los militares también quemaron una gran cantidad de libros y documentos en una hoguera que se quemó durante todo el día. En la torre 11 también fue quemado un gran número de libros y documentos.



LA INTENSIDAD DE LA HOGUERA quemó una gran cantidad de libros quemados en un allanamiento.

Bomba estalló en el Parque Forestal

Una bomba estalló en el Parque Forestal de Santiago el día 24 de septiembre de 1973. La explosión causó daños materiales y lesiones a varias personas. Los bomberos acudieron al lugar para controlar la situación. La explosión se produjo en un edificio que pertenecía a la familia de Pablo Neruda. Los bomberos acudieron al lugar para controlar la situación. La explosión se produjo en un edificio que pertenecía a la familia de Pablo Neruda.

El allanamiento de la Remodelación San Borja tuvo como fin el allanamiento y la propaganda. La prensa se encargó de resaltar este hecho y su carácter simbólico.

El lenguaje utilizado para comunicar la quema de libros es una reminiscencia de los peores momentos de la inquisición y del nazismo. Y pareciera ser que también desde esa perspectiva la dictadura hubiera tomado nota de la realización de este tipo de rituales y símbolos. Así las imágenes de las piras de libros en la Remodelación San Borja recorrieron el mundo. Fue difícil en ese entonces no realizar una comparación entre estos hechos y las quemaduras masivas en la Alemania Nazi. Claramente para el régimen tuvo un claro carácter propagandístico y aleccionador. Gracias a los registros de los fotógrafos Koen Wessing, David Burnett y a la televisión francesa, hoy podemos apreciar y dimensionar estos hechos.





Fotografías pág. 84-85: Koen Wessing
©Nederlands Fotomuseum



Episodios como los detallados se dieron a lo largo de todo el territorio nacional. De hecho, se presentaron durante los 17 años de dictadura con distintas intensidades. Incluso en la llamada fase institucional, posterior a la promulgación de la Constitución de 1980, se dio uno de los episodios más recordados y penosos de censura de libros: la quema de 15.000 ejemplares del libro “La aventura de Miguel Littín clandestino en Chile”, de Gabriel García Márquez. La ira del régimen se desató sobre esta publicación ya que era en sí misma una derrota a la férrea censura de los militares y al destierro, era la crónica de cómo el cineasta chileno Miguel Littín filmó clandestinamente a la resistencia chilena utilizando como pantalla a tres equipos de documentalistas extranjeros, dándose el lujo incluso de filmar el interior de La Moneda con la excusa de rescatar la arquitectura de Toesca. Esto constituyó una afrenta en las narices de la dictadura:

[...] en 1986, una ignominiosa pira puso a Valparaíso y a Chile en las portadas de la prensa mundial. Su contenido: 15.000 ejemplares del libro-reportaje del Premio Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez, llamado “Miguel Littín clandestino en Chile”. La inaudita orden la despachó el jefe de Zona en Estado de sitio, almirante Hernán Rivera Calderón (Navarro, 1996).

3.3. Quimantú, el fin de la editorial estatal

Censurar y controlar toda la cadena del libro implicaba necesariamente intervenir el campo editorial configurado hasta entonces debido al rol dual que jugaba la editorial en esta cadena, por una parte, en el proceso de creación y establecimiento del vínculo con los autores, y por otra, en la distribución y el establecimiento del vínculo con los lectores. La industria del libro en Chile, a pesar de existir un potente movimiento cultural y una riqueza significativa de autores, no había tenido un desarrollo importante ni un apoyo decidido desde el Estado. De hecho, cuando en 1967 Salvador Allende presenta como senador un proyecto para crear una editorial nacional estatal a partir de la Editorial Andrés Bello, este proyecto es rechazado, y lo que es más paradigmático, posteriormente se aprueba un decreto ley que rebajaba los aranceles y permitía la libre importación de papel a condición que fuese destinado a revistas y no a libros. Es así como, a comienzos de la década de los 70, existía una supremacía en la producción y ventas de las revistas por sobre los libros, en una relación de 90% a 5%, siendo las primeras principalmente de origen extranjero y estando la industria editorial nacional completamente desincentivada y desprotegida. Es en esos marcos en que la creación de la Editorial Estatal Quimantú significa un giro por cuanto por primera vez la industria del libro tenía un impulso desde el Estado, buscando democratizar el acceso al libro a los sectores más modestos de la población, con precios muy económicos y grandes tirajes.

La creación de la editorial estatal Quimantú significó la culminación de un proceso en que el Estado se hacía cargo de fomentar la producción literaria y la distribución de

libros a bajos costos, de acuerdo con las realidades económicas de los estratos populares. La editorial Quimantú tuvo hasta 1973 las siguientes colecciones (Somarriba, 2003):

“Quimantú para todos”	2 Títulos quinquenales, aprox. 50.000 ejemplares
“Nosotros los chilenos”	Quincenal
“Camino abierto”	Dirigido por Marta Harnecker
“Cuadernos de educación popular”	Dirigido por Marta Harnecker
“Minilibros”	4 títulos mensuales, 3.660.000 ejemplares aprox.
“Cordillera”	5.000 ejemplares mensuales
“Cuncuna”	Línea infantil, 2.000 ejemplares
“Documentos especiales”	De carácter periodístico

Es difícil encontrar otra etapa en la historia de Chile en la cual se haya conseguido tal distribución y cobertura. Quimantú, la editorial Estatal, editó en solo dos de sus colecciones (“Minilibros” y “Quimantú para todos”) la cantidad de 5.700.000 ejemplares, iniciando una distribución masiva e inédita en el país (kioscos, centros editoriales, librerías, etc.).

Fue así como la represión posterior al golpe de Estado en contra de Quimantú fue implacable e inmediata, a partir de la tarde del mismo 11 de septiembre. Ariel Dorfmann publicó en 1974 un libro titulado “Ensayos Quemados”, en cuya introducción relata cómo Quimantú fue allanada y sus libros quemados durante las primeras semanas, para posteriormente cambiar de método y ser enviados en camiones hacia la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones para ser guillotizados y reutilizados. Nos parece importante, en este punto, reproducir la denuncia de Sergio Maurin, ex gerente general de Quimantú, en la Tercera Sesión de la Comisión Internacional contra los Crímenes de la Junta Militar, de la cual a continuación reproducimos un extracto:

Llegó el 11 de septiembre y se puso en marcha el dispositivo destructor.

Cuando las tropas, apoyadas por tanques y carros de asalto, ocuparon la Empresa a eso de las seis de la tarde, se dio inicio a las hogueras purificadoras que funcionaron por largo tiempo. Ese mismo día se inició la quema de materiales del Departamento de Documentación, donde se acumulaban trabajos de investigación, documentos de la más variada índole y un cuantioso archivo fotográfico; posteriormente tal actitud indiscriminada se suspendió reemplazándose por un trabajo más selectivo.

También ese día 11 se procedió a quemar los documentos que estaban en la División Editorial, perdiéndose más de 20 originales de autores nacionales que estaban en proceso de lectura o revisión, junto a mucho otro material valiosísimo, gran parte del cual será imposible reconstituir. El fuego fascista acabó con originales y documentos inéditos que se habían recopilado y se estaban ordenando para dar origen a una nueva colección que se denominaría “Documentos de la Historia de Chile”.

En las bodegas había cerca de 2 millones de libros propios, repartidos entre el stock de obras en circulación, las obras de aparición periódica cuya impresión se adelantaba para asegurar el lanzamiento oportuno y las obras listas para ser lanzadas por primera vez.

El día 12 se inició el traslado de estos libros hacia las hogueras.

En talleres había más de 800.000 ejemplares del sello Quimantú en proceso avanzado de producción que correspondían al trabajo editor normal y, en buena medida, a un plan extraordinario de reediciones, ejemplares que también recibieron la sentencia de la hoguera. Igual suerte corrieron cerca de 300 mil libros impresos para otras instituciones y editores privados.

En verdad no todo fue incinerado, ya que posteriormente se aplicó el sistema más económico del “picado” con el fin de que las obras destrozadas sirvieran de materia prima en fábricas de papeles y cartones.

No sabemos en qué proporción los libros perecieron bajo la acción del fuego o de la guillotina. Lo definitivo es que solo en Quimantú se eliminaron más de 3 millones de obras.

Lejos estaban de corresponder exclusivamente a creaciones de Marx, Engels, Lenin y tantos preclaros marxistas del pasado y del presente. Más eran los trabajos de autores difíciles de catalogar como marxistas o, al menos, de ubicar sus obras como pertenecientes a esa importante escuela de pensamiento. Allí estaban, para citar algunos, Dostoyevski, Gogol, Chejov, Andreiev, Gorki, Hamsun, Wilde, T. Mann, Mougham, Wells, Kafka, Hemingway, García Lorca, Alan Poe, M. Twain o J. London. Latinoamericanos como Horacio Quiroga o Ricardo Güiraldes. Chilenos como Nicomedes Guzmán, Baldomero Lillo, Alberto Romero, Francisco Coloane, Manuel Rojas, Guillermo Atías, Walter Garib, V. Teitelboim, Braulio Arenas, Ernesto Malbrán, Armando Cassigoli (Presidente de la Sociedad de Escritores), el sabio Alejandro Lipschutz o Pablo Neruda. Sin excepciones, todo lo editado por Quimantú alimentó el fuego o se empleó en la fabricación de cartones.

El mismo tratamiento recibieron las revistas y se suspendieron definitivamente ocho de ellas. Solo cuatro reaparecieron, entre ellas tres infantiles modificadas con material extranjero de pésima calidad. Se planeaba además la reapertura de la revista femenina *Paloma*, que fuera la de más alta circulación en Chile, por supuesto que con una absoluta reformulación en conformidad a los criterios del fascismo.

La labor de Quimantú era impulsada por un colectivo de 1.530 trabajadores manuales e intelectuales de las más variadas especialidades. El general (r) Diego Barros Ortiz, comandante de la hoy militarizada Editorial, señalaba a fines de septiembre en la revista *Ercilla* que se mantenían en sus cargos 960 trabajadores. En noviembre, otro “ejecutivo”, el coronel (r) Fernando Krumm, declaraba a la revista *Qué Pasa* que se llegaría a la cifra de 800. En marzo del 74 los despidos habían llegado a 1.086, es decir se conservaban cerca de 450 personas a las que se unieron algunos fascistas que completaban una cifra aproximada a los 500 funcionarios. Ellos eran más que suficientes para enfrentar el nivel de producción imperante en la ex-Quimantú, reducido a imprimir para Zig-Zag, Visión, Reader's Digest y otros clientes menores, además de las insignificantes y lamentables publicaciones propias.

Esta síntesis de lo que ha ocurrido con la Editora Nacional es una parte mínima de los crímenes culturales de la Junta en el campo particular que nos preocupa (Maurín, 1975).

Fue así como Quimantú fue intervenida y desarticulada por los militares. Destruídas sus colecciones y sus archivos, a fines de 1973 pasó a rebautizarse como Editora Nacional Gabriela Mistral, utilizando la infraestructura heredada de su antecesora y expresando desde esta plataforma la línea refundadora de los militares, resaltando los valores de la chilenidad y de los emblemas patrios. Pasó a ser la editorial de un Estado autoritario con un carácter “denunciativo del gobierno de la unidad Popular (UP) como agente del marxismo internacional y apoloético de la dictadura como continuadora del ‘legado histórico’ o’higginiano y portaliano” (Jara, 2011).

El General (r) Diego Barrios Ortiz fue designado por la Junta como interventor de la Editorial Quimantú. Fue una labor de depuración ideológica, de reconfiguración y de adaptación al discurso higienizador y refundador del régimen (“Publicaciones de Quimantú no tendrán orientación política”, 1973).

General (R) Barros Ortiz

“Publicaciones de Quimantú no tendrán orientación política”

“Muchas de las revistas que se imprimían en Quimantú están momentáneamente suspendidas. En veinte días más estarán reorganizadas y con una nueva orientación podrán salir a la venta”. Estas palabras son el resumen que hizo el general (R) Diego Barros Ortiz, que fue designado por las autoridades de la Junta Militar para hacerse cargo de la empresa “Quimantú”, una de las más grandes editoriales de Latinoamérica.

En forma cordial y franca el nuevo ejecutivo confidenció a “La Tercera”, que está supeando que la Contraloría General de la República le entregó oficialmente el inventario de esta empresa.

PERSONAL

En cuanto al personal que labera en Quimantú expresó que por el momento sólo se les ha ordenado firmar su asistencia y luego son desechados a sus casas.

“Estamos primero reorganizando la empresa. Después, y a más tardar en la próxima semana, las labores se desarrollarán normalmente”. Enfatizó que aquellas personas que nada han hecho no tienen por qué temer y que serán reincorporados todos los que allí laboraban a excepción de los activistas o extremistas.

APOLITICISMO

Respecto al criterio con que seguirá trabajando la empresa, Diego Barros señaló: “Se continuará con publicaciones como Selecciones, Visión, Palabra, Onda y otras. Desde luego que las que quedan tendrán una orientación diferente y desaparecerán las revistas políticas”.

En cuanto a los mimbibros Quimantú expresó que serán de gran utilidad para elevar la cultura de nuestro pueblo”. Peseo que se pueden mantener estas ediciones en formato chico y obras de valor universal, Chile es un país culto y no puede cerrarse, debemos abrirnos a la literatura mundial”.

Con optimismo, Diego Barros calcula que en un corto plazo todo volverá a su normalidad. Puesto de ello es la reorganización de algunos ejecutivos. Entre ellos, fue nombrado como gerente general, Fernando Krumm; subgerente, José Harrison; secretario general, Humberto Palacios.

Por otra parte, agregó que la empresa editaba no sólo publicaciones nacionales, sino también para el extranjero, principalmente para países marxistas. En los últimos años su producción estaba destinada en forma mayoritaria hacia la “concentración”.

ALLANAMIENTOS

Diego Barros señaló que se habían efectuado allanamientos en el edificio de Avenida Bellavista, en los que no se encontró elementos bélicos. Asimismo, las maquinarias y elementos de trabajo se encuentran en perfecto estado. Esto ha permitido que se haya podido trabajar en la impresión de Excélsis, Eva y otros trabajos de inmovela.



GENERAL (R) Diego

Nueva industria

Envases para alimentos

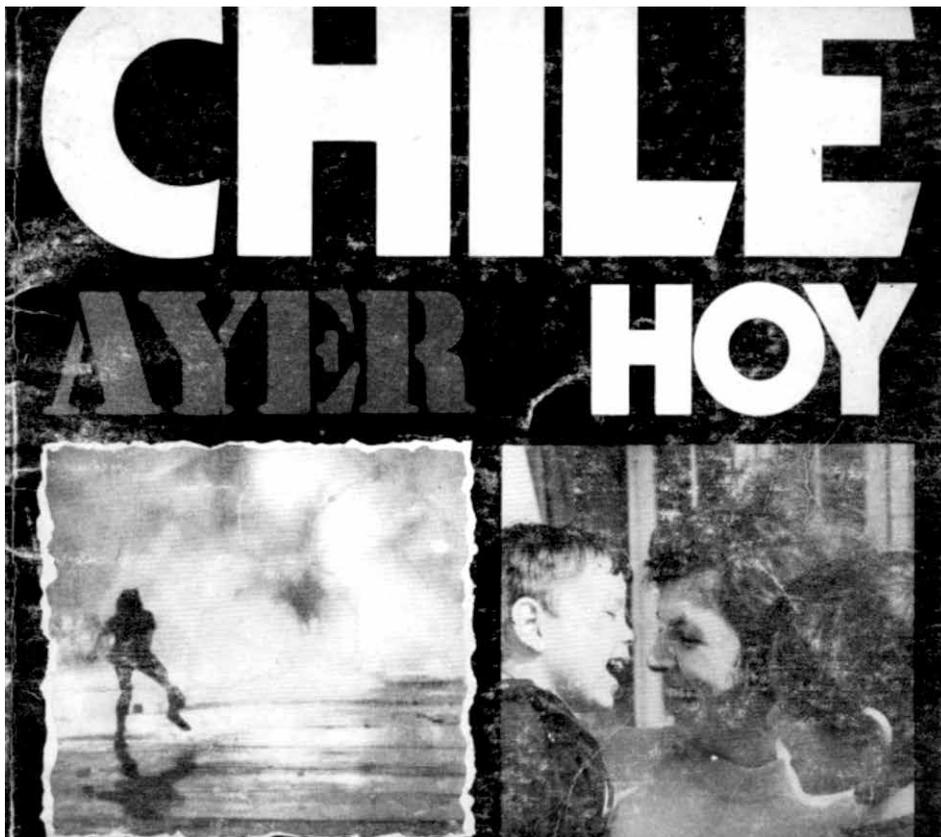
Una producción anual de 6 millones de envases flexibles para alimentos consulta el proyecto de la firma “Envases Industriales Ltda.”, presentado la semana pasada al Ministerio de Economía, al solicitar autorización para industrializar

entregó a la División de Industrias de DIRINCO, la firma fabricaría envases flexibles y tripas artificiales, lo que representaría una economía anual de divinas estimada en 836 mil dólares. El proyecto demandaría una inversión de 13 millones 500



La nueva Editora Nacional Gabriela Mistral tomó algunas series publicadas por Quimantú para instalar el nuevo discurso de lo nacional. Es el caso de la serie “Nosotros los chilenos”.





La nueva línea editorial estuvo marcada por el discurso de la Junta, transformando a Quimantú en un aparato propagandístico del discurso totalizante del régimen. “Chile ayer y hoy” buscaba mostrar en imágenes el caos social existente antes del golpe en oposición a la pretendida paz social que prometía el nuevo régimen.

La expresión de la política cultural del régimen a través de la editorial tuvo, sin embargo, más bien un fin propagandístico y subalterno. Las transformaciones y el modelo neoliberal que se instalaron posteriormente hacían que la acción estatal en áreas estratégicas de la economía tuviera fecha de expiración, además de que la existencia de una editorial estatal no tuviera cabida. Poco a poco el Estado se fue deshaciendo de su responsabilidad con la editorial, pasando a ser mero observador de sus sucesivas crisis y fracasos en el escenario de una industria editorial jibarizada y un mercado contraído por la excesiva censura y la falta de demanda por la crisis económica.

El epílogo de la editorial estatal es sintomático de la desvaloración del libro y del cómo finalmente la obra de la dictadura se materializó en este ámbito, borrando y reconfigurando el campo editorial. Se inicia con su destrucción abierta y termina en el abandono:

En torno a este remate sucede un hecho altamente significativo en términos del deterioro de la concepción mesocrático-iluminista del libro. Si bien algunos

ejemplares son subastados por libreros a precios que oscilan entre 10 centavos y 3 pesos por unidad, la mayor parte de los ejemplares son adquiridos por papeleros, para ser revendidos por kilo a las industrias manufactureras de papeles y cartones. Son libros que están destinados a ser picados, molidos y convertidos en materia prima (Subercaseaux, 2010: 205).

La persecución e intervención de las editoriales no solo alcanzó a Quimantú, si bien fue donde se sintió con mayor fuerza. Distintas editoriales fueron víctimas de la intervención y la censura. Por ejemplo, “Editorial Nascimento debió cargar con el insulso apelativo de ‘izquierdista’ y soportar las paranoicas narices de los censores” (Reyes, 2013), además de sufrir la detención de Ximena George-Nascimento, hija de Carlos Lorenzo, en el Estadio Nacional y la exoneración de la Universidad de Chile de su madre Marta Lara.

Es así como todos los eslabones de la cadena del libro fueron intervenidos, controlados y reconfigurados. Incluso el libro mismo fue reconfigurado bajo cánones neoliberales gracias al establecimiento del IVA al libro, ya no como un bien cultural sino como un objeto de consumo. Todos los caminos hacia los lectores fueron intervenidos y reconfigurados.

3.4. Neruda y el doble estándar de la Junta

El accionar de la dictadura alcanzó a toda la cadena del libro, y los autores no fueron la excepción. Sin embargo, el caso de Neruda en particular hasta el día de hoy tiene demasiados claroscuros. Hubo un doble estándar de los militares para tratar al poeta, públicamente ensalzando su calidad de Premio Nobel, solapadamente persiguiéndole por su calidad de poeta militante e ícono.

Es así como los días previos a su muerte la prensa oficial informaba profusamente de su estado de salud. Así sucede su muerte producto de un cáncer que habría empeorado debido al impacto del Golpe de Estado en su salud física y emocional. Neruda fallece el 23 de septiembre, y dos días después la Junta declara duelo nacional de tres días debido a que: “el duelo que aflige al mundo de las letras, tanto en el país como en el extranjero, y el pesar de Chile entero, es vivamente compartido por la Junta Militar que rige los destinos de la nación [...]” (Ministerio del Interior, 1973). Había una imagen internacional que cautelar y Neruda era la oportunidad para lavar la imagen del régimen.

Sin embargo, la realidad era que las tres casas de Neruda habían sido allanadas: Isla Negra, La Sebastiana y La Chascona. Las casas de Valparaíso y Santiago fueron saqueadas, siendo la situación más grave en esta última. Allí partidarios del régimen desviaron un canal cercano a la casa y la inundaron, produciéndose un saqueo y la destrucción de los bienes del poeta, entre ellos, su biblioteca:

En el tercer plano, en la biblioteca y el cuarto de trabajo de Neruda, oculto por el ramaje, todo huele a papel quemado. Roberto Parada sostiene en la mano y lee el título de una portada desprendida y chamuscada: “Miguel de Unamuno, Del sentimiento trágico de la vida”. Plancha el papel con la mano. Le asoman unas lágrimas. Lo guarda en el bolsillo (Teitelboim, 1996: 496).

Un episodio no documentado hasta ahora es el acaecido en la biblioteca escolar del Liceo Comercial de Coronel, hacia fines de 1973, fecha en que fue allanada. Ricardo Núñez, hijo de María Inés Torres, la bibliotecaria a cargo de la biblioteca, nos narró lo sucedido:

Esa biblioteca estaba dentro del Liceo, del Liceo Comercial de Coronel, y después fue una biblioteca técnica, digamos, fundamentalmente tenía libros de las especialidades. Pero antes de eso había muchas cosas, muchos libros. Mi mamá me contaba que había libros de Lenin, de Marx, muchos libros de historia, libros que habían llegado de fuera del país, de Cuba, de China, porque en ese tiempo se abrió mucho la producción de libros por la editorial Quimantú. Llegaban regalos. Así llegó este regalo que se repartió por todo Chile cuando Neruda obtiene el Premio Nobel. Se edita esta edición gratuita, para regalarla, por eso ese papel verde. La Antología del 72, que es como el homenaje que hace el gobierno de Chile a la obtención de Pablo Neruda, del Premio Nobel. Eso se regalaba también en las poblaciones, en las juntas de vecinos, mucha, mucha gente tenía ese libro. Y en la biblioteca además había una cantidad ahí para que los estudiantes leyeran, lo tuvieran.

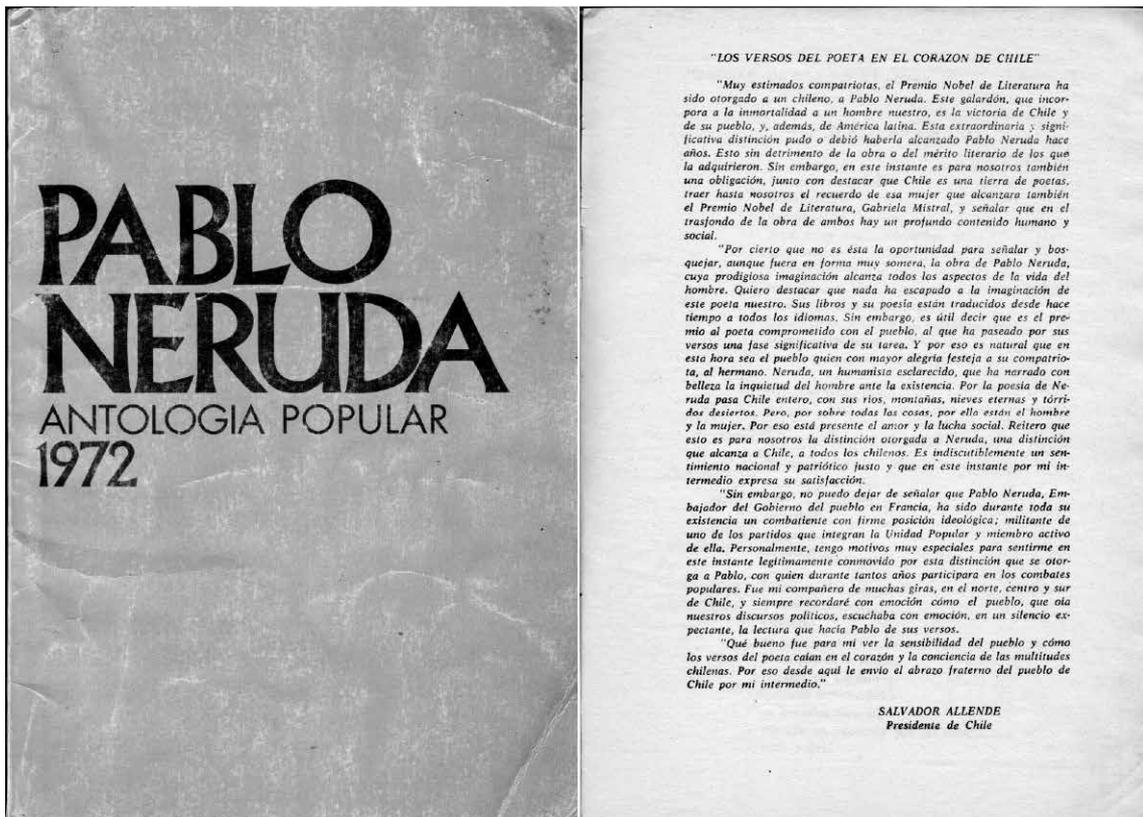
Yo no me acuerdo bien de la fecha. Lo que recuerdo es que mi mamá me decía que ya no había alumnos porque ya habían cerrado el año escolar en octubre del 73. Noviembre del 73, tal vez diciembre, llegaron los militares al colegio, a allanar la biblioteca. El Liceo Comercial era un liceo reconocido como de profes de izquierda y alumnos de izquierda. La Jota tenía mucha presencia, el MIR tenía mucha presencia, había profesores que eran del MIR, socialistas, etc. Y ahí llegaron a allanar con el Director, que era demócratacristiano, y le pidieron a mi mamá, que era quien manejaba las llaves de la estantería. María Inés Torres. Ella fue la bibliotecaria por casi 30 años, la bibliotecaria del Liceo Comercial de Coronel. Muy reconocida ella, muy conocida en Coronel. Y ahí le pidieron que le arrancara la segunda hoja, que era la dedicatoria que Allende le había hecho a Pablo Neruda, como un homenaje al Premio Nobel que había recibido Neruda el año anterior. Y tuvo que mi mamá arrancarle hoja por hoja. Tomó la precaución en un momento, y tomó uno y se lo llevó para la casa. Libro que duró muchos años en la casa, que no sé dónde podrá estar, pero que estuvo en la casa mucho tiempo, con su timbre afuera y adentro, y con la hoja, que fue la que no le arrancó con la dedicatoria de Salvador Allende. Al resto, que deben haber sido 20 o 30 volúmenes, tuvo que arrancarle hoja por hoja la dedicatoria para que fuera presentable, digamos.

Las hojas se las tuvo que sacar delante de ellos. Ella era la bibliotecaria y le dijeron: “usted, sáquele la segunda hoja de la dedicatoria”. Y tuvo que arrancárselas una por una y se las entregó a un militar para que se las llevara. Quemaron libros en el patio, se llevaron otros cuantos y se fueron. Pero fueron expresamente a la

biblioteca. Quizás fue el mayor acto de intimidación que hicieron con los profesores porque ya no había clase en el liceo, pero la orden que llegó era que tenían que presentarse todos los profesores del liceo ese día en el colegio. Y los tenían a todos formados en el patio. Incluso retaron a uno que estaba sin corbata. Y con el pelo largo. Que ya se había terminado el tiempo del pelo largo y de no usar corbata. El profesor debía usar corbata.

Fue la única vez que fueron. Se llevaron muchos libros, quemaron muchos libros en el patio, les prendieron fuego, estaba lleno de militares el edificio, el liceo, por todos lados. Revisaron las salas, los libros. No sé qué buscaban, nadie sabe en realidad, en esas circunstancias.

Lo que sacan es el nombre de Allende del libro. Él era el problema. Es a él al que quieren desaparecer.



La Antología Popular de Pablo Neruda de 1972, editada por el gobierno de la Unidad Popular, y la página con la introducción en su interior del Presidente Salvador Allende, la cual los militares arrancaron.

3.5. La Biblioteca Nacional allanada

Hasta el 2013, año en que la Biblioteca Nacional, la primera institución cultural del país, cumplió 200 años, su historia se contaba tomando en cuenta distintos episodios de su evolución: su misión, sus distintas locaciones, el desarrollo de sus colecciones y su vínculo con la sociedad. Sin embargo, había un parte de su historia que no aparecía en los textos, y que eran las ocasiones en las cuales el Palacio de los Libros había sido reprimido y censurado por los autoritarismos de turno. Y si bien se contaba el triste paréntesis durante la reconquista española, momento en que fue cerrada por los realistas, poco se conoce de los episodios vividos por la Biblioteca en dictadura.

Hoy contamos con más antecedentes para demostrar que la Biblioteca Nacional no escapó a la represión y censura del régimen, debido a que el paroxismo desatado durante las primeras semanas del Golpe llevó a los militares a identificar cada espacio como un posible foco subversivo, y a la Biblioteca como símbolo y representación de los discursos en disputa sobre el sentido de nación. Tal como sucedió con el Museo Nacional de Bellas Artes, víctima de un tiroteo por parte de los militares, la Biblioteca Nacional fue allanada el día 2 de octubre:

Durante la mañana de ayer fuerzas de Carabineros realizaron un “operativo” en la sede de la Biblioteca Nacional, donde, durante el régimen de la UP, se había organizado el CUP marxista que trabajaba en forma organizada. Tanto en la dirección de la biblioteca, que hora está a cargo del escritor y profesor Roque Esteban Scarpa, como en Carabineros, no se dio versión del resultado del allanamiento que comprendió todas las dependencias de la Biblioteca. En círculos allegados a esos servicios trascendió que esta medida era más bien de precaución, ya que como aún no se han realizado cambios del personal, existía el peligro que algunos activistas tuvieran armas en el edificio, y pudieran poner en peligro la vida del resto de los funcionarios (“Operativo en sede de la Biblioteca Nacional”, 1973).



Esta acción, por una parte, habría tenido un sentido desde la perspectiva de los militares: copar e instalar el temor en las distintas instituciones públicas del país, donde posteriormente miles de funcionarios serían perseguidos y exonerados para establecer su predominio en el aparato público. Desde otra perspectiva, la Biblioteca Nacional era un lugar estratégico por ser una de las primeras instituciones republicanas, la primera institución cultural del país, encargada de atesorar y resguardar el patrimonio bibliográfico de la nación. Era un espacio que necesariamente iba a ser intervenido para, a partir de ahí, proyectar las políticas culturales del régimen y blanquear su imagen. En esa lógica cobra sentido también la reinstalación de Roque Esteban Scarpa como director de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, buscando una figura que tuviera un aire de legitimidad. Qué mejor para ello que un ex director de la misma y con una destacada trayectoria, pero que sin embargo ejercería la vigilancia y el control tal como en otras instituciones públicas. Llama la atención de todas maneras el aire revanchista del nuevo director, quien en las primeras semanas de su designación hablaba de su retorno al cargo casi como si los tres años de su antecesor Juvencio Valle hubieran sido un paréntesis de su gestión, con expresiones tales como “al retomar mis labores como director después de tres años de ausencia” o “al reasumir mis funciones de director de Bibliotecas, Archivos y Museos, después de tres años de alejamiento” (Fondo DIBAM, s. f.).

Hoy se reconoce que existió censura en la Biblioteca Nacional y, según los antecedentes que se manejan, esta se habría expresado principalmente en la intervención de los catálogos de fichas y en la censura de libros que habrían sido sacados de las colecciones y guardados en la Biblioteca nro. 18 Luis Montt. En las actividades conmemorativas del Bicentenario de la Biblioteca se publicaron una serie de textos en los que se reconoce esta situación:

Luego del golpe de Estado, se ordena sacar de los catálogos de la Biblioteca Nacional las fichas de los libros de escritores marxistas, haciendo inubicables dichos textos. Hacia mediados de la década de 1980, esos catálogos son nuevamente incorporados a la base de datos (Biblioteca Nacional, 2013).

En la edición conmemorativa de la *Revista Mapocho*, los historiadores Francisca Leiva y Sebastián Hernández rescatan los siguientes episodios:

Al interior de la Biblioteca Nacional también se sufrió la censura de textos marxistas e incluso textos editados en países socialistas. Fue gracias a la oposición de su Director que en la institución no se realizó ninguna quema de libros y se pudieron resguardar importantes textos. Así lo describe el ex funcionario Ignacio Muñoz: “él [Roque Esteban Scarpa] le dijo muy claramente a las autoridades del momento, al Ministro, que mientras él fuera director, no se quemaba un solo libro en la Biblioteca Nacional”, por lo tanto, la orden fue “reservar todo el material que se considera con contenido político y esta biblioteca [Luis Montt] guardó en su bóveda”. Claramente, los militares que realizaron la censura de libros no leyeron ni revisaron de forma acuciosa y solo se dejaron guiar por el título. Así lo recuerda Eliana Bazán, quien señaló que con el correr de los años se dieron cuenta que se

debían sacar libros de la bóveda, pues existían libros que “por ejemplo, se llamaban ‘el comunismo’, pero eran publicados por la Iglesia”, así los mismos funcionarios tuvieron que volver a hacer una selección mucho más rigurosa para devolver títulos a circulación. Así también lo afirma Ignacio Muñoz, quien recuerda la dirección desde 1977 de Enrique Campos Menéndez, a quien le mostró una serie de libros de matemáticas guardados en la bóveda de la Biblioteca Luis Montt por ser editados en Cuba. Frente a esto, Muñoz entabló el siguiente diálogo con el Director: “Director, ¿cómo es posible que en esta Biblioteca haya libros escondidos? Él vino, los vio y dijo: “¡Qué barbaridad! Sáquelos, sáquelos. Nosotros escribimos para que la gente nos lea y esto no puede estar como está aquí. Saque los que le sirvan y el resto los devuelve a la Biblioteca Nacional”. Se hizo un trabajo hasta donde se pudo, porque no hubo tiempo, personal, ni dinero para hacer el trabajo completo. En la Biblioteca Nacional se siguió idéntico criterio y esos libros reservados también se prestaban, pero con la autorización del Director (Leiva y Hernández, 2013: 132-133).

Sin embargo, la labor cultural de la Biblioteca se vio afectada por la represión política que existía en el momento, lo que generó que muchas exposiciones fueran revisadas y algunas canceladas solo días antes de ser presentadas ante el público, por tener algún atisbo político de izquierda. Un ejemplo de esto ocurrió durante la dirección de Enrique Campos Menéndez; en ese contexto, Mario Salazar organizó una exposición sobre textos alemanes que venían de la Feria del Libro de Frankfurt, de los cuales muchos estaban en español y se referían a la realidad de Latinoamérica y su visión de las dictaduras. Frente a esto, Mario Salazar describe: “En esa ocasión, vino el Jefe de Seguridad y me dijo ‘por órdenes de Director, hay que sacar todos esos libros’ (Leiva y Hernández, 2013: 132-133).

Según lo expresado por estos testimonios, Roque Esteban Scarpa como Director habría impedido la quema de libros y habría desarrollado una especie de autocensura, para resguardar el material conflictivo en la biblioteca Luis Montt. Es un entramado que resulta curioso, a la luz del tenor de las órdenes que se dieron en las bibliotecas públicas vinculadas con la DIBAM.

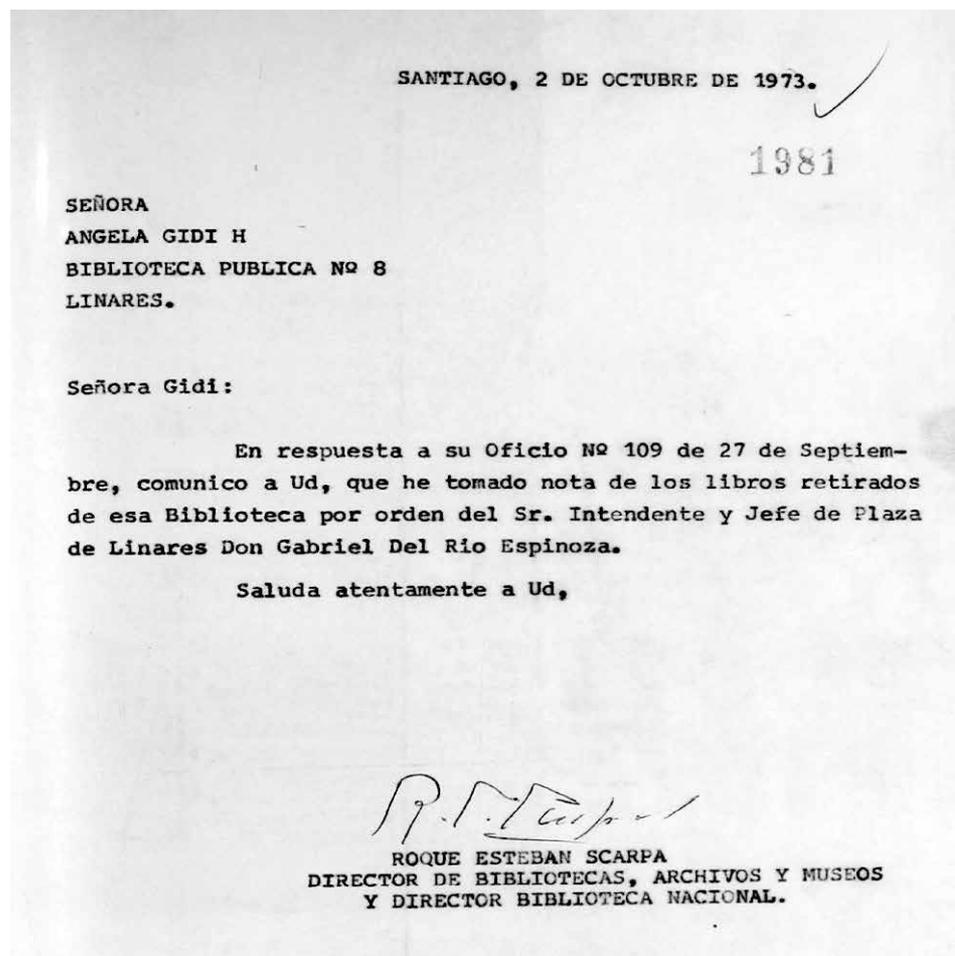
3.6. La mano de la censura en las bibliotecas públicas y de la tortura en Puerto Natales

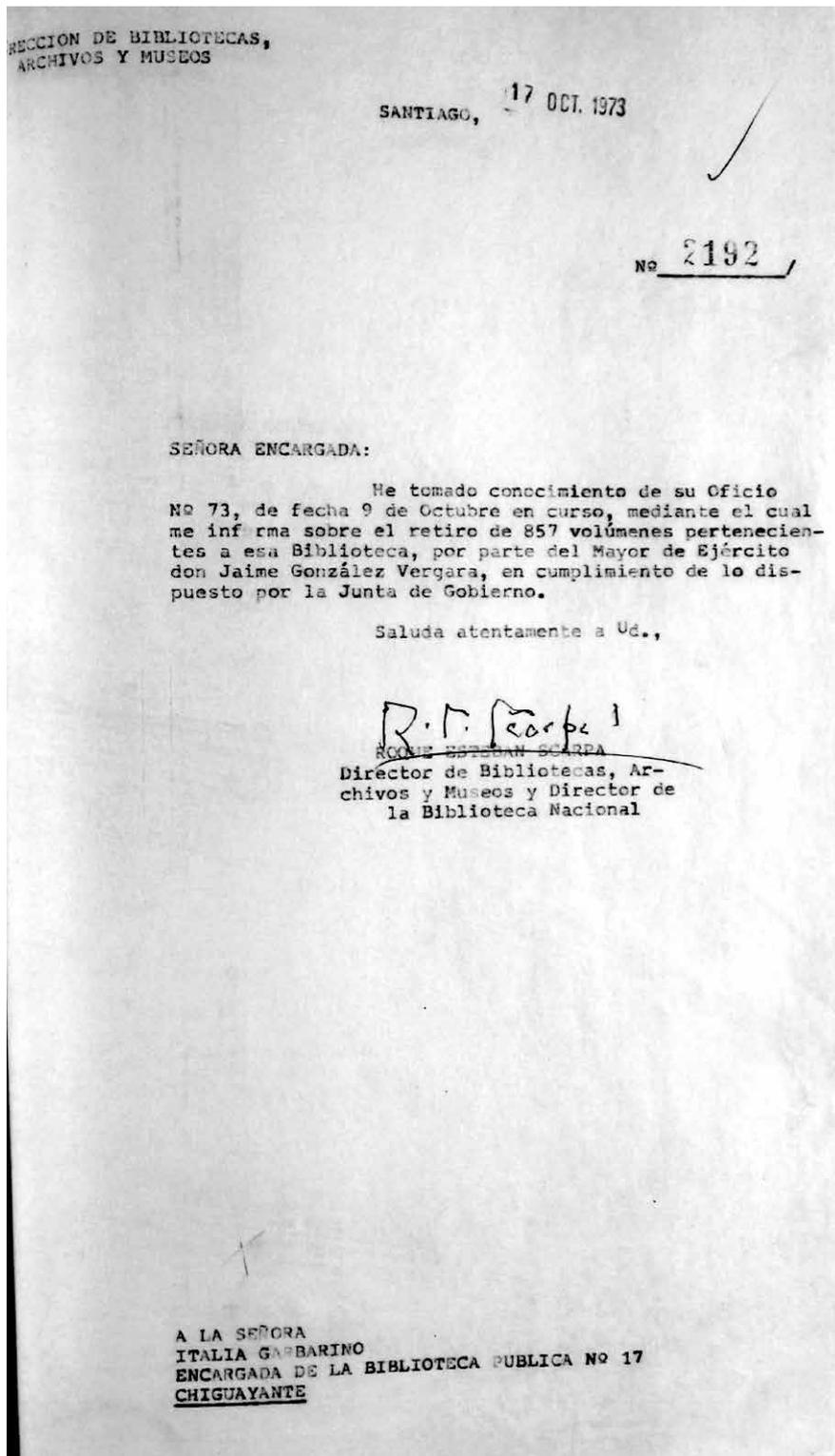
A través del Director de Bibliotecas, Archivos y Museos, la mano de la censura se legitimó y llegó a las bibliotecas públicas del país. Prueba de ello son los oficios circulares enviados por Roque Esteban Scarpa a las encargadas y encargados de bibliotecas públicas, solicitando el retiro de literatura subversiva o marxista de las estanterías, libros que serían dados de baja o quemados por los militares.

Fue posible encontrar vestigios de la censura en las bibliotecas públicas de Linares, Chihuayante, Vallenar, Puerto Natales, Puerto Williams. Por el tenor de las comunicaciones, no se evidencia intención alguna de proteger o resguardar el material bibliográfico que podía ser catalogado como literatura marxista, todo lo contrario, las instrucciones eran retirar todo material de esa índole de las estanterías.

En el caso de la Biblioteca Pública nro. 8 de Linares, fueron retirados libros por orden del Intendente y Jefe de Plaza Gabriel del Río Espinoza, situación comunicada a Roque Esteban Scarpa por la encargada Ángela Gidi. En Chiguayante fueron retirados 857 volúmenes pertenecientes a la Biblioteca Pública nro. 17, por parte del Mayor de Ejército don Jaime González Vergara. En el caso de la Biblioteca Pública nro. 25 de Vallenar, Roque Esteban Scarpa ordenó dar de baja los libros de “marxismo y adoctrinamiento” para cumplir con la instrucción del Jefe de Plaza Sergio García Guiñazu. En Puerto Williams se informó sobre la requisición de diferentes ejemplares de contenido marxista.

Dirección de Bibliotecas, Archivo y Museos. Oficio circular nro. 1981, 2 de octubre de 1973, de Roque Esteban Scarpa a Ángela Gidi. Archivo Nacional de Chile, Fondo DIBAM, v. 208.





Dirección de Bibliotecas, Archivo y Museos. Oficio circular nro. 2192, 17 de octubre de 1973, de Roque Esteban Scarpa a Italia Garbarino. Archivo Nacional de Chile, Fondo DIBAM, v. 208.

Dirección de Bibliotecas, Archivo y Museos. Oficio circular nro. 2343, 20 de octubre de 1973, de Roque Esteban Scarpa a Encargado de Biblioteca Pública no.25. Archivo Nacional de Chile, Fondo DIBAM, v. 208.

DIRECCION DE BIBLIOTECAS,
ARCHIVOS Y MUSEOS

SANTIAGO, 30 OCT. 1973 ✓

5343
NO _____

SEÑOR ENCARGADO:

Se ha recibido en esta Dirección el Oficio JPV-19, de 24 de Octubre en curso, del señor Gobernador de Maipo, en el que señala los libros de adoc-trinamiento marxista que ha recibido esa Jefatura de Pla-za.

Como los libros señalados figuran en el inventario de la Biblioteca a su cargo, le ruego se sir-va confeccionar las Planillas de Baja correspondiente.

Saluda atentamente a Ud.,

R. Esteban Scarpa
ROQUE ESTEBAN SCARPA
Director de Bibliotecas, Ar-
chivos y Museos y Director de
la Biblioteca Nacional

AL SEÑOR
ENCARGADO DE LA BIBLIOTECA PUBLICA NO 25
V A L L E N A R

DIRECCION DE BIBLIOTECAS,
ARCHIVOS Y MUSEOS

16 NOV. 1973

SANTIAGO,

2476

Nº _____

SEÑOR ENCARGADO:

Me permito comunicar a Ud. que he tomado debida nota de su Oficio Nº 34, de fecha 30 de Octubre pasado, en el que me informa sobre la requisición de diferentes ejemplares de contenido marxista.

Saluda atentamente a Ud.,



ROQUE ESTEBAN SCARPA
Director de Bibliotecas, Archivos y Museos y Director de la Biblioteca Nacional

AL SEÑOR
JOSE HERNAN OYARZO G.
ENCARGADO DE LA BIBLIOTECA PUBLICA Nº 12
PUERTO WILLIAMS

Dirección de Bibliotecas, Archivo y Museos. Oficio circular nro. 2476, 16 de noviembre de 1973, de Roque Esteban Scarpa a José Hernán Oyarzo. Archivo Nacional de Chile, Fondo DIBAM, v. 208.

El caso de la Biblioteca nro. 14 de Puerto Natales merece especial atención. Fueron dados de baja por su contenido 248 libros de contenido marxista, con la autorización de Roque Esteban Scarpa. Pero, además de esta significativa cantidad, es necesario rescatar el testimonio de la encargada de la biblioteca en ese entonces, doña Mercedes Bejarano, víctima de tortura. Este caso es la expresión del paroxismo, del absurdo y de cómo el terrorismo de estado también afectó a los trabajadores de las bibliotecas:

Llegó el 11 de septiembre de 1973, y fueron primeramente los militares a quemar los libros de la biblioteca y yo me opuse. El sargento que los comandaba me conocía, yo le había ayudado a trabajar en algunas alocuciones que ellos hacían. Por ejemplo, para el 5 de abril, para el 21 de mayo. Siempre les ayudaba con los libros. Entonces más o menos era conocida. Se retiraron ese día de la biblioteca, que estaba en la Escuela Consolidada.

En la Escuela Consolidada ellos entraron por la fuerza en la noche y se llevaron lo que quisieron. Yo fui a reclamarle al Coronel Mario Marshall, que era el Gobernador. Le dije que por qué él había autorizado que entren por la fuerza y roben los libros, porque ese era un robo. Don Mario Marshall después fue rector de una Universidad en Valdivia durante la dictadura, se portó bastante bien. Me dijo que no tenía idea, que ellos hacían eso y que de todas maneras ellos tenían el consentimiento del Director de Bibliotecas, Archivos y Museos de Santiago.

Pero antes de cambiarnos, durante más de un mes, yo sentía los tacones en la baldosa, porque el piso era de baldosa, los colegios en Punta Arenas y en Natales son muy bien estructurados, son de cemento por el clima. Entonces este caballero, el Mayor Urquiza, todas las mañanas iba a que yo le mostrara... Me abría la blusa para que le mostrara la axila, porque según él ahí iba a aparecer la marca de los comunistas. Yo tenía que hacerlo, ¿sabe? Yo tenía como 24 años en esa época, y estaba totalmente nerviosa, y fue tanto que, como pasaba el tiempo y este hombre no se calmaba, me decía que él era mandado, yo le decía: “¿y don Mario Marshall sabe?”. Me decía: “yo estoy mandado por órdenes superiores hasta que yo le vea aparecer la marca de los comunistas”. Empecé a ver arañas, empecé a tener sueños feos, cerraba los ojos y como el dormitorio mío era blanco veía subir las arañas.

Había un profesor del Colegio Salesiano, que yo lo conozco mucho, el “Mago Güiña”, y él era. Nosotras estábamos vendadas de los ojos, con una capucha con olor a sangre, con olor a saliva, y las manos amarradas atrás. Así que la tensión nerviosa era terrible. Este hombre me hizo contar del 1 al 10, y después 10, 9, 8, 7... Él pretendía hipnotizarme, y con las pastillas que me dieron, que yo me durmiera. Pero me recostaron en un sillón, o sofá cama, no sé muy bien lo que era porque no lo vi. Y hacía mucho frío, era un lugar enorme y frío. Los chunchos, los resortes, me agarraban la espalda, me tomaban la colita, todo, porque me iba a hipnotizar. Me pincharon los brazos para ver si yo estaba hipnotizada, y yo gritaba porque me dolía pues, si yo no estaba hipnotizada. Así que ahí me dejaban, me preguntaban, preguntaban a otra persona, yo estuve vendada de los ojos, pero los oídos se te amplían cualquier cantidad cuando tú tienes cerrados los ojos.

Al lado mío, en las salas por ahí cerca, porque no sé si fue cerca de mí a una mujer le pegaban en los pechos, que es doña Enriqueta Nilao, profesora socialista

de esa época. Decía: “no me peguen en los pechos, en los pechos no, en los pechos no”. Entonces venía el oficial del Ejército, que no sé qué cargo tenía, y me decía: “¿quieres que te hagan eso?”. La gente que ellos torturaban, las mujeres, decían garabatos, y yo les decía: “bueno, si Ud. piensa que está actuando bien, Ud. no tiene esposa, no tiene hijos, no tiene conciencia, haga lo que Ud. quiera conmigo, pero yo no sé nada de lo que Ud. me pregunta”. Sabes que no me salió ni un garabato, parece que Dios me iluminó donde tenía los ojos tapados, las piernas se me subían solas de los nervios. Las piernas me saltaban, así como que me las estuvieran tirando como cuando hacen las marionetas, así me saltaban las piernas.

Antes de que fueran los militares a entrar por la fuerza, antes de eso nos llegó un oficio del Director de Archivos Bibliotecas y Museos, Roque Esteban Scarpa. Llegó un oficio que teníamos que sacar. Yo me acuerdo de El Capital, de Carlos Marx, y libros que te hablaban de las luchas sociales. Me hicieron sacar de la estantería el libro de Octavio Paz, uno de los libros de Octavio Paz. A mí me llamó mucho la atención. Esos libros, como había que quemarlos, yo me los traje aquí a mi casa a Punta Arenas. Los envolví en una bolsa de nylon. Era un montón de libros que había que sacar de la estantería. Los puse en una bolsa de nylon, y en un galpón que tenemos, hice un hoyo adentro. Hasta el día de hoy no los he encontrado (Mercedes Bejarano).

En el desarrollo de esta investigación, nos habíamos encontrado con distintas formas de coacción y represión a bibliotecarios, exoneración, delación y exilio. Sin embargo, el testimonio de la Sra. Mercedes es el primer caso documentado de la existencia de tortura en el marco de la censura y la represión a las bibliotecas. La Sra. Mercedes fue reconocida en su calidad de víctima de la tortura por la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura.

Dirección de Bibliotecas, Archivo y Museos. Oficio circular nro. 2252, 31 de octubre de 1973, de Roque Esteban Scarpa a Mercedes Bejarano. Archivo Nacional de Chile, Fondo DIBAM, v. 208.

DIRECCION DE BIBLIOTECAS,
ARCHIVOS Y MUSEOS

SANTIAGO, 31 OCT 1973

Nº 2252

SEÑORA ENCARGADA:

Me permito informar a Ud., en relación a su Oficio Nº 18, que debe incluir en la Planilla de Bajas el total de los libros señalados en dicho oficio, en una sola lista, y eliminarlos con esa anotación del inventario.

Saluda atentamente a Ud.,

R. E. Scarpa
ROQUE ESTEBAN SCARPA
Director de Bibliotecas, Archivos y Museos y Director de la Biblioteca Nacional

A LA SEÑORA
ENCARGADA DE LA
BIBLIOTECA PUBLICA Nº 14
DOÑA MERCEDES BEJARANO R.
PUERTO NATALES

SECCION DE BIBLIOTECAS,
ARCHIVOS Y MUSEOS

SANTIAGO, 17 NOV. 1973

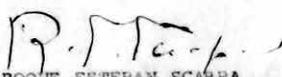
2493

Nº

SEÑORITA ENCARGADA:

Me permito acusar recibo de su Oficio Nº 29, de fecha 6 de Noviembre en curso, mediante el cual me informa que han sido dados de baja 248 libros de contenido marxista.

Saluda atentamente a Ud.,


ROQUE ESTEBAN SCARPA
Director de Bibliotecas, Archivos y Museos y Director de la Biblioteca Nacional

A LA SEÑORITA
ENCARGADA DE LA BIBLIOTECA PUBLICA Nº 14
DOÑA MERCEDES BEJARANO R.
PUERTO NATALES

Dirección de Bibliotecas, Archivo y Museos. Oficio circular no. 2493, 17 de noviembre de 1973, de Roque Esteban Scarpa a Mercedes Bejarano. Archivo Nacional de Chile, Fondo DIBAM, v. 208.

3.7. La institucionalización de la censura

Luego del *shock* y la limpieza inicial, la dictadura comenzó a institucionalizar la censura por medio de distintos mecanismos, ya fuera a través de bandos militares, decretos de ley u otros. Incluso a través de la propia Constitución de 1980, en un artículo transitorio. Tal como se señaló en el primer capítulo, la forma de aplicar censura por parte de regímenes autoritarios se presenta en un primer momento en una dinámica de poder-terror para posteriormente dar paso a formas normativo-jurídicas.

De esta forma, según Bernardo Subercaseaux, las formas normativo-jurídicas de la censura se habrían cimentado a partir de 1977 principalmente, para ir evolucionando y modificándose hasta 1983, momento en que el régimen comienza a dar las primeras señales de desgaste y apertura al diálogo.

1. Bando militar 107 11 de septiembre 1977: solo el Jefe de Zona de Emergencia puede autorizar fundación, edición y circulación de nuevas publicaciones.
2. Bando militar 122 22 de septiembre 1978: establece que solo al Jefe de Zona Metropolitana le corresponde autorizar fundación, edición y circulación de nuevas publicaciones (modifica la anterior).
3. Circular 451: la superintendencia de aduanas exige a los importadores de libros que sus listas de importación estén previamente autorizadas por DINACOS.
4. Decreto 3259 27 de enero 1981: la fundación, edición y circulación de nuevas publicaciones (incluyendo libros) deberán ser autorizados por el Ministerio del Interior.
5. Ley 18.015 27 de febrero 1981: completa el decreto anterior con sanciones pecuniarias.
6. Constitución política 1980: disposición artículo 24 transitoria faculta al presidente de la República para restringir entre 1981 y 1989 la libertad de información, solo en cuanto a la fundación, edición y circulación de nuevas publicaciones.
7. Decreto 262 24 de junio 1983: modifica decreto 3259 y pone término a la autorización previa del Ministerio del Interior para edición y circulación de libros en el país (Baez, 2013).

Y así como se fueron institucionalizando los diversos mecanismos para la censura de libros, también fue necesaria la creación de organismos estatales encargados de esta tarea. Es así como desde 1974 comenzó a funcionar la DINACOS (Dirección Nacional de Comunicación Social, la cual posteriormente pasó a llamarse División de Comunicación Social), dependiente del Ministerio Secretaria General de Gobierno, quien, además de estar encargado de las políticas comunicacionales de la Junta, pasó a jugar el rol de organismo censor de publicaciones. DINACOS fue el censor de libros de la dictadura.

LA SEGUNDA
15 de Mayo de 1981

CRONICA

7

Libro "La Larga Noche" de Mariana Callejas fue prohibida por DINACOS

■ Libro fue impreso en editorial inventada. ■ Con su venta pretendía obtener una buena entrada que le hubiera permitido "vivir y mantener a sus hijos". ■ Etablará un recurso de protección.

1 "Michael no puede variar sus declaraciones, porque eso le costaría ocho años más de prisión". Un juicio se abre. Un hombre cumple hoy tres años y 37 días de condena en los Estados Unidos. Una mujer espera en Chile. Mariana Callejas, esposa de Michael Vernon Townley, conversó con "La Segunda" sobre lo que ha sido esta larga espera desde que a nuestro país llegó un cable procedente de los Estados Unidos, que implicaba a su marido en la muerte del ex canciller Orlando Letelier. "Está más cansado, flaco, más viejo", dice recordando la última vez que vio a Townley, hace un año, en un penal de ese país. "Jamás he pensado en anular mi matrimonio", casi grita al afirmarlo. "Dicen que no le permitieron regresar al país, pero él quiere volver después de cumplir su condena". Como una paradoja, se refirió también a esa "Larga Noche", un libro que acaba de publicar con una editorial inventada (Editorial Lo Curro) y del cual pensaba obtener sus rentas para vivir y mantener a sus hijos. "DINACOS no me deja publicarlo, aunque ya lo tengo listo. Voy a entablar un recurso de protección".

NOMBRE HORROROSO

—Su aspecto es el mismo de siempre: sin maquiillaje, con su larga chasqui-

Con una comida celebraron el asesinato de O. Letelier

■ Declaraciones de Michael Townley en nuevo juicio contra Guillermo Novo y Alvin Ross.

3 WASHINGTON, 15 (UP). — Un estadounidense que testificó en el nuevo juicio abierto contra dos cubanos anticomunistas por el asesinato del ex diplomático chileno Orlando Letelier dijo que éstos colocaron la bomba del atentado y luego fueron a Miami para una "comida de celebración".

—Fue una especie de comida de celebración, dado que la misión estaba completada... muy mac-

lla... pero sus ojos lucen hundidos y el rostro está demacrado. Con una sonrisa un poco de pesar y de ganas de no dejarse llevar por los recuerdos, comienza a hablar de un libro.

—Pedí plata prestada a todos mis conocidos y me largué a editar "La Larga Noche". Pensaba que iba a poder ganar la vida en esto. En enero, ya el libro estaba fuera de imprenta. Pero había pedido permiso a DINACOS para publicarlo y fue negado. Voy a entablar un recurso de protección, porque no existen motivos para que me impidan publicar.

—No será un libro confesional? ¿De qué se trata?

—No hay nada polémico en él. Son cuentos que los conoce mucha gente y que los he escrito entre 1974 y 1980. No se refieren a temas políticos.

—DINACOS no le ha dado razones sobre su negativa?

—No. Ellos no dan razones. Su reacción es arbitraria y no tiene nada que ver con los cuentos que en el libro aparecen. Estoy mal de plata y me cuesta muchísimo mantener a la familia. Por eso, esperaba vivir de lo que me diera la publicación de "La Larga Noche".

—¿Cuáles son los argumentos de esos cuentos? Por ejemplo, ¿de qué trata el cuento que se llama "Conocí usted a Bobby Ackermann"?

—Planifica la gente tiende a no involucrarse

bro", dijo Michael Townley. El norteamericano es el testigo gubernamental en el nuevo proceso seguido contra Guillermo Novo Sampol y Alvin Ross Díaz, convictos en 1979 por asociación ilícita y asesinato, aunque la sentencia fue revocada porque el testimonio de informantes que compartieron celdas con los procesados fue usado en su contra.

Townley dijo al juez Barrington Parker que re-

en los problemas de los demás y se pagan precios muy duros por la indiferencia.

—¿Y el cuento "Perdóname, maestro paz"?

—Trata de la revolución cubana... Con mi abogado vamos a presentar una carta a DINACOS en la cual se aclare que yo no trato de sacar partido al caso Letelier. Parece que mi nombre es lo que me perjudica. No entiendo por qué mi nombre va a ser tan horrible...

MATRIMONIO

—¿Cómo era su matrimonio con Townley?

—Fue un matrimonio bastante agradable. Yo nunca trabajé mientras estuve a su lado, porque él era muy trabajador. Parece que alguien anda corriendo el rumor de que yo iba a anular mi matrimonio. Jamás haré una cosa igual. Anularme de un hombre que está en la cárcel sería horrible.

—¿Cómo ha hecho para mantener a su familia mientras Michael Townley ha estado en prisión?

—Teníamos ahorros que se han ido. Ya no me queda dinero. Algo me ayudan mis suegros. Pero yo soy muy estable y de una fortaleza interior que creo que es bastante asombrosa. Nunca me he dejado abatir, ni en los peores momentos. Tengo fe como regla general.

—No se le ha ocurrido escribir la historia de su vida?

—Leí el libro de Florencia Varas y lo encontré de lo más objetivo. Así es que creo que no es necesario volver a escribir sobre el caso de mi marido y todo lo relacionado con Letelier, si a eso se refiere.

—¿Cómo está él ahora?

—Con una cierta tristeza que no la tenía antes. Ha pasado por momentos de desesperación. Pero, en general, ha tomado la prueba con bastante honrría. El ha comprendido y ha justificado más que yo el hecho de que lo hayan entregado a la justicia norteamericana. Tiene una lealtad incondicional y absoluta hacia el Presidente Pinochet. Incluso ha estudiado el modelo económico chileno y lo encuentra fabuloso. En un diario inglés, el "Manchester Guardian", publicaron una carta en la que se criticaba duramente el sistema político y económico chileno. Mike respondió esa carta y se la publicaron. Defendió la posición chilena de manera muy convincente.



■ Mariana Callejas revela a "La Segunda" detalles de la prohibición de DINACOS para distribuir su último libro.

Mike era muy activo y el sostén y báculo de la familia

■ Reapertura del juicio le ha caído muy mal, dijo en forma exclusiva a La Segunda.

2 —¿Cuándo fue la última vez que vio a Townley?

—Hace un año. Esa ha sido de las experiencias poco gratas de mi vida. A Mike le he conocido siempre como un hombre muy activo, muy libre, que arreglaba todos los problemas incluso de los familiares. Él era el sostén y el báculo de toda la familia. Ahora lo vi como un águila enjaulada. Verlo entre rejas, restringido, totalmente anulado como persona... para mí ha sido tristísimo. Pero pienso que todas las experiencias, por muy duras que sean dejan algo positivo.

—¿Cómo está él ahora?

—Con una cierta tristeza que no la tenía antes. Ha pasado por momentos de desesperación. Pero, en general, ha tomado la prueba con bastante honrría. El ha comprendido y ha justificado más que yo el hecho de que lo hayan entregado a la justicia norteamericana. Tiene una lealtad incondicional y absoluta hacia el Presidente Pinochet. Incluso ha estudiado el modelo económico chileno y lo encuentra fabuloso. En un diario inglés, el "Manchester Guardian", publicaron una carta en la que se criticaba duramente el sistema político y económico chileno. Mike respondió esa carta y se la publicaron. Defendió la posición chilena de manera muy convincente.

EL JUICIO

—¿Cómo ha tomado

Townley la reapertura del juicio Letelier?

—Le ha caído muy mal, naturalmente. El circo de siempre como un hombre muy activo, muy libre, que arreglaba todos los problemas incluso de los familiares. Él era el sostén y el báculo de toda la familia. Ahora lo vi como un águila enjaulada. Verlo entre rejas, restringido, totalmente anulado como persona... para mí ha sido tristísimo. Pero pienso que todas las experiencias, por muy duras que sean dejan algo positivo.

—Pero ahora que se dice que la línea de defensa de los cubanos ha cambiado y que ahora culpan directamente a la DINA, ¿cambiará Townley sus declaraciones?

—El no puede variar sus declaraciones. El perjurio, en los Estados Unidos, es un delito muy serio, penado duramente. Le costaría cinco años más de prisión el cambiar sus versiones. Mike no puede, en ningún momento, desviarse de las declaraciones que hizo al principio.

EL PERDON

—¿Cómo ha sido la atención que Townley ha recibido durante su condena?

—La atención no ha sido del todo satisfactoria. Los cambios de penal le han perjudicado. Allí el sistema es muy democrático. Todos los presos, sean de cualquier estrato social, reciben el mismo trato. No se les puede llevar nada a prisión, ni al-

mentos ni objetos. Pero es un sistema de buena conducta, donde se adquieren ciertos privilegios.

—¿Qué privilegios?

—Si se portan bien, pueden llegar a tener un calabozo solo, un reloj y una radio. Pero al cambiarse de recinto penal — como lo hacen con todos porque los trasladan periódicamente — pierden todos sus privilegios y tiene que empezar de nuevo a hacer méritos.

—¿Qué posibilidades tiene de salir antes de que se cumplan sus 10 años de condena?

—Se dijo que podía salir a los 40 meses, pero el sistema es bastante complicado. Cuando cumplió 40 meses en prisión, apeló al Comité de Perdonos, que es una especie de investigación, un organismo autónomo que decide si se da a una persona la libertad condicional. Para ello, pesa el delito y la conducta. El Comité de Perdonos rechazó una vez la apelación de Mike. Pero le quedan otras dos oportunidades de apelar.

—¿Cuándo cumple su condena, ¿podrá regresar al país?

—El fue expulsado ilegalmente. Con mi abogado habíamos iniciado un juicio por expulsión ilegal, pero íbamos a perjudicar a un montón de funcionarios de Investigaciones que eran amigos de Mike, como el general Baeza y Salinas. Ahora, ninguno de ellos está en Investigaciones. Puede que reanudem el juicio.

—Pero, ¿podrá regresar?

—Como su expulsión fue ilegal, judicialmente Michael tiene derecho a regresar. Yo lo estaré esperando con sus hijos.

La DINACOS actuaba como censor de libros, intervenía, evaluaba, autorizaba o prohibía la publicación. En este caso, frente a libro de Mariana Callejas, esposa de Michael Townley (gentileza: Sección Referencias Críticas Biblioteca Nacional).

DINACOS contesta al escritor Jorge Edwards respecto al libro "Persona non grata". Este fue un libro doblemente censurado, tanto por el régimen cubano como por la dictadura militar chilena (gentileza: Sección Referencias Críticas Biblioteca Nacional).

DINACOS Aclara Conceptos de Escritor Jorge Edwards

"La Segunda", el 18 de julio/78, referida a sus libros "Persona non grata", y "Desde la cola del dragón", el Departamento de Evaluación de DINACOS puntualiza:

A comienzos de 1974 no se consideró oportuno, en ese momento, autorizar la intervención de la obra "Persona non grata". Desde esa fecha hasta hoy, ninguna editorial ha mostrado interés alguno en internarla. Respecto a "Desde la cola del dragón", no existen antecedentes que evidencien la intención de internar este libro.

El Departamento de Evaluación de la División Nacional de Comunicación Social afirmó ayer mediante una declaración pública que ninguna editorial ha mostrado interés para traer al país el libro "Persona non grata", del escritor chileno Jorge Edwards. La información fue emitida en relación a los conceptos formulados por el autor a un vespertino de la capital, donde señalaba que el Gobierno no autorizaba la intervención de la mencionada obra. La nota señala textualmente:

"En relación a la declaración emitida por el escritor Jorge Edwards en el vespertino

EL CRONISTA, SANTIAGO, 22-VII-1978, P. 29. 669380

"Los convidados de piedra" era una novela ambientada en la época posterior al golpe de Estado y expresa una crítica a la clase alta chilena (gentileza: Sección Referencias Críticas Biblioteca Nacional).

le Tennero. tipo - 4-VI-1978 - P. 17.

Sale mañana a circulación DINACOS autorizó venta en Chile de novela de J. Edwards

Mañana será puesta a la venta en forma oficial —después de haber sido aprobada su circulación en Chile por la Dirección de Comunicación Social del Gobierno— la novela "Los convidados de piedra" del escritor y ex diplomático chileno Jorge Edwards.

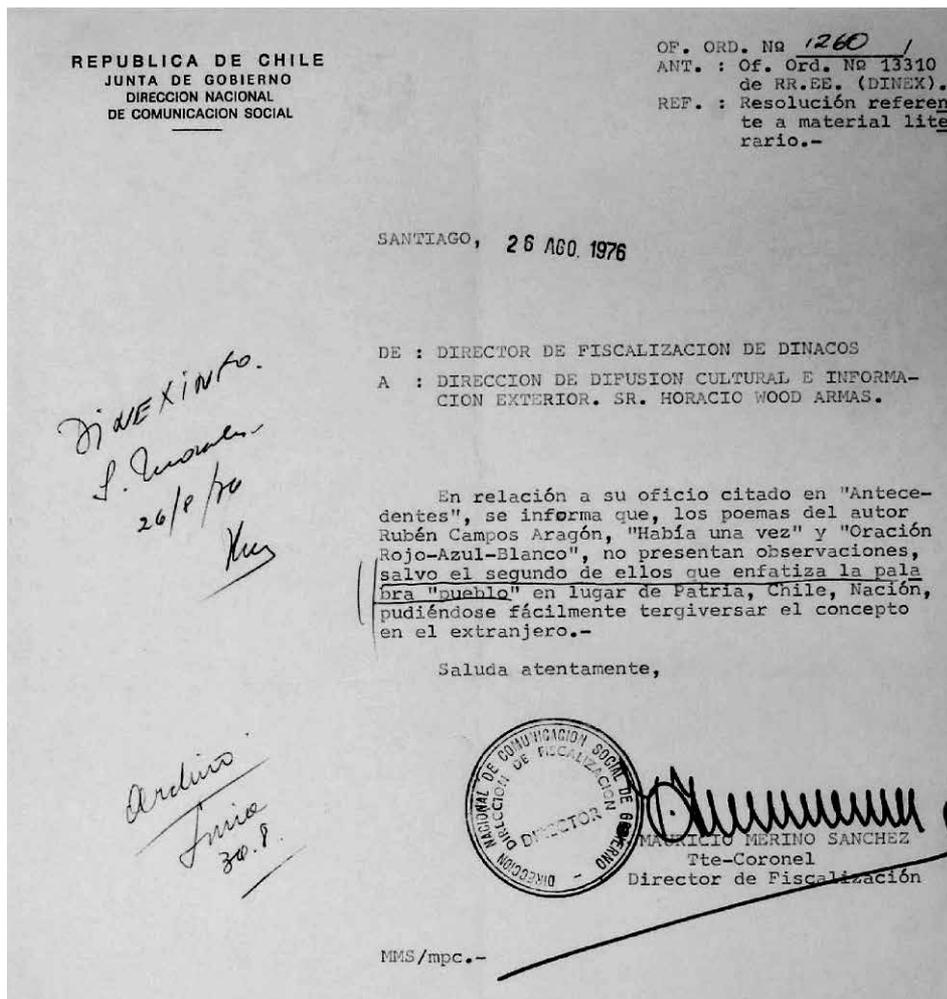
El libro, editado bajo el sello de Editorial Seix Barral de España, mereció los más elogiosos comentarios de la crítica peninsular, donde se le calificó como "la obra que consagra definitivamente a Jorge Edwards".

El autor de "Los convidados de piedra" —abogado, 47 años, casado, dos hijos— ingresó al Ministerio de Relaciones Exteriores en 1957 y desde entonces hasta 1973 se desempeñó en diversos cargos de significación en el exterior, llegando a ser Ministro Consejero en la embajada de Francia en 1971.

La última novela de Edwards narra las vicisitudes de una familia chilena en medio de la actividad política que se vivió hasta antes del cambio de régimen, el 11 de septiembre de 1973.

Otras novelas del mismo autor son "El patio", "Gente de la ciudad", "El peso de la noche" —la mejor acogida por la crítica chilena— y "Persona non grata".

669906



Los censores de la DINACOS formularon observaciones a dos poemas, por contener la palabra "pueblo". (Documento extraído de libro Asociación Ilícita: los archivos secretos de la dictadura).

Encontrar las huellas de la labor de la DINACOS no es tarea sencilla. En las postrimerías de la dictadura el régimen se encargó de destruir o desaparecer muchos archivos ministeriales comprometedores. Es probable que Secretaría General de Gobierno fuera uno de ellos, fondo archivístico que solo se encuentra desde el año 1993 en adelante resguardado por el Archivo Nacional. De esta manera, la labor de los censores de libros de la DINACOS se puede conocer desde el resultado de sus labores y la publicidad de sus veredictos, autorizaciones, correcciones, etc. La censura desarrollada por la DINACOS mantuvo las mismas lógicas desarrolladas en el comienzo de la dictadura: impedir la irrupción de literatura marxista, mantener la limpieza impidiendo la publicación de obras que pudieran infringir principalmente los principios del orden y la seguridad nacional. De todas maneras, y a pesar de ser parte de la maquinaria estatal de una dictadura del siglo xx, el sistema y las dinámicas de censura realizadas por esta Dirección se asemejan a las prácticas censoras del Chile colonial y

al sistema de privilegios del *Ancien Regime*, donde los censores se daban el lujo de comentar los libros, hacer elogios o sugerir modificaciones. Como ejemplo de ello, se pueden mencionar los poemas “Oración rojo-azul-blanco” y “Había una vez”, de Rubén Campos Aragón. El teniente Director de Fiscalización de la entidad, Mauricio Merino Sánchez, informa en el oficio nro. 1260 del 25 de agosto de 1976 sobre ambos textos: “no presentan observaciones, salvo el segundo de ellos que enfatiza la palabra pueblo en lugar de Patria, Chile, Nación, pudiendo fácilmente tergiversar el concepto en extranjero” (Dorat y Weibel, 2012)

A continuación reproducimos tres tablas extraídas de “La censura en las bibliotecas de la Universidad de Chile” con los episodios más significativos de censura.

Libros apoyados por la dictadura (“El libro y sus problemas”, 1982).

Año Pub.	Título	Autor
1924	Cuentos Militares	Olegario Lazo
	Perfiles de honor	Eugenio Bustamante
1969	La verdad sospechosa	Juan Ruiz de Alarcón
1973	El último día de Allende	Ricardo Boizar
1973	Anatomía de un fracaso	Emilio Filippi y Hernán Millas
1975	Biografía emotiva	Efraín Szmulevicz
1979	Chez Pavez	Fernando Josseau (aprobado en 5 meses)
1981	Manual de urbanidad para pirulos	Jorge Sasía (se aprobó en 7 meses)
1981	Historia de Chile	Gonzalo Vial Correa
1984	Manual de Urbanidad del Ejército de Chile	Estado Mayor General Dirección de Instrucción

Lista de los libros más importantes de la década (Subercaseaux, 1984).

Año Pub.	Título	Autor
1977	Confieso que he vivido	Pablo Neruda
1979	Mapa de la extrema riqueza	Fernando Dahse
1979	El día decisivo	Augusto Pinochet
1979	Julio comienza en Julio	Gustavo Frías
1979	Lección de pintura	Adolfo Couve
1980	La Beatriz Ovalle	Jorge Marchant

1981	Dónde estás Constanza	José Luis Rosasco
1981	El Jardín de al lado	José Donoso
1981	Manual de urbanidad para pirulos	Jorge Sasía
1981	¿Qué te pasó, Pablo?	Pablo Huneus
1982	Adiós al Führer	Enrique Lafourcade
1982	Historia de Chile	Gonzalo Vial
1982	Historia de Chile	Leopoldo Castedo
1982	Anteparaíso	Raúl Zurita
1983	Persona non grata	Jorge Edwards

Esta lista fue publicada por *El Mercurio*, medio escrito altamente controlado por el régimen, en 1983. En virtud de ella fueron elegidos 15 de los libros chilenos más importantes de la década en la Feria del Libro de ese año.

Libros conflictivos:

Título	Autor
Poesía política	Nicanor Parra
Lonquén	Máximo Pacheco
Una herida abierta	Patricia Verdugo, Claudio Orrego
La casa de los espíritus	Isabel Allende
El proceso de la izquierda	Teodoro Petkoff
Neruda profeta de América	Gastón Soubllette
Canto General	Pablo Neruda
Las venas abiertas de América Latina	Eduardo Galeano
Rodrigo y Carmen Gloria: quemados vivos	Patricia Verdugo
La industria editorial y el libro en Chile(1930-1984)	Bernardo Subercaseaux.
Cultura y Sociedad liberal en el siglo XIX	Bernardo Subercaseaux
Triángulo para una sola cuerda	Antonio Montero
Los zarpazos del puma	Patricia Verdugo
Canción de gesta	Pablo Neruda
Mister Jara	Gonzalo Drago
Puerto engaño	Leonardo Espinoza

Poemas inmortales e incitación al nixonicidio	Pablo Neruda
El Chilote Otey	Francisco Coloane
El ciclista del San Cristóbal	Antonio Skármeta
La Guerra Interna	Volodia Teitelboim
La revolución cibernética	Rose, J.
Canción de gesta	Pablo Neruda
La aventura de Miguel Littín Clandestino en Chile	Gabriel García Márquez.
Confieso que he vivido	Pablo Neruda
Mal de Amor	Oscar Hann (“El dueño de la editorial Ganyminides, el señor Turkeltaub, declaró extraoficialmente que el libro en cuestión, del poeta Oscar Hann, jamás sería autorizado”, 2007).
Persona non grata (Jorge Edwards, 2007)	Jorge Edwards
Poesía Popular Chilena	Diego Muñoz
Isla 10	Sergio Bitar
Allende, Demócrata intransigente⁴	Tohá, Moy de Letelier, Isabel Margarita
Los asesinos del suicida	Gustavo Olate

4. Requisición.

Publicado en el No. 17 de la 1967
del G.O.P. - P. 1000 R. (1)

EL M

PRIMER COEPO

designados Rectores - Delegados.

Reorganización De las U

de Gobierno, a tra
ciones de Educación
consecutivamente llega

Carre Jiménez, que se halla
en relación a la oficina ad-
ministrativa nacional.

En esa intervención aludic

de por parte y aludic, el
Consejo de Carre Jiménez
de hecho a una declaración
aludic, el Decreto que designa

de hecho a una declaración
aludic, el Decreto que designa

rogado
creto

la ENU

de Gobierno dere
"Decreto de Or-
de la ENU",
por el Ministerio de
durante el régimen
Unión Popular y en
reorganizado por pro-
sistema y padre y
por la ENU

del decreto designa
que lleva el número
el siguiente:

El presente es prefe-
de la Junta de Gobierno
y los niños y jóvenes
una educación libre,



~~Capítulo 4~~

LA UNIVERSIDAD DE CHILE BAJO ESTADO DE SITIO Y SUS BIBLIOTECAS COMO FOCO SUBVERSIVO

Todos(as) fuimos protagonistas de esa marca,
incluso los(as) que no habían nacido
porque ella, de un modo u otro, está
latente en los murmullos de la transmisión
transgeneracional del trauma.

(Anales de la Universidad de Chile
a 40 años del golpe.
"El atmoterrorismo burocrático",
Sonia Montecino)

4.1. La Universidad como cuerpo: el corazón, el olvido y la memoria

Ciertamente, este relato sobre el carácter de la intervención en la Universidad de Chile por parte de la dictadura, fue construido desde la perspectiva de la memoria, entendida como la construcción social del pasado, como parte de memorias y olvidos en disputa entre la voluntad política de olvidar y la voluntad social de recordar (Salazar, 1997). Fue construido a partir de los olvidos llenos de memoria que aún persisten tanto en la Universidad como en la sociedad chilena en general, y principalmente desde las memorias de algunos de sus actores protagónicos.

Tal como expusimos en el capítulo 3, en Chile existió un verdadero golpe al libro y a las bibliotecas, dada la valoración asignada al libro como vehículo transmisor de ideas, y a las bibliotecas como instituciones encargadas de democratizar su acceso, en los marcos de la llamada “operación limpieza” del legado marxista bajo los cánones de la Doctrina de Seguridad Nacional. El *shock* cultural desarrollado en las bibliotecas se manifestó en extensión y profundidad, llegando a afectar desde esa perspectiva a las bibliotecas de la Universidad de Chile.

Libros, bibliotecas y universidad eran parte esencial del proceso de producción del conocimiento, y es posible afirmar que tenían un carácter patrimonial más allá del espacio universitario al tener un origen y un pasado común con otras instituciones culturales, como la Biblioteca Nacional y la Biblioteca del Instituto Nacional. Eran también la expresión de la diversidad temática influida por los procesos de cambio social producidos en el país, y de la apertura y democratización de la misma universidad. Junto con todo lo anterior, las bibliotecas en ese entonces eran consideradas, tanto a nivel nacional como internacional, el corazón de una universidad.

Las universidades fueron consideradas por los militares verdaderos focos subversivos y de propagación del marxismo. La Universidad de Chile en particular fue el correlato del proceso social en curso, y además símbolo y pilar de la construcción del Estado-nación hasta entonces. Por eso el golpe se expresó con inusitada virulencia tanto contra ella como contra la UTE. En palabras del actual Rector, Ennio Vivaldi:

El golpe de Estado de 1973 afectó a la Universidad de Chile al menos en tres modalidades de embates y conminaciones. La primera se expresa en las interacciones directas del régimen dictatorial con ella, es decir, la intervención en cuanto tal, los rectores delegados, el cercenamiento de las sedes, las persecuciones y exoneraciones. La segunda modalidad se manifiesta en el desmantelamiento del Estado chileno que el régimen dictatorial implementa. Destruir el Estado chileno representa la destrucción de la obra que había constituido la razón de ser de la Universidad de Chile (Vivaldi, 2013).

Es difícil creer que después de 42 años aún los procesos de memoria en la Universidad tengan un carácter tan complejo. Algunos bibliotecarios nos comentaron que, después de la investigación del 2007, colegas recién habían comenzado a saludarlos de nuevo

después de décadas, sin el temor ni el estigma de la persecución que aún ejercían influencia en ciertas personas. El miedo sigue siendo parte del clima institucional, ya que finalmente víctimas y victimarios tuvieron que volver a convivir en el mismo espacio: “La modalidad de transición a la democracia significó que en la Universidad convivimos por un largo tiempo denunciantes, denunciados y cómplices pasivos, perseguidores, perseguidos” (Subercaseaux, 2014). Y es que el sentido común que impera en el Chile posdictatorial, sentido común entendido como el lugar donde opresores y oprimidos se encontraban pensando lo mismo en función de los intereses de los primeros –parafraseando a Gramsci–, es el sentido común de los consensos y la impunidad de los perseguidores y delatores de ayer. La estructuración de los procesos de memoria ha sido condicionada por el proceso de transición pactada en la dictadura por el consenso en el poder.

Lo anterior ha implicado que en los distintos espacios político-institucionales, sociales y culturales, abrir debates en torno a esta temática sea un proceso no exento de dificultades, resistencias y censuras. Como plantea la académica Sonia Montecino:

Mary Douglas, la antropóloga inglesa, se ocupó de analizar las instituciones y las diversas aristas que entrañan en tanto “máquinas de pensar” incesantes y en tanto productoras de analogías, de lo idéntico, de clasificaciones, y de decisiones de vida o muerte. Pero sobre todo, coloca atención en cómo las instituciones recuerdan u olvidan, qué cosas deciden conservar y cuáles descartar (Montecino, 2013).

La memoria, como mecanismo social de recordación o como construcción social del pasado desde el presente, se ve condicionada por momentos que hacen que broten o se desaten ciertos atavíos que la mantienen reprimida. Así, en Chile determinados hechos han puesto el debate y la disputa en torno a la memoria en la esfera pública: detención de Pinochet en Londres (1998), conmemoración de los 30 años del golpe cívico-militar (2003), muerte de Augusto Pinochet (2006), Bicentenario (2010), conmemoración de los 40 años del golpe cívico-militar (2013). Asimismo, dichos momentos han marcado un momento de introspección y de irrupción en el debate público al interior de la Universidad de Chile, lo que puede apreciar en la conmemoración de los 170 años de la Universidad, la edición de “El murmullo de la memoria” en los Anales de la Universidad, y en las actividades de conmemoración de los 40 años del golpe, con actividades simbólicas como el acto de reconocimiento “Con Chile y la Universidad en el corazón”, instancia en que se rindió homenaje a los detenidos desaparecidos, así como en la edición especial de los Anales dedicada a los 40 años del golpe.

¿Qué es lo que la Universidad de Chile, como institución, ha decidido recordar, y qué olvidar? Lo anterior nos lleva a formular la interrogante en función de su patrimonio y su memoria amputada, y que como institución aun no recuerda o no ha decidido recordar: sus libros quemados, censurados y saqueados; sus bibliotecas destruidas, amputadas y cercenadas; la persecución, la exoneración, la delación y el exilio de sus bibliotecarios; su Escuela de Bibliotecología desterrada. El cuerpo está lleno de memorias y en la Universidad de Chile se habla hoy del “síndrome del miembro amputado” que “aún permanece en las sensaciones de la memoria institucional, como fantasma y como nostalgia, pero también como recuerdo de dolor e impotencia” (Montecino, 2013).

Las memorias acerca de la censura en las bibliotecas de la Universidad de Chile y la represión a los bibliotecarios y personal que formaban parte de ella, han sido encapsuladas durante cuatro décadas dentro de lo que la institución decidió olvidar. Estas han transitado y circulado en los márgenes del discurso y la historia oficial de la universidad. El corazón de la universidad, intervenido, cercenado y mutilado, no ha formado parte de los saberes oficiales ni de las inquietudes de la academia.

Sin embargo, la memoria es un proceso social que corre en paralelo a los circuitos oficiales, pero que los va permeando, y desde ese espacio y voluntad por recordar se han generado momentos y voluntades que permiten que los relatos sobre los hechos acaecidos en las bibliotecas en dictadura se tomen el espacio, la discusión pública y la reflexión académica.

Nos parece importante destacar el encuentro “Relatos de la memoria: rescatando los secretos de la biblioteca en Dictadura”, realizado el 2014 en la Facultad de Filosofía y Humanidades. Organizado por las estudiantes de post-grado Tamara Araya y Nathaly Calderón, con el apoyo de la Facultad, la Biblioteca de la Facultad, el Observatorio del Libro y la Lectura y el Archivo Central Andrés Bello, a propósito de las inquietudes de funcionarias bibliotecarias de la actual Biblioteca Eugenio Pereira Salas de la Facultad, el encuentro tenía como objetivo: “promover y ser un ejercicio de memoria respecto de las experiencias de funcionarios, estudiantes y docentes, en torno a los libros, la censura, y las prácticas de bibliotecas de la Universidad de Chile en el periodo de Dictadura”. Fue un acontecimiento o un momento de excepcionalidad en el que convergieron distintos actores preocupados por esta temática, y que representó una instancia para reflexionar y compartir visiones, por primera vez, dentro de un espacio al interior de la universidad sobre la historia y las memorias de los hechos acaecidos en las bibliotecas durante la dictadura.



Encuentro “Relatos de la memoria: rescatando los secretos de la biblioteca en Dictadura”, jueves 13 de noviembre del 2013 (fotografía: gentileza de Tamara Araya y Nathaly Calderón).

La realización de iniciativas como la señalada demuestra que, a pesar de la fuerza de la imposición del olvido como mecanismo para ocultar los sucesos del pasado, y de que desde un punto de vista psicológico e individual el inconsciente actúa reprimiendo y resignificando los hechos traumáticos como mecanismo de autodefensa, la memoria social de las comunidades actúa de manera diferente, transformándose prácticamente en un acto de desobediencia e indisciplina que busca escapar y subvertir dichas imposiciones, controles y represiones, y que tal como el caudal de un río que ha sido desviado u ocupado, termina retomando y encontrando su curso. La memoria, en términos decerteausianos, es una táctica en medio de la estrategia del olvido diseñada por el poder.

4.2. La universidad intervenida y la “operación limpieza”

Tal como describe la periodista María Olivia Mönckeberg, la Universidad de Chile:

[...] fue desde el mismo martes 11 de septiembre de 1973 un blanco de la represión que se instaló en el país. Muchos de quienes formaban parte de la comunidad universitaria hasta el día antes, perdieron la vida, desaparecieron o tuvieron que exiliarse. Otros pasaron a la clandestinidad o se vieron obligados a dejar sus puestos (Mönckeberg, 2005).

El viernes 28 de septiembre de 1973, la dictadura militar anunció la intervención y reorganización total de las Universidades del país. En el Diario Oficial del 2 de octubre de 1973 fue publicado el decreto N° 50, el cual sentó las bases para la intervención. La Universidad de Chile no escapó a este proceso. Para adoptar estas medidas, el régimen militar, en cadena nacional, expresó los motivos por medio del contralmirante Hugo Castro Jiménez, nuevo ministro de Educación:

El país ha sido testigo de cómo y hasta qué extremo se han desvirtuado las universidades chilenas. Llamadas por su naturaleza propia a ser centros de investigación y altos estudios, donde se desarrolle la cultura y se formen profesionales y técnicos de verdadera calidad, la realidad universitaria ha ido configurándose en forma cada vez más distante de esas metas. Muchas sedes y escuelas universitarias se han convertido en focos de adoctrinamiento y propaganda marxista, amparando la violencia y el armamentismo ilegal (“Reorganización Total de las Universidades”, 1973).



La intervención de las universidades estatales fue una de las primeras acciones de la Junta Militar, comenzando mediante el decreto de ley nro. 50 del 2 de octubre.

A partir de esta decisión, comenzaron una serie de procesos de “reestructuración” en las universidades: “Tras la drástica decisión de intervenir, las Fuerzas Armadas se repartieron las universidades: la aviación tomó la Universidad de Chile” (Mönckeberg, 2005).

El exgeneral de la FACH, César Ruiz-Danyau, fue designado, de acuerdo con las atribuciones otorgadas por el decreto nro. 50, como rector delegado de la Universidad de Chile. Algunos historiadores describen lo que sucedió a partir de ese momento de la siguiente forma: “Se desató (en las Universidades) una labor de purga ideológica sin precedentes, posibilitada por los poderes discrecionales sobre personas y organismos concedidos a los nuevos rectores” (Correa et al., 2001). Esto implicaría una serie de prácticas punitivas basadas en las facultades conferidas a los rectores delegados, que con el tiempo se irían precisando aún más.

Según la opinión del exrector de la Universidad de Chile, Edgardo Boeninger, con respecto a la universidad y la visión que tenían los militares:

[...] no tenían idea de qué hacer con ellas [...] después, una vez que se hicieron cargo los militares de la Universidad, empezó a desarrollarse no una política universitaria: era principalmente una visión de la Universidad. Y ese fue el instinto inicial por el cual nombraron los rectores militares. El instinto de que la universidad era foco de rebeldía. La tomaron durante un tiempo estrictamente como problema de Seguridad Nacional. Creo que el planteamiento de los Chicago entro un tiempo después (Mönckeberg, 2005).

Lo anterior viene a confirmar el hecho de que la doctrina de Seguridad Nacional estuvo presente en todo momento a la hora de intervenir la Universidad de Chile.

Esto queda reflejado en un discurso del rector-delegado Agustín Rodríguez Pulgar, en cuanto a que la Universidad habría sido:

[...] uno de los blancos predilectos del marxismo y no podía ser de otra manera, ya que ella constituye un poderoso medio de influencia ideológica por su carácter nacional y por la incontenible acción multiplicadora que produce la educación. Estamos ahora atravesando la importante etapa de reconstrucción moral y material del país y de nuestra institución. Hemos debido limpiar el terreno de sus ruinas para reedificar nuestra Universidad sobre sus sólidos cimientos que felizmente no fueron alcanzados, gracias a la resistencia heroica y tenaz de ustedes [...] Hoy más que nunca, la Universidad de Chile [...] debe esforzarse en sus elevados quehaceres para recuperar los años perdidos, y presentar al mundo, a corto plazo, un nuevo rostro, limpio, eficiente y lleno de confianza en el futuro [...] Sin embargo, debemos estar siempre alertas ante los intentos del marxismo que ataca desde dentro y desde fuera del país, apoyado por la poderosa máquina soviética y por los títeres incondicionales diseminados por todas las latitudes de la tierra. Ustedes deberán ser los guardianes para evitar también que la política, en cualquier forma y de cualquier color, vuelva a introducirse en las aulas universitarias (Rodríguez, 2013).

Hasta el año 1973, la Universidad de Chile, en la Región Metropolitana, en ese entonces Provincia de Santiago, contaba con las siguientes sedes y facultades:

Sede Oriente:

- Facultad de Bellas Artes
- Facultad de Medicina
- Facultad de Ciencias
- Facultad de Filosofía y Educación, Ciencias Sociales y Ciencias Naturales y Matemáticas

Sede Sur:

- Facultad de Medicina
- Facultad de Medicina Veterinaria
- Facultad de Agronomía
- Facultad de Ingeniería Forestal

Sede Norte:

- Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales
- Facultad de Economía Política
- Facultad de Medicina
- Facultad de Ciencias Químicas
- Facultad de Odontología
- Facultad de Ciencias y Artes Musicales y Escénicas
- Facultad de Arquitectura y Urbanismo

Sede Occidente:

- Facultad de Medicina
- Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas

El 26 de octubre, *El Mercurio* publicó un artículo en cual detalló la situación particular de cada una de las sedes y facultades de la Universidad de Chile en Santiago:

En su reunión con la prensa, el Rector-delegado de la Universidad de Chile se refirió, fuera del tema anterior, a la situación de las organizaciones estudiantiles, al proceso de saneamiento del ambiente y vida universitarios, a los estudios sobre estatuto único de la enseñanza superior... ("Universidades en proceso de reestructuración", 1973).

En el artículo queda explicitado que la intervención fue total y abarcó todos los niveles de la Universidad, desde la rectoría hasta los departamentos y escuelas.

Universidades en Proceso

(De la primera página)

con el fin de evitar duplicaciones de esfuerzos. Otro de los puntos en estudio en el Consejo de Rectores, agregó, es la conveniencia de dudar un estatuto único para las universidades.

Cuando se le consultó sobre si el Ministerio de Educación tenía derecho de veto sobre los acuerdos del Consejo de Rectores, dijo que la palabra veto le parecía algo fuerte. "No se ha diseñado un proceso a seguir. Como el Ministerio de Educación estará permanentemente informado de lo que acuerde el Consejo de Rectores, creo que un veto no tendría razón de ser. Podrán producirse, sí, discrepancias sobre detalles".

SITUACION DE SEDES DE SANTIAGO

La siguiente es la situación general de las distintas sedes de la Universidad de Chile en la provincia de Santiago:

SEDE ORIENTE

FACULTAD DE BELLAS ARTES

—Declaradas en receso todas las actividades académicas hasta el próximo año.

—Designados Matías Vial y Lili Garafalic como Decano y Secretario de la Facultad, respectivamente.

FACULTAD DE MEDICINA

Funciona en forma normal medicina, enfermería y obstetricia. Kinesiología está declarada en reestructuración.

FACULTAD DE CIENCIAS

—Designado Hermann Niemeyer Fernández como Decano.

—Las actividades docentes se reiniciaron el 22 de octubre. Las inscripciones para tomar los cursos permanecerán abiertas hasta el 3 de noviembre. Las clases finalizarán el 29 de diciembre.

FACULTAD DE FILOSOFIA Y EDUCACION, CIENCIAS SOCIALES Y CIENCIAS NATURALES Y MATEMATICAS

—El Departamento de Antropología funciona en forma normal. Confirmado como Director Mario Orellana.

—Designados directores delegados en los Departamentos de Bibliotecología, Biología, Ciencias y Técnicas de la Comunicación, Educación Física, Educación General, Educación Preescolar, Español, Filosofía, Física, Geografía, Historia; Lenguas Anglo-Germanas; Lenguas Romanas, Matemáticas, Política y Acción Social, Química.

—El 5 de noviembre comenzarán las clases en los últimos años de las distintas carreras de la Facultad. Los cursos de los restantes años quedan suspendidos hasta el próximo año.

—Los académicos y ayudantes alumnos de todos los departamentos de la Facultad deberán presentar sus curriculum vitae antes del 31 de octubre.

SEDE NORTE

—Silvia Gómez Lillo, designada coordinadora de terapia ocupacional.

—Francisco Unda designado coordinador de Higiene Ambiental.

—Cristina Palma designada coordinadora general de las carreras de la Facultad.

—En el Hospital J. J. Aguirre confirmado Marcos Donoso como director y designado Emilio Villarreal como Subdirector.

DEPARTAMENTO DE SEDE

Declarado en reorganización el Departamento de Salud Pública y Medicina Social. Hernán Merino designado Director subrogante y presidente de la comisión reorganizadora.

4) FACULTAD DE CIENCIAS QUIMICAS

Reiniciadas las actividades en el 2.º, 4.º, 5.º y 7.º semestres. Los restantes serán reiniciados en marzo de 1974.

En las carreras de técnico plástico y técnico químico se avisará oportunamente cuando se realice el llamado a viva voz.

Confirmados en sus cargos Mario Calozzi y Renato Guerrero como decano y secretario de estudios.

5) FACULTAD DE ODONTOLOGIA

Reiniciadas las actividades en la Escuela Dental y en la laboratoristas dentales. Las actividades docentes terminarán el 26 de enero. Se informará la fecha de reiniciación de las actividades en la Escuela de Asistentes Sociales.

Hernán Barabona Justiniano y Jaime Cruz, decano y secretario de la Facultad.

6) FACULTAD DE CIENCIAS Y ARTES MUSICALES Y ESCENICAS

Declarada en reestructuración. Samuel Claro y Raquel Barrós designados nuevos Decano y secretaria de la Facultad, respectivamente.

El Instituto Interamericano de Extensión Musical y el Instituto de Estudios Secundarios funcionan en forma normal.

7) FACULTAD DE ARQUITECTURA Y URBANISMO

—Las clases se reinician el próximo lunes 29.

—Fue designado como decano René Martínez, y como secretario Ramón Alfonso Birgnardello.

—Fue designada una comisión reestructuradora de la Facultad, la cual entregará su informe el próximo mes.

SEDE SUR

1) FACULTAD DE MEDICINA

—En la carrera de Medicina Sur están normalizadas las actividades de todos los cursos, salvo primero y segundo años, los cuales se encuentran en reorganización. Las actividades en los cursos de Medicina Central de los primero, segundo, tercero y cuarto años están suspendidas por reorganización de los mismos.

—En la Escuela de Enfermería diurna se reiniciaron las clases en todos los cursos, salvo primer año.

Reestructuración de sedes de la Universidad de Chile en Santiago, detallada por *El Mercurio* el viernes 26 de octubre de 1973.

La intervención de la Universidad de Chile significó un giro radical en el desenvolvimiento de las actividades propias de esta. Los procesos de reforma iniciados en la década del sesenta fueron interrumpidos bruscamente por el golpe de Estado y la intervención del régimen militar. “La primera etapa del gobierno militar en la universidad, con el rector delegado César Ruiz-Danyau, [...] se llamó limpieza política. Se trataba de sacar a los ‘marxistas enquistados’ y cosas así” (Mönckeberg, 2005). Lo anterior queda más claro en lo que plantea Bernardo Subercaseaux al respecto:

En este contexto, el mismo mes de septiembre, a semanas del golpe, se designó un fiscal que debía, manu militari, “limpiar” la Sede y transformarla “en un baluarte de Occidente”, de un Occidente que estaba amenazado por el “cáncer marxista”. Ese fue el propósito que llevó al régimen a crear la Academia Superior de Ciencias Pedagógicas y el Campus Lircay (bautizado así en homenaje a Diego Portales), antecedentes de la actual UMCE. En los meses siguientes, cuando todavía existía toque de queda, más del 50% del personal académico y buena parte de sus funcionarios y alumnos fueron víctimas directas o indirectas de este proceso. De partida, la Sede estuvo cerrada y las clases solo se reanudaron en abril de 1974 (Subercaseaux, 2014).

Nuevamente vemos como la “Operación Limpieza” se hace presente. La Universidad de Chile no escapó a la tarea higienizadora del legado marxista en cada rincón del país, ya que por su carácter era uno de los objetivos estratégicos de esta.

Tanto la Universidad de Chile como la Universidad Técnica del Estado fueron intervenidas de manera drástica. La limpieza se dio en ellas a través de la instalación de rectores-delegados, amputación de sus sedes regionales, persecución y exoneración de académicos, estudiantes, funcionarios; intervención preferente en las ciencias sociales y humanidades, censura de libros e intervención, destrucción y desmembramiento de bibliotecas. La represión e intervención en las bibliotecas, sus colecciones y su personal, fue una de las herramientas fundamentales de la ocupación militar en las universidades.

A modo de ejemplo, y para comprender los alcances que tuvo la censura cimentada en el proceso de intervención, es posible observar los efectos que esta tuvo en la sede Valparaíso de la Universidad de Chile, como publicó Fortín Mapocho en Junio de 1981:

El 3 de Marzo de 1975, por oficio 0160, el secretario administrativo de la Universidad de Chile, sede Valparaíso, Eduardo Quevedo Leiva, adjunta al conservador de inventarios, Nelson Espejo, “las lista de libros que deben dados de baja de la facultad por razones políticas”.

Añade la orden emanada del oficio 163, de fecha 28 de Enero de 1975, del señor secretario suplente de la Facultad de Artes y Tecnología de la Universidad de Chile, Manuel Hernández Abarca, “que agradeceré arbitrar las medidas para proceder a su incineración”, recordándole que “los libros actualmente se encuentran depositados en esta Vicerrectoría”. En el oficio 163, Hernández Abarca comunica al secretario administrativo, Eduardo Quevedo, que “la lista de libros en cuestión fue confeccionada por la señorita encargada de nuestra biblioteca”.

Denotando gran eficiencia para quemar libros, dos días después de recibida la orden, Inspección de Inventario informó por oficio 9/75 del 11 de Marzo de 1975, al jefe de la sección registro, Roberto Posh, que con fecha 5 de Marzo se debió proceder al cumplimiento de lo dispuesto en el oficio 0160 del coordinador administrativo de la sede, Don Eduardo Quevedo Leiva, relacionado con la incineración de 60 libros pertenecientes a la Facultad de Artes y Tecnología (“Quema de libros sigue penando sobre Pinochet y su gobierno”, 1988).

Además, se quemó parte importante de hemerotecas, colecciones de diarios y revistas, muchos libros de carácter social, político e incluso antropológico, además de arrasar con toda la pinacoteca (“Quema de libros sigue penando sobre Pinochet y su gobierno”, 1988). La quema muchas veces se hizo en presencia de los funcionarios de la Universidad.

También fue allanada la sede de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales de la Universidad de Chile:

Personal de la policía encontró una lista con nombres y filiación política de diversos alumnos, como asimismo literatura marxista y propaganda de la Unidad Popular. La Facultad fue allanada por primera vez el domingo y en esa ocasión se encontraron algunos proyectiles en el subterráneo. También propaganda marxista [...] (“Lista fatal encuentran al allanar sede de la U”, 1973).

“Lista fatal” encuentran al allanar sede de la “U”

Por segundo día consecutivo fue allanada la sede de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales de la Universidad de Chile. Personal de la policía encontró una lista con nombres y filiación política de diversos alumnos, como asimismo literatura marxista y propaganda de la “Unidad Popular”.

La Facultad fue allanada por primera vez el domingo y en esa ocasión se encontraron algunos proyectiles en el

subterráneo. También propaganda marxista y carnets del Partido Comunista.

En el día de ayer, el recorrido se hizo mucho más detenidamente. Sorprendió encontrar un libro con informes sobre la Caja de Previsión de Carabineros, y también planos de diversos edificios céntricos.

No se informó si hubo detenidos en el operativo mencionado.

Tal como en el resto del país, la prensa oficialista informaba del hallazgo de “literatura marxista”.

En cuanto a los libros quemados en esta sede, la lista de libros que habría sido confeccionada por una funcionaria de la biblioteca estaba compuesta por los siguientes autores:

- Lucien Sebag
- Celso Furtado
- Oscar Lange
- Armand Matterlant
- Héctor Silva
- Julio César Jobet
- Alain Jose
- Marcos Kaplán
- Roque Dalton
- Mostefalacheraf
- Luis Vítale
- Hernán Ramírez Necochea
- Herbert Marcuse
- Adolfo Sánchez
- Karl Marx
- León Dion
- José Carlos Mariátegui
- Jorge Pléjanov
- Lenin
- Robinson Rojas
- Víctor Perlo
- Karlo Kautsky
- Máximo Gorki
- Jorge Dimitrov
- Rosa Luxemburgo
- George Luckacs
- Friedrich Engels
- Eduardo Galeano
- Mao Tse-Tung
- Clara Zetkin
- Gunnard Myrdal (“Quema de libros sigue penando sobre Pinochet y su gobierno”, 1988).

A pesar de que la acción de los militares, mediante la intervención y la censura de las bibliotecas de la Universidad de Chile, tuvo especial énfasis y crudeza en esta casa de estudios, su extensión y profundidad alcanzó también al resto de las universidades. Tal como mencionamos anteriormente, la UTE fue una de las más golpeadas e intervenidas:

Yo estaba reorganizando la biblioteca de la Universidad Técnica del Estado. Recuerdo que un día llegó un coronel, nombrado interventor, que era un tipo muy alto, como una puerta. Yo le llegaba más o menos al ombligo a él. Y él me pidió que lo acompañara a una inspección. Entonces apareció un libro sobre comunismo y él me dijo: “¿qué piensa usted de esto?”. “Mire”, le dije yo, “le voy a contestar con palabras del presidente Eisenhower, porque este mismo libro llegó a bibliotecas norteamericanas. Y la American Library Association se dirigió directamente al presidente de la republica, que era el general Eisenhower. ¿Qué hacían con ese libro? Que hacían con ese libro. El general Eisenhower dijo: ‘guárdenlo, porque si el comunismo es enemigo nuestro hay que conocerlo’”. Entonces, muy amable, el coronel me dijo: “nosotros queremos que usted continúe acá”. “Muchas gracias, coronel, pero yo he sido un hombre de izquierda toda mi vida, así que no puedo seguir acá”. “Lo felicito por su sinceridad”. Mi mujer me dijo: “loco, te podrían haber fusilado ese mismo día. Fue tremendo” (Alberto Villalón).

A pesar del carácter pontificio de la Universidad Católica, además de ser la cuna académica de muchos de los civiles que apoyaron el golpe y se constituyeron posteriormente en cuadros de gobierno de la dictadura militar, también sus bibliotecas fueron intervenidas y censuradas. Marcia Marinovic, quien en ese entonces trabajaba en la Biblioteca de Arquitectura de la UC, relata:

Sí, para el 73 hubo una censura que vino de los militares. Fueron a esa biblioteca, entraron, se llevaron los libros de Mao Tse Tung, y se llevaron los libros de la colección Quimantú, que estaba completa. Ellos sabían exactamente, alguien les tiene que haber dicho. Los Quimantú de tipo social estaban en el 300, así que fueron a los 300 y se llevaron los Quimantú, que sería un metro y medio, si es que ubican los libritos chiquititos, que ahora LOM los está sacando. Y las Obras Completas de Mao Tse Tung, que son cuatro volúmenes. Y las revistas rusas que había de Arquitectura. Esa fue una vez en revistas. Hubo una segunda vez en que se llevaron los libros de arquitectura rusa y arquitectura cubana. Eran libros que correspondían a lo que se hacía en arquitectura en esos países, los sacaba la editorial Gustavo Gill y estaban en castellano. También hubo autoridades en esa facultad, como el que hacía de decano en ese momento, que hicieron las gestiones, porque en cada sector de las universidades tenían un interventor militar. Entonces, él habló después de estas dos entradas. Entraron vestidos de militares, se pusieron en las puertas, con armas, y los otros entraron a sacar estos materiales bibliográficos. Entonces, después de la segunda, este decano entró, conversó con ellos, y devolvieron los libros de arquitectura cubana y rusa. Pero no las revistas rusas, porque nadie entendía lo que decía el ruso y capaz que los rusos estuvieran diciendo en su idioma, que no lo conocíamos, cosas que podían ser revolucionarias. Los libros de Gill en castellano, de Cuba y de Rusia, se los llevaron porque los leyeron y vieron que eran de arquitectura, cómo construían los rusos o cómo diseñaban los cubanos.

No volvió lo de Mao Tse Tung, y no volvió lo de Quimantú. Y ese interventor, deben haber hecho más delegados, él esas dos veces entró a conversar con el personal. Una vez tocó que estaba yo, y conversó. La otra vez yo no estaba, y le quiso sacar información de mí a la persona que estaba subordinada en ese minuto. Y a mí me pidió, cuando conversó conmigo, que yo tratara de escuchar lo que alumnos hablaban en las mesas. Entonces yo le dije que eso era imposible. Los alumnos estaban haciendo su trabajo de estudio. En arquitectura, en artes, se trabaja mucho en conjunto, así como están ustedes, con libros, con proyectos. Yo dije que era imposible hacer eso, y jamás lo hicieron (Marcia Marinovic).

El conjunto de situaciones coercitivas mencionadas, la censura abierta en las bibliotecas y la pérdida del patrimonio bibliográfico, además de un conjunto de acciones contra los profesionales bibliotecarios, tales como la persecución, despido y delación, se dieron con fuerza entre los años 1973 y 1981, la que ha sido catalogada dentro de la cronología de la dictadura militar como “fase terrorista”. De acuerdo con los planteamientos de Tomás Moulian, podríamos caracterizar la dictadura y su accionar de acuerdo con dos fases: “una fase terrorista y una fase constitucional” (Moulian, 1997), divididas por la redacción de la Constitución de 1980. Esta generó los marcos jurídicos que signi-

ficaron el inicio de una serie de transformaciones del Estado y de instituciones clave en la orgánica social y política anterior. Es significativo reseñar que un año después, en 1981, se promulgó la Ley General de Universidades, la cual sería el siguiente paso hacia la desarticulación del sistema estatal de educación superior. De todas maneras, y tal como se señaló en el capítulo anterior, la dictadura evolucionó en sus prácticas de censura también desde una fase terrorista a una fase institucional. Es evidente que la censura fue una práctica permanente durante todo el período dictatorial. Tampoco las persecuciones y exoneraciones de funcionarios se terminaron, de hecho, volvieron con fuerza durante la rectoría de Federici.

4.3. Rasgos particulares de la censura en las bibliotecas de la Universidad de Chile: los efectos del golpe de Estado y la intervención

Casi 42 años han pasado desde el golpe de Estado de 1973. Cuarenta y dos años desde que el decreto de ley nro. 50 declarara la intervención de las universidades, y por consiguiente, de la Universidad de Chile.

Muchas de las bibliotecas que formaban parte de la Universidad en ese entonces ya no existen. Los libros que estas atesoraban tuvieron un destino incierto: fueron quemados o destruidos durante los primeros meses del régimen militar. Fueron objeto de censura, terminaron sus días en una bodega, en la casa de algún particular o víctimas silenciosas del saqueo. Lo cierto es que de lo sucedido a partir de ese día en las bibliotecas de la Universidad, muy poco quedó registrado en alguna fuente documental o, al menos, en las fuentes documentales descubiertas hasta ahora.

Pero la tragedia también se pudo palpar a escala humana. El personal bibliotecario de esos años de pronto se vio envuelto en una coyuntura que para algunos no solo significó el inicio de una serie de desventuras laborales, también fue la cancelación o interrupción de proyectos de vida, de visiones de mundo, de formas de entender la sociedad.

Fue posible reconstruir en parte la existencia de las bibliotecas de la Universidad de Chile en la Región Metropolitana, y todos los perjuicios sufridos por estas, a partir de la información obtenida por parte de los bibliotecarios que entrevistamos el 2007, quienes nos relataron sus recuerdos de acuerdo con las bibliotecas en las que les correspondió desempeñarse. Es necesario señalar que lograr un mayor conocimiento de lo que fueron estas bibliotecas es un desafío que es necesario asumir. Según lo que hemos logrado recabar, existieron, a principios de la década de los setenta, 108 bibliotecas solamente en Santiago:

- Biblioteca Eugenio Pereira Salas
- Biblioteca de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Educación, Ciencias Sociales y Ciencias Naturales y Matemáticas

- Biblioteca de Teatro de la Universidad de Chile, Facultad de Ciencias y Artes Musicales y Escénicas
- Biblioteca del Departamento de Geografía de la Universidad de Chile
- Biblioteca de la Facultad de Economía
- Biblioteca de la Facultad de Medicina, Sede Norte
- Biblioteca de Agronomía, Campus Antumapu
- Biblioteca de Matemáticas de la Facultad de Filosofía y Educación, Ciencias Sociales y Ciencias Naturales y Matemáticas
- Biblioteca Centro de Estudios Humanísticos
- Biblioteca de Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas
- Biblioteca del Instituto de Literatura Chilena, Departamento de Español, Facultad de Filosofía y Educación

En esos años, gracias al nivel de desarrollo y la vinculación con los procesos que vivía el país, la Universidad de Chile en particular, y el sistema de educación superior en general, tuvieron una expansión significativa. Esto repercutió en el ensanchamiento de cada disciplina y sus posibilidades de desarrollo, fenómeno que se tradujo en la ampliación y la apertura de nuevos planes y programas. De esta forma, las bibliotecas de la Universidad tuvieron que adaptarse y diversificarse, para satisfacer las necesidades propias de las funciones universitarias, lo cual amplió considerablemente el número de bibliotecas existentes. Reconstruir el panorama completo de ese entonces se torna muy complicado, debido a la no existencia de un sistema centralizado como lo es hoy el SISIB.

Sin embargo, gracias a la información aportada por los bibliotecarios de los setenta, fue posible reconstruir en parte esa realidad y generar así una perspectiva de la censura aplicada a las bibliotecas de la Universidad de Chile en ese entonces.

Como se señaló anteriormente, la Universidad de Chile fue, desde el primer día, blanco de represión por parte de la dictadura. Esto implicó un comportamiento bélico hacia la Universidad en general y, en lo particular, hacia todas sus estructuras.

“En cuanto a las bibliotecas, fue una bomba nuclear y con efectos que todavía duran. Que todavía sigue haciendo daño. Las bibliotecas perdieron profesionales, perdieron autonomía. Tuvimos, porque en ese tiempo yo ya estaba trabajando, estaba imbuida en el sistema, pero ver como gente superior a mi tenía que agachar el moño como se dice, con un jefe que no tenía idea, pero tenía mucho más cargo y galones, y había que hacer lo que decía” (Ana María Carter).

“En la Universidad de Chile la intervención fue muy directa, porque se nombraron militares en los más altos cargos, principalmente el cargo de rector” (Alberto Villalón).

El golpe se sintió de distintas formas en la Universidad, de acuerdo con la sede de la que se estuviera hablando. Una de las primeras en sentir los efectos del golpe y sufrir

las consecuencias de la nueva etapa que se abría en el país, fue la Sede Oriente, que albergaba a la Facultad de Filosofía y Educación: “El conjunto era identificado como el ‘Pedagógico’, y la Junta Militar lo tenía en la mira por considerarlo un ‘antro’ donde estaban ‘enquistados los marxistas’” (Mönckeberg, 2005). Algunos bibliotecarios relatan lo sucedido a partir de entonces:

“El Pedagógico estuvo cerrado desde el 11 de Septiembre de 1973 hasta abril de 1974, creo. A principios del 74 recibí un telegrama para que me presentara. Yo no sabía si presentarme o no, ¡pero ya! Vine, me presenté y aun estaban cerradas las puertas al público en general, antes abiertas de par en par. Esa puerta gigante la tenían cerrada con cadenas y candados y un par de milicos haciendo guardia. A uno de esos tipos le pase el telegrama y me hace pasar a unas oficinas que tenían habilitadas para entrevistar a la gente. Me pregunta mi nombre, se lo digo, y la paso el telegrama. Él me empieza a buscar en una lista y dice: “esta persona está en lista L”. Yo dije “¿qué será eso?, ¿por qué me van a detener ahora?, ¿por qué me habré venido a meter aquí?” No sabía qué podía pasar conmigo. Me dijeron “usted está en lista L”. Después me entero de que la lista L era de Left (izquierda), o sea que me tenían catalogada como de izquierda. Alguien de los que ahí estaba dijo que era un error de imagen. Antes de esto, tú te podías manifestar con toda libertad todo era legítimo, y de un día a otro todo pasó a ser ilegal, solo por el hecho de pensar distinto” (Yudy Moreira).

“Por de pronto, nos cerraron el Pedagógico. Y nosotros íbamos todos los días, los funcionarios, a ver si podíamos entrar. Temporalmente nos afectó en el sentido de que algunos fueron despedidos, algunas bibliotecas fueron clausuradas, algunas fueron saqueadas, como la del Pedagógico. Es decir, en un momento dado fueron clausuradas escuelas, con bibliotecas y todo. Porque eran focos de irradiación izquierdista” (Alberto Villalón).

A partir de este punto, es posible visualizar el trato que se les iba a dar a las bibliotecas y al personal bibliotecario que trabajaba en ellas. Lo que se hace presente a partir de entonces en las bibliotecas de la Universidad de Chile es la censura ideológica, explicitada a través de diversos mecanismos coercitivos de control y restricción. Se plantean como mecanismos de censura no solo el saqueo o el cierre de algunas bibliotecas, sino también se desarrollan formas de persecución hacia el personal bibliotecario a través de la confección de listas, donde “L” significaba ser catalogado “de izquierda”, para formar parte de listas negras desde un punto de vista político. En cuanto al saqueo de las bibliotecas, este se dio de diversas formas, incluso algunas veces por omisión, quizás deliberada, por parte de los militares.

“Después del golpe, el primer día en que entré, iba camino a la biblioteca de Matemáticas y en los pastos del Pedagógico, a la altura de una canchita de básquetbol, había una ruma de libros de la que salía humo. La biblioteca tenía agujeros en el techo, ya que habían bombardeado el Pedagógico. Estaban rotas las cañerías y el agua corría entre los estantes. Fue muy impresionante. Se había quedado gente la

noche del 11. ¡Había que resistir, compañeros! Yo llegué a la que fue mi biblioteca, Matemáticas, con un milico atrás que iba cuidando. Fue impactante no ver gente, todo muy solitario. Vi libros quemados, rumas, los que antes fueron mojados. Esto para mí es un hecho de censura” (Yudy Moreira).

“Y durante la dictadura, la biblioteca en la que yo trabajé era “con instrucción absolutamente hacia adentro”, o sea al servicio exclusivamente de los estudiantes que estaban en ese momento. La biblioteca cumplía un rol y ni siquiera era de completar la bibliografía, ya que había una pobreza tremenda. Yo me vine de Valparaíso acá el año 77, a esta facultad, y aparte de algunas donaciones de la embajada de España, no se compraba nada. Yo recuerdo ese periodo del 77 al 86. Hicimos una sola importación de libros desde España, unos 50 libros. Fue un periodo negro y, aparte de eso, no se conseguía nada más. Profesores que se conseguían libros los traían y los fotocopiábamos, y la biblioteca de literatura en la cual yo estaba se convirtió en una fotocopioteca en vez de biblioteca.

Yo no viví el 73 en el Pedagógico. Solamente tengo testimonios de académicos que me han relatado lo que ocurrió en las bibliotecas. Eso que yo viví en Valparaíso se vivió acá el 73, pero mucho más drásticamente. Por ejemplo, en las bibliotecas del Instituto de Literatura existía el Departamento de Español. Hicieron fogatas en el Pedagógico con esa biblioteca, quemaron muchos libros y hubo profesores que se llevaron libros para sus casas. Digamos, en el intertanto del 11 de septiembre, entre el 11 y el 14, podían entrar. Se llevaron libros que después los restituyeron porque sabían que los iban a quemar. La biblioteca de Sociología prácticamente desapareció. Esto por testimonios de académicos que relataron esos hechos” (Eva Sanzana).

El anterior relato coincide con una visión de un académico del Departamento de Español de ese entonces, Federico Schopf, con respecto a la biblioteca del Instituto de Literatura: “[...] la destrucción de las bibliotecas de la Facultad, que fueron amontonadas en los patios. Eso lo vi. Esa biblioteca se evaporó después del golpe, como toda la biblioteca de la Facultad, que se consideró contenía literatura subversiva” (Torres, 2000).

Desde Québec, Canadá, una bibliotecaria recuerda los sucesos vividos en la biblioteca del Departamento de Geografía:

Después del golpe de Estado, estuve suspendida 6 meses (la historia de muchos trabajadores chilenos durante la dictadura). Así que cuando volví a integrarme a mi puesto, todo había cambiado: ya no existían los libros que “ellos” consideraban subversivos. Eran otros los autores que habían tomado el lugar (Amanda Contreras).

A pesar de lo que se cree, la censura no solo se hizo presente en la Facultad de Filosofía y Humanidades. Fue aplicada en otras facultades, y también se practicó, a partir del 11 de Septiembre, en la biblioteca central de la Facultad de Economía:

Y después, estaba haciendo un reemplazo y la Facultad cerró por un tiempo. La primera semana no se trabajó. Las bibliotecas se fusionaron, se vinieron todas las bibliotecarias a la central. Éramos muchos. Y pasó también en el Instituto de

Economía. Yo no lo vi, pero sí lo palpé, que hubo una... Ingresaron una noche al Instituto mismo, en Condell, y asaltaron la biblioteca. Se llevaron libros, libros subversivos como *El Capital*; otros de una afamada escritora, la Marta Harnecker, que son cosas que se estudian en todas partes. Se llevaron libros y también los catálogos de cajón, de fichitas. Los sacaron y votaron al medio de la biblioteca todos los cajones. Así que llevaron a la gente del Instituto con todo su material, y ahí nos pusimos a ordenar fichitas, una por una; a separar los autores, los títulos, las materias, las colecciones. Nos llevamos mucho tiempo, o sea, a mí me tocó mucho de eso. Me quedaba hasta tarde porque era mi horario (Ana María Carter).

Hasta ese momento, existía una biblioteca central en la Facultad de Economía, ubicada en la calle República, y algunas periféricas, pertenecientes al Instituto de Economía, la Escuela de Contador Auditor, al CESO (Centro de Estudios Socioeconómicos), a la carrera de Técnico Estadístico, y a Comercialización. Como relata la bibliotecaria de ese entonces, en un principio, las bibliotecas periféricas existentes se fusionaron. Al igual que lo sucedido en el Pedagógico, nuevamente la acción de censura se focalizó en el material bibliográfico tachado de “subversivo”, esta vez mediante el allanamiento nocturno. Lo anterior permite entender que, a pesar de que la represión y la censura se sintieron con fuerza en el Pedagógico, la extensión de este fenómeno se vivió de diversas formas, no homogéneas, en el resto de las sedes y facultades de la Universidad.

La Facultad de Economía se dividió, a partir de entonces, en dos sedes: Sede Norte y Sede Occidente, de acuerdo con la postura tomada por los académicos y el resto de la comunidad con respecto al momento que se vivía.

Se juntaron. Bueno, parece que hubo un cisma en el área y se llegó al acuerdo de que se iba a dividir, se iban a sacar dos Facultades. Una Sede Norte y otra Sede Occidente. La Sede Occidente era la facultad que estaba bajo las normas del momento. Y la Sede Norte era el otro lado. Entonces todos los profesores que yo te nombro, Teresa Yamiret, Günderfrank, se unieron y fueron. Yo me acuerdo de haberlos acompañado en alguna oportunidad. Mandaban al menor y yo en ese tiempo también tenía poca edad y era la de menos rango. Acompañarlos como quien va a buscar un libro a la bodega. Se repartían los libros: “dos para ti, tres para mí, dos para mí, cuatro para mí”, dependiendo de la cantidad porque había mucho libro en ese momento. Entonces se separó en Sede Occidente y Sede Norte. Todo lo de Sede Norte se lo tenían que llevar a otro sector, porque la gente que se quedaba ahí en ese edificio era de la Sede Occidente.

También me acuerdo de que elegían dónde se iban a quedar las personas. En qué sede se iban a quedar. A mí, por supuesto, no me dieron a elegir porque yo pertenecía a la Sede Occidente, así que me quede ahí. Era la Facultad oficial de Economía y Administración.

Y vamos separando materiales. Separando, porque había que separar libros, fichas, estanterías, escritorios, o sea este para allá, este para acá. Hubo unos cambios. Yo no me acuerdo después de qué pasó, si se llevaron los libros. Pero todavía tenemos en bodegas libros que dicen “Sede Norte”, “Sede Occidente”. Cuando llegaba un libro, se le ponía inmediatamente “Sede Norte”, “Sede Occidente” (Ana María Carter).

El trato hacia las distintas Facultades por parte del régimen fue distinto. Mientras que en la Sede Norte, que pasó a denominarse Facultad de Economía Política, comenzó un proceso de “reestructuración”, en la Sede Occidente, Facultad de Ciencias Económicas, los medios informaban que “funciona en forma normal en todos sus departamentos” (“Universidades en proceso de reestructuración”, 1973). Finalmente, con el paso de los años, las Facultades volvieron a fusionarse.

Yo no veía un gran cambio. En la vida de las personas la biblioteca seguía funcionando. Después pasó el tiempo y nuevamente hubo otro cambio y todo lo que se había separado se fusionaba nuevamente. Entonces la Escuela Norte volvió a fusionarse con Occidente y era uno. Eso tiene que haber sido en el setenta y ocho, ochenta. Porque estábamos en República, y en los ochenta se compró este sector, se hizo la torre y se vino todo para acá. Y fue en ese momento cuando hubo una fusión nuevamente. Se reintegraron algunas colecciones para una sola biblioteca. Nuevamente llegó una gran cantidad de trabajos. Nuevamente procesar libros, homologar. Entonces usamos esos libros que tenían una gran cantidad de copias y que habían sido separados. En la otra biblioteca quedaron con otra clasificación, entonces teníamos que fusionarlos y homologar las clasificaciones, los encabezamientos y las entradas que ahora hay. Fue un trabajo bastante grande (Ana María Carter).

Los hechos de censura comenzaron a replicarse en el resto de las bibliotecas de la Universidad. Es importante observar que el fenómeno de la censura fue una manifestación que se desarrolló, en extensión, en relación a su alcance, ya que se exhibió en la gran mayoría de las bibliotecas de la entidad educativa. La censura que se aplicó a las bibliotecas adquirió tal profundidad, que se llegó a intervenir los catálogos de las bibliotecas.

Después de que estuve en Venezuela, tuve que venir por 15 días a Chile y me fui a la Universidad de Chile a ver cómo estaba. Me encontré con que las tarjetas de Pablo Neruda o no existían o estaban borradas, que es lo más absurdo que yo he visto. Imagínate un fichero en que está borrado Pablo Neruda. Es obvio. No había nada de él, notoriamente.

Fue desastroso. Donde jamás tuvieron dinero, destruyeron muchas cosas, desaparecieron libros, desaparecieron fichas de los catálogos, no había gente que supiera y les daba exactamente lo mismo. Y se censuraron muchísimos libros. Desde esa perspectiva, la Universidad de Chile tuvo que reconstruir algo que ya tenía destruido. Cuando uno vio fotos como las que vi yo, de gente que en el Pedagógico sacaba libros en carretillas para venderlos, de una biblioteca nueva, qué más se puede decir. Con eso está todo dicho. O cuando tú ves la quema de libros, que es impresionante (Clara Budnik).

La censura también se pudo palpar en la Facultad de Ciencias y Artes Musicales y Escénicas, en la biblioteca de la Escuela de Teatro.

Los primeros meses del año 74 llegó hasta la biblioteca un uniformado pidiendo ver que no estuviera allí el libro de Frías Valenzuela, un libro de historia que se usaba en la enseñanza media. Fue el libro con el que yo estudié, estaba en todos los liceos del país. Por mucho que le explicamos que esta era una biblioteca especializada, que solo había material de teatro, no. Tuvimos que revisar los catálogos con él, revisar la estantería y, claro, el libro no estaba pues, si nunca estuvo en la biblioteca, no tenía sentido que tuviéramos ese libro, tuvimos que llenar un formulario y hacernos cargo de que esto era así.

Posteriormente, se retiró mucho material de la biblioteca, libros de teatro. Uno lo veía porque la forma, no sé cómo será hoy día, pero la forma en que trabajaban los alumnos de la Escuela de Teatro en ese tiempo... ellos, para los exámenes finales, montaban obras de teatro y, por ejemplo, andaban buscando obras de teatro en un acto de un autor alemán que ustedes deben conocer, Bertolt Brecht. Tiene un libro completo de obras en un acto. Cuando nosotros les decíamos, ellos decían que no, nos hacían el gesto de que eso no se podía hacer por ningún motivo.

Y luego del 73 no sé qué pasó, yo estuve un poco tiempo más en la Escuela de Teatro. Era todo el ambiente. Nosotros estábamos en una sala que era muy inhóspita, cuando recién nos cambiamos ahí, a Amunátegui con Compañía, donde obviamente nadie quería ir, ni siquiera nosotros, porque era un lugar muy siniestro con las ventanas tapiadas, una cosa muy horrible. Pero era el ambiente generalizado. En realidad mucha gente junta ya empezaba a complicar (Antonieta Figueroa).

La biblioteca de la Facultad de Medicina, Sede Norte, fue también escenario de la intervención, siendo la más prestigiosa del país. La directora de la biblioteca, Silvia Anabalón, había sido parte de la discusión del Proyecto de Ley que creó el Colegio de Bibliotecarios de Chile, y era en esos momentos directora-delegada del Departamento de Bibliotecología y Documentación.

Lo que pasó en la biblioteca de Medicina, cuando empezamos los primeros momentos de la Dictadura, como estaba tan abierto todo, era que había un desorden, y eso uno no lo puede negar, en cuanto a la Unidad Popular. Cualquier persona, de la idea que tuviera, de que estaba desordenado el asunto, estaba. Entonces se recibían allá muchas publicaciones en medicina de la China Comunista, de Rusia, en chino y en ruso. No teníamos idea, lógicamente. Entonces, en el momento mismo, el 11 de Septiembre, estuvimos varios días sin poder ir allá. Incluso estaba en huelga la Universidad en ese tiempo. Así que no íbamos antes del 11. Y después empezó recién a trabajarse como el día 13. Y empezamos a sacar todo lo que fuera revistas, especialmente de la China comunistas, de las que había un montón. A botarlas. Eso entonces ya es como censura. Revistas médicas. Una autocensura. Eliminar todo ese tipo de cosas para que no hubiera problema.

Nosotros lo sabíamos, que si nosotros teníamos que buscar un libro como “La revolución de las ciencias” –eso no es un chiste, eso es cierto–, que el libro que decía revolución de las ciencias era un libro que estaba censurado.

Y se presentó otra cosa. Obligaron a la directora de la escuela a que dijera, a que denunciara a cualquier persona que fuera comunista dentro de la biblioteca

de Medicina. Éramos 25 bibliotecarios. Y había como 6 en personal administrativo. Era un grupo muy cohesionado, incluso las fiestas, todo, se hacía todo en grupo, siempre. Era muy bueno el ambiente. Y había gente. Y la directora tuvo el coraje de decir que no había nadie. Ella no denunció a nadie.

Se bajó el nivel de la biblioteca, porque hubo mucho cambio, echaron a muchas personas y llegaron otras que eran favorecidas por el régimen, o que se dieron vuelta.

El papel después del 73 es muy restringido, en el sentido de que la gente tenía temor. Incluso yo me acuerdo que, en la misma escuela, hacía Artes y Humanidades, y había un libro de historia de la sociología del arte muy conocido. Y me dijeron: “no se te ocurra ocupar el libro para las clases porque es un libro de tendencia socialista. El autor es socialista” (Elfriede Herbstaedt).

Respecto de lo sucedido en la Facultad de Medicina, también se pueden rescatar algunos relatos narrados en el foro *Represión y censura: Memorias sobre la quema de libros en Dictadura*, realizado durante la 33 FERIA del Libro de Santiago. En él, el académico José Navarro, del Laboratorio de Citogenética y Genética Poblacional de Vertebrados del Instituto de Ciencias Biomédicas de la U. de Chile, y director y gestor del Rincón Gabriela Mistral de la Biblioteca Central de Medicina, recordó:

Una de las experiencias más dolorosas de mi vida fue la quema de libros que se hizo en los zócalos de la Facultad de Medicina. “Hay que quemar todo lo que huelva a marxismo”, decían los militares”. Esta frase fue dicha por la Dra. María de la Fuente, académica de la Escuela de Salud Pública, al momento del golpe, quien recordaba también que los militares ingresaron a la Facultad de Medicina, incautaron libros, muchos de los cuales eran de ciencias, y en el zócalo de estas dependencias, específicamente frente en la sala 150, realizaron la quema de éstos. “Muchos libros no fueron quemados y después fueron escondidos, guardados en el entretecho, enterrados. Después de eso vinieron dos años de silencio, de temor, de miedo”. Pese a estos dolorosos recuerdos, la académica destaca un acto de reivindicación con todos esos libros quemados, ocurrido décadas después en la misma Facultad: “El año 2000 se crea un espacio en la Biblioteca de la Facultad de Medicina que se llama Rincón Cultural Gabriela Mistral, que lo hacen los alumnos del Centro de Estudiantes, quienes empiezan a juntar libros, y el año 2008 yo presento un proyecto cuando decido empezar a donar mi biblioteca a ese espacio Rincón Cultural Gabriela Mistral, espacio que hoy alberga más de 4 mil libros donados” (“Represión y censura: memorias sobre la quema de libros en Dictadura”, 2013).

El material existente en la mayoría de las bibliotecas era muy completo, diverso y plural. Incluso en las disciplinas más relacionadas con las ciencias naturales, físicas y matemáticas, las colecciones existentes reflejaban la diversidad de posturas dentro de una misma área. Sin embargo, debido a las tareas y objetivos de reconstrucción nacional planteados por la Junta Militar, estos contenidos en la práctica eran expurgados de las bibliotecas. En el caso de la biblioteca de Medicina, los trabajadores y el personal directivo se vieron obligados a practicar la autocensura “para que no hubiera problema”, es decir, para evitar las posibles repercusiones que pudiera provocar el no

acatar estas instrucciones. De lo anterior, se puede denotar que el miedo se transformó en un estado de ánimo permanente, y que la autocensura fue en algunos casos un mecanismo de autodefensa, tanto a nivel individual como organizacional. Esto es posible evidenciarlo en otros testimonios.

Nada se comentaba, puesto que había censura. Pero no era la censura que yo pensaba o me imaginaba. La cosa existía y era tan tangible, que el miedo y el terror de que te fueran a hacer desaparecer era a tal punto que tú no comentabas esas cosas abiertamente con las demás personas. Solo se sabía.

Veías que un gran amigo llegaba a la Universidad o trabaja en algún lado y tú hacías como que no lo conocías. Tanto es así, que en el piso donde llegué, que era el cuarto piso, fui la primera en llegar, ya que me trasladaron del Matemático a la nueva biblioteca donde empezaron a llegar las personas encargadas poco a poco. Así se dio el caso de que me presentan a la nueva bibliotecaria de Biología, a quien yo conocía. Era una alumna que se había titulado hace muy poco y nos presentamos como nada, como si fuera la primera vez que nos veíamos para no levantar sospecha. Estábamos felices de quedar juntas (Yudy Moreira).

No meter las manos al fuego porque te ahorcaban. Imagina quién iba a proponer, por ejemplo, comprar *El Capital*. Nadie pues. O los programas de la Unidad Popular. Nadie, pues. Nada de eso. Era un mecanismo de autodefensa y de autocensura (Alberto Villalón).

También se puede ver cómo se ejerció presión sobre algunas autoridades o funcionarios para que incurrieran en la delación en el caso de la biblioteca de Medicina. Estas formas de amedrentamiento fueron comunes dentro de la Universidad de Chile. Lo particular y que resalta la profundidad de los procesos vividos, es que también afectaron a bibliotecarios.

En el sector sur de Santiago, se ubica, y se ubicaba también en esos años, el Campus Antumapu, al cual correspondía la Facultad de Agronomía. La biblioteca de Agronomía también fue escenario de la censura en esos momentos, de acuerdo con el testimonio de dos bibliotecarias de ese entonces.

Qué te puedo decir, es que no recuerdo que en la biblioteca se hayan quemado libros, se tiraban para la bodega nomás, y ahí quedaron durmiendo en un sueño eterno y después, de a poco, se fueron sacando. Creo que todos lo sabían, pero nadie lo sabía. Pero no recuerdo en realidad, no recuerdo que los desarmaran o los quemaran, es que tienen que tener en cuenta que la Facultad era reducto momio, por lo tanto pienso yo que fue tratada con cariño.

Tiene que haber sido fatal, porque si yo puedo dar testimonio de la Facultad de Agronomía, y ya me espanté con que retiraran material y todo, imagínense en el Pedagógico, qué cantidades no tenía, y en otras facultades tiene que haber sido nefasto total. Porque uno también... En las cosas de uno, el miedo que imperó fue muy feroz, ya que yo tenía el libro *Los Cristianos por el Socialismo*, fondeándolo. Además, yo vivía en la calle Los Militares, ya se imaginarán cómo pasaban, para allá

y para acá, así que nosotros enterramos los libros, qué sé yo, porque se fundieron “La Revolución Verde”. Imagínate entonces cualquier otro libro... en las bibliotecas se tiene que haber vivido algo similar.

No nos torturaron, pero eran pesados. A mi pobre amiga que estaba guatona él le decía: “¡usted, señora!”, en esos términos, pero no pasó a más. Y entonces a las tres que estábamos señaladas nos suspendieron desde el primero de octubre. Yo no volví hasta marzo. Casualmente, la jefa que me llevó allá (que, entre paréntesis, se había ido a Venezuela), vino y yo fui conversar con ella. “Mira en lo que me han metido”, le dije. Claro, porque no había derecho a que te fueran a echar o algo así, porque solamente eran tus ideas. Tú no habías matado a nadie, tú conversabas con este y con el otro. Era así antes del golpe, y después ya sabíamos con quien podíamos conversar, por eso que nosotros nos enteramos desde el primer día de todo lo que hicieron.

No sé en esta facultad, pero en Antofagasta otra colega me contó que hasta el Trópico de Capricornio, ese del Henry Miller, se lo retiraron. Bueno, como nuestra biblioteca era especializada, en realidad también tenía “material subversivo”. O sea, claro, porque también hay que entrar en la onda de que en ese entonces la Facultad de Agronomía se estaba haciendo, y se estaban iniciando clases de sociología, porque ellos eran muy tecnócratas, todas las clases que tenían eran de eso. Entonces, como se empezaban a abrir esos espacios, se empiezan a comprar libros de literatura ad-hoc. Yo no sabría explicar cómo antes la gente podía sacar todo lo que quería y después ya no tenía nada, tenía que limitarse a lo que había (Eliana Palma).

La Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas albergaba al Departamento de Estudios Humanísticos. A pesar de ser refugio de diversos intelectuales y científicos y ser una Facultad no necesariamente identificada con los sectores políticos perseguidos por el régimen, la biblioteca de Estudios Humanísticos sufrió también los embates de la censura.

En esta Facultad existía un Departamento de Estudios Humanísticos. Obviamente este departamento había sido creado por gente. Qué sé yo, se habían conseguido la casa de la Embajada de Suecia no sé dónde, una casa muy bonita. El señor decano se la consiguió, el mismo que posteriormente fue director. El rector de la universidad en dictadura. Entonces, se consiguió la casa de estudios humanísticos que en ese entonces se formó. Dicha biblioteca tenía la parte de las carreras. Llegó la Dictadura y obviamente esta biblioteca tenía muchos libros marxistas y muchos materiales que destruir. Pero como esta facultad fue un poco intocable, aquí estaban los adalides de la Democracia Cristiana y todos los que estaban en el proceso del gobierno. Esta facultad aquí se quedó tranquila, excepto la gente que se había destacado políticamente, y bueno, eso es harina de otro costal. Por ejemplo, en Estudios Humanísticos tuve que hacer desaparecer toda la literatura que estaba y podría ser “mala”.

Ya en la parte de Estudios Humanísticos eso yo lo palpé. Te puedo contar que filosofía cerró la biblioteca, esa gran biblioteca se cerró, botaron colecciones, las tiraban para abajo por la ventana, las quemaban, pero eso lo puedo contar más

de manera más cercana. Lo sé por referencia, eso no lo he visto, yo vi lo de acá. Nosotros también tuvimos que destruir nuestra colección. Ahora, la biblioteca donde yo trabajaba no tenía muchas cosas, ingeniería y economía, no tenía un área social (María Morales).

Es así como se puede constatar que la censura en las bibliotecas de la Universidad de Chile fue un fenómeno que se desarrolló en extensión y profundidad, al abarcar un amplio número de bibliotecas. A pesar de que la censura fue más aguda en el Pedagógico, y principalmente dirigida hacia las Ciencias Sociales, es posible aseverar que la intervención por parte de los militares afectó a toda la Universidad y que se irradió hacia un número importante de sus bibliotecas.

Es importante observar que también la censura afectó a unidades pertenecientes a disciplinas de otras áreas, como Medicina, Economía, Matemáticas, Agronomía y Teatro. Es por esto que se puede concluir que fue un fenómeno que se desarrolló en extensión.

4.4. Tras la huella de los interventores

Otro hallazgo surgido en el desarrollo de investigación fue una figura hasta ahora desconocida en las bibliotecas: la del interventor.

El Decreto nro. 50 sentó las bases jurídicas que permitieron ejercer la intervención directa sobre todas las estructuras de la Universidad de Chile. Las bibliotecas no escaparon a este fenómeno, vinculado con la censura. Sin embargo, los bibliotecarios de ese entonces tienen distintas percepciones acerca del mismo fenómeno.

“Se designaron bibliotecarias que se hicieron cargo de la Dirección sin tener los méritos suficientes, solo por ser pinochetistas” (Yudy Moreira).

La palabra ‘interventor’ se reservó para cosas menores. Por ejemplo, en las fábricas se nombraba un interventor que estaba por encima del gerente, pero en la Universidad fue al más alto nivel: rectores y decanos. Fue una intervención muy violenta y muy drástica (Alberto Villalón).

Los interventores eran jefes que se ponían por sobre la institucionalidad, en este caso, por sobre las bibliotecas. Eran personajes completamente ajenos y que estaban para supervigilar absolutamente todo. En el caso nuestro, creo que este señor era un capitán de algo, ya ni me acuerdo de cómo se llamaba.

No se encargaba propiamente de la seguridad del recinto, sino que estaba ahí ejerciendo presencia para que todo fuese dado dentro de los conductos, para que nada pudiese quedarse fuera de sitio. Había una estructura de un director, una gama de profesionales, qué sé yo, pero toda esta gente tenía que responder a esta presencia fáctica. Así que muchas veces no hacía más nada que estar, a quien tenía

que rendirle cuentas de absolutamente todos los movimientos: administrativo, profesional específico, entrada, salida, absolutamente todo (Marlenne Miranda).

Nosotros tuvimos interventores, pero no en la biblioteca. No, perdón, si tuvimos, pero fue en los 80. En los 80 hubo interventores en la biblioteca y en la Facultad. Decanos impuestos, directores sobre el director de la biblioteca, o sea, aquí no se movía una hoja sin que se supiera. Eran militares. Hubo un decano y rector delegado. No tenías otra alternativa más que hacer lo que en ese momento se dictaba (Ana María Carter).

Según la percepción de estos bibliotecarios, existieron interventores, funcionarios enviados por el régimen militar, destinados a cumplir funciones específicas dentro de la Universidad, “personajes completamente ajenos y que estaban para supervigilar absolutamente todo”. Estos habrían estado presentes en las distintas estructuras orgánicas de la Universidad, y también por sobre las bibliotecas.

Respecto de la figura del interventor, existe una visión distinta por parte de otros bibliotecarios de la época.

Nosotros tuvimos un interventor aquí en la Facultad, pero yo no sé si el interventor fue el que determinó eso. Específicamente no me llegó la información, pero se ordenó desde una autoridad hacia abajo. No puedo decir que el decano fue porque se había ido y después estaba un decano designado que era un militar. Ellos decían todos los libros que debían desaparecer. Ahora, nosotros teníamos un interventor, pero era otra figura, porque había una figura como académica por una parte, y el interventor era una persona que venía a hacer, a dar las sanciones, a seguir los sumarios a toda esta gente que no debía estar acá, y algunos que de hecho debían ser investigados. En el fondo, era sacar a toda la gente que había tenido una actividad o que tenía algo. Que no tenía suficiente atributo para ser detenida, y se trataba de “limpiar”. Limpiar la Universidad de “esta gente que hacía tanto daño”. Ese es el punto: si estás tratando de implementar esto, entrar para allá, no quieres gente que vaya para el otro lado y que de alguna forma obstruya (María Morales).

Aquí en el Pedagógico, el interventor estaba por sobre el vicerrector que había en la Sede Oriente en ese tiempo. El tenía todas las facultades, todo el poder en todo orden de cosas. Yo conocí una secretaria que trabajó con el interventor y ella me contaba cómo operaba, que llamaban a personas primero y hacían que delataran a otros. A todo el mundo llamaron. Desde el auxiliar hasta el profesor que más brillaba. Aquí en la sede oriente el interventor tenía todo el poder, todo, ellos eran los que decidían. Ellos decían que esta persona mañana no entraba al Pedagógico y no entraba, o que había que ir al domicilio de los académicos a buscarlos. Él daba el listado de los académicos que tomaron detenidos, hay testimonio de personas que pasaron por eso. Y yo estoy hablando del año 76, pero podríamos pensar que eso sucedía en el 73, 74. Llegó en diciembre del 75 un rector de la FACH y terminó por erradicar de la Universidad a toda la gente que quedaba un poco pensante.

Los echó a todos. Tapia Falk terminó de dismantelar la Universidad. Sacaron a alumnos de la sala de clases (Eva Sanzana).

Según esta visión, los interventores eran personas que ocupaban cargos a nivel de decanatos u organismos de dirección superiores dentro de la Universidad, lugar desde donde ejercían la autoridad y los poderes hacia las estructuras inferiores. De esa forma ejercían el control, y además contaban con las facultades para intervenir y sancionar de acuerdo a los parámetros fijados por el D.L. N° 8.731. Esta segunda visión vincula más la figura del interventor con la del fiscal, figura creada con el objeto de “tomar medias respecto de los académicos, no académicos y estudiantes que indiquen su participación en actos sancionables o contra quienes existan denuncias responsables” (“Debate universitario”, 1973-1974). Esta figura dentro de la orgánica de la Universidad también habría tenido incidencia en cuanto a la censura de material bibliográfico en las bibliotecas. Además, su rol tuvo consecuencias para los bibliotecarios de ese entonces, en cuanto al despido y la exoneración, punto que será tratado en profundidad más adelante.

En cuanto a las consecuencias que habría tenido para las bibliotecas el ejercicio de sus facultades por parte del interventor, es posible constatar la siguiente visión:

Seguramente tenía que tener el visto bueno del interventor militar. No te quepa la menor duda. Porque como ellos habían procedido a eliminar todo título que pudiera parecer sospechoso, incluyendo, como dijimos, la vida de los hermanos Marx, no se podía adquirir nada sin el visto bueno de ellos.

El problema es que a veces se ha puesto como censores a tipos sumamente ignorantes, casi analfabetos. Esto agrava bastante la situación. Por supuesto que una persona de vasta cultura podría aplicar o no ciertos criterios discutibles, en cambio un tipo ignorante arrasa con todo lo que encuentre a su paso (Alberto Villalón).

El testimonio anterior demuestra lo expuestas que estaban las bibliotecas y sus colecciones, de modo que todo dependía del nivel de conocimientos y criterios de parte de los censores, lo cual dejaba un amplio margen de decisión en relación a la acción de censurar tal o cual título. Estas decisiones en muchos casos estuvieron en manos de personas que no tenían conocimientos mínimos acerca del contenido de los materiales que se estaban censurando.

Para otros bibliotecarios, este fenómeno fue más bien percibido como una práctica que, si bien era decidida por los interventores, era llevada a la práctica por los militares directamente:

“No, a él lo mandaron. Era un sargento que iba con una lista de libros que había que sacar de las bibliotecas” (Antonieta Figueroa).

4.5. ¿Financiamiento de las bibliotecas o autofinanciamiento?

La nueva visión de la Universidad que comenzó a ganar terreno durante el régimen militar, significó un viraje de los paradigmas educativos de la educación superior hasta antes del golpe. Esto significó cambios radicales en la estructura institucional y gobiernos universitarios. En lo que se refiere a financiamiento, la acción de la dictadura se tradujo en percepción negativa de fondos para la biblioteca, en desmedro de la adquisición de recursos documentales y suscripción de revistas. Esto sin lugar a dudas deterioró el servicio que las bibliotecas brindaban.

“Yo siento que con la dictadura las Universidades se hicieron más caras. Siempre, allá por los menos, entraban muchos muchachos de pocos recursos. Y no estaban todas las cosas que ustedes tienen, que el crédito fiscal... Había menos maneras de financiar los cursos. Yo te diría que la Universidad sube los precios. Ya no entra tanta gente con menos ingresos. Poca actividad de los centros de alumnos.

La Chile, durante casi todo el tiempo de la Dictadura, casi no tuvo plata para comprar libros. No le dieron plata. Entonces si tú no tienes plata, no puedes volver a comprar. Ellos no renovaban tampoco las suscripciones de las revistas” (Marcia Marinovic).

“Una falta absoluta de presupuesto. La facultad tenía poco presupuesto para funcionar y la biblioteca tenía cero. Nunca se contempló presupuesto para comprar. En ese tiempo yo trabajaba en la biblioteca de Literatura y esa biblioteca tenía como 6.000 volúmenes. Siempre trabajé sola. Había como cuatrocientos alumnos cuando estábamos en el Pedagógico y teníamos como mil alumnos cuando yo atendía esa biblioteca. Estaba la central también, pero la de Literatura jugaba un rol bien importante ahí, con esta colección que había quedado, por lo tanto había trabajo, pero no había presupuesto para contratar a nadie. Ustedes dirán “pero esto suena a una incongruencia porque no había plata para comprar, pero había libros que habían quedado, que profesores donaban, las donaciones de España”. Entonces yo diría que la principal falencia fue: uno, el presupuesto y la falta de personal” (Eva Sanzana).

“Durante la Dictadura, la Católica, de alguna manera, también recibió fondos y pudo mantener su biblioteca. La Universidad de Chile no y, sin embargo, hace muy poco tiempo fue recuperando su biblioteca” (Clara Budnik).

“Luego, por años, no se compraron libros. Solo ahora últimamente se han hecho compras, pero desde la dictadura hasta la fecha no se asignaban recursos para libros ni investigación” (Yudy Moreira).

El efecto más visible e inmediato para las bibliotecas fue el recorte presupuestario, lo que se tradujo en la imposibilidad de contratar suscripciones a publicaciones periódicas durante algunos años. También repercutió en la falta de personal para las bibliotecas. Sin embargo, el cambio de fondo que se estaba produciendo tenía que ver la visión que se tenía de la biblioteca.

En primer lugar, desaparecieron muchas bibliotecas y se cambió el concepto de servicio, y se empezó a integrar un concepto de servicio más restringido, más pagado, más autofinanciado. Todos ahora piensan que la biblioteca gasta mucho y no puede haber en el mundo una biblioteca que se autofinancie. No puede ser, no hay forma, pero qué piensan todos: “no, la biblioteca va a gastar mucha plata”. La biblioteca tiene un presupuesto muy alto, entonces no saben si es bueno o es malo. Tiene muchos servicios y no se pueden dar en la biblioteca, sí se puede dar de afuera hacia adentro. Yo creo que se ha ido desarrollando después de los 80, pero la génesis está ahí (María Morales).

Desde ese momento, la concepción de la biblioteca como “corazón de la universidad” pasa a transformarse en parte más de la retórica que de la realidad. La biblioteca pasa a tener otro papel dentro de la Universidad que, en el fondo, vendría a ser el correlato del modelo país, desde un Estado desarrollista y partícipe hacia uno disminuido, jibarizado y subsidiario, en el que los procesos de desarrollo social pasan a manos de la iniciativa privada, espacio donde impera la minimización de las pérdidas y la maximización de las ganancias. Todo lo que pueda comportar una inversión social, como lo es una biblioteca, es percibido como un gasto. El significado de fondo de estos procesos no era otro que el giro afín al modelo económico que se implantaba en el país.

Las repercusiones para la Universidad de Chile no solo se pudieron palpar en sus bibliotecas:

El “Experimento de Chicago”, por el cual la dictadura de Pinochet neoliberalizó la economía chilena, ha producido –dentro de una de sus consecuencias retrogradadas– el desmantelamiento de uno de los sistemas universitarios más fecundos y democráticos de todas las Américas (Austin, 2004). Esto significó “la amputación de sus sedes de provincia y el ahogamiento económico a través de la constante disminución del aporte estatal bajo el pretexto de que las universidades deben autofinanciarse” (Huneus, 1988).

Este proceso tuvo su hito fundacional y regulador en la Ley General de Universidades de 1981, la cual se tradujo en el desmembramiento de la Universidad de Chile y su jibarización.

“Pero en general, la Chile sufrió mucho. Fue la universidad que más sufrió. Porque la Chile tenía muchas sedes, y se las cortaron todas. Cerraron muchas carreras, cerraron Sociología. Hicieron el famoso sistema de las carreras “top”. Doce carreras que se consideraron universitarias, las otras carreras, incluso Bibliotecología, para afuera. Esas fueron las que fueron a dar al IPS, de donde salió la UTEM después. Ahí fueron a dar todas las carreras que echaron de la Universidad. Medicina, Ingeniería, Arquitectura, Psicología, Derecho, todas esas carreras que figuran como carreras top. Quedaron como cuatro carreras que sacaron: Geología, Trabajo Social, Construcción Civil y Bibliotecología” (Elfriede Herbstaedt).

“Sobre todo, lo que más impactó fue el año 1981, cuando se tuvieron que fraccionar las colecciones de las bibliotecas de la Universidad de Chile de la Facultad de Filosofía y Letras” (Héctor Gómez).

Principalmente, el testimonio anterior hace referencia al desmantelamiento de la Biblioteca Eugenio Pereira Salas, proceso que comenzó a partir de la Ley General, en 1981.



~~Capítulo 5~~

MATERIAL DIEZMADO, PÉRDIDA PATRIMONIAL Y LA BIBLIOTECA EUGENIO PEREIRA SALAS

El olvido no es victoria
sobre el mal ni sobre nada
y si es la forma velada
de burlarse de la historia
para eso está la memoria.

("El olvido", Mario Benedetti)

5.1. El camino hacia la pérdida patrimonial

La pérdida patrimonial de las bibliotecas de la Universidad de Chile representó un menoscabo significativo del capital material e intelectual, acumulado en sus bibliotecas durante más de un siglo. Tal como se señaló anteriormente, las bibliotecas cumplían un rol fundamental en el proceso de generación del conocimiento y tenían un valor en ese sentido. Pero, además, tenían un valor patrimonial dado el proceso, la trayectoria y la historia de la formación de esas colecciones, que venían desde los albores de la República y que constituían la visión y la búsqueda de lo que se llamó una *República de las Letras* (Araya, et al., 2013). Eran la expresión documental y bibliográfica del desarrollo de la universidad, de sus saberes acumulados y de las disputas de sentido y las tensiones a las cuales se veía sometida la institución. Durante el siglo xx las bibliotecas se fueron estructurando como correlato a los procesos sociales y políticos del país que fueron transformando a la universidad. Fueron expresión de su apertura y democratización, y también expresión de las inquietudes académicas, de cómo las ciencias sociales y las ciencias exactas se fueron empapando de las necesidades de la sociedad. Las bibliotecas de la Universidad de Chile, hasta el golpe de Estado de 1973, desde una perspectiva patrimonial, eran la síntesis entre el relato de la construcción de Estado-nación en el siglo xix y la influencia de los procesos sociales del siglo xx, y la construcción de la nación desde abajo.

A partir del golpe de Estado, el paradigma para la construcción del patrimonio cultural por parte del Estado pasa a ser delimitado por la política cultural del régimen, una visión totalitaria y excluyente (aunque la patrimonialización en sí misma también implica un proceso de exclusión) que procuró re-crear y refundar la nación desde una matriz nacionalista, elitista, chilenizante, neoliberal. En esa matriz excluyente, en la que cada libro que formaba parte de la estantería era el resultado de todos los que habían sido censurados, destruidos, quemados y/o expurgados, lo que debía quedar fuera de las bibliotecas era la literatura marxista y subversiva.

En un primer momento, las Fuerzas Armadas interventoras optaron por hacer desaparecer todo aquello que significase un apego a las ideas de izquierda o afines al gobierno de la Unidad Popular.

Los milicos cortaron por lo sano. Todo libro que les pareció inconveniente a ellos, lo quemaron. No había ninguna posibilidad de prestarlo. Simplemente los hicieron desaparecer (Alberto Villalón).

Otros profesionales bibliotecarios, por su parte, son más estrictos a la hora de hacer un análisis del proceso de intervención que se llevó a cabo al interior de la Universidad de Chile:

Las Bibliotecas de la Universidad de Chile, por lo menos de la Sede Oriente, fueron desmanteladas (Yudy Moreira).

La razón fundamental de la intervención de las bibliotecas universitarias se relaciona con que estas almacenaban una vasta cantidad de material bibliográfico de todas las áreas que enriquecían el aprendizaje, el desarrollo de la conciencia crítica y el pluralismo.

Les aseguro que es impactante la cantidad de fotos de libros quemados en las esquinas, quemados de libros en las puertas de las casas, de libros censurados. Eso pasó muy fuerte en la Universidad de Chile porque, de alguna manera, esta es un emblema (Clara Budnik).

Ana María Carter agrega:

No, primero porque mucho se quemó, y eso. Además, de lo que se quemó no quedó registró. Se quemaron las “topográficas”, como se llamaban en ese tiempo. Claro, uno se acuerda nomás, pero cuando lo vas a buscar puede que esté, puede que no esté. Muchos hemos vivido ya varios inventarios y de las cosas uno se acuerda. Había incluso una Biblia preciosa, nunca más la vi. Todavía en bodega existen algunos libros que se han salvado (Ana María Carter).

De acuerdo con los relatos de los profesionales bibliotecarios de la época, son las facultades y carreras ligadas al área social y humanista las que vieron mermaidas con mayor dureza sus bibliotecas después del ingreso de los militares a las dependencias universitarias.

Todas las escuelas humanistas. No tanto las escuelas que tuvieran un carácter científico, porque ahí no había libros de ese tipo. Pero las carreras humanistas sufrieron mucho, botaron muchos libros, muchos apuntes, sobre todo los profesores que conocían pedagogía. El Pedagógico fue... creo que la biblioteca fue muy expurgada (Elfriede Herbstaedt).

A partir de lo señalado, se podría decir que, si bien la intervención abarcó todas las facultades, no fue homogénea. Lo que en algunas dependencias se desarrolló a vista y paciencia de todos, en otras se dio de forma solapada. Relatos dan cuenta de ello:

No, yo no la vi, pero la gente que vino a la biblioteca lo comentaba. Fue por ejemplo el día lunes: ‘¿supieron lo que paso el día viernes en la noche? Pasó esto en el Instituto de Economía (Ana María Carter).

No solo la quema de documentos bibliográficos resultó la manera efectiva de menguar las colecciones de las bibliotecas universitarias. Además de la quema de literatura, muchos sujetos que accedieron a las colecciones practicaban el robo de material valioso que almacenaban los edificios y bibliotecas de la Universidad de Chile. Varios testimonios concuerdan con aquello:

“Las colecciones que donaron a la Casa Central están en los escritorios de muchos militares hoy en día, La Caracola, las primeras ediciones” (Marlene Miranda).

Esta facultad perdió mucho material con lo que se quemó de las periféricas, con lo que también la gente se llevó. Porque hubo mucha gente que se aprovechó del pánico y se llevó material. Pueden haber sido funcionarios, profesores. Y esta fue una de las bibliotecas. Imagínate otras bibliotecas que también tenían materiales bonitos (Ana María Carter).

¿Cómo recuperar todo el daño hecho? ¿Quién va a tener la generosidad de devolver el material que tiene en sus casas o todo lo que se robó a la Universidad de Chile? Van a pasar muchos años antes de que la gente tome conciencia (Yudy Moreira).

“Pérdida la hubo, porque muchos libros se fondearon, otros se quemaron” (Marcía Marinovic).

Quedaron en tierra de nadie, especialmente la Facultad de Filosofía y Humanidades, y se tiraban con la disculpa de trasladar a uno u otro lugar las cosas. ‘Tú tiras para acá, tu tiras para allá’, y en el camino las cosas se perdieron (Marlenne Miranda).

Finalmente, tomando en cuenta la destrucción que se aplicó sobre los documentos bibliográficos almacenados en las bibliotecas de la Universidad de Chile, la pregunta fundamental surge a partir de la forma en que se puede recuperar el material destruido. Los testimonios apuntan a:

Ahora, el patrimonio bibliográfico, en parte, se quemó, mucho se robó y está en casas particulares. Eso, naturalmente, va a demorar muchas décadas en recuperarse. Además, se han perdido obras muy valiosas, cosas irremplazables y que ya no se recuperaran. Como dice el dicho: ‘A río revuelto, ganancia de pescadores’ (Alberto Villalón).

Es irrecuperable. Tendrían que pasar muchos años para que se vuelva a tener una riqueza como en ese tiempo, física e intelectual. En cuanto al material bibliográfico y material cultural, creo que los gobiernos de la Concertación no le han dado importancia. De hecho, así como va la Universidad, pienso que la van a privatizar (Yudy Moreira).

“Hay cosas que se pueden recuperar con dinero y otras no. Por ejemplo, si se pierden las memorias, las primeras ediciones, manuscritos, todo eso es irrecuperable” (Clara Budnik).

Mira, yo sé que se recuperó, que no se destruyó. Se guardó, o sea, porque había académicos, y por mucho que no les gustara algo, tienen criterio. Se decía que se retirara de la colección o se guardara, una especie de autocensura. Pero porque nosotros no éramos una especie de isla, estábamos mucho más cubiertos porque el decano era de derecha, y el otro también. En ese sentido, estábamos mucho más defendidos y protegidos de lo que podríamos haber estado en otra facultad (María Morales).

5.2. Material diezmado: la literatura favorita de los censores

Dentro de las dinámicas de censura producidas en las bibliotecas de la universidad, amparadas en los propósitos “higienizadores” de quienes las diseñaron y perpetraron, hubo temáticas, autores o corrientes hacia las cuales claramente los censores dirigían su accionar. Si bien es cierto que son muy conocidas las historias y anécdotas que se han transmitido acerca de cómo se quemaron y censuraron libros como *La vida de los hermanos Marx*, *Cubismo* o *Estudios sobre el Hormigón Armado* que sirven de soporte para caricaturizar a quienes realizaron u ordenaron estas acciones como personas ignorantes, la realidad es que obedecían órdenes y operaban con lógicas e inspiraciones muy claras. Existía toda una justificación y una lógica.

“Se prohibió y no existía en el catálogo nada que tuviese que ver con ideologías políticas, biografías. Tú no encontrabas ni a Marx, Lenin ni ningún manifiesto comunista. Todo eso se sacó. Era literatura prohibida” (Yudy Moreira).

Siempre en área de las ciencias sociales, todo lo que era marxismo, economía, socialismo. Por ejemplo, si había un libro que se llamara *El Libro Rojo*, llegaban y lo sacaban sin conocer el contenido. Pero el área más diezmada fue el área de marxismo, socialismo, economía, muchos poetas, escritores de izquierda. Manuel Rojas, por ejemplo (Eva Sanzana).

“Los más diezmado evidentemente fueron todos esos libros que se pensaron que tenían que ver con marxismo” (Clara Budnik).

“Bueno, obviamente el área de las ciencias sociales y, dentro de ellas, todas las doctrinas filosóficas que implicaban marxismo o se relacionaran con la izquierda” (María Morales).

“Tales libros, todo lo contingente en cuanto a Marx, toda la parte social, eso fue guardado” (Marcía Marinovic).

“Me imagino que, fundamentalmente, lo relativo a la política. Todo lo que pudiera tener tintes de izquierdismo había que eliminarlo de alguna forma” (Alberto Villalón).

“Es que sacaron todos los libros que tenían alguna tendencia política” (Elfriede Herbstaedt).

Las colecciones de Alejandro Lipchutz completas sobre marxismo, las colecciones de Medina, las colecciones de Neruda fueron asquerosamente mutiladas. Las colecciones son las que ya te mencioné, todos las de ciencias sociales que eran contrarias a las nuevas autoridades, marxismo, ciencias sociales, estructuralismo, los grandes filósofos humanistas, que hacían que el individuo fuera un ser integral y pensante (Marlene Miranda).

Como relatábamos, los procedimientos de destrucción de literatura se llevaron a cabo bajo ciertos criterios que muchas veces resultaron impresentables a la luz de los años. “Se cuenta como chiste que cuando los milicos llegaron a Macul, al Pedagógico, unos de los libros que quemaron fue *La vida de los hermanos Marx*” (Alberto Villalón). Sin embargo, a pesar de este tipo de anécdotas, insistimos en que la operación limpieza en las bibliotecas, en sus catálogos y estanterías, sí respondía a una lógica y un origen. Como veremos a continuación, a la hora de censurar, incluso se tomaron en cuenta las técnicas bibliotecarias de clasificación del conocimiento.

5.3. Áreas más diezmadas del conocimiento: de la estantería a la hoguera y/o la desaparición (Dewey)

Las bibliotecas son un organismo en constante crecimiento y desarrollo, lo que implica que la gestión de sus colecciones, para su organización y posterior acceso, requiera como herramientas sistemas de clasificación de sus contenidos. En 1876, Melvin Dewey, bibliotecario del Amherst College de Massachusetts (EE. UU.), creó un sistema de clasificación decimal que se transformó en una herramienta estandarizada de uso prácticamente universal en el mundo de las bibliotecas: el Sistema de Clasificación Decimal Dewey. Este sistema decimal está basado en 10 grandes clases que lo conforman en su primer nivel, cada una con un número asignado: 000 - Ciencia de los Computadores, Información y Obras Generales; 100 - Filosofía y Psicología; 200 - Religión, Teología; 300 - Ciencias Sociales; 400 - Lenguas; 500 - Ciencias Básicas; 600 - Tecnología y Ciencias Aplicadas; 700 - Artes y recreación; 800 - Literatura; 900 - Historia y Geografía. Cada una de estas áreas se subdivide en categorías más específicas, por ejemplo: 340 - Derecho; 323.4 - Derechos humanos; 863 Literatura Española; 780 Música, y así consecutivamente. Esta numeración indica el lugar en que los libros se van ubicando en la estantería.

Los censores llegaban con parámetros claros a la hora de intervenir y retirar libros. Claramente sabían dónde se concentraban determinados temas o autores, o dónde estaban ubicadas las ciencias sociales, por ejemplo. En ese sentido, y en relación con las áreas diezmadas en los marcos del sistema de Clasificación Decimal Dewey (DDC), los relatos de los bibliotecarios son los siguientes:

Mira, el 335 en Dewey, que es Ciencia Política y Política Económica, casi la mayoría se sacó. No quedó mucho material. Se salvaron pocos libros. Las historias también, las biografías. La gente que vino a hacer eso, se tomó su tiempo en revisar, porque pasaron. Nosotros siempre hemos tenido Dewey, los 01. Las psicologías quedaron, después venían las religiones. En el 200 también se diezmaron las colecciones. En el 300, el 335. El 658, que es Administración, Marketing y todo ese tipo de cosas, permaneció. En el 700 no tenemos muchos. En el 900, Historia, Historia de Ru-

sia, biografías de líderes, que cualquier biblioteca que se precie de tal debe tener, también quedamos muy exiguos en colecciones (Ana María Carter).

Ellos sabían exactamente. Alguien les tiene que haber dicho que los Quimantú de tipo social estaban en el 300, así que fueron a los 300 y se llevaron los Quimantú, más o menos un metro y medio –si es que ubican los libritos chiquititos, que ahora LOM los está sacando–. Sabían claramente donde estaba el 300 (Marcía Marinovic).

5.4. Responsables: las manos detrás de la censura

De acuerdo con esto, cabe reconocer quiénes fueron los responsables que dirigieron las acciones perpetuadas sobre las bibliotecas de las facultades universitarias. Los bibliotecarios entrevistados varían su opinión en el análisis de quienes fueron los interventores directos de la destrucción de libros:

“Los responsables fueron los interventores y los profesionales directivos de la época que no se atrevieron a defender la situación” (Marlenne Miranda).

“Los responsables fueron los militares y la gente de derecha, creo. Eran los militares y la gente de derecha que estaban en las universidades” (Marcía Marinovic).

Militares eran los que se dedicaban a revisar las bibliotecas y a sacar el material de las estanterías. Todo lo que oliera a ruso o que en alguna parte dijera “Cuba”, no importa lo que fuera. Nosotros teníamos una revista fantástica que venía de Cuba y esa hubo que sacarla toda. Era cubana, no importaba que allí hubiera entrevistas de gente de todo el mundo que tuviera que ver con el teatro (Antonietta Figueroa).

¿Y quién lo hizo?, la verdad es que yo nunca supe. Y la gente que estaba sobre mí –recuerden que yo era raso no más–, si es que sabía, no comentaba en presencia de... porque todo el mundo era sospechoso de cualquier cosa (Ana María Carter).

“No recuerdo quiénes fueron los responsables” (Alberto Villalón).

“Los responsables de eso fueron los ignorantes que quemaban libros, independientemente de haber sido militares o no” (Clara Budnik).

5.5. La biblioteca Eugenio Pereira Salas

Hacia 1973, la realidad de las bibliotecas de la Universidad de Chile en Santiago estaba caracterizada por la dispersión debido a la distribución territorial de la universidad, ya fuera a nivel de bibliotecas, de facultad o a nivel de departamentos. Y en el caso que existieran bibliotecas centrales de facultad, estas en muchas oportunidades no reunían a todas las bibliotecas departamentales existentes. Sin embargo, la idea de construir una biblioteca central para la Facultad de Filosofía y Humanidades surgió antes. María Eugenia Bustamante, como Jefa de la Biblioteca del Instituto Pedagógico, fue promotora y participó en la formación y diseño de esa biblioteca junto con arquitectos de la universidad.

Al tiempo ordenan que todas las bibliotecas periféricas que había en el Pedagógico, departamentales, se vinieran al edificio nuevo que estaba especialmente construido para la biblioteca. El edificio donde funciona la Facultad de Filosofía después fue transformado en salas de clases. Hicieron autoconstrucciones, oficinas. Este era un edificio hecho para una biblioteca, de los pocos que hay en Chile exclusivo para bibliotecas, y no estaba terminado. Esa era obra de la María Bustamante, que consiguió los dineros para que todas las bibliotecas se vinieran a ese edificio. Mi tesis fue sobre edificios de biblioteca en América Latina, así que sabía cómo era el asunto. Resulta que determinan que todas las bibliotecas departamentales se vengán al edificio que era para la biblioteca, aun no estando terminado. A mí me tocó venir al cuarto piso a Matemáticas y ahí se había designado a las ciencias puras. Iba toda la biblioteca por áreas del conocimiento. El subterráneo era todo lo que eran obras generales, enciclopedias, y después venían las oficinas administrativas. En el segundo estaba Ciencias Sociales; en el tercero, Literatura. Yo estaba en el área cuatro, que era ciencias puras. Estaba biología, química, matemáticas y física del pregrado y el postgrado (Yudy Moreira).

Lo anterior es refrendado por Eugenia Latorre, hija de María Eugenia Bustamante, quien al respecto del rol jugado por su madre en la planificación y el diseño de la biblioteca en ese entonces, nos indica:

Se estaba construyendo lo que era la biblioteca más grande de Sudamérica, porque se supone que eso todo entero iba a estar lleno de libros. Entonces mi mamá estuvo con los planos, ella y el arquitecto hicieron los diseños, los recorridos, la ubicación (Eugenia Latorre).

Esta biblioteca era heredera de la colección bibliográfica de la Biblioteca del Instituto Pedagógico, formada en 1890, en ese entonces, con 1307 volúmenes de libros. A estos se sumarían además los 6777 libros que fueron transferidos a ella luego de la demolición de la Biblioteca del Instituto Nacional y la Universidad de Chile por parte del gobierno de Carlos Ibáñez del Campo en 1929. Lo anterior da cuenta del valioso patrimonio bibliográfico que conservaba esta biblioteca.

Fue así como la idea de contar con una biblioteca central para la Facultad comenzó a estructurarse. Sin embargo, dicha obra se materializará recién en 1974, ya en dictadura. Se trataba de una biblioteca de cinco pisos, construida pensando en proyectarla como la más grande de Sudamérica en su tipo, la cual albergaría a las distintas bibliotecas departamentales de la facultad. Claramente, la biblioteca fue diseñada en un contexto radicalmente distinto a aquel en que finalmente se concretó. Las autoridades de la época apodaron a la biblioteca como “faraónica”, lo cual daba a entender la minusvaloración que le atribuían.

Según cifras de la Universidad de Chile, la biblioteca habría contado con un aproximado de 500 mil volúmenes de material bibliográfico, aunque hay bibliotecarios que afirman que la cifra llegaba a 1 millón. En cuanto a la cantidad de personas que trabajaba en ella, bordeaba el centenar.

La memoria de ese proceso y de lo que significó la biblioteca, pudimos rescatarla gracias a los bibliotecarios que trabajaron en ella. Entre una de las personas que ayudó en ese proceso, rescatamos a María Elena Aliste, quien al momento de la entrevista el año 2007 trabajaba en el SISIV. Hoy, María Elena no trabaja en la universidad, ya que jubiló anticipadamente. Es por esto que los recuerdos narrados por ella cobran un valor especial. La censura también recorrió las estanterías de la biblioteca, como nos relata a continuación:

Yo en el año 1975 entré a trabajar a la biblioteca de Filosofía de la Universidad de Chile. Y en esos años no eran años muy fáciles, por lo tanto había algún tipo de restricción de lecturas. Por una orden desde más arriba, solicitaron a la directora de la biblioteca de esa época todo el material que tenía que ver con comunismo, marxismo, cualquier cosa parecida. De hecho, la solicitud decía que había que quemarlos. Pero en la biblioteca la directora aplicó criterio, solamente se retiraron de las estanterías esos libros por un montón de tiempo. Se guardaron en una bodega. O sea, esos libros todavía existen en alguna parte. Cuando ya esa restricción dejó de tener vigencia, los libros volvieron a las estanterías y todavía deben estar en las bibliotecas de Filosofía.

En el caso concreto que les acabo de nombrar, fue el hecho de que nos pidieran retirar de las estanterías los libros que consideraban peligrosos. Solamente viví lo que me tocó en la Facultad de Filosofía, y fue ahí donde se hizo ese corte, esa restricción mayor.

Como les decía, esos libros tuvieron que ser guardados durante cierta época para que no fuera censurada la misma biblioteca (María Elena Aliste).

La biblioteca no contaba con un nombre determinado. Fue en 1980 cuando fue bautizada como Biblioteca Central Profesor Eugenio Pereira Salas, en homenaje al destacado académico que fallecería un año después:

El 17 de noviembre de 1980, en ceremonia presidida por el Decano de la Facultad, Don Joaquín Barceló, y gracias a un Decreto Universitario, la biblioteca pasó a denominarse Biblioteca Central “Profesor Eugenio Pereira Salas”, justo a un año del fallecimiento de Don Eugenio. La Biblioteca contaba con una colección de 500 mil volúmenes de material bibliográfico (“Historia de la Biblioteca Central Prof. Eugenio Pereira Salas”, s. f.).

La biblioteca del Pedagógico en ese entonces no tenía nombre. Eugenio Pereira fue un académico que contribuyó bastante y publicó varios libros. Entonces se le rindió homenaje dándole su nombre a esa biblioteca (Alberto Villalón).

La exacción de la Universidad de Chile y sus sedes regionales, del Instituto Pedagógico y de las cuatro carreras, entre ellas Bibliotecología, que formarían el Instituto Profesional de Santiago, producto de la Ley General de Universidades de 1981, trajo como consecuencia el cercenamiento y fragmentación de la colección bibliográfica de la biblioteca y su abandono por parte de la institución. Esta fue en la práctica desarmada, dividida, desmantelada, corriendo el mismo destino que sufrió la universidad:

Lamentablemente lo viví en carne propia. Yo fui bibliotecaria de la biblioteca Eugenio Pereira Salas del ex Pedagógico de la Facultad de Filosofía y Humanidades. Fui una de las personas que tuvo que empacar y tirar a camiones colecciones valiosísimas que nunca más se volvieron a ver. Se mutilaron patrimonios importantísimos y nadie hizo absolutamente nada para evitarlo.

Yo fui una de las personas que se paró para evitarlo y hasta el día de hoy no soy reconocida dentro de la institución de la Universidad como un personal valioso.

El desarmar las colecciones fue inmediatamente relacionado con la nueva Ley de las Universidades, en que se dividió la Universidad y las facultades quedaron en tierra de nadie, especialmente la Facultad de Filosofía y Humanidades. Se tiraban [los libros] con la excusa de trasladar a uno u otro lugar las cosas. ‘Tú tiras para acá, tú tiras para allá’ y en el camino las cosas se perdieron. Colecciones que ya estaban previamente censuradas y no estaban al acceso de los estudiantes, por supuesto. Había un búnker en la Pereira Salas, en el subsuelo, al que nadie tenía acceso (Marlene Miranda).

Estábamos todos enojados, muy enojados, porque esa biblioteca costó mucho que se formara y duró diez años como la biblioteca grande. A los 10 años se desarmó. Entonces era como un sinsentido haber trabajado tanto para unir las bibliotecas chicas en una biblioteca grande y que después, de un día para otro, se desarmara esa biblioteca y volver a hacer las bibliotecas chicas. Fue en realidad, a la larga, una pérdida económica, porque ese edificio costó mucho dinero en hacer y después quedó botado por varios años. Era la biblioteca más grande de Sudamérica. Era como el eslogan que tenía la Universidad.

La verdad es que salían en carretilla porque los llevaban a un camión, pero no sé qué pasó con eso. Yo escuché también, al igual que ustedes en esa época, que muchos de los camiones, no solo las carretillas, no se fueron al lugar donde los habían mandado. Porque a pesar de que mucho de ese material estaba restringido, había gente que se lo llevaba, y se debe estar vendiendo en otros lugares. De hecho, yo una vez en San Diego encontré un libro que tenía el timbre de la Facultad de Filosofía (María Elena Aliste).

Imagínate que nosotros sacamos una parte para la escuela de Bibliotecología que iba a estar en el Instituto Profesional de Santiago, otra para Cartografía, otra para Trabajo Social, y eso fue como una especie de saqueo en el que cada uno trató de llevarse lo más posible para su unidad académica. Esa es la parte un poquito dolorosa que me tocó vivir a mí, que me tocó presenciar de la gran biblioteca de Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile. Nosotros contribuimos a llevarnos todo lo que era el O2O, lo que correspondía a Bibliotecología, al Instituto Profesional de Santiago (Héctor Gómez).

El cierre de la biblioteca significó la fragmentación de las colecciones existentes en ella hasta ese momento, las cuales se repartieron, de acuerdo con su contenido y disciplina, entre las distintas carreras que tomaban distintos destinos. Unas permanecerían en la Universidad de Chile, otras pasarían a formar parte del ya en ese entonces Ex Instituto Pedagógico, rebautizado por la dictadura como Academia Superior de Ciencias Pedagógicas (posterior UMCE); otras se irían al Instituto Profesional de Santiago. El proceso de división significó el saqueo y la pérdida permanente del patrimonio bibliográfico. Como nos contó Diógenes Leiva, exfuncionario de la biblioteca (fallecido en 2012), los libros fueron embalados y lanzados desde el quinto piso de la Facultad a camiones para ser trasladados. Se pudo ver a gente con libros en carretillas. Incluso, muchos terminaron siendo vendidos en la calle San Diego.

Biblioteca Eugenio Pereira Salas durante construcción a fines de la década de los 60. ©Archivo Central Andrés Bello, Universidad de Chile, "Biblioteca Sede Oriente". Colección Archivo Fotográfico.



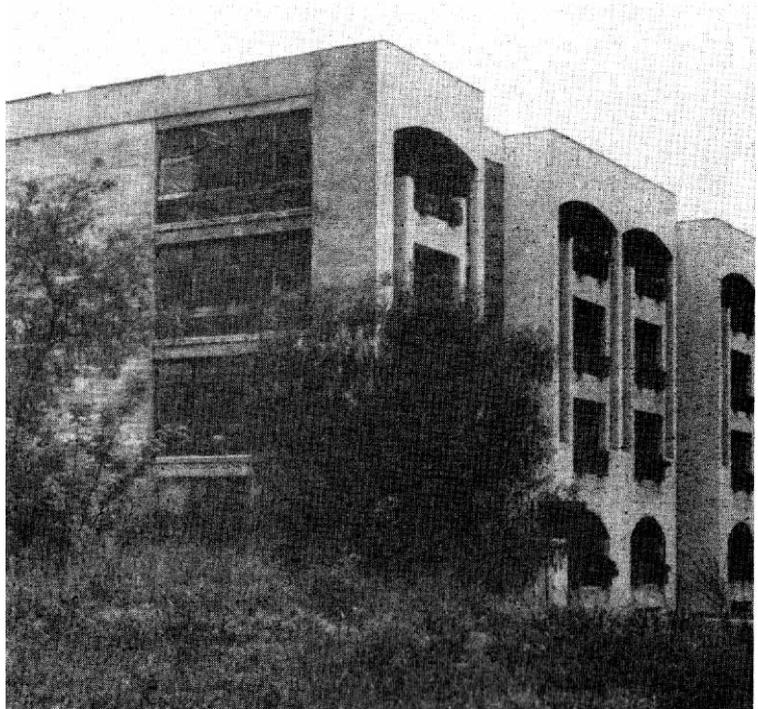


Escaleras de la biblioteca.
©Archivo Central Andrés Bello, Universidad de Chile, "Biblioteca Eugenio Pereira". Colección Archivo Fotográfico.



Estanterías de la biblioteca.
©Archivo Central Andrés Bello, Universidad de Chile, "Biblioteca Eugenio Pereira". Colección Archivo Fotográfico.

Vista de la Biblioteca Eugenio Pereira Salas desde Av. Grecia en los años 70 (Dirección General Académica, 1983).



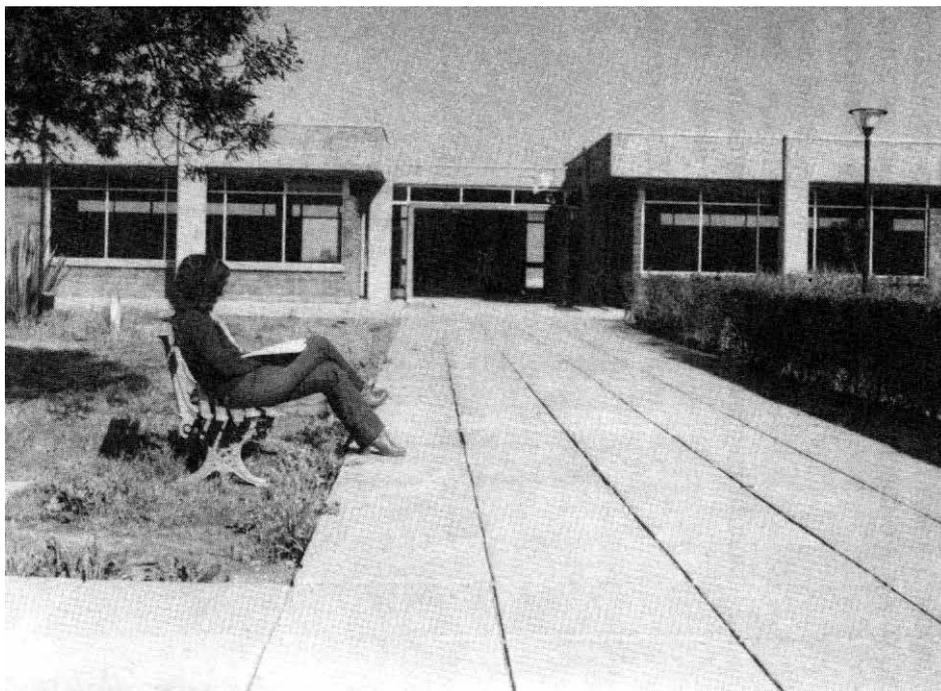
Edificio de la Biblioteca Eugenio Pereira Salas ocupado en la actualidad por Facultad de Filosofía y Humanidades.



Durante muchos años, el edificio estuvo abandonado, transformado en bodega. Finalmente una parte fue ocupada por la Facultad de Ciencias. La Facultad de Filosofía y Humanidades se trasladó a la comuna de La Reina, donde se habrían trasladado 180 mil volúmenes y seguiría funcionando hasta 1990. A pesar de que la biblioteca en esa sede siguió manteniendo el mismo nombre, era un cuerpo totalmente distinto, con sus miles de partes divididas y desperdigadas, saqueadas, deterioradas o autocensuradas. En 1985 se vuelve a separar una parte de la colección, “aproximadamente un 25% de la colección es entregada a la recién creada Facultad de Ciencias Sociales de nuestra Universidad” (“Historia de la Biblioteca Central Prof. Eugenio Pereira Salas”, s. f.). Solo al terminar el aislamiento de la Facultad de Filosofía y Humanidades, al final de la Dictadura, volvería a tener otro uso. En 1989 las autoridades de la época deciden reutilizar el edificio de la biblioteca para albergar a la Facultad de Filosofía y Humanidades en su totalidad:

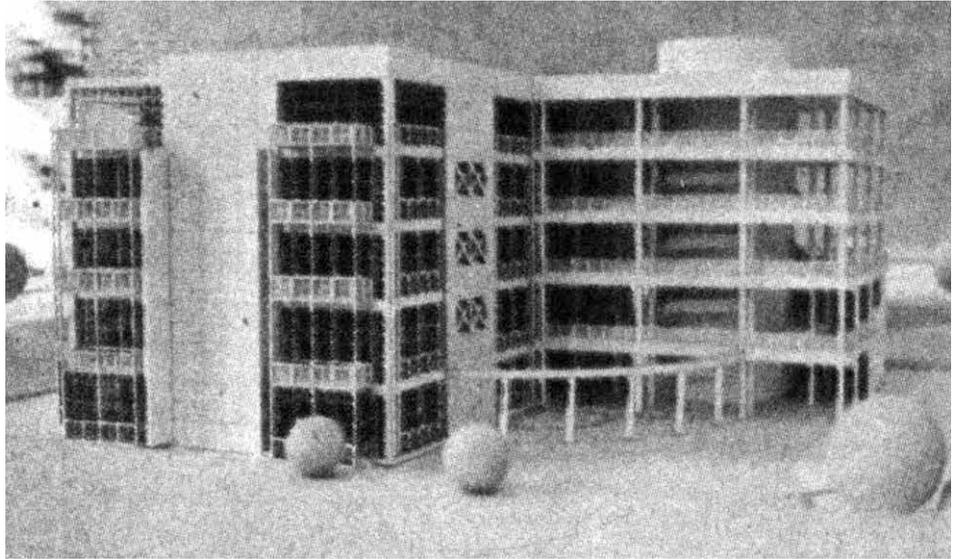
Este edificio, explica Gastón Etcheverry, está parcialmente ocupado por instalaciones de la Facultad de Ciencias y puede ser reacondicionado en forma tal que, con pequeñas adiciones, permita ubicar la totalidad de los departamentos de Filosofía y Humanidades. Es así como se construirá un módulo para el auditorium y aulas más grandes que no tienen cabida en el cuerpo principal del recinto, y se harán algunas construcciones para reemplazar los espacios que actualmente ocupan la biblioteca y algunos laboratorios de la Facultad de Ciencias (Actualidad Universitaria, 1989).

Finalmente, a partir de 1991, la biblioteca comenzó a funcionar en el zócalo del edificio, ocupando una parte de lo que fue diseñado inicialmente en su totalidad para ella.



Biblioteca Eugenio Pereira Salas en su ubicación en el Campus La Reina, entre 1981 y 1990 (Dirección General Académica, 1983).

Maqueta de la biblioteca para las obras de reutilización del espacio por parte de la Facultad de Filosofía y Humanidades. “La antigua biblioteca Eugenio Pereira Salas será recobrada para la Facultad de Filosofía y Humanidades” (Actualidad Universitaria, 1989).



“Miembros de la comisión y del equipo profesional que diseñó el nuevo recinto que albergará a la Facultad de Filosofía y Humanidades dan explicaciones técnicas de la obra al Rector y al decano Rolando Mellafe” (Actualidad Universitaria, 1989).



Junto con la censura de material bibliográfico en el resto de las bibliotecas de la Universidad de Chile, el desmantelamiento y cierre de la Biblioteca Eugenio Pereira Salas fue una de las mayores pérdidas para la Universidad de Chile durante la dictadura. Si la demolición de la Biblioteca del Instituto Nacional y de la Universidad de Chile en 1929 para construir una piscina, durante el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, fue calificada en su momento como “el crimen cultural más grande del siglo xx” por Ricardo Latcham, el desmembramiento de la Biblioteca Central Eugenio Pereira Salas adquiere la dimensión de una verdadera catástrofe patrimonial, quizás una de las más significativas perpetradas contra una biblioteca durante toda la dictadura. Desde otra perspectiva, sería una de esas “decisiones vandálicas legitimadas por un principio de autoridad discutible” (Araya, et al., 2013). En ese sentido, es tarea pendiente y urgente recuperar la memoria de lo que significó esta biblioteca en particular, como una dimensión más para comprender el valor y la importancia que tenían las bibliotecas para la universidad, y la real magnitud de la destrucción y pérdida del patrimonio bibliográfico que esta resguardaba.



~~Capítulo 6~~

LA CENSURA Y LOS BIBLIOTECARIOS DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE: REACCIÓN Y CONSECUENCIAS

Pero hay una razón más profunda, que acompaña siempre a las otras, y es que el libro es un doble del hombre: quemarlo equivale a matar. A veces son inseparables.

El sociólogo de Berkeley, Leo Lôwenthal -además de Gérard Haddad en Francia para el libro judío-, es el único que se ha ocupado de este fenómeno de asimilación del libro hombre y su desgracia compartida.

(Polastron, 2007: 2)

6.1. La reacción de los bibliotecarios, ¿era posible la reacción?

El clima de incertidumbre y la violencia creciente eran factores que presionaban por un desenlace. Al cabo de tres años el Gobierno fue derrocado y sus partidarios fueron definidos como enemigos de Chile. El país fue ocupado por las Fuerzas Armadas iniciando la tarea de eliminar la amenaza a sus valores e intereses en alianza con los grupos de oposición al gobierno de la UP. El uso del terror formó parte de su cruzada para “desinfectar el cuerpo social” de todo germen, virus o cáncer marxista (Lira, 2006).

Para comprender la realidad en las bibliotecas, deben tomarse en cuenta cada una de las partes que hacen de ella una organización valiosa y viva, es decir, no solo el material bibliográfico, sino también su personal y sus profesionales. Es necesario entender la biblioteca como una combinación orgánica de personas, colecciones e instalaciones cuyo fin es ayudar a los usuarios a transformar la información en conocimiento

Tras el golpe de Estado, la censura hacia los medios y el material bibliográfico que existía, también se dirigió a los trabajadores “portadores” de ideas contrarias al nuevo régimen. Esta situación alcanzó a los bibliotecarios, estudiantes de bibliotecología y profesores. De aquellos, algunos conocieron esta realidad como una vivencia, otros como un hecho cercano y otros simplemente a partir del rumor.

Frente a este contexto social, político y económico, cabe preguntar si, así como sucedió en el caso de profesionales (“Dirigentes de 19 colegios profesionales se reunieron con la junta de Gobierno”, 1973) de otras áreas, los bibliotecarios tuvieron algún tipo de reacción frente a estos hechos.

Algunos bibliotecarios que trabajaban hasta ese entonces en la Universidad de Chile piensan que su reacción se hizo presente de diversas formas. A continuación el relato de sus experiencias al inicio de la dictadura:

“Se reaccionaba con rabia, con pena, con impotencia. Porque tú te podías desahogar en tu casa, o en la oficina con algunas personas, porque quienes estábamos en la Sede Occidente no compartíamos las ideas, entonces tampoco podíamos expresarnos tanto” (Ana María Carter).

“Sí hubo, pero la poca reacción, o lo que pudo haber sucedido, hasta ahí nomás llegaba... Tuvieron becas⁵ o desaparecieron” (Clara Budnik).

5. Con el término “becas”, Clara Budnik se refiere a las personas que tuvieron que salir del país por razones políticas.

“Sí, yo creo que sí, que hubo reacción para los dos lados. Es un período en el que nos demoramos en movilizarnos, la cosa no fue tan fácil” (María Morales).

Los bibliotecarios concluyen que esta reacción no fue tan visible de forma pública, sino más bien se desarrolló en el ámbito privado. Diversas razones se argumentan frente a la postura asumida, por ejemplo, por el Colegio de Bibliotecarios en aquella época, la cual no fue precisamente defender a quienes sufrían vejaciones o habían perdido sus empleos por razones políticas.

Lo anterior no debe extrañar debido al miedo imperante por las “detenciones masivas de personas, los militares que ocupaban el país en tenida de combate, los llamados a la ciudadanía para colaborar con las autoridades en la ubicación de extranjeros” (Lira, 2006).

En ese momento, muchos colegios profesionales adhirieron al régimen incondicionalmente los primeros días. Razones como la bullada “reconstrucción nacional” encontraban asilo en variados grupos profesionales. Por lo que no es de extrañar que muchos bibliotecarios se dejasen seducir por dichas ideas para no ser dañados o simplemente para obtener beneficios del nuevo régimen. La situación no era sencilla, el riesgo era perder la vida. Debemos recordar, además, que uno de los objetos más perseguidos en aquella época de oscuridad fue el libro, quizás por la visión iluminista que se tenía de él desde los primeros años de independencia, como vimos inicialmente, realidad que naturalmente la dictadura de Pinochet conocía. Se perseguía a los portadores de aquella terrible “literatura marxista”, así como a quienes la resguardaran dentro de sus colecciones para ponerla a disposición de quien quisiera consultarla. Los bibliotecarios jugaban un rol importante dentro de esta cadena social, convirtiéndose en esos momentos en puentes invisibles, más aun de aquellos conocimientos que adquirieron en la anhelada formación profesional a través de un largo proceso dentro de la Universidad, el cual se les arrebató por el peligro que esto implicaba. Las siguientes afirmaciones entregan la visión de lo vivido por los bibliotecarios de la época:

“No, no la hubo. No sé cómo habrán reaccionado los argentinos, pero acá no. Uno no sabía que se quemaban los libros en la calle porque nadie hizo una declaración. Claro que tampoco se podía. Había tanto susto” (Marcia Marinovic).

No hubo reacción, de hecho yo hoy día no soy colegiada porque el Colegio nunca se la jugó por la gente exonerada, ni por las reivindicaciones. Por eso decidí no seguir participando. Hubo alguna época en que el colegio sí tuvo reacción y me tocó trabajar. Yo no era bibliotecaria, estuve 12 años cesante y por alguna razón me vinculé con Marcia Marinovic, que ella sí tuvo una vinculación. Tuvo un acercamiento con el resto de los colegios profesionales para realizar acciones conjuntas en lo que eran las protestas, lo que eran las declaraciones. Ahí sí hubo un papel más protagónico del Colegio Bibliotecario, pero ahora no (Antonieta Figueroa).

No hubo reacción, tomaban presos a los profesores y dirigentes estudiantiles. Nadie se atrevía a protestar, ni el Colegio de Bibliotecarios, ni periodistas, ni profesores. Nadie. Solamente se contaba con la reacción de los extranjeros que dieran a conocer lo que pasaba en Chile, en los lugares de trabajo. No hay que olvidar que los rectores eran milicos (Amanda Contreras).

“¡Por favor!, si estábamos en régimen militar no se podía comentar, reclamar menos. Absolutamente nada de reacciones porque el riesgo era grande y el miedo atroz. Era todo secreto. Lo conversábamos cuando nos juntábamos en lugares seguros” (Yudy Moreira).

De hacer alguna manifestación, no. No se hicieron manifestaciones, que yo me acuerde. De que hubiese habido una toma, ese tipo de cosas, porque habría sido peor yo creo. Claro, ahora uno puede hacer ese tipo de cosas, pero en esa época no se podía. Si ahora llegan los carabineros con gases y un montón de cosas para dispersar, en ese tiempo se lo llevaban preso nomás. Así de simple. Difícil era manifestarse en ese momento, y los que se manifestaban no lo pasaban muy bien. Entonces en general la gente, que la mayoría eran padres de familia, madres de familia, no estaban dispuestos a arriesgar su vida por eso. Se fueron nomás, muchos se fueron. Buscaron rumbo en otras bibliotecas, y muchos que se fueron y volvieron después de mucho tiempo a trabajar en la universidad. Se acomodaron en otras bibliotecas (María Elena Aliste).

No, no creo. No se organizaron para nada. Más aún, yo creo que la mayoría de los bibliotecarios son retrógrados. Chilenos, me refiero. No creo que sean un grupo de avanzada que reaccione frente a las injusticias de la sociedad; al mal reparto de la riqueza. Como ya dije, pésimo, porque hubo censura, quema de libros e interventores. Considerando eso, ¿qué podían hacer los bibliotecarios? Cuando te ponen una pistola al frente, ¿qué se puede hacer? Yo diría que, en general, el gremio de bibliotecarios es gente de derecha. No sé si eso ha cambiado ahora. Ahora, hay bibliotecarios muy agradecidos de la dictadura. La directora de la Biblioteca Severín de Valparaíso, que la acaban de sacar, ella estaba muy agradecida. Porque a raíz de un temblor muy fuerte, o cuasi terremoto, la biblioteca Severín se anduvo partiendo y ya se venía abajo. Y entonces ella acudió a Pinochet, y Pinochet le dio \$200 millones para arreglar el edificio. O sea, ella estaba muy agradecida de Pinochet: ‘protector de los bibliotecarios’ (Alberto Villalón).

Y hubo gente que se jugó muchas cosas. Por ejemplo, la Ana María Prat, la Ximena Feliú, se la jugaron todas. A la Ximena Feliú le costó salir de la Biblioteca del Congreso, por intrigas. Ella no era de ningún partido político. Casi ninguna de nosotras era de partidos políticos. Y la Ana María mandando cartas a la Junta, defendiendo a la gente que estaba detenida, colegas que estaban detenidos. Lo que nosotros hicimos como profesores fue fuerte, pero en los otros casos no sé si particularmente haya habido alguna defensa. Se sentían bastante intimidados. Si no tenían la defensa de la escuela donde estaban o la institución donde estaban, mucho no podían hacer. Nunca hemos tenido tanto poder. Salvo nosotros como cuerpo de profesores (Elfriede Herbstaedt).

Yo no sé si el miedo lo teníamos nosotros o lo tenían los demás, con la diferencia de que nosotros teníamos un miedo que pensábamos que era injusto, pero a lo mejor ellos pensaban que era justo el miedo que sentíamos. Como te digo, nosotros estábamos muy encerrados. En nuestra facultad incluso los mismos alumnos eran gente con buena situación, había chicos becados, pero la facultad sí que se conocía como reducto 'momio' (Eliana Palma).

Era tan tremendo ese periodo que vivimos. Yo me vine aquí por un compañero de curso. Me trajo. Habían despedido a un colega y quedaba una vacante. Él se hizo cargo de la biblioteca y me trajo a otro cargo. Nosotros éramos amigos de antes, por eso podíamos conversar de otra cosa que no fuera el tiempo, o las labores propias de la biblioteca, pero nosotros no conversábamos con nadie más, y cuando llegamos a Santiago yo nunca tuve contacto con la gente que se había trasladado a este edificio. Con el Colegio tampoco, no había ninguna actividad (Eva Sanzana).

La labor de los colegios profesionales se hacía complicada, sobre todo cuando no existía acuerdo entre sus miembros frente a un asunto de carácter nacional. Es bajo estas circunstancias que el Colegio de Bibliotecarios de Chile anuncia en el diario *El Mercurio* el día sábado 22 de septiembre de 1973 que:

En virtud de los propósitos y finalidades de la Constitución de la Junta Militar de Gobierno, en el sentido de restablecer el orden, la paz y la unidad entre los chilenos tendientes a devolver al pueblo de Chile su tradición histórica de sociedad libre, democrática y pluralista, el Consejo ha acordado:

- 1º Apoyar a la Junta Militar de Gobierno en su patriótico esfuerzo de reconstrucción moral, política, económica e institucional del país.
- 2º Ofrecer y poner a disposición de la Junta sus profesionales para colaborar en planes y proyectos de creación y fomento de servicios bibliotecarios y de documentación, fundamentales para el desarrollo científico y tecnológico del país.
- 3º Llamar a sus miembros que se integren a este llamado de solidaridad de trabajo y de unidad nacional.

(“Declaración de apoyo a la Junta Militar del Colegio de Bibliotecarios”, 1973).

Este documento figura firmado por Javiera Varas O. como Presidenta, y por Luis Pérez M. como Secretario General. Es decir, la postura del Colegio de Bibliotecarios si existió, a menos diez días del golpe de Estado, y claramente se inclina en favor de su legitimación y dar su apoyo irrestricto al accionar de la Junta. A la luz de todo lo que se ha expuesto y que se vivió en esos momentos, resulta lamentable comprobar que existieron, así como en otros gremios, bibliotecarios, que se entregaron tan abiertamente a colaborar con un régimen que ya mostraba su vocación represiva desde el primer minuto, y que traería enormes consecuencias no solo para el gremio sino para las bibliotecas en general y como lo hemos dicho, para toda la cadena del libro.

El 1 de octubre, en el oficio nro. 1959, Scarpa haría llegar los agradecimientos por parte del subsecretario de Educación por el apoyo a la nueva Dirección de la DIBAM.

El 3 de octubre, en el oficio nro. 1986, Scarpa da cuenta al Ministro de Educación Contraalmirante Hugo Castro, de la intención de parte del Colegio de realizar un trabajo en conjunto, vínculo que se había perdido a partir de 1970 con su salida de la Dirección de la DIBAM. Agrega finalmente: "Este contacto tiene singular importancia y el apoyo, una especial trascendencia, por lo que significa de confianza y fe en el gobierno y la Dirección".

No solo el Colegio de Bibliotecarios expresó su apoyo a la dictadura tempranamente, también otras instancias gremiales vinculadas al libro y su circulación declararon su apoyo al régimen. Fue el caso del Sindicato de Dueños de Librerías y de la Cámara Chilena del Libro.

te de pasajeros por via ferroviaria y avion.

Cámara del Libro ofreció su cooperación a la Junta

Los representantes de la Cámara Chilena del Libro, Alberto Neumann, presidente, y Pelayo Sala, secretario, visitaron al general (R) Diego Barros Ortiz, en su despacho de delegado de la Junta Militar de Gobierno ante la Empresa Editora Nacional Quimantú.

Ofrecieron los visitantes su cooperación, en nombre de la entidad que representan, para coadyuvar en la gran tarea que debe desarrollar el general Barros ante aquella empresa.

Por otra parte, el presiden

te Alberto Neumann anunció su próxima visita a Madrid, el 27 del actual, para asistir a la reunión del Instituto del Libro Español, que reúne en su seno a todas las cámaras del libro de España y Latinoamérica. Aprovechará su contacto personal con editores y libreros extranjeros para imponerlos de la verdadera situación de Chile y para que, a través de ellos, se conozca en el exterior la efectiva realidad chilena, que ha sido tan distorsionada por la prensa marxista extranjera.

Un pro
en el pue
de DIRI
tendria u
satisface
Norte Gr
salitre só
magnesii
tarian la
potásico
La fabi
y 8 obre
escudos.
4 milloni

vado
me
va a
lo la
upal
e los
estos
o

iento
Cara
de se
ar de
que
resas
ra el

La Cámara Chilena del Libro ofreció también su ayuda a la Junta, y lo oficializó a través de la intervenida Editora Nacional Gabriela Mistral.

N DE BIBLIOTECAS
OS Y MUSEOS

SANTIAGO, 26 SET. 1973

NO 1897 /

SEÑOR SUBSECRETARIO:

El Colegio de Bibliotecarios de Chile me ha manifestado su complacencia por haber reasumido el cargo de Director y me ha ofrecido todo su apoyo para un plan de modernización de las técnicas bibliotecológicas que es necesario aplicar a la Biblioteca Nacional y a las demás que dependen del Servicio.

Recibido ayer en reunión por el Directorio del Colegio a invitación espontánea suya, hemos convenido en trabajar en mutua colaboración. El análisis de lo realizado en el período 1967-1970 mereció plena satisfacción de ese Cuerpo colegiado, así como los planes esbozados, que requieren la asesoría de personal altamente especializado en distintas disciplinas, el cual el Servicio no tiene, pero que se obtuvo graciosamente por parte del Colegio. El Directorio se reunirá en una semana más en la Biblioteca Nacional para conocer en el terreno los problemas y comenzar el estudio de sus rectificaciones.

Creo que este apoyo tiene una alta significación moral para el Supremo Gobierno y esta Dirección y expresa un nuevo espíritu, que es el que deseamos forjar.

Saluda atentamente al señor Subsecretario,



ROQUE ESTEBAN SCARPA
Director de Bibliotecas, Archivos y Museos
y Director de la Biblioteca Nacional

AL SEÑOR
D. RENE DEL VILLAR
SUBSECRETARIO DE EDUCACION
P R E S E N T E.-

Dirección de Bibliotecas, Archivo y Museos. Oficio circular no. 1897, 26 de septiembre de 1973, de Roque Esteban Scarpa a René Villar. Archivo Nacional de Chile, Fondo DIBAM, v. 208.

Dirección de Bibliotecas, Archivo y Museos. Oficio circular no. 1959, 1 de octubre de 1973, de Roque Esteban Scarpa al Colegio de Bibliotecarios de Chile. Archivo Nacional de Chile, Fondo DIBAM, v. 208.

DIRECCION DE BIBLIOTECAS,
ARCHIVOS Y MUSEOS

SANTIAGO, 1 OCT. 1973

✓

NO 1959

SEÑOR PRESIDENTE:

Me es muy grato hacerle llegar a Ud. y demás miembros del Colegio de Bibliotecarios de Chile, los agradecimientos del Subsecretario de Educación, don René del Villar, por el apoyo ofrecido a esta Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.

Saluda atentamente a Ud.,

Roque Esteban Scarpa
~~ROQUE ESTEBAN SCARPA~~
Director de Bibliotecas, Archivos y Museos y Director de la Biblioteca Nacional

AL SEÑOR
PRESIDENTE DEL COLEGIO
DE BIBLIOTECARIOS DE CHILE
P R E S E N T E.

DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS,
ARCHIVOS Y MUSEOS

SANTIAGO, - 3 OCT. 1973

Nº 1986 /

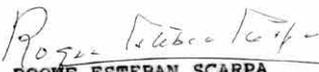
Dirección de Bibliotecas, Archivo y Museos. Oficio circular no. 1986, 3 de octubre de 1973, de Roque Esteban Scarpa a Contralmirante Hugo Castro Jiménez. Archivo Nacional de Chile, Fondo DIBAM, v. 208.

SEÑOR MINISTRO:

Tengo el agrado de dar cuenta a US. que el Colegio de Bibliotecarios tuvo a bien invitarme a una reunión de su Directorio, oír mis planteamientos, tanto en lo que se relaciona con la labor realizada desde 1967 hasta comienzos de 1971 y con mis planes de reestructurar técnicamente la Biblioteca Nacional. Para ello, en 1970 se organizaron con la cooperación de personal especializado externo al Servicio, tres Seminarios preparatorios: uno para los funcionarios de la Biblioteca Nacional; el segundo para los encargados de bibliotecas de Museos y públicas de Santiago; el tercero; para el personal de todas las provincias del país sobre los que tuviéramos tuición. Esta preparación no se concretó en actos después de mi salida, y para realizar la reorganización técnica de nuestras bibliotecas, comenzando con la que nació con la Patria, el Colegio de Bibliotecarios me ofreció toda su cooperación y ayuda desinteresada.

Este contacto tiene singular importancia y el apoyo, una especial trascendencia, por lo que significa de confianza y fe en el Gobierno y la Dirección.

Saluda atentamente al señor Ministro,


ROQUE ESTEBAN SCARPA
Director de Bibliotecas, Archivos y Museos
y Director de la Biblioteca Nacional

AL SEÑOR
CONTRALMIRANTE
D. HUGO CASTRO JIMENEZ
MINISTRO DE EDUCACION PUBLICA
P R E S E N T E.-

6.2. Consecuencias para los bibliotecarios

*La 'razón' como recurso se funda en convencer y argumentar.
La fuerza simplemente en reprimir (Lira, 2006).*

Tras la llamada “reorganización” de la Universidad de Chile, también hubo una fuerte intervención a sus bibliotecas. Como consecuencia de esta política, se cancelaron suscripciones a revistas, existió una menor circulación de libros considerados “literatura marxista”, desaparecieron algunos (guardados aun en la actualidad en bodegas) y otros simplemente se destruyeron o se quemaron. Pero no solo hubo pérdidas materiales en las bibliotecas, también muchos profesionales y trabajadores sufrieron delación, persecución, exoneración y exilio.

Dirigentes y activistas marxistas que deben ser juzgados por sus actividades anti-patrióticas, la utilización de la palabra “enemigo” para referirse a los partidarios del gobierno derrocado, cualquier persona podía discrecionalmente acusar a alguien de marxista, para que fuese detenido y corriese una suerte impredecible (Lira, 2006).

Este escenario también tocó a los bibliotecarios. Al cambio arbitrario de autoridades dentro de la Universidad de Chile (llamados “designados”, como los Rectores: César Ruiz Danyau y Tapia Falk), le siguió la exoneración, la persecución, la delación, la desaparición y el exilio de profesionales bibliotecarios. Aquí hubo un claro intento de borrar la memoria, de eliminar el peligro que significaban quienes ostentaron el poder. El olvido como arma se ha utilizado desde la Grecia clásica, donde quienes dominaban e invadían ciudades, quemaban santuarios y papiros, inculcando su verdad y arrancando a fuerza de las personas el compromiso de “no recordar desgracias” (Mendoza, 2007).

“O sea, ellos dieron el golpe, suspendieron todo, cerraron, procesaron a mucha gente y fueron cambiando autoridades de a poco” (Alberto Villalón).

Sobre la desaparición de estudiantes de Bibliotecología en la Universidad de Chile, relata una bibliotecaria de la Biblioteca de Economía en la Sede Occidente, que en ese período estudiaba la carrera.

Yo tuve compañeros de Bibliotecología que desaparecieron después del golpe. Todavía no estaban graduados, pero íbamos a ser colegas. Que nunca más los vi, pero que después supe que durante ese periodo los exterminaron, los mataron, los fusilaron, no sé que les hicieron; ya no están acá (Ana María Carter).

En cuanto a la bibliotecología, el daño no solo fue material también afectó al patrimonio inmaterial del país, a décadas de esfuerzo y aprendizaje, a la historia de los bibliotecarios, desde los primeros intelectuales orgánicos de la emancipación que plantearon esta necesidad y los primeros cursos en la Biblioteca Nacional; a los bibliotecarios becados que, inspirados en su experiencia en la mismísima Library of Congress, a su regreso comenzaron a hacer clases en Chile; a la profesionalización que con tanto esfuerzo habían logrado muchos de ellos, pasando de 2 a 4 años de estudio (que intentan extender a 6 o 7 con un Magister) en la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Esta situación casi no se menciona, pero pensamos que no es posible ni ético mantener un silencio cómplice sobre este olvido social impuesto a sangre y fuego por el poder, en ese entonces hegemónico.

6.2.1. Delación, la espada de Damocles

En relación con la delación, en el caso de los bibliotecarios o hacia ellos, hay quienes afirman que sí hubo y que existió incluso entre los mismos bibliotecarios. Otros bibliotecarios en cambio no tienen la certeza de si estos hechos fueron reales o no, si la delación realmente trascendía el rumor:

Yo no vi, no conocí a ninguna persona delatora. Pero con el tiempo supe que se hablaba de ciertas personas que delataban. Pero a mí no me consta, puede ser así. Debiera ser, porque las personas que yo conozco, me junto, hablan del asunto. Tiene que ser. Hay profesores del área. Funcionarios, sí. Pero a nivel de rumor (Ana María Carter).

Pero, en cambio, existen opiniones que admiten con certeza la existencia de tal delación, la cual podía provenir desde el interior de los lugares de trabajo, como sucedió en las bibliotecas. Estos son algunos testimonios que aseguran la existencia de delación:

Como en todas las capas de la sociedad chilena, en las bibliotecas existió la delación, y es bien evidente que existió la persecución. Cuántos colegas del Pedagógico que después del 11 de septiembre no vi nunca más. Trabajar en la biblioteca después del 11 de septiembre 1973, para mí, fue tener una espada de Damocles suspendida todo el tiempo. Los milicos eran dueños y señores de todo el país, con la complicidad de la derecha chilena (Amanda Contreras).

Obvio. Hubo bibliotecarias encargadas de hacer listas de gente, bibliotecarias de las cuales jamás habría pensado fueran capaces de algo semejante y que cambiaron de un día para otro. Me acuerdo de una bibliotecaria que trabajaba en la Sede Oriente y que al poco tiempo del golpe, cuando yo iba saliendo, me pasó algo diciendo: "Toma, esto te puede interesar". Era una especie de diario doblado que recibí

ingenuamente con la confianza de que me podría interesar, sin pensar en nada. Cuando llegué a la casa lo abrí y me di cuenta de que era la revista de la Vicaría de la Solidaridad, uno de los primeros números. Al poco tiempo ella me acusó por esa revista, que yo andaba haciendo proselitismo político (Yudy Moreira).

Sí, pero no porque fuéramos bibliotecarios, sino porque éramos trabajadores reconocidos de izquierda y porque no podíamos seguir envenenando el alma del pueblo. No me consta que de parte de los bibliotecarios haya existido delación. Yo me movía en un ámbito pequeño, ahí sí hubo delación, pero no de los bibliotecarios, ni hacia los bibliotecarios (Antonietta Figueroa).

Delación sí. Si no, no habrían salido todos los bibliotecarios que salieron, como les decía acerca de esa persona. Esa persona se dedicó a decirle a todo el mundo, desde que tomó el cargo en el Pedagógico, a señalar con el dedo (Elfriede Herbstaedt).

No creo que nadie se preocupara de los bibliotecarios en especial, pero entre los bibliotecarios naturalmente hubo delación. No me consta, pero tengo la percepción de que quien hizo todas las denuncias en mi contra fue un alumno al que le iba pésimo. Tiempo después supe que era un uniformado. Sí que hubo delación. Un ejemplo de ello fue un grupo de personas que trabajaban en Providencia. La directora y otras personas que trabajaban allí las echaron porque tenían recortes del *El Siglo*, pero junto con ello, recortes del *Mercurio*. Había recortes de todo, sin embargo, fueron despedidas por haber sido acusadas de tener este tipo de recortes. Ahí hubo evidentemente delación porque no creo que a alguna persona se le haya ocurrido ir a mirar los archivos verticales⁶. En general, la delación fue dentro del mismo círculo (Clara Budnik).

Sabía de una con nombre y apellido. Sabe dónde ocurrió, yo creo que si llegan al dato de Ingeniería en la Chile, pueden averiguar algo. Después pasó mucho tiempo. Una bibliotecaria falleció. Hubo un funeral. Y esa mujer quiso ir a dar el pésame. Y los hijos de esa bibliotecaria no la dejaron entrar a la Iglesia. Esta señora, que se me olvidó el nombre, delata a esta otra señora, que también se me olvidó el nombre, creo que también es de apellido Núñez. Se muere la mujer joven. Vamos a la misa, y los hijos sabían este cuento. Entonces, la ven entrar y la sacan para fuera (Marcia Marinovic).

Incluso hay algunas bibliotecarias a quienes se les acusa de haber denunciado a colegas. Sí. Hay casos. No quiero dar nombres porque no me constan, pero mi señora tiene nombres de gente, bibliotecarios, que denunciaron a colegas. Ahora, no creo que haya habido ningún caso de muerte, pero puede haber habido detenciones, torturas, golpes, etc. (Alberto Villalón).

6. Los archivos verticales son recortes de diarios referentes a un tema en específico.

La delación fue de todos. Podía ser hasta un auxiliar que fuera delator. En la escuela había hasta alumnos. Eran alumnos que claramente habían entrado por la ventana. Hubo un tiempo en que la escuela fue muy de elite, había niñas muy bien que entraban a estudiar. Incluso estaban las hijas del general Bonilla. Y varias, de situación económica muy buena, estudiando Bibliotecología, y que nunca ejercieron (Elfriede Herbstaedt).

Esta delación que describen los bibliotecarios, fue impulsada por la irrupción a la Universidad de los fiscales con el objetivo de “tomar medidas respecto a los académicos, no académicos y estudiantes que indiquen su participación en actos sancionables o contra quienes existan denuncias responsables” (“Debate universitario”, 1973-1974). Razones como el “proceso de depuración” eran aludidas para poner en marcha estos procedimientos o el Decreto Ley N° 8.731, el cual “establecía la delación como sistema, al señalar que todo sumario deberá iniciarse por denuncia de personas responsables hechas directamente al fiscal” (Mönckeberg 2005).

En muchas esferas profesionales luego de la delación o simplemente al obtener, aquellos que tenían el control, el conocimiento de la posición política de algunas personas, hubo consecuencias para estas, como la persecución y la exoneración. Como vimos anteriormente los que se reconocían partidarios del Gobierno de la Unidad Popular eran tratados como “enemigos del país” (Lira, 2006) y acusados de diferentes cosas con el fin de causarles perjuicios y la tan “añorada” limpieza. Un claro intento de “borrar memoria” de desvanecerla en el olvido (Mendoza, 2007) forzándolo, implantando una historia limpia de acontecimientos y sucesos inconvenientes para la dictadura, manipulando y condicionando así el recuerdo al miedo.

6.2.2. Persecución

La persecución también fue motivada por la intención de “limpiar” las instituciones de aquellos que tuvieran ideas contrarias al orden impuesto por la dictadura. A raíz de las delaciones consentidas y fomentadas por el gobierno de facto, muchas personas, en este caso bibliotecarios, se vieron afectadas.

En mi caso fui perseguida, acusada de atea y proselitista política, por colegas que nunca antes mostraron su posición. Por ellas se fueron también otras compañeras. En las salas de lectura de ese entonces había guardias. El “guatón” Romo estuvo varias veces en la sala de lectura (Yudy Moreira).

En ese momento nos permitíamos hablar de política con nuestros compañeros. Una vez nos dijeron: “¿y a ustedes no les da miedo?” porque hablábamos de la dictadura. Ahora, yo estaba en la lista negra, estaba vetada, cuando fui a pedir mi número de trabajo supe que estaba vetada. El 69 llegué acá, estuve en Civil como veintitantos años (María Morales).

Hacia los bibliotecarios como gremio, no. Yo diría que no. Tenemos algunas víctimas, pero no por su rol propiamente tal de bibliotecarios. Se segregaba a la gente en general por su quehacer extraoficial, pero no por gremio. A los periodistas se les atacó como gremio por el cuento de los medios de comunicación. Fue una casualidad que fuesen bibliotecarios, no fue en el ejercicio propiamente tal de la profesión. Hay gente que fue no propiamente muerta. Recuerdo especialmente a un muy buen amigo mío, Benjamín Salvo, que es un gran académico ahora en la Universidad Nacional de México. Hay dos o tres personas de mi época. Sé de un par más, pero, como te digo, no por el solo hecho de que sean bibliotecarios propiamente tal se les persiguió. Son como cinco personas que son víctimas, se les persiguió, algunas fueron desaparecidas, algunas ejecutadas, o algunas simplemente amedrentadas (Marlène Miranda).

Un día el profesor Augusto Iglesias⁷, que había sido director de la DIBAM, fue a visitar a un amigo al Ministerio de Relaciones Exteriores. Cuando llegó, el amigo le dijo: 'Augusto, ¿tú haces clases en a la Escuela de Bibliotecología?'. 'Sí', le respondió. 'Mira, sígueme, te quiero mostrar algo'. En ese momento lo llevó a un archivo que estaba con llave y abrió un cajón. Buscó una carpeta que decía 'Alberto Villalón' y le mostró lo que decía en ella: 'Agente del Partido Comunista de la Unión Soviética'. ¡Ni siquiera del Partido Comunista de Chile!, ¡de la Unión Soviética! Yo pienso que cuando Clodomiro Almeyda⁸ se hizo cargo del Ministerio de Relaciones Exteriores, mandó a destruir ese archivo, porque Clodomiro Almeyda era director de Sociología y yo de Bibliotecología. Éramos parte del Comité Superior de la Facultad de Filosofía y Educación. Gracias a él estoy con vida, porque si hubiera mandado a destruir ese archivo el mismo 11 de septiembre, yo creo que me habrían fusilado (Alberto Villalón).

Como vemos en los testimonios de bibliotecarios, existieron hechos de violencia y terror institucionalizado y extendido incluso entre los propios colegas, dejando atrás cualquier cuestionamiento ético o reflexión correspondiente. Simplemente se actuó contra todo lo que pareciera o fuera un "germen, virus o cáncer marxista". La clara ideología del grupo de poder dominante intentó vaciar de memoria a la sociedad, borrando a estos profesionales, hostigándolos en un esfuerzo constante por anular aquel pasado incómodo. Había que destruir, sacar o silenciar el pasado de los "vencidos".

7. Director de la DIBAM entre 1948 y 1953.

8. Clodomiro Almeyda fue Ministro de Relaciones Exteriores durante el Gobierno de Salvador Allende.

6.2.3. Exoneración

El día 18 de octubre de 1973 se anunciaba en el diario *La Tercera*: “Nombran 36 fiscales en la Universidad”. Entre sus atribuciones estarían, por ejemplo, la suspensión inmediata de un cargo sin goce de sueldo, o la destitución de este. La exoneración entonces se convirtió en una realidad para quienes representaban una “amenaza”.

Nombran 36 fiscales en la Universidad

Un total de 36 fiscales nombrados en las dependencias de la Universidad de Chile en forma inmediata con el objeto de suspender de inmediato a los funcionarios responsables que incurran en actos sancionables.

El fiscal puede, si lo estima necesario, suspender de inmediato a un funcionario, sin goce de sueldo. La investigación de cada caso no puede durar más de ocho días y sólo serán apelables las resoluciones y fallos que apliquen las sanciones de destitución, de petición de renuncia, declaración de vacancia de cargo y suspensión de académicos superiores a seis meses.

El fiscal puede, si lo estima necesario, suspender de inmediato a un funcionario, sin goce de sueldo. La investigación de cada caso no puede durar más de ocho días y sólo serán apelables las resoluciones y fallos que apliquen las sanciones de destitución, de petición de renuncia, declaración de vacancia de cargo y suspensión de académicos superiores a seis meses.

El fiscal puede, si lo estima necesario, suspender de inmediato a un funcionario, sin goce de sueldo. La investigación de cada caso no puede durar más de ocho días y sólo serán apelables las resoluciones y fallos que apliquen las sanciones de destitución, de petición de renuncia, declaración de vacancia de cargo y suspensión de académicos superiores a seis meses.

La Tercera.
“Nombran 36
fiscales en la
Universidad”. 18
de octubre 1973.
p 3.

No sé si hacia los bibliotecarios, pero sí aquí en la facultad había funcionarios que fueron despedidos, perseguidos a lo mejor. Ustedes deben conocer a Antonieta Figueroa. Trabaja en la UTEM ahora. Ella trabajaba en la Biblioteca de Teatro. La despidieron. Ella estuvo muchos años sin trabajo. Trabajó en la AFP. Como tenía a los niños chiquititos, la despidieron a ella y a Guotter, que eran dos de mis compañeras que estaban allá. De repente me acordé.

En el año 1978 llegan los rectores delegados a la Sede Oriente barriendo con toda la gente que quedaba del 73. Ahí salí con fecha 10 de septiembre, específicamente, y allá se empezó con más retardo a despedir gente de toda la facultad en forma más masiva. Y había varias bibliotecarias despedidas (María Morales).

Al poquito que me quede aquí, llegaron en el 78 los rectores designados. Me echaron de nuevo porque fueron barriendo con toda la gente que quedaba del 73 y llegó toda una onda mala. Cuando llegan los rectores delegados la nombran jefa de biblioteca sin tener currículum. No se le designa por concurso o por antecedentes. Fue de un día para otro cuando la asignaron. Bueno, ella se dedicó a perseguir gente, a echar gente. Por ella se fue la Isabel Urrutia y por ella se fueron varios bibliotecarios. A mí me tocó el 10 de septiembre del 78 y no me avisó ni un mes antes.

Había una bibliotecaria jovencita que recién trabajaba con esta jefa de biblioteca. Era el brazo derecho de ella y le iba con todos los cuentos. Un día estábamos conversando y llega esta niña que recién había llegado a la Escuela, dice algo referente a un cura y que ella era una de las personas que se confesaba todas las semanas. Yo le dije que cómo podía creer en eso, que cómo podía creer en los curas y bastó eso para que ella me fuese a acusar de que yo era una atea. Entonces me llamaron diciendo que yo no era cristiana y que era atea, que había insultado a una persona por el solo hecho de creer. Para ellas yo era la mala, y fui discriminada por pensar de esa manera porque yo no era cristiana, ni creía en los curas, ni me iba a confesar. Eso pasó antes de que me echaran (Yudy Moreira).

Luego me dieron una beca muy larga, por eso me fui de Chile. Una beca llamada Pinochet. ¡Ah!, también hacía clases en la Escuela de Bibliotecología de la Universidad de Chile. Hacía clases de Métodos de Investigación. Me dieron beca de la Escuela de Bibliotecología de la Universidad de Chile y me dieron beca en CONICYT también. Un ejemplo de ello fue un grupo de personas que trabajaban en Providencia. A la directora y otras personas que trabajaban allí las echaron porque tenían recortes de *El Siglo*, pero junto con ello, recortes de *El Mercurio*. Había recortes de todo, sin embargo fueron despedidos por haber sido acusados de tener este tipo de recortes (Clara Budnik).

Así como que yo lo haya vivido, no, pero sé de gente, bibliotecarios que despidieron en ese periodo de los exonerados. Tengo el nombre, pero yo no conocí a la gente. De hecho, todos los puestos que quedaron vacantes eran de gente que habían exonerado. Pero no recuerdo en este momento. En el 81 tuvimos exonerados. Yo misma fui exonerada, pero más adelante, en la etapa de Federici (Eva Sanzana).

No recuerdo a algún bibliotecario que haya sido. Yo sé que de otros lugares fueron despedidos todos los bibliotecarios que eran de izquierda. Esmeralda Ramos, que no se si todavía seguirá ejerciendo, estaba hasta hace poco en la de Biomédica de la Católica. Ella fue despedida por la Universidad de Chile, y fue despedida muy poco tiempo después de septiembre del 73. Otras que se fueron al exilio. No sé en las bibliotecas de acá (Antonietta Figueroa).

Sí, yo creo que hubo. Mira, yo diría que a los bibliotecarios como bibliotecarios posiblemente no. En la facultad la cosa era más como de tipo personal. Lo único que teníamos claro era que las tres indeseables estábamos en el mismo departamento porque, a las finales, se desarticuló entero y me dejaron solamente con dos. Lo único

que teníamos claro es que teníamos que ser las mejores trabajadoras, las mejores catalogadoras, que no nos pillaran por ningún lado y llegar a la hora y cumplir, etc. A las finales, prácticamente quedé sola, se la llevaron a la platina, que era reducto momio. O sea, la verdad es que nos despanzurraron, esa es la verdad, sin querer queriendo, teniendo un departamento con seis bibliotecarias y tal (Eliana Palma).

Me hicieron tres sumarios. Yo no tenía ninguna militancia política, pero en el primer sumario una de las preguntas que me hizo un fiscal de la Escuela de Derecho fue: 'Usted ha viajado muchas veces a Europa ¿Quién financiaba esos viajes?'. Yo le contesté con una pregunta: 'Cuándo usted viaja, ¿quién le financia los viajes a usted?'. 'Bueno, yo los financo'. 'Yo también me financo los viajes'.

Un día me hicieron pasar y me dijeron: 'Señor, usted está acusado de robarse una máquina geológica, está acreditado que estaba en la oficina de la dirección y ahora no'. 'Sí, le dije yo, pero es difícil que me la haya robado si no podía entrar'. Bueno, después encontraron la máquina, y me liberaron de todo cargo. Pero fue bastante duro, porque te acusaban de cualquier cosa. Un día me llama un señor que había sido compañero de derecho de mi hermano para pedirme la renuncia. Poco menos que te ponían un revólver. Renuncia, renuncia. Así que yo renuncié en mayo del 74. Pasaron varios meses. Durante un año, mi mujer con tres hijos y yo, más la empleada, éramos seis bocas que tenían que comer todos los días. Es bien complicadito. Qué haces tú. Felizmente teníamos dos autos.

Muchas experiencias. Resulta que después uno de las personas que yo llevaba resultó ser un carnicero, y me dijo: 'Señor, usted ganaría más dinero vendiendo carne que acarreamos personas'. 'Sí', le contesté, 'con unos 100 kilos'. 'No', me dijo, 'si no es tanto'. Así que, aparte de transportar personas, nos convertimos en carniceros a domicilio. Y hubo una experiencia bien curiosa. Un día estábamos repartiendo carne en un barrio X, y un muchachito de unos 8 o 9 años apareció con una pelota. Dijo '¿Jugamos?'. 'Bueno'. Entonces, mientras mi señora entregaba carne y cobraba, empezamos a jugar a la pelota. Como a los 15 días o 3 semanas, un mes, volvimos al mismo barrio. Y el muchacho me vio de lejos, y muy cariñoso me saluda: '¡Hey, carnicero, carnicero!'. Fue como si me hubiesen dado una puñalada. Para este muchacho yo soy un carnicero, y tengo dos doctorados (Alberto Villalón).

La exoneración en la Universidad de Chile sucedió entonces por causas políticas. Frases como: "fueron despedidos todos los bibliotecarios que eran de izquierda", "todos los puestos que quedaron vacantes eran de gente que habían exonerado", "aquí en la facultad había funcionarios que fueron despedidos", "la cosa era más como de tipo personal", "hubo censura a las personas", "había varias bibliotecarias despedidas" muestran esta realidad vivida también por los bibliotecarios.

6.2.4. El exilio

*País de la ausencia
extraño país,
más ligero que ángel
y seña sutil,
color de alga muerta,
color de neblí,
con edad de siempre,
sin edad feliz*

Gabriela Mistral

A muchos profesionales de las bibliotecas, trabajadores, docentes y estudiantes les tocó vivir el exilio. Las barreras idiomáticas, además de las culturales, y el posicionamiento profesional juegan el siguiente rol para la bibliotecaria Marlenne Miranda, quien fue exiliada en Suecia:

El exilio fue una consecuencia, fue lo menos duro, o sea lo de antes fue más duro, la persecución, la prisión y la tortura. Fue mucho más heavy que el exilio. El exilio fue el bálsamo para evitar todo aquello. No me gustaría hablar de eso, pero sí tengo una buena experiencia en el exilio que quizás sí se junta con la primera pregunta sobre el rol del bibliotecario. Allá es completamente valorado. Yo, siendo una sudaca, siendo exiliada, fui absolutamente valorada afuera como profesional. Me demoré 7 meses en aprender el idioma adonde yo fui, y fui posesionada como profesional y pude trabajar como bibliotecaria en un idioma extranjero, que me acogió a mí y a todas las otras culturas que se asilaban en ese lugar donde yo tuve la suerte de llegar. El desarrollo bibliotecario es increíble en otros países. Es muy bien posicionado y uno no solo se convierte en buscador de la información, sino que, desde la generación de la información, todo el ciclo completo. Es absolutamente insólito el papel que uno puede llegar a desempeñar en otras sociedades.

Me aguanté mucho tiempo aquí y no tenía de qué vivir. Yo me fui más que nada por la situación económica derivada de una situación política. Yo fui absolutamente vetada, yo no encontré nunca más trabajo (Marlenne Miranda).

El relato del, en ese entonces, único doctor en Bibliotecología en Latinoamérica y director de la Escuela de Bibliotecología, don Alberto Villalón Galdames, sobre su exilio vivido en Venezuela por razones obligadas tras el golpe de Estado, no estuvo exento de dificultades:

Yo estuve 18 años afuera. Porque me fui de aquí el 31 de diciembre del 74. Echaron a mi mujer de la Comisión Nacional de Investigación Científica, de CONICYT y de la Universidad de Chile. A mí me echaron de la Universidad de Chile y de la Universidad Técnica del Estado. Entonces, durante un año, hicimos de todo: acarrear personas, vender codornices, lo que fuera, para poder comer. Entonces, en eso, había venido a Chile antes del golpe la hija del presidente de Venezuela, Virginia Betancourt. El presidente de Venezuela era Rómulo Betancourt. Y hubo una alumna mía de ingeniería, Silvia Prieto, que la atendió muy bien. Entonces, cuando vino el golpe, Virginia Betancourt, muy noblemente, le mandó una carta a Silvia Prieto diciendo: “si tienes problemas, vente a Venezuela”. Y entonces Silvia Prieto se fue con su familia a Venezuela, a trabajar en la Biblioteca Nacional de Venezuela. Y un día estaban en una reunión, recién nombrada Virginia Betancourt, y dijo: “yo no entiendo nada de esto, yo soy socióloga, necesito alguien que me asesore”. Entonces Silvia Prieto levanta la mano y dice: “doña Virginia, hay un solo doctor en América Latina, y no hay donde perderse”. Entonces Virginia Betancourt me mandó una carta preguntando si podía ir por un año a asesorarla. Y yo le dije que no, máximo por seis meses. Y me quedé por 16 años (Alberto Villalón).

El mismo caso fue el de Clara Budnik, quien también fue despedida de las dos instituciones a las cuales pertenecía: CONICYT y la Universidad de Chile. Después del golpe de Estado tuvo que salir junto a Alberto Villalón rumbo a Venezuela.

Me fui a Venezuela y allí trabajé en una institución privada sin fines de lucro que se dedicaba a la promoción de la lectura y que aún está en eso. Tal vez de las instituciones que he trabajado en mi vida, ha sido la mejor. Era sensacional. Tomaba la promoción de la lectura desde la edición de libros hasta la capacitación de profesionales, pasando por bibliotecas escolares y bibliotecas para jóvenes, bibliotecas públicas. Fue el primer país de América Latina que creó una red de bibliotecas que yo diría era solo comparable con los países nórdicos (Clara Budnik).

Amanda Contreras se fue al exilio luego del golpe de Estado. No volvió a Chile y actualmente vive en Quebec, Canadá, donde trabaja como bibliotecaria.

Hace 30 años que partí de Chile. Antes del golpe de Estado era bibliotecaria del Departamento de Geografía. Siempre consideré a la Facultad de Filosofía y Educación un lugar libre, donde se podía discutir entre estudiantes de diferentes ideologías. Podíamos comunicarnos aún si no hablábamos el mismo lenguaje político (Amanda Contreras).

Acerca del exilio, también hay relatos sobre el arrepentimiento por no haber tomado la decisión de salir del país a tiempo, incluso contando con datos y consejos para exiliarse:

Yo debería haberme ido también. Nos quedamos sin jóvenes en la época. Yo tenía esperanza de que todo cambiara. Pensé que iba a durar 4 años nomás, ¡qué ingenua! Mi marido tenía que irse y me vino a buscar. Me invita a irme con él, que tenía

pasajes para España. Le dije que no se fuera porque esto iba a cambiar. Un día me encontré con Villalón en la calle, año 74. Estaba en Morandé, por el lado del correo. Estaba ahí viendo a la gente tratando de pasar piola, y me dice: “Hola, ¿qué haces aquí?”. Nos pusimos a conversar y me dijo: “Tú eres joven, tienes que irte, ¡ándate! Ya se han ido otros a Holanda, Alemania, en fin, no sé quien está en tal parte, tienes que puro irte, no te quedes aquí porque...”. Parece que fue premonitorio lo que me dijo: “te vas a quedar aquí y te vas a enterrar”. Me quedé aquí, y me fue de mal a más mal (Yudy Moreira).

Muchos bibliotecarios que estuvieron en la Universidad de Chile previamente a la dictadura militar, ante la delación institucionalizada, la persecución, la exoneración, prefirieron el exilio. Profesionales destacados que fueron exonerados por razones de tipo política se fueron a diversos países debido a que la situación que vivía Chile no era segura y en esos momentos les proporcionaron una buena acogida, entregándoles, además, la posibilidad cierta de trabajar allá generalmente con buenas condiciones.

Bajo estas circunstancias, el exilio se convirtió en el único destino posible para aminorar de alguna forma las consecuencias de lo que sucedía en Chile. Para algunos bibliotecarios el golpe de Estado los encontró en la más completa indefensión. Incluso aquellos que estaban colegiados sufrieron persecución.

El olvido o la negación de un hecho en función de la rapidez con la que se pretende “avanzar” también constituye una manipulación de la memoria en Chile, ya que por medio del silencio se pretende imposibilitar el recuerdo, porque este representa una visión incómoda para legitimar el poder en el presente. Entonces se impone la visión particular y dictatorial sobre el pasado vivido (Fernández, 2012). Esto ocurre en las Bibliotecas de la Universidad de Chile y entre los bibliotecarios. Existe un desconocimiento, fruto de este olvido institucionalizado y forzado que venía desde el Estado como una política de represión, argumentado con la idea constante de que “está prohibido recordar desgracias”. Este decidido intento de borrar la memoria colectiva desde el dolor, minimizando hechos relevantes, ha borrado las huellas de nuestra propia historia y patrimonio, que es lo que buscamos rescatar con este trabajo.

6.3. María Eugenia Bustamante Sánchez

Uno de los casos emblemáticos de bibliotecarios que sufrieron las consecuencias de la dictadura militar, muy mencionado, es el de María Eugenia Bustamante Sánchez, quien fuera la directora de la Biblioteca del Instituto Pedagógico, que ella misma organizó en sus inicios mientras era estudiante.



Recordada por sus colegas como una profesional muy culta, estudió inicialmente Pedagogía en Historia y Geografía en la Universidad de Chile. Estudia en los primeros cursos semestrales de bibliotecarios dictados por Edward M. Hellinger en Chile en 1946, donde destaca y recibe una beca de la Fundación Rockefeller para estudiar, en Estados Unidos, Biblioteconomía, Ciencias Bibliotecarias, Catalogación y Clasificación en la Universidad de Denver, en 1948, donde se le otorga el grado de Master of Art. Realiza cursos en Europa junto a Luisa Arce. A su regreso, comienza a hacer clases en la Escuela de Biblioteconomía de la Universidad de Chile.

María Eugenia Bustamante en la Biblioteca del Instituto Pedagógico (Fuente: archivo personal de Eugenia Latorre, hija de María Bustamante).

María Eugenia Bustamante, realizando las primeras clases de Bibliotecología en la Casa Central de la Universidad de Chile.



Además de lo anterior, planificó la construcción de la Biblioteca Eugenio Pereira Salas que, como vimos anteriormente, era un proyecto de avanzada que constituiría la biblioteca más grande de Latinoamérica y reuniría las dispersas bibliotecas departamentales de la Universidad de Chile.

Tiempo antes de jubilar, fue exonerada y no pudo ejercer como bibliotecaria, teniendo que finalmente recurrir a sus conocimientos de pedagogía en un lugar donde la persecución política fuera pasada por alto. Respecto de lo anterior, van los siguientes relatos:

Me acuerdo, por ejemplo, de que en la propia escuela de Bibliotecología María Bustamante tenía 29 años y medio de servicio. Le faltaban seis meses para jubilar, y la echaron y no pudo jubilar. Supe que andaba vendiendo plantas y tenía dos títulos: bibliotecaria y pedagoga. Horrible. Debe haber sido muy triste para ella. Horrible. Y el problema es que tanto ella como Luisa Arce creo que estaban en los 29 años de servicio, 29 y seis meses. Les faltaba muy poco para jubilar. Echarlas a la calle fue una injusticia tremenda, un tremendo abuso porque era gente que tenía que comer y tenía hijos. Fue tremendo el caso de María, naturalmente esto tiene que haberla afectado mucho (Alberto Villalón).

El caso más emblemático que yo sé, es el de la María Bustamante, que era directora de la biblioteca del Pedagógico, de la Biblioteca Central. La destituyeron, la pusieron en un cargo inferior, y posteriormente la echaron.

Incluso en la biblioteca de la Facultad del Pedagógico, fue muy terrible, porque la bibliotecaria María Bustamante, la bibliotecaria jefa, tuvo que salir. La pusieron en un puesto muy bajo, la echaron. Y ahí se autodenominó bibliotecaria jefa una bibliotecaria que no la voy a nombrar. Pero ella se nombró jefa de la biblioteca, una persona de poco nivel profesional (Elfriede Herbstaedt).

En ese tiempo, María Bustamante era la directora de la Biblioteca del Pedagógico. Era muy amorosa, tenía un instinto maternal y entendía muy bien todo lo que le decías, los problemas. Además, ella hacía clases. En esa época conocí gente con mucha calidad humana e intelectual. Ellas eran personas muy inteligentes. Clara Budnik nunca me hizo clases ni tuve la oportunidad de conversar con ella, pero sé que en la Biblioteca Nacional tiene mucho prestigio y que además era muy buena alumna (Yudy Moreira).

Para complementar la versión entregada por sus colegas bibliotecarios de la época, quisimos agregar también la visión de su hija, Eugenia Latorre Bustamante, quien muy amablemente nos compartió su vivencia y fotografías de su madre en aquel periodo:

Durante la dictadura nadie se atrevía a levantar la mano por el caído, porque implicaba que te echaran, que te sindicaran de comunista. Y sí, efectivamente mi mamá empezó a trabajar en la biblioteca cuando era alumna de historia. Le pidieron que se hiciera cargo de un montón de libros que estaban tirados en el suelo.

[...] Ese tiempo fue un tiempo muy tremendo, porque hubo gente que la traicionó seriamente. O sea, voy a decirlo, gente de la Democracia Cristiana que (tú eres muy joven, no te acuerdas) apoyó la dictadura en su primer momento. La DC pensaba que los militares iban a tomar el gobierno, iban a sacar a Allende e iban a poner gente de la Democracia Cristiana. Y hubo gente de la DC, de la biblioteca, que traicionó a mi mamá, pero de una manera atroz. La sometieron a juicio por cualquier cosa que pudieron pensar, por ejemplo: “bueno, aquí debe haber habido robo”, e hicieron un arqueo de la caja y sobraban como cuarenta y cinco mil pesos.

Cuando ocurrió el golpe de Estado, ella dijo: “¡Golpe de Estado, tengo que irme a la biblioteca!”, y salió corriendo. Manejaba un auto grande. Yo seguí escuchando por la radio lo del golpe y dije: “mi mamá quizás dónde está” y fui a buscarla. Me dice: “Eugenita, estoy ocupada, espérame, ¿pero por qué me viniste a buscar? Tú no puedes venir”. Yo estaba por tener la guagua, y ella me dice: “¿pero por qué me viniste a buscar?”, y yo le digo: “mamá, vente que te puede pasar algo”. “Espérame, busca el auto y métete al auto”. Y se demoró un poco en llegar. Sale por Juan Gómez Millas, no por la entrada principal, y me dice: “Hay que sacar a estos chiquillos”, y en el auto, que era un Ford Mercury, de esos antiguos que tienen una cajuela en la que cabe un ejército, metió ahí a varios chiquillos, y junto a nosotros sacó a varias niñas y los fuimos a dejar a la plaza Ñuñoa y después nos vinimos acá a la casa. ¿Y qué era lo que había estado haciendo la mamá?, había estado sacando libros de marxismo junto con los auxiliares de servicio, los había guardado y habían puesto detrás una estantería, un anaquel, y ahí quedaron guardados todos los libros de marxismo que ella consideró que había que esconder.

[...] Fue tremendo ese tiempo, como te digo. Tuve mi primera guagua casi a los 18, entonces dependía mucho económicamente de mi mamá, y a mi mamá le cortaron las alas y se quedó sin pega. Mis hermanos estaban chicos en ese tiempo y no había qué comer. Había un perro que salía a buscar la comida, a buscar la vida, y traía gallinas y mi mamá las cocinaba. Y después, de a poco, arrendó una parte de la casa, consiguió un pensionista; y después se fue a hacer clases porque

ella, además, era profesora de historia. Se fue a Talagante, a una escuelita cuyo director conocía su situación y se hizo el loco y empezó a trabajar de nuevo como profesora, y bueno... Ahí empezó otra vez. Tenía una fuerza increíble. Por *El Mercurio* me parece que logró meterse en una empresa que formaba secretarias, y ella empezó a enseñarles archivo. Sobreviviente, de todas maneras. Esa cosa se llamaba Taquimex, una cosa así, y ellos como que se valoraban con el currículo de mi mamá, ex directora, ex. Después se retiró de eso. [...] Ya en democracia, hubo reconocimiento a los exonerados. Ella pudo obtener su jubilación, pero fue un momento súper duro.

María Bustamante fue exonerada de la Universidad de Chile, no sin antes generar el primer acto de resistencia de la institución: resguardar la literatura “marxista” el mismo día del golpe, que ella con su conocimiento sobre la historia sabía que iba a ser atacada y destruida, que el olvido, el tratar de borrar o negar al otro, es el arma del poder.

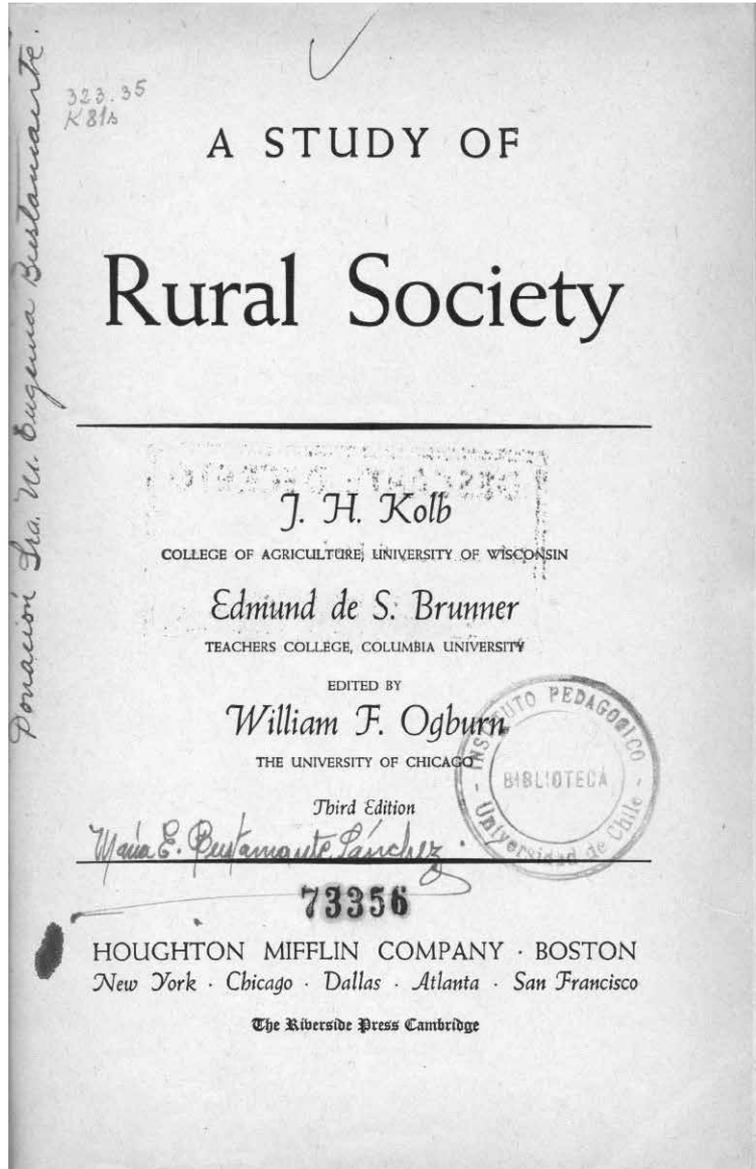
Esto me parece importante: que pasara a ser de una carrera universitaria a una de instituto casi de capacitación. Cómo es posible que ustedes hayan permitido que los sobrepasen así, que los rebajen. Es toda la postura de la dictadura, de negar la posibilidad de leer, de discutir, de hablar. Y es la memoria efectivamente la que se puede recuperar y ustedes son el retorno de lo reprimido y cuando lo reprimido retorna, retorna con mucha fuerza. No hay represión que aguante mucho tiempo (Eugenia Latorre Bustamante).

Dra. María Bustamante Sánchez en la Biblioteca del Instituto Pedagógico.
©Archivo Central Andrés Bello, Universidad de Chile, “Dra. María Bustamante”. Colección Archivo Fotográfico.





Tapa de libro "Rural Society", donado por María Bustamante a la Biblioteca del Instituto Pedagógico. Adquirido en la actual biblioteca Eugenio Pereira Salas, de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, durante 2015.



Portada de Rural Society, con firma de María E. Bustamante Sánchez y timbre de Biblioteca del Instituto Pedagógico.

6.4. Biblioteca del Instituto Pedagógico, la persistencia de la memoria

Cuando describimos la memoria, esta se asocia a conceptos como: el reconocimiento, el recuerdo y la articulación de un relato. El recuerdo para las ciencias sociales es descrito como lo que gatilla una memoria minimizando el olvido, otorgando un significado a la historia. En la historia de la Biblioteca del Instituto Pedagógico es posible observar este fenómeno en torno al ejercicio de la memoria. Existen un vacío y un silencio que se han mantenido durante todos estos años. Este vacío no es casual, es producto de la violencia política vivida en ese lugar, uno de los más golpeados de la Universidad de Chile por la dictadura militar. Es frecuente leer y escuchar relatos sobre las quemaduras de libros en los pastos de la actual UMCE y la gente que era detenida en el lugar. De esta manera, el miedo aún permanece.

Eugenia Latorre, hija de María Bustamante, recordaba que hace algunos años atrás le comentaron que en la actual UMCE habían encontrado, detrás de una estantería, los libros que su madre resguardó el mismo 11 de septiembre de 1973 de la censura y el bibliocausto que ella sabía vendría sobre lo que tanto había protegido. Ese pequeño, pero gran acto de resistencia, a pesar del riesgo, la tragedia, su propia exoneración y el miedo que se comenzaba a enseñorear, habría logrado permanecer durante décadas en ese espacio físico en contraposición con el paso del tiempo y los cambios de uso del lugar.

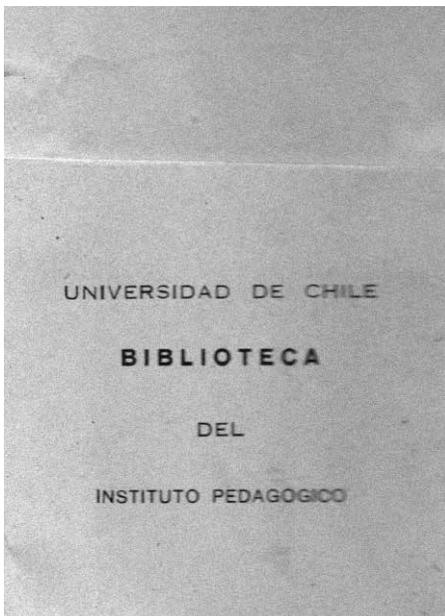
No pudimos evitarlo: quisimos conocer ese lugar, teniendo la esperanza de hallar el sitio exacto en el que sucedieron los hechos narrados. Sin embargo, sería más difícil encontrarlo de lo que habíamos pensado, y la búsqueda significaría despertar la memoria en medio del olvido que se impuso.

Fuimos hasta la actual UMCE en búsqueda del lugar donde habría estado la Biblioteca del Instituto Pedagógico. La verdad es que fue necesario sortear las distintas capas de olvido que se entremezclan con las memorias sociales de este territorio. Los distintos usos que ha tenido el espacio, las instituciones que ha albergado (desde el Instituto Inglés, pasando por el Instituto Pedagógico, la Academia de Ciencias Pedagógicas hasta la actual UMCE) y el trauma del golpe de Estado y la intervención militar de la universidad, convirtieron en un desafío el mero proceso de encontrar el sitio en que estuvo emplazado el espacio físico de la biblioteca.

Desde el recuerdo de quienes actualmente trabajan en el lugar, el relato es confuso. Institucionalmente no existe memoria, ni registro de las bibliotecas que eran parte de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile al momento del golpe, de las cuales la Biblioteca del Instituto Pedagógico era la principal y que tenía mayor valor patrimonial e histórico, encontrándose en 1973 ad-ports de su traslado a la que sería la Biblioteca Central de la Facultad de Filosofía y Educación que reuniría a todas las bibliotecas, posteriormente conocida como Biblioteca Eugenio Pereira Salas.



Sección de
Catalogación,
Biblioteca del Ins-
tituto Pedagógico
(Fuente: archivo
personal de
Eugenia Latorre,
hija de María
Bustamante).



Bolsillo para tar-
jeta de préstamo
Biblioteca del
Instituto Peda-
gógico

Luego de conversar con funcionarios, con la Unidad de Infraestructura, la actual Biblioteca Central de la UMCE, recibimos la ayuda de Lucía Godoy, encargada de la Coordinación de Patrimonio Histórico Cultural de la universidad, quien amablemente nos acompañó a realizar un recorrido por el campus y por la memoria de los funcionarios de la actual universidad que podían recordar dónde se ubicaba la biblioteca.

Después de recorrer los distintos pabellones y departamentos de la universidad, y conversar con funcionarios y académicos, recibimos la información de que la biblioteca estuvo emplazada en el actual edificio de Administración, que se usó como biblioteca a partir de 1990 y que anteriormente había funcionado como casino. Antes de eso también habría sido biblioteca. En el subterráneo del lugar, actualmente la Biblioteca Central, se conservan libros antiguos de valor patrimonial. En ese subterráneo, que formaba parte de un sistema de túneles entre los pabellones históricos del Instituto, con posterioridad al golpe de Estado habrían sido torturados allí estudiantes, funcionarios y académicos. Estos acontecimientos de dolor y sufrimiento explicarían, para algunas de las personas con las que conversamos, historias sobre fantasmas que “penan” o sucesos paranormales, historias similares a las que se pueden encontrar en lugares que fueron utilizados como centros de detención y tortura durante la dictadura militar, como Villa Grimaldi y José Domingo Cañas.

Al triangular fuentes, inicialmente encontramos información que indicaba que la biblioteca habría estado en realidad en el subterráneo de uno de los pabellones históricos de la universidad, el Pabellón C. Cruzando el relato de Fernando Velo, periodista y fotógrafo que estudió en la Facultad hasta 1973, con un trabajo realizado por estudiantes de la UMCE (García, C. et al., s. f.), habíamos dado finalmente con el lugar donde habría estado emplazada. Más adelante comprobaríamos que no solo ocupaba el subterráneo. Así es que fuimos nuevamente con Lucía Godoy a realizar el recorrido para poder verificar aquello.

Vista aérea de la actual UMCE, anterior Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile en 1973. La Biblioteca del Instituto Pedagógico estuvo ubicada en el subterráneo y primer piso del Pabellón C.



Accedimos al subterráneo desde el costado oriente del edificio. Es necesario atravesar un puente sobre un foso, justo en la mitad de la ala oriente, para luego llegar a una puerta que da a la escalera hacia el subterráneo. Nuestra idea era fotografiar el lugar y realizar una primera aproximación desde el presente, sabiendo que ha sido intervenido y reconfigurado. Al bajar, inmediatamente se podía sentir un frío peculiar en el lugar, un aire espeso, una atmósfera cargada, una sensación de opresión en el pecho, una angustia que transmitía el lugar, que quizás –pensamos– se trataba de alguna de las presencias que, según contaban se podían percibir allí y que esa sensación era la forma que tenían estas presencias de manifestarse y de tratar de comunicar algo. Recordamos lo que alguna vez leímos sobre una historia parecida en los camarines del Estadio Nacional, un lugar que también fue espacio para el horror. Nos guardamos ese sentimiento, mientras conversamos con los funcionarios que nos acompañaban y tomamos fotografías. Los funcionarios de mayordomía al parecer también sentían cierta incomodidad, por lo que alcanzamos a revisar solo dos habitaciones. El actual subterráneo del pabellón C está dividido en dos partes. El sector norte está compuesto por un pasillo que conecta distintas salas y habitaciones por ambos lados. Allí se pueden encontrar muebles que tienen todas las características de una estantería de biblioteca, como las que aparecen en las fotos de la biblioteca del Instituto Pedagógico, algunos con el timbre grabado en madera: “REP. DE CHILE PROP. DEL ESTADO”.



Entrada a subterráneo del Pabellón C, por la ala oriente del edificio.



Escalera de entrada oriente al subterráneo del Pabellón C.



Pasillo subterráneo.



Estanterías.



Timbre grabado en estantería "REP. DE CHILE PROP. DEL ESTADO".



La que fuera la entrada principal a la biblioteca por la ala sur del edificio.



Aún conmocionados por el hallazgo y esa sensación en el pecho, subimos para dar la vuelta al edificio y entrar por la ala sur del pabellón a la que habría sido la entrada principal a la biblioteca. Una puerta antigua de madera luego de una escalera que desciende a una planta menor nos da el acceso a lo que hoy es un salón para actos con un piano en una de sus esquinas. Este espacio se encuentra separado del otro sector del subterráneo. Es un espacio claramente reconfigurado.



Puerta de madera del que fuera el acceso principal a la biblioteca.

Salón de actos en la actualidad, donde alguna vez estuvo la biblioteca.



Acceso principal a la biblioteca.

Sin embargo, al concluir esta investigación descubrimos, gracias a una fotografía donde aparece María Bustamante, que la Biblioteca no solo habría ocupado el subterráneo del pabellón, sino que también el primer piso del edificio. Esto se puede corroborar en la imagen al observar el cielo del edificio, que permanece idéntico en la actualidad.

Fue así como logramos mapear y ubicar donde se habría ubicado la Biblioteca del Instituto Pedagógico, una lugar cuya existencia algunas personas en nuestro recorrido negaron, algunos por desconocimiento o por confusión de los recuerdos, otros quizás víctimas de la negación como estrategia de olvido institucionalizado ejercido por el Estado que se impuso e intervino. Por esta vez, no logramos llegar al lugar exacto dentro de la biblioteca en que María Eugenia Bustamante Sánchez habría protegido los libros de aquella pérdida y censura que sabía vendría sobre estos objetos perseguidos por el poder.

Muchos libros serían quemados, censurados, escondidos y destruidos a lo largo de todo Chile, sin embargo persiste en la memoria de Eugenia Latorre (su hija) ese primer acto simbólico de resistencia el mismo día del golpe de Estado, lo que a su vez plantea interrogantes y caminos para continuar la búsqueda de la memoria de esas resistencias anónimas en nuestros días, considerando que, a pesar del miedo y el horror, fue posible la reacción y lucha, porque las bibliotecas son espacios de resistencia y de disputa entre la memoria y el olvido de un país, y que a pesar de del horror, dolor, exilio, exoneración, censura y silencio, no todo en ellas se pudo destruir, borrar ni silenciar.



María Bustamante en la Biblioteca del Instituto Pedagógico, en el sector ubicado en el primer piso del Pabellón C. ©Archivo Central Andrés Bello, Universidad de Chile, "Dra. María Bustamante", Colección Archivo Fotográfico.

INTEGRACION AUTOMOTRIZ

Asesor DATSUN Dodge
FIM CHEVROLET FORD
PIUGGI RENAULT SIMCA
CITROEN

INSTRUMENTAL ELECTRONICO DE PROEBA

BATERIAS  CORRIAS Y

AL RADIOS
MOT



~~Capítulo 7~~

EPÍLOGO: UNA INVESTIGACIÓN OLVIDADA, EL ETERNO RETORNO DE LA CENSURA Y EL PORVENIR DE LA MEMORIA

Hay que comenzar por preguntarse
el significado de la voz de memoria,
de recordar, del vocablo recordar.
Porque recordar viene de 're cordis'.
Re, 'volver a'; cordis, 'corazón',
recordar es 'volver a pasar por el corazón'

(Ernesto Malbrán)

7.1. Una investigación olvidada: “La censura en las bibliotecas de la Universidad de Chile entre 1973 y 1981”

El 2007 realizamos, junto con nuestros compañeros Alejandro Gutiérrez y Rodrigo Cortés, el Seminario de Título que dio pie a esta publicación. Lo hicimos motivados por distintas inquietudes. Quizás la principal de ellas fuera conocer cómo un hecho tan traumático para todas las esferas de nuestra sociedad, como lo fue el golpe de Estado y la dictadura cívico militar de 17 años, había afectado a las bibliotecas y a nuestra profesión. Fue así como nos embarcamos en aquella investigación que no estuvo exenta de dificultades, incomprendimientos y trabas.

Con el paso de los años fue posible acceder a otras fuentes, experiencias y memorias con las que no contábamos entonces, así como también reforzar algunas teorías, ampliar el campo de investigación a otras bibliotecas y espacios, darle una perspectiva histórica al fenómeno de la censura como una práctica autoritaria permanente en la historia de Chile y de mayor intensidad y alcance en los períodos de mayor represión y autoritarismo. Conocer a su vez la importancia del libro como artefacto cultural central en el proceso de emancipación política de la independencia, de la biblioteca como la primera institución cultural del país, y de cómo esa valoración positiva la transformó en un peligro producto del temor de las elites al poder del libro y la lectura para hacer circular la palabra escrita y generar pensamiento crítico.

Como nuevos antecedentes, podemos destacar la recopilación de hechos de censura en la Biblioteca Nacional, en las bibliotecas públicas y el rol jugado por el director de la DIBAM, por ese entonces Roque Esteban Scarpa, quien permitió, controló y ordenó la censura de “literatura marxista” en las bibliotecas. Tan fuerte como lo fue para nosotros descubrir que el Colegio de Bibliotecarios había apoyado el golpe de Estado y la “labor patriótica” de la Junta, fue descubrir que la máxima autoridad de una institución encargada de resguardar y proteger el patrimonio bibliográfico de la nación, fuera cómplice del furor biblioclasta desatado por la dictadura. Lo más complejo, desde el punto de vista de la naturaleza de ambas instituciones y/o cargos, es advertir cómo quienes tenían la obligación ética e institucional de proteger los libros, las bibliotecas y sus profesionales, hicieron todo lo contrario, siendo en la práctica cómplices, y en el caso de Scarpa, ordenadores de la censura.

También nos parece importante señalar que el contexto en el cual se dieron estas acciones fue la “Operación Limpieza”, verdadera cruzada antimarxista iniciada por la Junta para eliminar el legado cultural de la Unidad Popular y el movimiento social que durante décadas se desarrolló, de todos los espacios de la vida nacional, y que significó catalogar como literatura subversiva toda publicación asociada a los sectores políticos y sociales que sustentaron y se vieron representados por la Unidad Popular, cruzada higienizadora que involucró a toda la cadena del libro, y que constituyó la etapa anterior a lo que sería posteriormente la sistematización de una política cultural del régimen, soporte ideológico y cultural de los valores nacionalistas, del Estado subsidiario y el modelo neoliberal que se impuso en Chile.

En el caso de la Universidad de Chile, fue posible obtener información acerca de la censura en las bibliotecas de la Universidad en la Región Metropolitana durante la Dictadura Militar, entre los años 1973 y 1981. Cabe destacar que se acotó territorialmente en aquella oportunidad el estudio a la Región Metropolitana, sin embargo sería más correcto hablar de Provincia o Ciudad de Santiago. La información obtenida generó una visión acerca del fenómeno respecto de las siguientes bibliotecas de la época: Biblioteca Eugenio Pereira Salas, Biblioteca de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Educación, Biblioteca de Teatro, Biblioteca del Departamento de Geografía, Biblioteca de la Facultad de Economía, Biblioteca de la Facultad de Medicina Norte, Biblioteca de Agronomía Campus Antumapu, Biblioteca de Matemáticas de la Facultad de Filosofía y Educación, Biblioteca Departamento de Estudios Humanísticos, Biblioteca de Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, Biblioteca del Instituto de Literatura Chilena. Así, desde el presente vemos que es necesario cuantificar con mayor exactitud las bibliotecas que existían en la época, ya que, según documentos que obtuvimos después, existieron alrededor de 108 bibliotecas, algunas de las cuales se fusionaron o pasaron a formar parte de otras, como en el caso de las que pasaron a pertenecer a la Biblioteca Central Eugenio Pereira Salas.

Han pasado 12 años desde la realización de ese seminario de título, y sentimos que publicar las conclusiones de dicho estudio es un acto de justicia y de reivindicación para una memoria que se pretendió invisibilizar y enterrar. Porque el olvido también es una forma de censura. El seminario de título “La censura en las bibliotecas de la Universidad de Chile” no fue un ejercicio académico neutral, sino un posicionamiento, utilizando un concepto de Gabriel Salazar, desde la voluntad social de recordar en contra de la voluntad política de olvidar. Para la dictadura militar, el golpe al libro, a las bibliotecas, a la Universidad de Chile y los bibliotecarios, tuvo un carácter estratégico y fundamental para el *shock* político cultural que se ejecutó. No fue casual que la dictadura reprimiera al libro y toda su cadena como una forma de canalizar el poder de la palabra escrita y su potencial emancipatorio, de las bibliotecas como instituciones democratizadoras del conocimiento, de las universidades como centros de producción de pensamiento crítico y de los bibliotecarios como agentes culturales mediadores entre la información, el conocimiento y la memoria a la ciudadanía. Estos saberes resultaron y siguen resultando incómodos en un país donde los procesos de verdad, justicia y memoria han sido constantemente interrumpidos y dificultados por el consenso en el poder que se expresa en todos los espacios de nuestra sociedad, sobre todo en aquellos espacios académicos, gremiales o profesionales donde hubo bibliotecarios/as que crecieron profesionalmente gracias a los espacios que dejaron quienes fueron reprimidos o excluidos por la dictadura, y que siguen operando en las lógicas del pasado que los favoreció.

7.1. Conclusiones

7.1.1. Resultados obtenidos

A través del proceso de investigación, fue posible reconstruir históricamente los diferentes procesos vividos por las bibliotecas de la Universidad de Chile respecto del carácter y la forma que adoptó la censura en algunas de sus bibliotecas en las sedes de Santiago durante los primeros años de la dictadura militar (1973-1981), la cual afectó al material bibliográfico, pero también fue dirigida hacia el profesional bibliotecario. La información recolectada no solo aportó antecedentes acerca de los hechos de censura acaecidos en las bibliotecas durante el período de la dictadura, sino también sobre el material bibliográfico más diezmado y las consecuencias para los bibliotecarios.

Por medio de las entrevistas se recogieron miradas acerca del origen, el funcionamiento y la valoración de las bibliotecas de la Universidad durante los años previos al golpe militar para, de esta forma, determinar el rol que jugó y los efectos que generó el golpe de Estado en las distintas sedes y facultades.

También pudimos conocer aspectos del origen de la profesión y del papel jugado en esos años por los bibliotecarios. A través de los testimonios de los bibliotecarios de los setenta, fue posible dimensionar la magnitud de los hechos vividos por ellos con relación a la delación, persecución, exoneración y exilio.

7.1.2. Comprobación/Refutación de la hipótesis

La hipótesis planteada al principio de la investigación fue la siguiente: si se considera la censura como una herramienta utilizada sistemáticamente por la dictadura militar en Chile en diversos espacios e instituciones, entonces se podría afirmar que sus efectos golpearon incluso a las universidades y sus bibliotecas, como por ejemplo la Universidad de Chile en sus sedes en la Región Metropolitana, entre los años 1973 a 1981, donde la censura se desarrolló en extensión y profundidad.

A partir de la investigación, es posible establecer la siguiente evaluación:

La censura practicada por la dictadura afectó a las bibliotecas de la Universidad de Chile entre los años 1973 a 1981. De las 15 entrevistas realizadas durante el proceso de recolección de datos, la totalidad de los entrevistados reafirmó la censura existente en las bibliotecas a las que ellos pertenecieron, o de las cuales tenían conocimiento. Todas las entrevistas convergieron en la existencia de censura en las bibliotecas, lo cual en algunos casos fue apoyado por fuentes documentales. Este fenómeno se habría dado de diversas formas.

También es posible comprobar que el fenómeno de la censura fue desarrollado en extensión y profundidad. En cuanto a la extensión, es posible afirmar el carácter amplio que tuvo al ser practicada en todas las bibliotecas de las cuales se obtuvo información. Es necesario resaltar que aunque la censura afectó principalmente a

las unidades de información relacionadas con las Ciencias Sociales y Humanidades, esta también se aplicó en el resto de las bibliotecas correspondientes a otras disciplinas, como Medicina, Economía, Agronomía, Departamento de Estudios Humanísticos, Ingeniería, Matemáticas, Teatro.

En cuanto a la profundidad alcanzada por la censura, esta se comprueba en el hecho de desarrollarse en distintos espacios de las bibliotecas. Por ejemplo, la destrucción de material bibliográfico, la intervención de los catálogos, la destrucción de fichas catalográficas, el hecho de guardar libros en bodegas, la censura por omisión al dejar material disperso por los patios de las facultades. La profundidad de la práctica de la censura también se vería reflejada en el clima permanente de amedrentamiento hacia el personal bibliotecario, por medio de la delación institucionalizada, el D.L. N° 8.731, y las prácticas represivas que sufrieron algunos funcionarios, lo cual generó un estado de ánimo basado en el miedo que llevó a desarrollar incluso la autocensura.

De acuerdo con lo anteriormente expresado, es posible afirmar que la hipótesis de investigación fue comprobada en su totalidad.

7.1.3. Conclusiones generales

Junto con afirmar que la censura aplicada por la Dictadura a las bibliotecas de la Universidad de Chile fue un fenómeno que se desarrolló en extensión y profundidad, es posible desplegar las siguientes conclusiones:

A la par de los procesos de transformación ocurridos en Chile a partir de 1920, en lo que se llamó la etapa de lo Nacional Popular, las bibliotecas universitarias fueron adaptándose como correlato a los cambios sociales. Esto se ve reflejado en la Universidad de Chile, por ejemplo, en la ampliación de su rol de servicio, desde la comunidad universitaria hacia el público en general, mediante el decreto N° 159 de 1938. Esto significó un acercamiento de las bibliotecas con el público y un avance en cuanto a la democratización del acceso a la información.

El desarrollo del conocimiento científico y de diversas disciplinas, las cuales también desarrollaron una sensibilidad hacia los procesos sociales, enriquecieron los contenidos de las colecciones en las bibliotecas, en cuanto al carácter pluralista que alcanzaron.

El estrecho vínculo entre las bibliotecas de la Universidad de Chile y las funciones universitarias: la docencia, investigación, extensión y creación, y la cercanía desarrollada con los usuarios y sus necesidades, transformó a la biblioteca en centro de reunión, debate y reflexión para la comunidad universitaria.

La censura aplicada a las bibliotecas de la Universidad de Chile a partir del golpe de Estado, afectó principalmente a las unidades de información vinculadas a las Ciencias Sociales y Humanidades. Sin embargo, también se extendió hacia otras disciplinas y hacia el material bibliográfico que tuviera ciertas características, aunque fuera en apariencia, tales como: vinculación con movimientos políticos asociados a la cultura política del pasado y los sectores sociales que la alimentaron, es decir, la izquierda y

el marxismo, que desarrollasen tópicos relacionados con movimientos sociales o que fuesen de autores o de procedencia de países declarados “enemigos” por el régimen de facto, como Cuba, la República Popular de China o la Unión Soviética, no importando su contenido efectivo.

La matriz ideológica que determinó la censura, fue la Doctrina de la Seguridad Nacional, la cual estuvo ligada a la preocupación por controlar los libros y por limitar la libertad de expresión. Basada en la defensa del orden interno contra la penetración de ideas subversivas del exterior, llevó a justificar la censura de cualquier material bibliográfico que fuera identificado con el “cáncer marxista”, no importando que el contenido real de los libros no guardara ninguna relación con alguna ideología política.

La censura también tuvo un impacto a escala humana. Los bibliotecarios de la Universidad de Chile fueron víctimas de delación, persecución, exoneración y exilio. La calidad de víctima no habría estado determinada por el oficio mismo de bibliotecario, sino por ser aquellos identificados, por parte de los organismos interventores de la Universidad o por funcionarios partidarios del nuevo régimen, como pertenecientes al algún sector político “enemigo”, como activistas encargados de hacer proselitismo político o como simpatizantes de la Unidad Popular. La institucionalización de la delación y el uso de coacciones durante un largo periodo de la historia de Chile, tuvo serias repercusiones vigentes hasta el día de hoy, como es la pérdida de la confianza y la seguridad en el otro. Es el “miedo al otro”, el miedo a la exclusión. “La experiencia traumática de Chile ha dejado heridas sin cicatrizar. El tupido velo del silencio no las hace desaparecer” (Lechner, 1999). Durante la investigación, el miedo aún se hacía presente en los bibliotecarios. La huella de los hechos traumáticos vividos por ellos en el pasado reciente aún se distingue en sus reacciones frente a algunas preguntas propias de la investigación, revelando que ese miedo todavía permanece en ellos, incluso en la propia realización de esta investigación a la hora de revelar hechos ocultos por la voluntad impuesta de olvidar.

Como resalta Fernando Báez, muchos historiadores atestiguan con vergüenza la quema de libros en Alemania durante la época nazi, condenan la destrucción de la cultura de los bosnios a manos de los serbios, pero ignoran la quema de los códices aztecas a manos de religiosos cristianos españoles. El saqueo cultural de América Latina a sido una realidad que se ha manifestado a lo largo de sus 500 años de historia, en donde, como destaca Gabriel García Márquez, no ha sido necesario pedirle mucho a la ficción a la hora de describir nuestra realidad.

7.1.1.4. Alcances de la investigación y aportes a la disciplina

La presente investigación, como se plantea en el marco metodológico, no pretendió ser ni generar estatuas metodológicas. El camino recorrido para lograr los objetivos planteados no fue más que la expresión de la constante lucha entre la voluntad política de olvidar y la voluntad social de recordar. Los resultados alcanzados por el presente trabajo son la expresión de una necesidad social y latente dentro de la disciplina.

Es así como la investigación se transformó en un peregrinaje hacia un pasado colectivo, a través del cual fue posible comprender la importancia del rol jugado por

las bibliotecas universitarias y los bibliotecarios en la historia del país. Sin embargo, lo más significativo fue descubrir un pasado desconocido y oculto para las nuevas generaciones, descubriendo el velo de silencio impuesto desde hace más de 34 años.

Esta investigación no pretendió consensuar visiones respecto de los hechos acontecidos, sino más bien mostrar las vivencias de algunos bibliotecarios que formaron parte de esta historia, que es también el patrimonio vivo de la profesión. Es así como el rescate del pasado puede entregar respuestas en el presente acerca del carácter con que el tiempo ha ido formando al bibliotecario.

Fue posible reconstruir ese pasado, en gran medida, gracias a los actores históricos que vivieron los dolorosos procesos que fueron objeto de estudio de la investigación, a través del trabajo interdisciplinario, es decir, la relación establecida entre la bibliotecología y la historiografía, ya que el bibliotecario es un actor social que también construye historia.

De este modo, es posible afirmar que uno de los principales aportes a la disciplina del presente trabajo ha sido el ensanchamiento de la bibliotecología hacia otras áreas del conocimiento con las cuales, al menos en Chile, no ha existido mayor diálogo, demostrándose que en el proceso de construcción del conocimiento existen múltiples caminos, innumerables posibilidades.

Así también, es necesario resaltar el papel de la memoria histórica en las profesiones. Es la comprensión de su pasado, su historia, lo que logra situarlas con visibilidad dentro de la historia de un país.

Junto con lo expresado anteriormente, es necesario resaltar que la censura en las bibliotecas, la destrucción del conocimiento científico y del patrimonio histórico de una nación atesorado por estas, son hechos injustificables bajo todo punto vista. Como producto de la actividad humana, las bibliotecas son un bien social. Bajo esta perspectiva, es necesario que el reconocimiento de que estos hechos fueron una realidad en Chile permita generar conciencia acerca de la importancia del resguardo del patrimonio, tanto bibliográfico como humano, no solo en los círculos bibliotecarios e intelectuales, sino más bien desde la perspectiva de que estos hechos no pueden repetirse.

7.2. El eterno retorno de la censura

El golpe al libro y la censura de la cual fue objeto, no solo buscaron destruir y/o limitar la creación y el acceso a la literatura, también generaron los marcos restrictivos que, junto con medidas como el IVA al libro y el fin de la editorial estatal, dieron un golpe drástico a la circulación de libros y al mercado editorial nacional. Todo indicaba que la obra de la dictadura en este ámbito buscaba debilitar el poder del libro para vehicular el pensamiento y el intercambio de ideas, encapsulando su carácter democratizador.

Hablamos de postdictadura, ya que el proceso de transición pactado con el gobierno militar no trajo consigo una democracia plena, sino una institucionalidad tutelada por enclaves autoritarios, enmarcada en la Constitución del 80, construida para hacerse inmodificable y velar por el mantenimiento del modelo económico. La

Dictadura triunfo en términos de hegemonía y logró imponer sus valores culturales mediante el consenso y el pensamiento único. Y el libro como objeto de consumo es un epítome del carácter neoliberal del país que se impuso.

A lo largo de la historia de Chile, la censura ha sido una práctica de Estado permanente, exceptuando los gobiernos donde ha existido una real vocación democrática. Esta no desaparece sino que se transforma y se reinventa para ser invocada por el Estado, sus instituciones y agentes cuando estos la requieren, utilizando para ello los cuerpos legales o las herramientas que se tengan a disposición, creando y perfeccionando las ya existentes. La censura como herramienta y como dispositivo de control ha formado parte del ADN de las élites dominantes, desde la Colonia hasta hoy, y ha permanecido y se ha sedimentado en distintos cuerpos legales.

Si bien con el fin de la dictadura se acabó el accionar de lo que fue el principal órgano censor de la dictadura, la DINACOS, tarde o temprano la censura se haría visible nuevamente. Ya en 1993 se produce el primer episodio de censura a un libro en la postdictadura, con *Impunidad Diplomática*, de Francisco Martorell, cuya circulación fue prohibida debido a un recurso de protección presentado por el empresario Andrónico Luksic, quien alegaba que se estaba violando su derecho a la privacidad. La Séptima Sala de la Corte de Apelaciones dio orden de no innovar y posteriormente vinieron una seguidilla de querrelas por injurias y calumnias. Sin embargo, fue en 1999 cuando se produjo el primer hecho público significativo de censura en la postdictadura: a un día de su lanzamiento fue confiscado *El libro negro de la justicia chilena*, de Alejandra Matus, libro que trataba sobre los hechos de corrupción, nepotismo, malas prácticas y abusos de poder al interior del poder judicial. El Ministro Servando Jordán presentó en esa ocasión un requerimiento amparándose en el artículo 6, letra b, de la Ley de Seguridad Interior del Estado:

Los que difamen, injurien o calumnien al Presidente de la República, Ministros de Estado, Senadores o Diputados, o a los miembros de los Tribunales Superiores de Justicia, sea que la difamación, la injuria o la calumnia se cometa con motivo o no del ejercicio de las funciones del ofendido.

Quedó así prohibida su circulación. Alejandra Matus se asiló en el extranjero debido a la orden de detención que pesó en su contra, el libro comenzó a circular clandestinamente, en el comercio ambulante o mediante descargas desde internet. Debido a la situación generada, finalmente el 2001 fue modificada la Ley de Seguridad Interior del Estado, en particular el artículo 6 b, lo que permitió terminar con la orden de detención contra Alejandra Matus. Solo sería levantada la prohibición de circular en octubre del 2001 mediante una resolución del juez Rubén Ballesteros.

7.2.1. Censura en las bibliotecas de Providencia

La post-dictadura traía consigo la herencia de las censuras realizadas en las bibliotecas. Quedaban los vestigios de la dictadura y su censura, en muchos casos traducida en la acumulación de libros prohibidos. En particular, las bibliotecas públicas a principios de la década de los noventa padecían esta situación:

Entre las bibliotecas, la biblioteca de Providencia sufre censura. Y las bibliotecas públicas chilenas, hasta que asumió Clara Budnick, también padecían censura. Había una cantidad de libros en bodega que la encargada, la jefa de la división de bibliotecas públicas, estimó que no podían llevarse a las bibliotecas públicas para que el público tuviera acceso a ellos. Cuando Marta Cruz-Coke, directora de Bibliotecas, Archivos y Museos nombra a Clara Budnick encargada de las bibliotecas públicas, se acaba la censura (Alberto Villalón).

Durante años existió el rumor y se alimentó el relato de que en las bibliotecas de Providencia existía la censura política a diarios y revistas de tendencia izquierdista, por orden directa del alcalde de esa comuna, Cristián Labbé, quien hoy está procesado por los delitos de lesa humanidad perpetrados en el centro de tortura y adiestramiento de la DINA en Tejas Verdes. El 16 de diciembre del 2008 el ciudadano Juan Pablo Muñoz concurrió a la sesión del Concejo Municipal de Providencia. Previamente había intentado acceder a una reunión con el recientemente reelecto alcalde. Al no tener respuesta decidió tomarse la palabra durante la realización del Concejo, denunciando la censura de a lo menos doce medios de prensa escrita: “*The Clinic, Le Monde Diplomatique, Marcha, El Siglo, Bello Barrio, El Ciudadano, El Periodista, Punto Final, Pluma y Pincel, Pólvora, Mensaje y Ñ*” (Moreno, 2009). El concejal PPD, Rodrigo García Márquez, le señaló que no tenía derecho a hacer uso de la palabra silenciando al vecino con estas palabras: “nadie tiene derecho a usar la palabra en una Sesión sin previa autorización del Concejo”, gesto que fue agradecido por Labbé (Municipalidad de Providencia, 2008). Solo con la derrota de este a manos de Josefa Errázuriz en las elecciones municipales del 2012, quedaría totalmente expuesto a la opinión pública el hecho de que la censura en Providencia era una realidad.

El seis de diciembre del año pasado, día en el que Josefa Errázuriz asumió como alcaldesa de Providencia, la biblioteca central de la comuna, frente a la Iglesia de la Divina Providencia, desempolvó un lote de libros apartados en su bodega y los sacó a las góndolas de presentación.

Después de 16 años de permanecer sin acceso al público de las bibliotecas, títulos que iban desde *Los Zarpazos del Puma* y *La Conjura* hasta *El nombre de la Rosa*, pasaron del ostracismo al que estuvieron relegados durante la administración del alcalde UDI Cristián Labbé y comenzaron a lucirse en los mostradores.

De manera inexplicable, varios de ellos comprados por la municipalidad o donados por editoriales y los mismos vecinos para la lectura de los usuarios, los títulos se mantuvieron censurados acumulando polvo en la bodega de Antonio Bellet, invisible para los usuarios de las bibliotecas (Ahumada, 2013).

La Municipalidad de Providencia hoy señala:

Hasta hace un par de años nuestra colección bibliográfica contaba con libros virtualmente “prohibidos”, fuera de las posibilidades de consulta y préstamo para nuestras usuarias y usuarios. La compra de libros se concentraba en literatura de ficción por sobre la de no ficción, por lo que todo el debate público quedaba fuera de las estanterías de nuestros recintos. Para qué mencionar la inclusión de debates, ensayos o literatura crítica a las estructuras establecidas.

Mención aparte tiene la sección de publicaciones periódicas, el sesgo en la compra de ellas era, francamente, grosero. Nuestras hemerotecas carecían de toda publicación más cercana a las sensibilidades transformadoras y abiertas al cambio. Solo desde septiembre de 2013 periódicos y diarios como *Cambio21*, *Punto Final*, *The Clinic*, *El Periodista*, *El Siglo* y *Le Monde Diplomatique* están a disposición de nuestras usuarias y usuarios (Carrasco, 2014).

7.2.2. El incómodo Informe de Derechos Humanos para Estudiantes

En julio del 2013 el Instituto Nacional de Derechos Humanos lanzó el “Informe de Derechos Humanos para Estudiantes”, adaptación realizada por el Instituto Nacional de Derechos Humanos de sus informes anuales correspondientes a los años 2010 y 2011.

Esta iniciativa buscó acercar a los estudiantes conceptos fundamentales para la comprensión de los derechos humanos en toda su amplitud. Desde un comienzo, generó resquemores entre algunos miembros del Consejo del INDH, sobre todo en torno al capítulo relativo al derecho a la manifestación y cómo ese derecho se ha visto vulnerado en distintas oportunidades por el accionar de Carabineros. Entre otros ejemplos y situaciones de vulneración de ese derecho, se menciona: el uso excesivo de la fuerza y de gases lacrimógenos durante las manifestaciones en el marco de las movilizaciones estudiantiles del 2011, año en que hubo más detenidos por desórdenes públicos; las detenciones sin medios de prueba, como la del dirigente de la FEC, Recaredo Gálvez; o la muerte de Manuel Gutiérrez durante una manifestación.

Frente a este texto, Carabineros reaccionó institucionalmente amenazando con acciones legales en contra del INDH:

El coronel Rodney Weber, jefe del Departamento de Derechos Humanos de la policía uniformada, afirmó a *El Mercurio* que: “Carabineros expresa su más absoluto rechazo a este texto”, que se denomina “Informe de Derechos Humanos para Estudiantes” (ver archivo adjunto), puesto que se emiten afirmaciones con las que “nosotros estamos en total desacuerdo”.

La polémica cita aparece en cuatro mil ejemplares destinados a alumnos desde séptimo básico hasta cuarto medio, en cuya página 71 se señala que: “Las

detenciones en las marchas han sido un elemento de represión que ha utilizado Carabineros para evitar la reunión libre de personas que luchan por sus derechos”.

Al respecto, Carabineros respondió: “Queremos dejar en claro que jamás se ha utilizado la detención como una represión. Cada vez que se han producido detenciones es lisa y llanamente porque se han cometido delitos, y esa es la obligación que le asiste a Carabineros”.

Una de las modificaciones que ya se le realizó al texto fue cambiar la figura de un cocodrilo representando a un carabinero. Fue reemplazada por la de un oso (“Carabineros evalúa acciones legales contra el Instituto de Derechos Humanos”, 2015).



Dibujo de Sol Díaz, donde Carabineros aparece representado como un cocodrilo saludando a una representación del derecho a reunión, en la primera edición del Informe de Derechos Humanos para Estudiantes.



Dibujo de Sol Díaz, donde Carabineros aparece representado como un oso saludando a una representación del derecho a reunión en la segunda edición del Informe de Derechos Humanos para Estudiantes.

Frente a esta situación, el MINEDUC determinó evaluar la distribución del libro:

Gonzalo Muñoz reconoció que en la recepción del material hubo “un error” del Ministerio puesto que no informaron a las autoridades y no lo hicieron “de acuerdo a los protocolos establecidos”. Preciso que “hoy los libros están en las bodegas del Mineduc” y que dicha secretaría se encuentra “absolutamente a tiempo” de continuar con la evaluación. Fue el primer golpe del ministerio al texto, del cual fuentes ministeriales indicaron que no será repartido por el Mineduc como parte de su oferta didáctica (Olivares, 2015).

Al cierre de esta edición, no tenemos la certeza de si estos libros salieron para su distribución desde las bodegas del MINEDUC. Independientemente de su resolución, nuevamente constatamos una situación en la cual se buscó impedir la circulación de un libro por contener información incómoda para un determinado sector.

7.3. El porvenir de la memoria: las memorias y los olvidos

*El día o la noche en que el olvido estalle
salte en pedazos o crepita/
los recuerdos atroces y los de maravilla
quebrará los barrotes de fuego
arrastrarán por fin la verdad por el mundo
y esa verdad será que no hay olvido*

Mario Benedetti

Como ocurre en el mito de Sísifo y su castigo eterno de llevar una piedra hasta la cima de un monte para que, antes de llegar, la piedra vuelva a rodar hacia abajo y él tenga que volver a subirla; la destrucción de las bibliotecas y del libro, así como su censura, parecen ser también interminables. El libro y las bibliotecas sugieren un constante peligro para el poder y la hegemonía, porque van generando un valor afecto (Negri y Guattari, 1999), a la vez que valor de uso que reemplaza el valor de cambio generado por el dinero. Las bibliotecas son peligrosas para el poder hegemónico porque van en directa contraposición a la economía política imperante, entregando libremente conocimiento e información, razón por la cual el poder siempre busca mecanismos que contrarresten su paradigma de reciprocidad, siendo estos muchas veces la censura y la destrucción relatada anteriormente. Chile no está ajeno a esta realidad histórica, a esta constante destrucción de nuestra memoria. Como argumenta Walter Benjamin: “la tradición de los oprimidos nos enseña que el ‘estado de excepción’ en que vivimos es la regla” (Benjamin, 2009), aludiendo a que nuestra tarea es precisamente romper con el concepto de historia que no hace justicia, ni considera los valores ni logros que hemos conquistado como sociedad a través del tiempo, nuestro patrimonio inmaterial y el uso y aprendizaje que de él obtenemos.

Las bibliotecas y el libro han sido vectores muy importantes en nuestra historia, desde un primer momento para la aristocracia, que desde 1855 se retrataba en compañía del iluminado objeto (Retrato de José Santos Tornero, de Raymond Monvoisin). Como mencionamos, es bien sabido por quienes ostentan el poder en determinados momentos, sobre todo quienes lo han ejercido con brutalidad para hacerse del ansiado fuego robado del Olimpo por Prometeo y entregado a los “vulgares humanos”. Porque la memoria también puede formar parte de un ejercicio de censura, ya que implica una deliberación respecto de lo que se busca olvidar.

El olvido es una característica primordial y esencial de la memoria. Toda memoria se adquiere en un determinado estado emocional. “Grabamos mejor y tenemos mucha menos tendencia a olvidar las memorias de alto contenido emocional. Aquellas que Pavlov denominaba ‘biológicamente significativas’” (Izquierdo, 2008). Se dice que el punto de partida de la historia es la memoria (Fernández, 2012), porque evoca recuerdos

y le da valor a unos por sobre otros. De esta manera, con la memoria la historia adquiere sentido. Es por esta razón que se contraponen al olvido como posibilidad de evocar.

Existen diferentes tipos de olvido. Uno de ellos es el “voluntario”, que tiene que ver con procesos biológicos normales del ser humano en cuanto a selección, como desechar o reemplazar aquello que no se ocupa o ya no sirve. Por otro lado, están los procesos que no son voluntarios, que tienen que ver con aquel olvido impuesto por el poder que muchas veces, como hemos revisado en los capítulos anteriores respecto a la censura, proviene de la violencia política institucional del Estado. Esta, a su vez, puede asumir la falsificación de la memoria a partir del olvido social y la instalación de ideas afines a sus intereses en los medios de comunicación. Actualmente, varios intelectuales (Fernández Christlieb, Mendoza García y otros) se refieren a sociedades hechas de olvido, aquellas que corren veloces para no recordar su trayecto, y que por medio de esta rapidez buscan olvidar un pasado que incomoda, no otorgándole profundidad a nada y a la vez suprimiendo estos recuerdos, instalando otros que reproduzcan la visión hegemónica que se intenta conservar para la posteridad.

Estos conceptos podríamos extrapolarlos a la eterna justificación del horror y la barbarie cometidas en la dictadura chilena, a la negación de esos hechos, engañando de forma deliberada a la opinión pública, como en el conocido caso de Marta Ugarte: el caso de una dirigente comunista torturada, arrojada al mar y cuyo cuerpo es devuelto a la playa, se intenta hacer pasar como un crimen pasional por *El Mercurio* bajo el título “Asesinada hermosa joven”⁹.

Esta manipulación de la información genera una distorsión en el flujo de la opinión pública (Guzmán, 1997) para las nuevas generaciones, construyéndose la ilusión de “normalidad” al ocultar hechos comprobados de daño y destrucción en la actualidad, tanto al patrimonio como a las personas, y al mismo tiempo silenciar ese ruido social llamado memoria. Se manejan hechos inconvenientes para el poder hegemónico y se silencian o censuran otros para garantizar el olvido social. También, como estrategia, se intenta homologar hechos que no son comparables entre sí, por ejemplo: el abuso y la violación de los Derechos Humanos, la censura y el silencio versus el espejismo económico del crecimiento.

Esta intencionada distorsión ha ocultado por años el maltrato a profesionales y trabajadores de las bibliotecas y la Universidad de Chile, incluso responsabilizándolos del daño causado hacia ellos mismos con la excusa que “hacían proselitismo”. Se recurrió a la exoneración y el exilio, ocultando la quema, destrucción y robo del material bibliográfico único, así como el cierre de Quimantú. A la vez, el intento, por medio de una larga lista de libros editados por la dictadura, de falsear la historia con hechos comprobadamente irreales como los vinculados al “Plan Z”, son las razones expuestas en esta investigación para no olvidar socialmente lo ocurrido en Chile, en específico con sus bibliotecas y quienes trabajaban en ellas.

9. “Entonces, Marta Ugarte tenía 42 años, no 23, y había muerto producto de las torturas, no de un crimen pasional, pero el diario de Agustín Edwards contó otra historia. Pablo Honorato publicó lo mismo en Las Últimas Noticias, a pesar de que también vio el cuerpo” (“El documental que Edwards no quiere ver”, 2008).

Siguiendo esta línea, en el Chile actual, “Los 11 principios de la comunicación política”, taller destinado a abordar situaciones comunicacionales que realizaron jóvenes de la Fundación Jaime Guzmán el 2009 en la FEUC (“Giorgio Jackson reveló texto de Fundación Jaime Guzmán que aconseja ‘mentir’ en política”, 2012), específicamente un tema de los abordados, “el principio de orquestación”, tiene que ver con limitar la propaganda “a un número pequeño de ideas y repetirlas incansablemente, presentadas una y otra vez desde diferentes perspectivas”, recuerda el concepto de Joseph Goebbels, el estratega comunicacional de los nazis, cuya idea de base, parafraseando, era que si una mentira se repite suficientemente, acaba por convertirse en verdad. Asimismo, en los primeros días del 2015, el director del diario *La Tercera*, Guillermo Turner, impartió una clase a futuros líderes de la derecha, llamada “Nuestras ideas en los medios”, que tenía como objetivo instalar mensajes y doctrina políticas en los medios de comunicación (“Teoría del empate (II): la derecha y los secretos de las comunicaciones”, 2015). Estos ejemplos dejan en claro que el olvido es intencionado.

No intentamos con esto realizar un ejercicio de añoranza, en el sentido de idealización del pasado de forma nostálgica. Lo que intentamos es tejer el recuerdo a partir de una experiencia fragmentada, detonar la memoria que se ha mantenido bajo la sombra de la historia oficial. Son necesarios el recuerdo y la memoria como narración para evitar el olvido social y el vacío intento de mostrar que aquí nada ha pasado. Para que la memoria permanezca y sea parte de la construcción de la sociedad, se necesita dar espacio a la verdad, al aprendizaje, y abrir paso al relato de quienes fueron víctimas del abuso. Que la memoria tenga parte en la historia es la reflexión primigenia de esta investigación.

Como dice Jorge Mendoza García en sus reflexiones sobre las recientes desapariciones en Ayotzinapa,

La demanda de entrega de cuerpos tiene razones de memoria: en un sentido amplio facilita la expresión pública del dolor social, al tiempo que posibilita una cierta ‘reintegración’ de la comunidad, reconociendo en ese momento y de manera abierta una pérdida, posibilitando de esta forma la generación de lazos de solidaridad. En la familia, los ritos alrededor del cuerpo, por ejemplo el funeral, permiten la expresión del dolor y el reconocimiento abierto de la mortandad, mitigando así la separación y pérdida del familiar. El dolor y la pérdida son reconocidos por los demás. Para ello se requiere el cuerpo: tener el cuerpo de un ser querido es tener aquello que se ha de recordar y depositarlo en un sitio: panteón, lápida, urna. Tener un sitio donde el cuerpo es depositado es tener un lugar para la memoria. (Mendoza, 2015).

Esa idea de tener un lugar para la memoria, de mostrar la pérdida, es el ejercicio que como sociedad aún tenemos pendiente.

Para nosotros este ejercicio tiene un significado muy profundo: no solo nos habla acerca de la historia de las bibliotecas de la Universidad de Chile, sino también acerca de ese deseo inicial de “iluminar” el país por medio del conocimiento y la incesante búsqueda de masificarlo para alcanzar a las demás capas sociales. Y es justamente en el afán por masificar el acceso al conocimiento que nos encontramos con las biblio-

tecas públicas, dentro de las cuales se contaba inicialmente a las de la Universidad de Chile, la formación de bibliotecarios y Quimantú. Todos estos esfuerzos tenían su origen en el Estado, que ponía a disposición de sus ciudadanos el material bibliográfico acumulado por años y organizado con los nuevos saberes bibliotecológicos, que a la vez no condicionaba su compra al alto costo de los libros, generando la editorial más importante y con el mayor tiraje de libros de la historia de Chile (Quimantú).

Esta es una memoria olvidada, que emerge con fuerza ante la bullada falta de raíz, sobre todo en las profesiones a causa del sistema económico neoliberal, que nos invita al constante individualismo y la inmediatez y rapidez que nos niega la profundidad, y al olvido o negación del otro de forma deliberada. En palabras Mendoza García:

Olvido social versus memoria colectiva. Por olvido social hay que entender la imposibilidad de evocar o expresar acontecimientos significativos que en algún momento ocuparon un sitio en la vida del grupo, colectividad o sociedad, y cuya comunicación se ve bloqueada o prohibida por entidades como el poder. Los grupos de poder pretenden silenciar u ocultar eventos que competen e importan a una colectividad o sociedad por la sencilla razón que les resultan incómodos para legitimarse. Y así van imponiendo discursos: qué sí aconteció y qué no (Mendoza, 2015).

Entrevistar a nuestros colegas y a quienes se hicieron cargo de las bibliotecas de forma valiente en ese duro período, fue abrir una ventana al pasado y entender la carencia de significado del trabajo de los bibliotecarios en la actualidad, la falta de valoración de su labor a causa de la negación y desconocimiento de nuestra propia historia que, como revisamos, da origen a mucha de la intelectualidad nacional desde 1813 y, a la vez, a la negación del libro y sus espacios de lectura y préstamo no condicionados por el dinero.

Esta investigación es un llamado a la reflexión de las nuevas memorias, siendo justos con nuestro pasado reciente, con aquello que quedó truncado como avance, con quienes han sufrido en silencio y el daño causado, lo que en muchas ocasiones cambió el sentido de sus vidas; con la destrucción, censura y quema no relatada oficialmente ni cuantificada de libros que son o eran patrimonio de todos los chilenos; evidenciando la negación de la memoria y fomentando el intento por hacer emerger los recuerdos para que podamos generar una memoria inclusiva, en la que todas las visiones puedan integrarse entrelazadas hacia un mejor porvenir.

Referencias bibliográficas

Acha, J. O. (2015). La renovación de la historia del libro, la propuesta de Roger Chartier. *Revista Información, Cultura y Sociedad* (3), 68. Recuperado de <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/ICS/article/view/1024/1004>

Ahumada, R. (julio de 2013). La censura a libros sobre la dictadura que impuso Labbé en las bibliotecas de Providencia. Rescatado de <http://www.theclinic.cl/2013/07/19/la-censura-a-libros-sobre-la-dictadura-que-impuso-labbe-en-las-bibliotecas-de-providencia/>

Amunátegui, G. (junio del 2014). La Universidad de Chile, la Biblioteca Nacional y el libro. *Revista Anales de la Universidad de Chile* (6), 237.

Anguita, R. (1912). *Leyes promulgadas en Chile (1912)* [versión Adobe Digital Editions]. Santiago de Chile: Barcelona. Recuperado de <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MCO053062.pdf>

Araya, A., Biotti, A., Prado, J. G. (2013). *La Biblioteca del Instituto Nacional y la Universidad de Chile: Matriz cultural de la República de las letras (1813-1929)*. Santiago de Chile: Universidad de Chile.

Arenas, M. L. (1973). El bibliobús de la Universidad de Chile. *Boletín de la Unesco para las bibliotecas*. 27(3), 182-185.

Austin, R. (2004). *Intelectuales y Educación Superior en Chile*. Santiago, Chile: CESOC.

Ávila M., A. (1981). *Andrés Bello y los libros* [versión Adobe Digital Editions]. Recuperado de <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MCO065668.pdf>

Báez, F. (2013). *Nueva historia universal de la destrucción de libros: de las tablillas sumerias a la era digital*. México: Océano.

Benjamin, W. (2009). *La dialéctica en suspenso*. Chile: LOM.

Biblioteca del Congreso Nacional de Chile (2015). Crea el Colegio de Bibliotecarios de Chile. Ley 17161. Recuperado de <http://www.leychile.cl/Navegar?idNorma=28806>

Biblioteca Nacional (1958). Gaceta Ministerial de Chile, (52). Santiago de Chile.

Biblioteca Nacional (2015). La Prensa Periódica hacia 1900. Recuperado de <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-70986.html>

Bibliovisión (junio-agosto de 1996), (7). Rescatado de <http://memoriabibliotecologia.wikidot.com/bibliotecologia-entre-1969-y-1989>

Bossí, F. (24 al 26 de septiembre de 2008). Biblioclastía y bibliotecología: recuerdos que resisten en la ciudad de La Plata. En: *Congreso "Textos, autores y bibliotecas", 24 al 26 de septiembre. Córdoba, Argentina*. Recuperado de http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.703/ev.703.pdf

Bossié, F. (2009). Libros, bibliotecas y bibliotecarios: Una cuestión de memoria. Chile. *Información, Cultura y Sociedad*. Recuperado de http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-17402009000100002

Carabineros evalúa acciones legales contra el Instituto de Derechos Humanos (3 de abril de 2015). Recuperado de <http://www.cooperativa.cl/noticias/pais/ff-aa-y-de-orden/carabineros/carabineros-evalua-acciones-legales-contra-el-instituto-de-derechos-humanos/2015-04-03/113230.html>

Carrasco, W. (septiembre, 2014). *Censura y diversidad*. Rescatado de <http://providencia-biblioteca.cl/index.php/2-uncategorised/142-fomento-lector-2>

Cerda A., C. (2006). *Universidad, ciencias sociales y neoliberalismo: Una conflictiva relación*. Santiago de Chile: Ediciones UTEM.

Civallero, E. (2013). *De tablillas y papiros: ensayo sobre la lectura y escritura en la antigüedad. E-lis*. Recuperado de <<http://eprints.rclis.org/19871/1/Ensayos%20sobre%20la%20lectura.pdf>>

Colegio de bibliotecarios (AG) (2002). Extracto de la representación del Colegio de Bibliotecarios de Chile A.G. En: *Congreso Internacional de Información INFO2002, Cuba*. Recuperado de <http://www.bibliotecarios.cl/?p=47>

Colegio de bibliotecarios (AG) (2015). *Historia*. Recuperado de <http://bibliotecarios.cl/acerca-del-cbc/historia/>

Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura (2004). *Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura VOL I-X*. Santiago de Chile: Autor.

Constitución Política del Estado de Chile (1823). Biblioteca del Congreso Nacional de Chile. Recuperado de <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MCO014428.pdf>

Constitución Política de la República de Chile (1833). Biblioteca del Congreso Nacional de Chile. Recuperado de <http://www.leychile.cl/Navegar?idNorma=137535&tipoVersion=0>

Correa, S., Figueroa, C., Jocelyn-Holt, A. (2001). *Historia del siglo xx chileno*. Santiago, Chile: Editorial Sudamericana.

Darnton, Robert (15 de noviembre 2014). Hay que democratizar la cultura con una biblioteca digital. Recuperado de <<http://www.24horas.cl/tendencias/cultura/robert-darnton-hay-que-democratizar-la-cultura-con-una-biblioteca-digital-1488469>>

Debate universitario (1973-1974). *Revista de la Pontificia Universidad Católica de Chile*. (95), s.p.

Declaración de apoyo a la Junta Militar del Colegio de Bibliotecarios (sábado 22 de septiembre de 1973). *El Mercurio*, p. 25.

Decreto ley no. 425 (26 marzo 1925). Sobre abusos de publicidad. *Diario Oficial de la República de Chile*. Santiago de Chile.

Departamento de la Secretaría General de Gobierno (1975). *Asesoría Cultural de la Junta de Gobierno: Política Cultural del Gobierno de Chile*. Santiago de Chile: Autor.

Dirección General Académica, Departamento de Extensión (1983). *Guía de Bibliotecas de la Universidad de Chile*. Santiago de Chile: Autor.

Dirigentes de 19 colegios profesionales se reunieron con la junta de Gobierno (lunes 24 de septiembre de 1973). *La tercera de la hora*, p. 2

Dorat, C., Weibel, M. (2012). *Asociación ilícita: los archivos secretos de la dictadura*. Santiago de Chile: CEIBO Ediciones.

Eco, U. (2001). *Confesiones de un bibliófilo*. Recuperado de http://www.elcultural.com/version_papel/OPINION/544/Confesiones_de_un_bibliofilo

El documental que Edwards no quiere ver (12 de octubre de 2008). *La Nación*. Rescatado de <http://www.lanacion.cl/noticias/vida-y-estilo/el-documental-que-edwards-no-quiere-ver/2008-10-11/215809.html>

El dueño de la editorial Ganimedes, el señor Turkeltaub, declaró extraoficialmente que el libro en cuestión, del poeta Oscar Hann, jamás sería autorizado (2007). *La Nación*. Recuperado de http://www.lanacion.cl/prontus_noticias/site/artic/20070614/pags/20070614202216.html

El Gobierno a los pueblos. Exhortación a la formación de una biblioteca pública (19 de agosto de 1813) *Monitor Araucano*. (52), 15.

El libro y sus problemas (11 abril 1982). *El Magallanes*, p. 17.

Enríquez, E. (1983). *La obra del gobierno de Allende: Imágenes de Salvador Allende*. México: Universidad Michoacana de san Nicolás de Hidalgo.

Errázuriz, L., Leiva Q., G. (2012). *El golpe estético: Dictadura militar en Chile (1973-1989)*. Santiago de Chile: Ocho Libros.

Espectacular allanamiento en remodelación San Borja (24 de septiembre, 1973). *La Tercera*. Santiago de Chile, p. 24.

Eyzaguirre, J. (1975). Don Manuel de Salas procesado por la Inquisición. Academia Chilena de Historia. Santiago de Chile. Recuperado de <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MCO065663.pdf>

Fernández, P. (2012). La velocidad de la memoria. [Archivo de video]. En Coloquio: *Memoria y Sociedad, marzo 2012*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

Fondo DIBAM (s. f.). vol. 208. Archivo Nacional de Chile.

Frutos, Raúl Alberto (2004). Desarrollo de colecciones y censura. En: *Primer Foro Social de Información, documentación y Bibliotecas, Buenos Aires, Argentina, 26, 27, 28 agosto*.

Garcés, M. (2004). Los movimientos sociales populares en el siglo XX: Balance y perspectivas. *Política*, Primavera (43), 13-33.

García, C. et al. (s. f.). Proyecto de Extensión Atlas Virtual Campus Macul UMCE. [Mensaje en un blog]. Rescatado de <http://atlasumce.blogspot.com>

- Giorgio Jackson reveló texto de Fundación Jaime Guzmán que aconseja “mentir” en política (21 agosto de 2012). Rescatado de <http://www.cooperativa.cl/noticias/pais/politica/giorgio-jackson-revelo-texto-de-fundacion-jaime-guzman-que-aconseja-mentir-en-politica/2012-08-20/232658.html> [consulta: 07 de mayo de 2015].
- Guzmán, P. [Director]. (1970-1980). *La batalla de Chile* [DVD]. De <https://www.youtube.com/watch?v=ldfQmR9Wmdk&list=PLt45OMvRjBd3WKgb-MIG7z1uN-xoJZLRo>
- Guzmán, P. [Director]. (1997). *Chile, la memoria obstinada* [Documental]. Francia: Les Films d’ Ici y ONF para ARTE.
- Historia de la Biblioteca Central Prof. Eugenio Pereira Salas (s. f.). Universidad de Chile. Recuperado de <http://panoramix.burbuja.uchile.cl/rooms/sisib/filosofia/historia.htm>
- Huneus, C. (1988). *La reforma universitaria, veinte años después*. Santiago, Chile: Corporación de Promoción Universitaria, C.P.U.
- Ibarra C., P. (2014). Liberalismo y prensa: leyes de imprenta en el Chile decimonónico. *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos* (36). Recuperado de http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0716-54552014000100010&script=sci_arttext
- IFLA y UNESCO (1994). *Manifiesto de la IFLA/Unesco sobre la biblioteca pública*. Recuperado de: <http://www.ifla.org/ES/publications/manifiesto-de-la-iflaunesco-sobre-la-biblioteca-p-blica-1994>.
- Infelise, M. (2004). *Libros Prohibidos, una historia de la censura*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Izquierdo, I. (2008). *El arte de olvidar*. Buenos Aires: Edhasa.
- Jara, I. (enero-junio 2011). Graficar una “segunda independencia”: el régimen militar chileno y las ilustraciones de la Editorial Nacional Gabriela Mistral (1973-1976). *Historia*, 2(44), 161-163.
- Jorge Edwards (2007). Memoria Chilena. Recuperado de <http://www.memoriachilena.cl/mchilena01/temas/dest.asp?id=jorgeedwardspersona>
- José Domingo Gómez Rojas (1896-1920). Memoria Chilena. Recuperado de <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-3476.html>
- Junta de Gobierno de Chile (1812). *Reglamento constitucional provisorio del pueblo de Chile suscripto por el de la capital presentado para su suscripción a las provincias, sancionado y jurado por las autoridades constituidas*. Recuperado de [http://www.historia.uchile.cl/CDA/fh_article/o,1389,SCID%253D10720%2526ISID%253D417%2526PRT%253D10717%-2526\)NID%253D12,00.html](http://www.historia.uchile.cl/CDA/fh_article/o,1389,SCID%253D10720%2526ISID%253D417%2526PRT%253D10717%-2526)NID%253D12,00.html)
- Klein, N. (2007). *La doctrina del shock: El auge del capitalismo del desastre*. Barcelona: Paidós.
- Kri, F. (domingo 16 de septiembre de 1973). ¿Y qué dejaron? Kriticosas. *La Tercera*, p. 18.
- La biblioteca era centro de literatura marxista (jueves 20 de septiembre, 1973). *El Mercurio de Valparaíso*, p. 7.

La Biblioteca Nacional (2013). *La memoria que nos une: 200 años Biblioteca Nacional*. Santiago de Chile: Autor.

La Biblioteca Nacional (2015). Memoria Chilena. Recuperado de <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-674.html>

Lechner, N. (diciembre, 1999). Nuestros Miedos. En *Conferencia Inaugural de la Asamblea General de FLACSO, Perfiles Latinoamericanos 13, FLACSO-México*, p. 3.

Leiva, F., Hernández, S. (2013). Historia mínima de la Biblioteca Nacional (1813-2013). Santiago, Chile. *Mapocho* (73), 132-133.

Letras prohibidas (2015). Memoria chilena. Recuperado de <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-31526.html#presentacion>

Licencias para leer libros prohibidos (2015). Memoria chilena. Recuperado de: <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-95534.html>

Lira, E. (16 de diciembre de 2006). *El miedo y la amenaza política*. Recuperado de http://www.lanacion.cl/prontus_noticias/site/artic/20061216/pags/20061216183507.html.

Lista fatal encuentran al allanar sede de la "U" (martes 9 de octubre de 1973). *La Tercera*, p. 5.

Lozano, Roser (2004). La biblioteca pública, un agente de cambio al servicio de su comunidad. *Pez de Plata: Bibliotecas Públicas a la Vanguardia*, 1(1). Recuperado de <http://eprints.rclis.org/6430/1/Lozano.pdf>

Marshall, E. (1953). *Leyes, decretos y reglamentos*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad de Chile.

Martínez B., S. (1982). *El libro en Chile*. Santiago de Chile: Biblioteca Nacional.

Marxistas asustados abandonan libros y textos en las calles (domingo 16 de septiembre, 1973). *El Mercurio de Valparaíso*, p. 2.

Maurín, S. (febrero, 1975). Los crímenes culturales en el campo editorial. En: *Tercera Sesión de la Comisión Internacional contra los Crímenes de la Junta Militar: 18-21 de febrero*. Ciudad de México. Recuperado de <http://www.blest.eu/biblio/comision/cap5.html>

Mellafe, R. (2001). *Historia de la Universidad de Chile*. Santiago de Chile: Biblioteca Digital de la Universidad de Chile. Recuperado de <http://mazinger.sisib.uchile.cl/repositorio/lb/uchile/mellafero1/index.html>

Memoria Bibliotecología (2015). Recuperado de <http://memoriabibliotecologia.wikidot.com/bibliotecologia-entre-1969-y-1989>

Mendoza, J. (2007). Sucinto recorrido por el olvido social. *Polis*, (2) p. 139.

Mendoza, J. (enero y febrero 2015). Ayotzinapa está edificado sobre la base del olvido de las desapariciones. *Revista el punto sobre la i*, 26-27.

Ministerio de defensa nacional. Subsecretaría de Guerra. Decreto Ley N°1, Acta de constitución de la Junta de Gobierno (septiembre de 1973). Santiago de Chile. Recuperado de <http://www.leychile.cl/Navegar?idNorma=237897>

Ministerio del Interior (25 de septiembre, 1973). Decreto nro.1348. Santiago de Chile: Autor.

Mobarec A., N. (2015). El procedimiento de los juicios de imprenta en Chile 1813-1828. *Historia del Derecho*. Universidad de Chile. Recuperado de <http://www.historiadelderecho.uchile.cl/index.php/RCHD/article/viewFile/25690/27020>

Modo de ganar el jubileo santo, el primer impreso en Chile (2015). Memoria Chilena. Recuperado de <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-96164.html>

Mönckeberg, M. O. (2005). *La Privatización de las Universidades: Una historia de dinero, poder e influencias*. Santiago de Chile: Copa Rota.

Montecino, S. (2013). El atmoterrorismo burocrático. *Anales de la Universidad de Chile*, (0), 115-144.

Moreno, J. P. (enero, 2009). Censura en bibliotecas de Providencia. Rescatado de http://www.g80.cl/noticias/columna_completa.php?varid=3733

Moulian, T. (1997). *Chile Actual: Anatomía de un Mito*. Santiago de Chile: LOM.

Municipalidad de Providencia (16 de diciembre del 2008). Acta de Concejo Municipal, p. 9.

Navarro, A. (Julio, 1996). Incineración. *La Tercera de la Hora*, p. 51.

Negri, A., Guattari, F. (1999). *Las verdades nómadas & General Intellect, poder constituyente, comunismo*. Madrid: Ediciones Akal.

Nueve toneladas de libros marxistas en la USM (viernes 21 de septiembre, 1973). *El Mercurio de Valparaíso*, p. 2.

Oficio circular no. 1981 (1973). Roque Esteban Scarpa a Angela Gidi. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Archivo Nacional de Chile.

Oficio circular no. 2192 (1973). Roque Esteban Scarpa a Italia Garbarino. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Archivo Nacional de Chile.

Oficio circular no. 2252 (1973). Roque Esteban Scarpa a Mercedes Bejarano. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Archivo Nacional de Chile.

Oficio circular no. 2343 (1973). Roque Esteban Scarpa a Encargado de Biblioteca Pública no.25. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Archivo Nacional de Chile.

Oficio circular no. 2476 (1973). Roque Esteban Scarpa a José Hernán Oyarzo. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Archivo Nacional de Chile.

Oficio circular no. 2493 (1973). Roque Esteban Scarpa a Mercedes Bejarano. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Archivo Nacional de Chile.

Olivares, L. (23 de abril del 2015). Educación reconoce error al recibir libro de ДД. НН. con alusión a Carabineros. *El Mercurio*, p. 8.

Operativo en sede de la Biblioteca Nacional (Sábado 3 de Octubre de 1973). *El Mercurio*, p. 30.

Ortega y Gasset, J. (2005). *Misión del bibliotecario*. México D.F., México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General De Bibliotecas.

Peña, C. (6 de diciembre del 2007). Exclusivo: viaje al fondo de la biblioteca de Pinochet. CIPER. Recuperado de <http://ciperchile.cl/2007/12/06/exclusivo-viaje-al-fondo-de-la-biblioteca-de-pinochet>

Pinochet Ugarte, Augusto (1973). El día decisivo. Vitanet Biblioteca Virtual. Recuperado de http://www.vitalibros.cl/catalogo_web/colecciones/900/980/983/decisivo.pdf

Plan de desarrollo en marcha: Universidad de Chile renueva su planta física (julio de 1989). *Actualidad Universitaria*, (55), pp. 19-23.

Polastron, L. X. (2007). *Libros en llamas, historia de la interminable destrucción de bibliotecas*. México: Fondo de cultura económica.

Prats, C. (1985). *Memorias: testimonio de un soldado*. Santiago, Chile: Pehuén.

Prohibida toda la literatura marxista (jueves 13 de septiembre, 1973). *La Prensa Austral*, p. 2.

Publicaciones de Quimantú no tendrán orientación política (jueves 13 de septiembre 1973). *La Tercera*, p. 9.

Quema de libros sigue penando sobre Pinochet y su gobierno (21 de junio de 1988). *Fortín Mapocho*, p. 3

Rama, C. (febrero, 1974). La quema de libros en Chile. *Revista Redacción*. Argentina. Recuperado de <http://www.magicasruinas.com.ar/revistero/aquello/revaquello071.htm>

Reorganización Total de las Universidades (miércoles 3 de octubre de 1973). *El Mercurio*, p. 1. Represión y censura: memorias sobre la quema de libros en Dictadura (07 de noviembre de 2013). *Noticias Universidad de Chile*. Recuperado de <http://www.uchile.cl/noticias/96274/represion-y-censura-memorias-sobre-la-quema-de-libros-en-dictadura>

Retiro masivo de propaganda marxista (miércoles 26 de septiembre 1973). *El Mercurio de Valparaíso*, p. 2.

Reyes F., F. (2013). *Nascimento, el editor de los chilenos*. Santiago de Chile: Minimocomún ediciones.

Rodríguez, A. (2013). Mensaje a la Comunidad Universitaria, del rector delegado Agustín Rodríguez Pulgar. En: *132º Aniversario de la Universidad, diciembre de 1974*. En *Anales*, 2(4), 180.

Rojas, María Angélica et al. (2008). *La Censura en las Bibliotecas de la Universidad de Chile en la Región Metropolitana de 1973-1981*. Santiago, Chile: Ediciones UTEM.

- Romero B., C. (2011). *Gabriela Mistral: el libro y la lectura*. Santiago de Chile: Ediciones UTEM.
- Salazar, G. (noviembre de 1997). Voluntad política de matar, voluntad social de recordar (a propósito de Santa María de Iquique). En: *Primer Congreso de Historia Regional, Iquique*. Universidad Arturo Prat.
- Se elimina la literatura marxista (14 de septiembre de 1973). *La Tercera*, p. 5.
- Se incautan libros marxistas (30 de septiembre, 1973). *La Tercera*, p. 3.
- Silva C., R. (1951). *Los primeros años de la Biblioteca Nacional (1813-1824)*. Memoria Chilena. Rescatado de <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-8419.html>
- Somarriba, M. (7 de septiembre, 2003). Esas actitudes ilustradas: libros envenenados. *El Mercurio (Artes y Letras)*. Recuperado de <<http://www.letras.s5.com/fotooctubre.htm>>
- Subercaseaux, B. (1984). *Notas sobre Autoritarismo y Censura en Chile*. Santiago de Chile: CENECA.
- Subercaseaux, B. (2010). *Historia del libro en Chile: Desde la Colonia al Bicentenario*. Santiago de Chile: LOM.
- Subercaseaux, B. (abril 2014). Memoria desnuda y memoria vestida. Meridional. *Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos* (2), 183.
- Teoría del empate (II): la derecha y los secretos de las comunicaciones (12 de febrero 2015). *Diario Red Digital*. Rescatado de http://www.diarioreddigital.cl/debate/4944-empate_comunicaciones.html
- Tardón, E. (2007). *Bibliotecas Universitarias: concepto y función*. Recuperado de <http://alfama.sim.ucm.es/buc/documentos/Contribuciones/bu01.pdf>>
- Teitelboim, V. (1996). *Neruda*. Santiago de Chile: Sudamericana.
- Torres A., L. (agosto del 2000). *La censura en medios escritos chilenos*. BelloCaos: Universidades a ritmo marcial. Rocinante (56). Dossier: Cultura en Dictadura.
- Universidades en proceso de reestructuración (viernes 26 de Octubre de 1973). *El Mercurio*, p. 12.
- Vitale, L. Historia de la Censura en Chile. International Encyclopedia. Recuperado de http://mazinger.sisib.uchile.cl/repositorio/lb/filosofia_y_humanidades/vitale/obras/sys/bchi/g.pdf
- Vivaldi, E. (2013). La Universidad de Chile ante el proyecto de refundación económica e ideológica de Chile mediante el uso de la fuerza y la violencia. *Anales de la Universidad de Chile*, (0), 97-111.
- Waissbluth, V. (2013). Una historia: 200 años de la Biblioteca Nacional. *Revista PAT, DIBAM*. Recuperado de http://www.revistapat.cl/607/articles-4469_pdf_1.pdf

Se terminó de imprimir en mayo de 2019 en Imprex.
Para los títulos se utilizó la tipografía Antartida
(LATINOTYPE) en sus variantes Black, Bold, Light
y Light Italic. Para portada y capitulares se
empleó la fuente Rough Typewriter Regular
y Bold (JIBBA JABBA FONTS). Para
el texto continuo se utilizó
Karmina y Karmina Sans
(TYPE TOGETHER) en sus
variantes Light,
Regular, Italic,
Bold y Bold
Italic.

Proyecto apoyado por



El golpe al libro y a las bibliotecas de la Universidad de Chile

Limpieza y censura en el corazón de la universidad

Publicación que pretende posicionar la discusión en torno al peso del olvido impuesto en el gremio bibliotecario durante la dictadura a través de una revisión histórica de los mecanismos de censura aplicados a los libros y bibliotecas de la Universidad de Chile, en la que los testimonios de funcionarios y académicos que vivieron en carne propia tortura, exoneración, delación y exilio, son fundamentales.

La censura hegemónica y naturalizada permeó cada espacio de la sociedad chilena de manera silenciosa y muchas veces inadvertida, cambiando incluso el prisma desde el cual concebimos nuestra cultura, instituciones y profesiones. Hace ya más de un cuarto de siglo de posdictadura y aún siguen vigentes ciertos resabios de aquella época que nos mantienen conviviendo con el miedo en una sociedad hecha de olvido.

Es la intención de los autores de este valioso trabajo realizar un aporte al necesario proceso de reconstrucción de la memoria a través de la comprensión de la censura como un fenómeno y práctica de las elites de larga data en la historia de Chile y una de las herramientas del terrorismo de Estado que se impuso en el país, al tiempo que homenajear la memoria de todos aquellos que padecieron los hechos aquí relatados.


UTEM
UNIVERSIDAD
TECNOLOGICA
METROPOLITANA
del Estado de Chile

ISBN: 978-956-7359-98-1



9 789567 359981